



Amanecer

Sombra de vampiro, libro 7  
BELLA FORREST

SOMBRA DE VAMPIRO 7:  
AMANECER

# BELLA FORREST

# Índice

---

[También de Bella Forrest](#)

[Prólogo: Derek](#)

1. [Capítulo 1: Sofia](#)
2. [Capítulo 2: Derek](#)
3. [Capítulo 3: Sofia](#)
4. [Capítulo 4: Derek](#)
5. [Capítulo 5: Sofia](#)
6. [Capítulo 6: Sofia](#)
7. [Capítulo 7: Derek](#)
8. [Capítulo 8: Sofia](#)
9. [Capítulo 9: Derek](#)
10. [Capítulo 10: Sofia](#)
11. [Capítulo 11: Derek](#)
12. [Capítulo 12: Sofia](#)
13. [Capítulo 13: Sofia](#)
14. [Capítulo 14: Derek](#)
15. [Capítulo 15: Sofia](#)
16. [Capítulo 16: Sofia](#)
17. [Capítulo 17: Sofia](#)
18. [Capítulo 18: Sofia](#)
19. [Capítulo 19: Sofia](#)
20. [Capítulo 20: Sofia](#)
21. [Capítulo 21: Derek](#)
22. [Capítulo 22: Sofia](#)
23. [Capítulo 23: Derek](#)
24. [Capítulo 24: Derek](#)
25. [Capítulo 25: Derek](#)
26. [Capítulo 26: Sofia](#)
27. [Capítulo 27: Derek](#)
28. [Capítulo 28: Sofia](#)
29. [Capítulo 29: Derek](#)
30. [Capítulo 30: Derek](#)
31. [Capítulo 31: Sofia](#)
32. [Capítulo 32: Sofia](#)

33. [Capítulo 33: Derek](#)
34. [Capítulo 34: Sofía](#)
35. [Capítulo 35: Derek](#)
36. [Capítulo 36: Sofía](#)
37. [Capítulo 37: Sofía](#)
38. [Capítulo 38: Derek](#)
39. [Capítulo 39: Sofía](#)
40. [Capítulo 40: Vivienne](#)
41. [Capítulo 41: Derek](#)
42. [Capítulo 42: Derek](#)
43. [Capítulo 43: Sofía](#)
44. [Capítulo 44: Sofía](#)
45. [Sombra de Novak \(Libro 8\) - Prólogo: Sofía](#)
46. [Capítulo 1: Sofía](#)
47. [Capítulo 2: Rose](#)
48. [Capítulo 3: Derek](#)
49. [Capítulo 4: Rose](#)
50. [Capítulo 5: Rose](#)
51. [Capítulo 6: Aiden](#)
52. [Capítulo 7: Rose](#)

# TAMBIÉN DE BELLA FORREST

## SERIE SOMBRA DE VAMPIRO

[Sombra de vampiro \(Libro 1\)](#)

[Sombra de sangre \(Libro 2\)](#)

[Castillo de arena \(Libro 3\)](#)

[Sombra de luz \(Libro 4\)](#)

[Llamarada de sol \(Libro 5\)](#)

[Puerta de noche \(Libro 6\)](#)

[Amanecer \(Libro 7\)](#)

Nota: La historia de Derek y Sofía se completa en el Libro 7 de la serie, *Amanecer*, y los personajes se embarcan en aventuras totalmente nuevas en el Libro 8 (*Sombra de Novak*).

Para ver una lista actualizada de mis libros, consulta mi sitio web:

[www.forrestbooks.com/bella](http://www.forrestbooks.com/bella)

Cuanto más interés reciba la serie en español, más rápido podremos traducir los demás libros de la serie.

Registra tu interés aquí: [www.bellaforrest.de/es](http://www.bellaforrest.de/es)

Copyright © 2013, 2016 Bella Forrest

© Diseño de cubierta, Sarah Hansen

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de este libro de ninguna forma y en ningún formato, ya sea por medios electrónicos o mecánicos, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el consentimiento expreso por escrito de la autora, excepto citas breves para su uso en reseñas de libros.

## PRÓLOGO: DEREK

Iniciamos el asalto como una llamarada de sol, armados no solo con espadas y fusiles, también con ira y venganza. El Anciano ni siquiera nos vio venir.

Cuando la Eterna me sacó de La Fortaleza de Sangre muchos meses atrás, me prometí a mí mismo que sería mucho más fuerte cuando regresara. Mi vulnerabilidad como humano solo había fortalecido mi determinación para controlar y desarrollar cualquier poder que hubiera despertado en mí, pero tenía dificultades para concentrarme sin Sofía a mi lado.

Ella siempre había sido mi calma, mi centro y mi paz. Sin ella todo era en vano. Pensar que todavía estaba en este lugar dejado de la mano de Dios, vulnerable por su embarazo, me dolía sobremanera.

La mayoría de los Ancianos aún estaban en La Sombra cuando atacamos La Fortaleza de Sangre. Tal vez pensaron que su guarida era impenetrable a cualquier invasión, pero su orgullo se convirtió en su perdición.

No mostramos ninguna misericordia cuando atacamos sus murallas y matamos a todos los vampiros que no pertenecían a nuestro ejército improvisado. Si no hubiera estado tan desesperado por encontrar a mi esposa, me habría maravillado ante la ironía de todo aquello. Siempre habíamos sido enemigos. Los vampiros siempre habían acechado la sangre humana. Los cazadores siempre habían ido tras las cabezas de los vampiros. Y, como nuestras dos especies juntas ni siquiera se acercaban al poderío y la fuerza de los Ancianos, nos habíamos aliado con una tercera especie: los Halcones o Guardianes, como les gustaba llamarse a sí mismos.

Aún sabía poco sobre ellos, salvo que eran tan antiguos y viejos como los

Ancianos y las brujas. No confiaba ni un poco en ellos, pero si me ayudaban a rescatar a mi Sofía, aceptaría cualquier ayuda que pudiera conseguir.

Recorrí los salones buscándola. Había estado alejada mis brazos demasiado tiempo. Cuando me enteré de que íbamos a tener un hijo, estaba aún más resuelto a encontrarla. Íbamos a tener una familia. Era algo que deseábamos después de todo el caos que habíamos vivido.

No sabía a cuántos había derribado ni cuántos habían conseguido mutilarme a mí. Toda mi atención estaba centrada en Sofía. Corrine, impotente, se quedó a mi lado incluso durante el fragor de la batalla. Era la única que podía brindar asistencia médica a Sofía.

—¡El Anciano ha escapado! —gritó Aiden mientras corría hacia mí. Aunque era uno de los cazadores más temibles que el mundo jamás había conocido, la preocupación por su hija lo había desgastado. Apenas era capaz de recobrar el aliento—. Se ha ido, Derek. Se ha llevado a la mayoría de los inmunes. ¡Y no puedo encontrar a Sofía por ninguna parte!

El corazón se me detuvo por un segundo, pero no me iba a rendir hasta tener a Sofía de nuevo en mis brazos.

Recuperé la esperanza cuando una cazadora corrió hacia mí y me dijo que, de alguna manera, Sofía se las había arreglado para ponerse en contacto telefónico con ella. Incluso Aiden tenía aspecto de haber recuperado las fuerzas.

—Está en algún lugar ahí fuera —dijo la cazadora—. Estoy tratando de localizar su ubicación.

Los escasos minutos que le tomó localizar a Sofía fueron los más largos de mi vida. Ni siquiera me importaba que hubiese una sangrienta batalla librándose a mi alrededor. Finalmente, el teléfono emitió un sonido indicando su ubicación.

*«Mi Sofía está viva.»*

Era el único pensamiento que me mantenía en marcha. El mundo entero podía derrumbarse y no me importaría. Mi esposa estaba viva y, con ella, nuestro hijo.

Nos apresuramos hacia su ubicación y la encontramos tendida en el suelo de una cabaña en medio de un charco de líquido, ya había roto aguas. Estaba a punto de dar a luz. Corrí hacia ella, desesperado por sentirla de nuevo entre mis brazos.

Inmediatamente, Corrine tomó el mando de la situación y ayudó a alumbrar a los gemelos. Saber que tenía un hijo con Sofía ya habría sido

suficiente dicha. Dos eran para mí como tener un pedacito de cielo que nunca pensé que se me daría a probar. En ese preciso momento tenía a mi familia conmigo: al amor de mi vida y a mis gemelos, todos a mi lado.

Pero entonces, el diablo de ojos rojos llegó para arrebatarme a mi hijo. Y apenas un momento después, la Eterna vino para llevarse también a mi Sofía.

Que me arrancaran a Sofía de los brazos me lanzó en espiral hacia un pozo de desesperación y tristeza que no podría ni siquiera comenzar a describir. Sentí su necesidad de mí. Su desesperación por reunirse conmigo era un reflejo de la mía, pero no había nada que pudiera hacer. Aunque hubiera tenido todos los poderes del mundo, vampíricos y humanos, habría sido incapaz de defenderla.

Había fallado a Sofía. De nuevo.

Entonces me pregunté si había alguna manera de escapar de las pesadillas que seguían asolándome y estaban empezando a hacerse realidad justo delante de mis ojos.

La idea me hizo temblar.

*«¿Qué le sucede a un rey cuando se ve obligado a luchar contra su reina?»*

## CAPÍTULO 1: SOFÍA

De pie en los aposentos blancos, una neblina descendió sobre mí. El sabor de la sangre todavía estaba fresco en mi boca y solo podía pensar en beber más. Me incliné sobre el cuerpo de Clara y olí el líquido caliente que aún manaba de su pecho. Tomé un sorbo, pero lo escupí. Amarga. Desagradable. Completamente diferente a la dulce exquisitez que ella misma me había traído.

Me levanté para seguir buscando en otro lugar cuando alguien me agarró los brazos desde atrás. Me di la vuelta y vi al hombre alto que me sujetaba. Sus ojos eran de un blanco traslúcido y su flácida piel tenía un matiz amarillento.

—¿Quieres más sangre, Ivana? —Su voz era áspera.

—¡Por favor!

«*Ivana debe ser mi nombre.*»

—Sígueme.

Me condujo a lo largo de un oscuro corredor. La decoración se había tornado negra, desde los suelos de piedra a los altísimos techos, en crudo contraste con la sala que acabábamos de abandonar. Lo veía todo perfectamente a pesar de la falta de iluminación. Caminamos hacia una amplia escalera y descendimos por ella. Todo el lugar apestaba a moho. Cuando llegamos a la planta inferior, descendimos por otra escalera. Y otra. Y otra. En la duodécima, comencé a oler la sangre. El deseo me consumía de tal forma que me detuve y examiné lo que me rodeaba. Cuanto más bajábamos, más fuerte y tentador se volvía el olor.

Finalmente nos apartamos de las escaleras y el hombre abrió la puerta de

una habitación oscura. Entré directamente. El aroma de la sangre fresca invadió mis fosas nasales. Entonces la puerta se cerró de golpe detrás de mí. Miré a mi alrededor desesperadamente. No tardé mucho en darme cuenta de que la habitación estaba vacía.

Arranqué la cerradura. Arañé la puerta. Grité que me soltaran. Pero mi desesperación solo recibió el silencio por respuesta.

No acababa de entender cómo sabía que la sangre era fresca. Fue solo por instinto. *Sentía* su calor filtrándose a través de los muros. Su proximidad me atormentaba.

Me dejé caer sobre el suelo y cerré los ojos, intentando olvidar el hambre. Pero no podía, mis sentidos estaban demasiado excitados. La habitación vacía no ofrecía ninguna distracción, así que lo único que podía hacer era sentarme en la fría piedra y rezar para que alguien me librase de mi miseria.

Cuando la puerta por fin se abrió, me pareció que había transcurrido una eternidad. Volé a la puerta y me encontré de nuevo cara a cara con el hombre de piel flácida.

—¡Me prometiste sangre! —grité, abalanzándome a su cuello.

—Y te daré más sangre. Las órdenes eran que debías estar preparada para ella. —Se mantuvo tranquilo mientras apartaba mis manos de su garganta.

Apenas presté atención a sus palabras. Me permitió salir al corredor y luego extrajo unas llaves de su capa. Abrió la puerta de la siguiente sala.

Allí yacía la fuente de mi tortura: un hombre joven con cabello rubio dormía en una esquina. Sin pensarlo siquiera, me abalancé hacia él, e iba a hundir mis dientes en su cuello, pero de repente abrió los ojos. Ahogué un grito cuando sus afilados ojos azules me provocaron un agudo dolor en el pecho.

*«Esos ojos. Conozco esos ojos.»*

Me vino a la cabeza la visión de otro desconocido de ojos azules mirándome a través de las lágrimas y sosteniéndome en sus brazos.

*Derek.*

Varias oleadas de recuerdos rompieron contra mí de golpe. Un recuerdo completo anidó en mi interior por primera vez desde que llegara a este extraño lugar.

*«Derek, el parto, el hombre de los ojos rojos... ¿Dónde están mis bebés?»*

Aquello era todo lo que podía hacer para no caer al suelo y dejarme llevar por las emociones.

Me tambaleé hacia atrás, alejándome del hombre que ahora estaba hecho un ovillo en una esquina.

—¿Qué sucede, Ivana?

«*No soy Ivana. Sofía. Me llamo Sofía. Sofía Novak.*»

—No puedo —jadeé.

—¿Qué estás diciendo, Ivana? Me dijiste que querías sangre.

—Me llamo Sofía... Y no puedo beber la sangre de este hombre.

En ese momento supe que iba a tener que morir de sed de sangre. Si dejaba que el ansia me dominara de nuevo, perdería todos los recuerdos. Olvidaría a Derek. Me olvidaría de mí misma. Y, una vez hubiera probado la sangre caliente directamente de la garganta de un humano, no estaba segura de no volver a hacerlo una y otra vez. No podía dejar que la neblina me envolviera de nuevo. Tenía que luchar contra ella.

«*Ahora sé lo que se siente, Derek. Esto es contra lo que tú luchabas. Por esto estabas tan desesperado por encontrar una cura.*»

—Vaya, ¿todavía no estás lista para esto? —la rabia destelló en los ojos del hombre—. Bueno, entonces habrá más para nuestra amiguita de aquí.

Antes de que pudiera encontrar un sentido a lo que estaba sucediendo, la puerta se abrió y una pequeña vampira entró corriendo en la habitación. Los gritos del joven se acallaron rápidamente cuando la vampira atravesó su cuello.

Huí a una esquina y ahogué un grito cuando la vampira levantó la cabeza para recuperar el aliento.

«*Abby.*»

Su piel estaba tan pálida como la mía, y una oscuridad se había apoderado de sus ojos de color azul celeste. Con la sangre caliente goteando de sus labios, me dedicó una sonrisa maníaca antes de volver a beber del cuello del hombre.

Ver a Abby, mi hermanita, de esta manera... Me quedé petrificada, pero, más que ninguna otra cosa, estaba profundamente enfurecida.

No tenían derecho a hacerle esto a Abby.

No tenían derecho a hacerme esto a mí.

## CAPÍTULO 2: DEREK

El sonido de las olas del océano no me ayudaba a conciliar el sueño, aunque Rose se había dormido en mis brazos hacía ya unas horas. Respiraba suavemente y su carita redonda tenía una expresión de serenidad, como si todo en el mundo marchara bien. Como si estuviera acunando a su hermano en mis brazos junto a ella... Como si su madre...

Me ahogaba. Sentí otra ola de calor a punto de invadir mi cuerpo. Deposité a Rose en el colchón y salí a la terraza de la cabaña de la playa.

Limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano, me tranquilicé apoyado en la barandilla. Contemplé el océano, respirando profundamente. Los primeros signos del amanecer comenzaban a asomar en el horizonte.

*«Mantente fuerte, Sofía. Mantén tu luz encendida. No dejes que se extinga.»*

Susurré las palabras, esperando que de alguna manera atravesasen la oscuridad en la que ahora estaba atrapada y las escuchara. Fue una bendición que se hubiera desmayado antes de presenciar cómo le arrebataban a su hijo.

Desde nuestra separación, aunque mi corazón, mi mente y mi cuerpo gritaban con desesperación, había tenido que encontrar fuerza suficiente dentro de mí para sonreír cada día a Rose. Su inocencia era su bendición: la protegía del dolor. Necesitaba mantenerla así.

Mi preocupación inmediata había sido alejarme de los cazadores, los Halcones y los vampiros. Corrine había sugerido una antigua cabaña de playa en Costa Rica que aún poseía de sus días como estudiante. Necesitaba un tiempo alejado de todo para intentar rehacerme tanto como pudiera y aclarar mis pensamientos sobre lo que haría a continuación.

No estaba seguro de cómo habría manejado la situación sin Corrine. Su instinto femenino y su conocimiento médico le permitieron ayudarme a cuidar de Rose en cuestiones que de ninguna manera habrían sido obvias para mí.

«*Mi pequeña Rosarroja...*»

Me giré para vigilar a mi bebé. A pesar de lo remoto de nuestra ubicación, siempre temía por su seguridad. Corrine había ocupado mi lugar en el colchón y ahora acunaba a Rose en sus brazos y besaba su frente. La bruja me dedicó una sonrisa cansada que intenté devolver.

Ibrahim salió de la sala de estar y se dirigió hacia mí. Dado que la Eterna le había arrebatado sus poderes a Corrine y yo apenas tenía control sobre mi propio poder recién descubierto, Ibrahim declaró que era más que “adecuado” que estuviera aquí para ofrecernos su ayuda. No me opuse porque sabía lo valioso que podía ser cuando yo llegaba a un estado tal que me daba un ataque. Sin embargo, tampoco lo recibí con los brazos abiertos. Sabía dónde yacía su lealtad más absoluta: en la Eterna, la bruja que me había destrozado la vida con un chasquido de sus dedos.

—Una mañana preciosa, ¿verdad? —habló en voz baja mientras tomaba asiento en la terraza—. ¿Alguna idea más sobre el tema de partir?

Permanecí en silencio. Habíamos tenido una acalorada discusión la noche anterior. Le había dicho que no podía abandonar este lugar hasta que encontrara a alguien leal a mí que fuera capaz de proteger a Rose. No iba a arriesgarme a perderla a ella también. Ibrahim se había ofrecido voluntario, y en ese momento me había reído en su cara y había abandonado la habitación.

—Acabamos de recibir un mensaje de texto de Eli —continuó Ibrahim—. Ha llegado a salvo al Cuartel General Halcón con Sombra y...

Antes de que pudiera terminar la frase, me giré como un torbellino y me quedé mirando el teléfono con horror.

—¡Pensé que te había dicho que desconectaras ese maldito aparato! Es solo para emergencias, no para comunicarte con los cazadores. ¿Te das cuenta de lo fácil que les resultará rastrearnos ahora?

Le arrebaté el teléfono de la mano, salté de la terraza, y corrí hacia el océano para arrojarlo a las olas. Luego me arranqué la ropa y me zambullí, desesperado por encontrar alivio.

Comprendí que estaba reaccionando de forma exagerada. Eli sabía lo que significaba la privacidad para mí y solo me habría enviado un mensaje de texto desde un lugar seguro. Pero no podía evitarlo. Me estaba abrasando por

dentro y ni toda el agua del océano podía apagar-me.

Me tendí sobre la espalda y permití que las olas me llevaran. La brisa de la mañana soplaba sobre mi cuerpo. Levanté la vista hacia el cielo despejado, disfrutando de la sensación de ingravidez. Tan solo unos meses antes habría dado cualquier cosa por estar aquí tumbado, sin temer al sol que estaba a punto de salir. Y entonces encontramos la cura.

*«¿Esta va a ser mi vida? ¿Lograr levantarme para que me vuelvan a poner de rodillas, roto en mil pedazos?»*

Solo habíamos pasado unas pocas noches en la cabaña, pero había llegado el momento de partir. Preparado o no, no podía permanecer más tiempo estancado en esa playa. No pasaba un segundo del día en que mi mente no estuviera plagada de pensamientos sobre Sofía y nuestro hijo. Ben. Ese era el nombre que Sofía había querido para nuestro primer niño. Necesitaba contactar con Aiden y elaborar un plan.

Sentí la arena bajo mi espalda. Las olas me habían arrastrado de vuelta a la orilla. Me senté y alguien me llamó por mi nombre. Corrine se acercó y se sentó a mi lado.

—Derek, sé lo difícil que es esto para ti. Pero sabes mejor que yo que no puedes seguir retrasando la decisión. Cuanto más tiempo esté Sofía en las garras de los Ancianos... Mira, o te llevas a Rose contigo al Cuartel General Halcón...

—Sabes que eso es imposible. Ya sé que su abuelo está allí, pero ese lugar aún sigue bajo el control de Arron, en quien, obviamente, no puedo confiar.

—Entonces déjala aquí con Ibrahim y conmigo.

Solté un bufido, y luego hice ademán de levantarme y regresar a la cabaña, consciente de que Rose se encontraba sola con Ibrahim. Pero Corrine me agarró el brazo y me obligó a volverme a sentar.

—Si Ibrahim quisiese lastimar o secuestrar a Rose, podría hacerlo incluso en tu presencia. No hay nada que le impida arrebatártela de los brazos, esfumarse y regresar a El Santuario. Conozco a Ibrahim. Y confío en él. Está aquí para ayudarnos. Y necesitas llegar hasta Aiden tan pronto como sea posible.

—¿Cómo esperas que confíe en él cuando su señora... —Me interrumpí, y los recuerdos de aquella noche amenazaron con ahogarme de nuevo.

—La Eterna vino por Sofía. No por tus hijos. Te lo estoy diciendo, no conseguirás a nadie más capaz de protegernos a tu hija y a mí que Ibrahim. Si

él asegura que Rose estará a salvo, entonces así será. Tendrá la protección del reino de las brujas, porque Ibrahim actúa como emisario de El Santuario. Cualquiera que lo enoje responderá ante la Eterna en persona.

Examiné los ojos castaños de Corrine y, a regañadientes, vi sinceridad en ellos. Ibrahim podría aventajar a cualquier vampiro, Halcón o cazador. Permanecí en silencio durante unos minutos, desviando mi atención de nuevo hacia el océano. El sol se había elevado sobre el horizonte y me calentaba la piel.

Iba a hablar de nuevo cuando Ibrahim apareció a nuestro lado. Llevaba a Rose en brazos, que ya se había despertado. Me la pasó y dijo:

—Puedes partir con los cazadores, Derek. Te juro que nadie lastimará a Rose.

Bajé la vista hacia los bellos ojos verdes de mi bebé y sentí un gran dolor en mi interior. Me miró con sus ojos muy abiertos llenos de inocencia. Besé sus cálidas mejillas y acaricié su fino cabello negro, y luego la atraje hacia mi pecho.

*«Si algo te sucede mientras estoy fuera, no me quedará nada por lo que vivir.»*

### CAPÍTULO 3: SOFÍA

Cuando Abby casi había terminado de desangrar al joven hasta dejarlo seco, el vampiro me agarró del brazo y me sacó a empujones de la habitación, dejando sola a la pequeña vampira para terminar su festín.

—Una cosa que harías bien en aprender más pronto que tarde es que nosotros, los Ancianos, no somos las criaturas más pacientes del mundo —dijo, apretando mi brazo con más fuerza.

El corazón me empezó latir a toda velocidad.

*«Así que este es un Anciano.»*

Me condujo por el corredor, giró a la derecha hacia otra sala y cerró la puerta de golpe detrás de nosotros. Era mucho más amplia que la habitación anterior y estaba vacía por dentro, a excepción de una mesa sobre la que descansaba un variado surtido de látigos. Forcejeé para liberarme de sus manos, pero me sujetaba fuertemente.

Me obligó a tirarme al suelo, desgarró la espalda de mi vestido y vertió un líquido frío sobre mi piel que comenzó a escocerme. Luego vinieron los latigazos. Uno tras otro, golpeándome la columna y desgarrándome la carne.

—Detente... Detente... ¡Por favor! —Apenas podía pronunciar las palabras en medio de tanto dolor.

Solo se detuvo cuando sentí la espalda totalmente entumecida por la tortura. Entonces me agarró y tiró de mí para ponerme de pie a su lado.

—Ahora necesitas sanar. Pero primero tengo que cambiar de recipiente. Todo este esfuerzo innecesario ha dejado inutilizado este viejo recipiente.

Me arrastró fuera de la sala y me llevó de nuevo hacia las escaleras de mármol negro. A pesar de que tropezaba y me tambaleaba contra él, bajamos

varios niveles más.

Entramos en otra sala, esta vez ocupada por una joven vampira rubia que llevaba un vestido rojo hecho jirones. El Anciano me sentó en el suelo, se quitó la capa negra y me la dio para que la sostuviera. Entonces, sin previo aviso, su cuerpo decrepito se derrumbó en un montículo. La vampira soltó un grito espeluznante, pero luego su cuello emitió un clic y, con el rostro desencajado, se puso de pie como si nada hubiera sucedido. Se acercó a mí y agarró la capa negra, echándosela sobre los hombros. Me puso de pie con tanta brusquedad como había usado anteriormente para arrojarme al suelo el hombre que ahora yacía muerto a mi lado.

—Ese viejo recipiente era ya de segunda mano. Este es mucho más cómodo. Ahora vamos a arreglarte.

Los latigazos y la conmoción por lo que acababa de presenciar me habían mareado. Traté de calmar mis piernas, pero caí al suelo y todo se desvaneció en la negrura.



Cuando volví en mí, me encontré tendida en un catre dentro de una habitación no muy diferente de la sala donde habíamos dejado a Abby. La espalda aún me dolía tanto que la cabeza empezó a darme vueltas de nuevo.

Sentada en la esquina había una mujer mayor; una humana, lo supe al instante. El olor de su sangre era irresistible.

*«Dulce. Suculenta.»*

La Anciana se sentó en el extremo opuesto de la habitación, observándome.

—Es una inmune. Aún no la hemos convertido, como puedes ver. Estoy seguro de que has notado que su sangre huele mucho más dulce y sabrosa. ¿Deseas detener el dolor? Bebe.

La viejecita gimió y se hizo un ovillo en la esquina.

—No puedo —dije entre dientes. Necesité hasta la última gota de mi fuerza de voluntad para no volar hasta la garganta de la mujer.

La Anciana se puso en pie y me arrastró más cerca de la mujer, agachándose la cabeza para que su olor me embriagara. Me sacudí violentamente.

—No... ¡No! ¡Apártate de mí! —Di un pisotón con todas mis fuerzas a la Anciana, logrando que perdiera el equilibrio. Eso me concedió los cinco

segundos que necesitaba para huir por la puerta abierta.

No tenía ni idea de a dónde iba y el dolor me retrasaba. Me dirigí a las escaleras y las subí, con la esperanza de perderme en el laberinto de corredores oscuros y salas. Pero no tardé mucho en toparme con un segundo vampiro, otro Anciano que habitaba en otro recipiente viejo. En esta ocasión me di cuenta por el tono amarillento del cuerpo.

Atrapó mi brazo y me derribó, sosteniéndome contra las escaleras hasta que la Anciana que me perseguía nos alcanzó.

—Gracias —dijo, dirigiéndose a él—. Ya me encargo yo. —Luego se giró hacia mí. Los ojos le daban vueltas en las cuencas y la boca se le abrió con una sonrisa torcida—. Muy bien. ¿No vas a cooperar? Entonces tendremos que convertirte en nuestra pequeña marioneta.

Sacó un frasquito con líquido rojo de su capa, y antes de que pudiera siquiera reaccionar, me abrió bruscamente la boca y lo vertió dentro. Su dulzura estimuló mi lengua y el efecto fue instantáneo: las heridas dejaron de dolerme. Y, por segunda vez en las últimas horas, perdí totalmente la conciencia.



Cuando abrí los ojos esta vez, el espacio que me rodeaba me pareció extrañamente familiar. Estaba tendida en una losa de piedra fría. Me senté de golpe y miré alrededor. Estaba en la sala más grande y profunda del Santuario de La Sombra.

*«El lugar exacto donde despertó Derek. Donde lo conocí. Donde todo comenzó.»*

Las antorchas colgadas en lo alto de los muros emitían un tenue resplandor. Una oleada de alivio me invadió. Estaba en casa. Por lo que sabía, Derek podía estar a menos de un kilómetro. Pero luego la realidad me golpeó con toda su fuerza.

*«¿Cómo me trajo la Anciana hasta aquí? ¿Por qué diablos me traería a casa?»*

Sabía que las respuestas a estas preguntas no me brindarían ni alivio ni alegría.

La sala parecía vacía, aunque había un extraño agujero circular a cinco metros de mí. Me puse de pie con cautela. Justo cuando hice ademán de caminar hacia el agujero, una voz profunda que conocía muy bien resonó en

la sala.

—Sofía.

«¡Xavier!»

Una figura se removió en las sombras de un lejano rincón de la sala. Estaba emocionadísima por ver a un amigo querido. Corrí hacia él para abrazarlo. Pero, a medida que me acercaba, la alegría se transformó en horror.

Ojos traslúcidos. Sonrisa maníaca.

—¡Xavier! —chillé.

Xavier cayó al suelo, retorciéndose. Un frío glacial me envolvió, penetrándome hasta los huesos. Logré gritar durante unos segundos, pero luego perdí la voz. No podía mover la lengua. No podía abrir la boca. No podía controlar ninguna parte de mi cuerpo. Me sentí atrapada dentro de mi propio cuerpo mientras una presencia oscura se cerraba en torno a mí.

Entonces oí hablar a mi propia voz.

—No, querida. No soy Xavier. Soy solo la oscuridad que lo consumió. La misma que ahora te consume a ti.

## CAPÍTULO 4: DEREK

La mañana siguiente temprano, preparé el equipaje con unos pocos artículos esenciales. Me aseguré de dejar allí un teléfono de sobra y ordenar a Corrine e Ibrahim que solo se pusieran en contacto conmigo en caso de emergencia. Luego, después de abrazar una última vez a Rose, emprendí el camino tierra adentro, a la ciudad de Liberia. Allí usé una cabina telefónica para ponerme en contacto con Aiden y, seis horas después, me encontraba subiendo a un helicóptero con destino al Cuartel General Halcón.

Durante el vuelo, intenté dejar de pensar en lo que podían estar sufriendo Sofía y mi hijo. Traté de alejar de mi mente todo aquello que escapaba a mi control. Si quería razonar con claridad y no ser un peligro de incendio constante en el Cuartel General, tenía que controlar mis emociones.

Cuando llegué, Aiden ya estaba esperándome en la pista de aterrizaje. Las arrugas de su rostro se habían hecho más profundas en los últimos días y tenía unas oscuras ojeras bajo los ojos. A pesar de ello, sonrió y me abrazó brevemente. Luego frunció el ceño preocupado.

—¿Y mi nieta?

—Rose está a salvo con Corrine e Ibrahim, al menos por ahora. No la habría dejado allí si pensara que no está segura.

—Rose —dijo suavemente—. Ojalá pudiera haberla visto.

—Sabes por qué la dejé atrás. Ahora luchamos al lado de Arron y los Halcones, confiamos en ellos a ciegas porque no tenemos alternativa. Pero aún hay demasiados detalles relacionados con sus motivos verdaderos que no entendemos. Este no es lugar para traer a una recién nacida.

El dolor brilló por unos instantes en sus ojos, pero se recompuso. Era un

hombre con mucha práctica a la hora de ocultar sus emociones. Nos dirigimos hacia el edificio principal.

Llegamos a su oficina y nos encerramos allí. Arron nos esperaba sentado ante el escritorio. Cuando me vio entrar, torció los labios.

—Bienvenido de vuelta, Derek.

Asentí bruscamente con la cabeza, pero no dije nada. Habría preferido hablar en privado con Aiden, pero Arron sabía más que mi suegro de Cruor, el reino de los vampiros, y, ciertamente, tenía más influencia. Recordé cómo, aunque no nos acompañó personalmente cuando invadimos La Fortaleza de Sangre, nos había armado con docenas de Halcones de Aviario.

Me senté frente a Aiden, quien me miró sombríamente antes de iniciar la discusión.

—Primero, Sofía. Según lo que la Eterna te dijo, solo podemos asumir que está en Cruor.

—Hay tres puertas que permiten el paso a ese reino —siguió Arron—. Una en El Subterráneo, otra en La Sombra y la tercera en La Fortaleza de Sangre. En el momento que la bruja se llevó a Sofía, estábamos invadiendo La Fortaleza, así que dudo mucho que la transportase por esa puerta en particular. Así que la Eterna envió a Sofía a La Sombra o a El Subterráneo, después de lo cual un Anciano se la habría llevado a Cruor a través del portal.

—¿Por qué la quieren a ella? —pregunté, aterrado al oír la respuesta de Arron.

—¿No es obvio? Es una inmune. La sangre de un inmune es una sustancia rara para su especie. ¿Recuerdas el efecto que tenía en ti? ¿Lo que sentías cuando la bebías?

Me estremecí. Me recordaba bebiendo la sangre de Sofía con demasiada claridad.

—Vayamos al grano —intervino Aiden—. Para rescatar a mi hija, parece que la única opción es entrar por la fuerza en Cruor y recuperarla. Uno de los muchos problemas que se presentan es que ni siquiera Arron sabe si es posible que un “no Anciano” entre sin ayuda.

—¿Y Ben? ¿Mi hijo?

Aiden suspiró pesadamente y se pasó una mano por el cabello.

—Aún es un misterio para nosotros. No hemos hecho ningún progreso a la hora de rastrear a Kiev. Para ser sinceros, ni siquiera sé por dónde comenzar. No tenemos prácticamente ningún antecedente acerca de Kiev, excepto durante la etapa que vivió en La Fortaleza de Sangre. Y hemos

buscado por todo el lugar desde que secuestró a Ben. La Fortaleza de Sangre ahora está vacía, salvo por algunos perros. Por lo que sabemos, Kiev también podría estar en Cruor.

Miré a Arron.

—¿Y tú no tienes nada que añadir?

—No.

Respiré profundamente.

*«Ignora tus emociones. No te ayudarán a encontrarlos. Concéntrate, Novak. Concéntrate.»*

—Está bien. Por ahora, parece que la única opción es centrarnos de lleno en Cruor. Necesitaremos de nuevo la ayuda de los Halcones. Dios sabe a qué nos enfrentaremos al otro lado de ese portal, si es que conseguimos cruzarlo.

El sonido brusco de unos nudillos en la puerta me interrumpió. Aiden se levantó para abrir. Cuando Vivienne entró en la sala, el corazón me dio un vuelco. Me puse en pie de un salto y la atraje hacia mis brazos.

—Derek, he estado muy preocupada por ti —dijo sin aliento—. Cuando no respondiste al mensaje de Eli... no sabía qué pensar.

—Solo estoy intentando seguir adelante, Vivienne. Me alegra que llegaras bien. —La besé en la frente—. ¿Qué fue de los demás que se dirigían también hacia aquí?

—Claudia, Cameron, Zinnia, Gavin, Eli, Sombra y Landis, el hermano de Xavier, todos están aquí.

—¿Y qué hay de Ashley, Liana, Yuri y Xavier?

Su labio inferior tembló y las lágrimas anegaron sus ojos. Bajó la mirada. Esa fue respuesta suficiente. Quería reconfortarla, pero no había tiempo para eso. Teníamos que dejar de lamentarnos por la situación y concentrar todos nuestros esfuerzos en hacerle frente.

Me senté, ansioso por retomar la discusión. Atacar La Fortaleza era una cosa. Irrumpir en otro reino era algo completamente distinto. Sabía que la única persona con el suficiente poder para ayudarnos era la Eterna. Para nuestra desgracia, también era la única persona que ciertamente jamás nos ayudaría.

Justo entonces, volvieron a llamar a la puerta.

—¡Adelante! —soltó Aiden. Entró un joven cazador—. ¿Qué quieres?

Levantó un teléfono.

—Para el señor Novak. Una persona llamada Corrine está al teléfono.

El corazón me dio un vuelco en el pecho mientras le arrancaba el teléfono

de las manos.

—¿Corrine?

—¿Derek? Me siento incómoda diciendo esto en voz alta, pero... Sofía acaba de aparecer en la cabaña.

## CAPÍTULO 5: SOFÍA

Ahora que el Anciano se había apoderado de mi cuerpo, sentía un frío constante. Esa sensación de frío se me había instalado en la médula de los huesos y me provocaba un gran dolor. Me escocían los ojos, pero no podía parpadear. Mi visión era borrosa; aún podía ver, pero no claramente. Quería jadear para recuperar el aliento, pero ya no tenía ningún control sobre mi propia tráquea.

«Déjame... ¡Por favor!» —supliqué.

La boca se me abrió en respuesta.

—Tenemos mucho trabajo que hacer juntos, tú y yo.

Me estremecí internamente.

—Además, eres un recipiente demasiado suntuoso para que te deje marchar antes de que expires. —Esta vez mi cuerpo tembló. Era el Anciano temblando a través de mí, como si experimentara placer.

Las piernas me sacaron del templo al jardín exterior. Los rayos de la luna brillaban en el claro, permitiéndome ver la silueta de tres figuras sentadas en círculo sobre el césped. A medida que nos acercamos, me horroricé al comprobar que los reconocía a todos: Ashley, Liana y Yuri. Solo que ya no eran los vampiros que conocía, del mismo modo que yo ya no era la Sofía que ellos conocían.

Se me doblaron las piernas y caí al suelo junto a Ashley.

—Continúa por donde estábamos. Antes de que me fuera a cambiar.

Me pregunté si mis amigos tendrían pensamientos propios, como me sucedía a mí. Si a ellos también les horrorizaba verme de esa forma. No sabría decir si era así. Sus ojos se mantuvieron desenfocados y sus rostros

estaban desprovistos de toda expresión. Asumí que ellos veían lo mismo en mí.

La siguiente en hablar fue Liana, con ira en la voz.

—¿No te advertí que esto podría pasar si muchos de nosotros nos apresurábamos al mismo tiempo? Estamos haciendo expirar a demasiados recipientes. Les estamos exigiendo demasiado. Y estamos olvidando el objetivo de nuestra visita: vinimos aquí para la cosecha.

—Estoy de acuerdo contigo. Si estuviéramos al otro lado del portal, jamás se nos ocurriría implicarnos en tales actividades. —Ashley se dirigió a mí—. Nos estamos volviendo demasiado complacientes, olvidamos que los recipientes son algo mucho más valioso ahora que hace un tiempo no tan lejano, gracias a la reina aquí presente. —Agitó una mano con disgusto hacia mí.

—Me aseguraré que esta *reina* comprenda su error, que no le quede ninguna duda al respecto —respondió mi voz.

—Debemos prohibir que se malgasten más recipientes —dijo Ashley.

Yuri, que había estado echando tragos de una botella de vino, parecía agitado.

—¡Hemos estado muriéndonos de hambre durante demasiado tiempo! Ya nos abstenemos de beber de los inmunes. ¡Al diablo con la austeridad! Aún quedan muchos recipientes en esta isla. ¿Y cuando se nos acaben los suministros de recipientes? Vamos y creamos más.

—Idiota descerebrado. Sabes que eso ya no es tan fácil. ¿Y qué hay de toda la sangre humana que hemos desperdiciado innecesariamente? —inquirió Liana—. ¡No soporto ver cómo la derraman por el suelo mugrientos sabuesos de caza! Es sangre fresca y caliente que deberíamos guardar para nuestro propio sustento. Ya nos hemos divertido bastante. Ahora debemos velar por la preservación de nuestra especie.

Por la forma en que hablábamos todos, tuve claro que se trataba de los principales líderes de toda la operación. Pero el tono decisivo de mi voz me hizo comprender que el Anciano que me poseía a mí estaba incluso un escalón por encima de los otros tres.

—Estableceremos una prohibición para evitar más despilfarros, tanto de humanos como de recipientes. —Yuri abrió la boca para protestar, pero mi voz lo acalló—. Para lograrlo, todos los Ancianos, salvo nosotros cuatro y unas pocas docenas a quienes ustedes crean capacitados para ayudarnos, deben regresar a través del portal. Podemos pedir refuerzos según vayan

siendo necesarios.

Ashley y Liana asintieron en señal de aprobación.

—Entonces, organicemos la creación de más recipientes. Solo cuando hayamos recolectado los suficientes para llenar las cámaras de Cruor reanudaremos las fiestas. ¿Está entendido?

El rostro de Yuri se contrajo, pero parecía evidente que no iba a discutir.

Mi voz continuó.

—Por ahora, mantendremos a todos los humanos y recipientes que ya estén en esta isla tal y como se encuentran situados actualmente: los humanos en los niveles inferiores de Las Celdas, y los recipientes en los niveles superiores. Una vez completada nuestra procreación, llamaremos a más Ancianos para que crucen el portal y nos ayuden a transportarlos a todos a Cruor de un solo viaje.

—Y los Halcones... —comenzó Liana.

—El plan para los Guardianes permanece intacto —dije, mirando a Liana—. Ahora ve y espérame en el Puerto.

Todos nos pusimos de pie al mismo tiempo. Ashley y Yuri comenzaron a caminar hacia El Valle, Liana al Puerto y yo hacia Las Celdas. Usando mi velocidad vampírica, el Anciano me llevó a toda prisa a través de los bosques de secuoyas gigantes hasta que llegamos a la gran entrada de madera.

Tal y como había explicado mi Anciano, habían evacuado a los humanos de Las Catacumbas y los habían metido a todos en Las Celdas para acceder a ellos más fácilmente. Me enfermaba ver el número de humanos que retenían en cada celda, estaban enjaulados como animales. Los que no estaban dormidos o inconscientes me miraron al pasar junto a sus celdas.

—¡Sofía! ¡Gracias a Dios!

—¡Por favor, ayúdanos!

—¡Mamá, mira! ¡La reina Sofía ha vuelto! ¡Te dije que vendría por nosotros!

Ni siquiera podía girar la cabeza hacia los que me llamaban. Estaba segura de haber oído la voz de una niña entre todas las demás. El Anciano siguió obligando a mi cuerpo a marchar hacia adelante. La luz era tan tenue que dudaba que pudieran ver mi rostro lo bastante bien como para comprender que estaba poseída. Creerían que estaba ignorando su sufrimiento.

Este era mi pueblo, dependían de Derek y de mí para gobernarlos y ofrecerles protección. Una oleada de culpabilidad me golpeó y me dejó

abatida. Luego la furia hirvió en mi interior de una forma completamente diferente a cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Esta vez, cuando el Anciano se dirigió a mí, no usó mi voz para hablar en voz alta. Era como si me hubiera leído los pensamientos y hubiera sentido mis emociones. Oí su voz siseando dentro de mi cabeza.

—Guarda los sentimientos para más adelante, niña. Te prometo que encontrarás un uso mejor para ellos.

«*No te saldrás con la tuya, serpiente asquerosa*» —grité en mi cabeza. Las lágrimas habrían rodado por mi rostro si lo hubiera estado controlando yo. Agradecí al cielo que, al menos por el momento, no se iba a derramar más sangre.

Después de unos minutos más de esa tortura, nos detuvimos ante una celda. En el interior había una persona desplomada en el suelo. Gateó hasta los barrotes y comenzó a lloriquear.

—¡Por favor, aliméntame! ¡El estómago me arde! ¡Haré todo lo que quieras!

Era una joven que llevaba un vestido negro hecho jirones. Su rostro estaba sucio de tierra y parecía como si no hubiera comido en días.

—¡Silencio, bruja! —dijo mi voz fría.

Si era una bruja, me pregunté por qué demonios permitía que la trataran de ese modo. El Anciano respondió a mi curiosidad mentalmente.

«*No todas las brujas son tan poderosas como tu Corrine.*»

Era perturbador saber que todos mis pensamientos estaban expuestos a esa clase de maldad.

Continué hablando.

—Te alimentaré. Pero a cambio, debes pulir mi recipiente. El mismo tratamiento que diste al último recipiente que te enviamos.

La bruja no perdió tiempo en pensárselo y se levantó del suelo. Se tambaleó hasta una esquina de su celda y empezó a mezclar algún tipo de brebaje, aunque no pude ver qué era exactamente. Luego murmuró un cántico durante varios minutos, caminó de vuelta hacia los barrotes y me arrojó un puñado de polvo a los ojos. Sentí el polvo como si fuera un ácido, y grité de dolor en mi cabeza. Pero, después de unos segundos, el escozor disminuyó y mi visión se hizo tan clara como antes de mi posesión.

La bruja levantó un espejo. Mis ojos eran exactamente igual que como los recordaba. Mi rostro también tenía el aspecto del momento en que descubrí que me habían convertido, allá en los aposentos blancos. Sin expresión torva.

Ciertamente, no parecía que hubiera un Anciano habitándome.

Alcancé una caja negra que había en el suelo de la celda vacía contigua a la de la bruja. Extraje un pedazo de pan duro y se lo arrojé. Lo tomó y comenzó a comer vorazmente.

Luego, sin decir una palabra, me di la vuelta y me dirigí hacia la salida. La segunda vez que pasamos junto a los humanos, estos se mostraron mucho más sumisos. La mayoría no se molestó en decir mi nombre. En cambio, oí murmullos en voz baja. Me dolió en el alma comprender que ya debían haber aceptado que los había abandonado.

Una vez fuera de Las Celdas, el Anciano me habló de nuevo.

—Ahora, ayúdame a entender a dónde puede haber ido tu amante.

Los recuerdos pasaron a toda velocidad ante mis ojos, todos relacionados con determinados lugares. Después de unos segundos, lo comprendí.

*«Está accediendo a mis recuerdos.»*

El flujo de imágenes se detuvo, dejando la visión de una pequeña cabaña en la playa.

*«Pero yo nunca he estado en ese lugar. Este recuerdo ni siquiera es mío.»*

—Ajá —siseó el Anciano—. No es tan tonto como para correr a buscar la protección de los Halcones. Estaba con la bruja la noche del alumbramiento. Esta sería la opción más natural.

Entonces recordé que no todos los recuerdos que guardaba en mi cabeza eran míos.

*«Los recuerdos de Vivienne.»*

—En cuanto lleguemos allí, te devolveré el control de tu cuerpo. Deberás seguir todas mis órdenes. Y no olvides nunca que estoy aquí mismo, contigo.

## CAPÍTULO 6: SOFÍA

«*Mi esposo no... Y mis bebés...*»

El pánico incendió mi mente. No podía pensar con claridad. El miedo, la desesperación y la rabia me consumían, todo a la vez. Quería gritar con toda la fuerza de mis pulmones.

En cambio, corrí hacia el Puerto. Allí nos esperaba Liana, vigilando a través de la escotilla del pequeño submarino. Trepé y entré, y ambas tomamos asiento cerca de los controles. Tomé un mapa que había sobre el tablero de mandos y deslicé mi dedo por encima durante unos instantes, hasta que apunté a una zona costera al sur de Costa Rica. Tomé una pluma e hice una marca, y luego se lo pasé a Liana.

—Esta es la localización. Si queremos llegar allí antes del próximo siglo, debes aflojar el control que ejerces sobre tu recipiente para que pueda gobernar la nave. Pero vigílala de cerca. Es leal a los Novak y no tenemos tiempo para rodeos.

«*Bastardo. Víbora.*»

Me levanté y me dirigí a la popa del submarino. Apenas nos habíamos sentado en uno de los bancos cuando nos impulsamos hacia delante. La mente del Anciano debía estar ocupada con otros asuntos, ya que eligió no responder a mis insultos.

Mis pensamientos regresaron a Liana.

«*El submarino se está moviendo. Mi querida amiga vuelve a tener el control de sí misma.*»

Temí que arriesgara su vida intentando cambiar de rumbo con la esperanza de que el Anciano no lo notase. Habría sido una tonta por

pretenderlo siquiera; su Anciano lo habría sabido en el mismo instante en que tuviera la idea.

Deseaba poder regresar a la sala de control y abrazarla. Sentía que había transcurrido una eternidad desde la última vez que había tenido contacto con alguien que albergara al menos un jirón de humanidad dentro de sí. Anhelaba un cálido abrazo, un apretón de manos que me asegurase que íbamos a superar esta terrible experiencia. Había estado tanto tiempo paralizada por el miedo y la duda que estaba desesperada por encontrar algo que mantuviese vivo mi fuego. La oscuridad amenazaba con envolverme en cualquier momento. Cada segundo era una batalla para impedir que la niebla anidara en mí otra vez.

El hecho de no saber lo que el Anciano tenía planeado hacer con mi familia cuando llegáramos hacía que mi mente se hundiera en un remolino que conducía hacia un abismo negro de terroríficas posibilidades.

*«¿También quieren convertir a mis hijos, o conservarlos por su sangre? ¿Los llevarán a Cruor y los obligarán a crecer en la oscuridad de las cámaras de almacenamiento? ¿Qué le van a hacer a Derek? ¿Lo lastimarán solo para hacerme sufrir o le encontrarán un uso como recipiente?»*

Debieron pasar bastantes horas mientras yo permanecí sentada en el mismo lugar, temblando ligeramente. Caí en la cuenta del motivo que provocaba el silencio de mi parásito.

*«El Anciano obtiene placer con mi miedo. Mi desesperación es su fuerza. No puedo darle eso.»*

La idea de privar al Anciano de ese placer me permitió reunir en mi interior una fuerza que pensaba que había perdido. Me obligué a imaginarme viviendo felizmente con mi familia, al abrigo de cualquier daño.

*«Derek compró esa magnífica villa frente al mar. Cuando consiga regresar a él, estará esperándome en el porche. Sostendrá a nuestros hijos, uno en cada brazo. Correré hacia ellos y los cubriré de besos...»*

Sonreí interiormente. Un cálido sentimiento de paz se propagó por todo mi ser.

Mi cuerpo dejó de temblar y el Anciano me hizo levantarme y empezar a caminar de un lado a otro del pequeño compartimento, como si intentase abstraerse de mis pensamientos.

Seguí caminando por el compartimento otra hora más, hasta que el submarino se detuvo con un ruido sordo. Liana apareció por la puerta y dijo:

—Estamos a unos ochocientos metros de la ubicación que marcaste. Es

mejor que nos mantengamos a una distancia prudencial y vayas a pie desde aquí.

Asentí. Entonces me dirigí hacia la escotilla, la abrí, y me deslicé al exterior, cayendo en aguas poco profundas. Me dolía dejar a Liana atrás sin saber si alguna vez la volvería a ver. ¿Y qué sería de Ashley, Yuri, Xavier y todos los demás humanos y vampiros de La Sombra? Me sentí de nuevo a punto de hundirme.

*«Mantente fuerte, Sofía. No eres ajena a las tormentas. Es posible que las olas bramen enfurecidas, pero tú puedes elevarte por encima de ellas.»*

Cuando ya nos habíamos acercado a menos de tres metros de la cabaña, el Anciano finalmente me habló.

—Recuerda mi advertencia. Habrá momentos en los que te liberaré de mi control, pero, cuando yo dé una orden, sea la que sea, tú obedecerás.

Entonces me hizo comenzar a golpear la puerta frenéticamente.

—¡Por favor, abre la puerta! —Oí cómo gritaba mi voz.

Después de unos instantes, unos pasos se acercaron apresuradamente y apareció un rostro familiar. Corrine. Al verme, dejó escapar un débil grito y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¡Sofía! ¿Qué? ¿Cómo?

—¡Te lo explicaré! ¡Déjame entrar, por favor! —Las lágrimas se deslizaban frías por mi rostro, forzadas a brotar por el Anciano.

Corrine abrió la puerta. Me condujo a una salita y me empujó hacia una silla. Yo respiraba agitadamente.

—¡Logré escapar de Croul!

—¿Cómo?

—Un vampiro. No sé quién es. Lo único que sé es que era un errante, un traidor a su especie. Tuvo lástima de mí cuando le conté que tenía niños pequeños. Me ayudó a regresar a través del portal.

—Eres una...

—Me convirtieron. No sé cómo. Cuando recuperé la conciencia, ya estaba convertida. Ansiaba beber sangre.

Mientras Corrine me miraba fijamente a los ojos, deseé que pudiese ver lo que eran en realidad: cuencas vacías, puertas de una prisión tras las cuales mi alma pedía a gritos que lo adivinara.

—¿Cómo llegaste aquí?

Me puse en pie bruscamente.

—¿Dónde está Derek?

—Él... Partió recientemente hacia el Cuartel General Halcón.

Un hombre de cabello oscuro con barbita de chivo entró en la habitación y me contempló fijamente. El Anciano me obligó a ignorarlo.

—Mis bebés. ¡Quiero ver a mis bebés! —grité.

Cuando Corrine bajó la vista hacia el suelo, se me cayó el alma a los pies.

—Sofía, tu hija Rose, que es como la llamó Derek, está durmiendo en la habitación de al lado. —Corrine se detuvo y las lágrimas anegaron sus ojos—. Tu hijo Ben. Nosotros... Yo... Lo perdí. —Se derrumbó en el suelo, llorando—. No sé si podrás perdonarme alguna vez.

Ahogué un grito, esta vez de forma audible. En ese momento, el Anciano había liberado su control sobre mi cuerpo para permitirme mostrar el dolor de una madre. Caí al suelo junto a Corrine, y le rogué que me lo explicara.

—El vampiro de ojos rojos. Llegó demasiado rápido, no pude defenderme de él —se ahogó en sus propias palabras—. Me arrebató a Ben de los brazos. Aún no sabemos a dónde lo llevó.

Corrine me rodeó con sus brazos. Esta vez, el Anciano me permitió derramar mis propias lágrimas. Lloré y temblé abrazada a ella. Ahora me sentía desesperada por ver a mi hija. Pero sabía que debía permanecer tan lejos de Rose como fuera posible, así que, cuando Corrine me condujo al dormitorio de Rose, di un paso atrás.

«*¡Muévete hacia adelante!*» —El siseo del Anciano retumbó dentro de mi cabeza.

Me negué. Caminé de vuelta hacia la salida de la cabaña, obligando al Anciano a forzarme a ir hacia la habitación de Rose.

Corrine se detuvo, observándome con detenimiento. Recé al cielo para que aquello hubiera levantado sus sospechas.

—¡Por favor! ¡Necesito ver a mi hija! —dijo mi voz.

Entramos en la oscura habitación y nos quedamos de pie alrededor de la cuna de mi bebé.

«*Así que estás eres tú, Rose. Mi preciosa niña. Tan pacífica.*»

«*¿No es hermosa, Sofía?* —preguntó el Anciano—. *Pronto se arrepentirá del día en que su madre enojó a los Ancianos.*»

Para mi horror, mis manos se dispararon hacia la cuna, tomaron a Rose y empezaron a acunarla.

## CAPÍTULO 7: DEREK

No podía creer lo que oía.

—¿Qué?

—Sofía. Está aquí. Llegó hace una hora —repitió Corrine.

—¿Cómo?

—Limítate a volver. Se lo podrás preguntar tú mismo.

Cuando Corrine colgó, me pellizqué el brazo para comprobar que no había caído en alguna clase de cruel ensoñación. Luego busqué frenéticamente por la habitación hasta que mis ojos encontraron los de Aiden. Su rostro era un reflejo de lo que yo sentía. Me arrebató el teléfono y, en cuestión de segundos, estaba pidiendo un helicóptero. Luego se giró hacia mí y dijo con voz ronca:

—Tráela de vuelta, Derek. Necesito verla.

Corrí hacia la plataforma de despegue y me lancé al interior de la aeronave cuyo motor ya estaba zumbando. Desechando toda precaución, le di las coordenadas de la cabaña de la playa al piloto y despegamos.

Cientos de preguntas se agolpaban mi mente, pero, sobre todo, me inundó la sensación de alivio más intensa que había sentido en toda mi vida.

*«Mi Sofía, mi luz. Estás viva.»*

Me preguntaba si ya le habían contado lo de Ben. Me sentí enfermar al imaginar cómo habría reaccionado. Pero, de alguna manera, ahora que ella estaba de vuelta, la tarea de encontrar a Ben parecía más soportable que unos minutos antes.

Apenas pude sentarme quieto durante el vuelo, me revolvía y le preguntaba al piloto cuánto faltaba para que llegáramos. Me sentía paranoico,

pensando que de alguna manera me la arrebatrían de nuevo mientras llegábamos. Ibrahim era aliado de La Eterna. ¿Y si había decidido alertar a la bruja y venía a reclamar a Sofía? Cerré los ojos e intenté respirar profundamente. Todo mi ser ansiaba tener a Sofía entre mis brazos, peinar con mis dedos su largo cabello y sentir sus suaves labios junto a los míos.

Cuando el helicóptero empezó a descender, apenas podía contenerme. Tan pronto como alcanzó la playa, salté y corrí hacia la cabaña. Corrine abrió la puerta. Parecía exhausta y su rostro estaba lleno de preocupación. Apenas la saludé mientras pasaba de largo y entraba en la sala de estar.

—¡Sofía!

Mi visión se tornó borrosa cuando Sofía susurró mi nombre y corrió hacia mí, arrojando sus brazos alrededor de mi cuello. Tuve que luchar por reprimir las lágrimas mientras la tomaba por la cintura y atraía su cuerpo tembloroso hacia el mío. Me preguntaba por qué estaba tan fría. Froté su espalda de arriba abajo con mis manos, esperando que mi roce la calentara. Puse mis labios sobre su clavícula, luego su cuello, su mejilla, y finalmente su boca. Sus lágrimas humedecieron mi rostro mientras la besaba con avidez, con mi lengua abriéndose paso entre sus labios. Había tenido hambre de ella durante demasiado tiempo. Mi cuerpo estaba ahora dominado por un nivel de pasión que apenas podía contener.

Sabía que Sofía aún estaría muy sensible por el parto. Tendría que ser cuidadoso. Pero estaba claro que ella sentía la misma pasión que yo cuando introdujo sus manos por debajo de mi camiseta y recorrió mi pecho. Estaba a punto de alzarla y llevármela al dormitorio de invitados para disfrutar de un poco de intimidad cuando lo sentí: un corte afilado en mi labio inferior. La solté y di un paso hacia atrás, confundido. Me toqué el labio y vi sangre en mi dedo. A continuación, examiné más detenidamente el pálido rostro de mi esposa.

—¿Sofía?

Con los ojos aún llenos de lágrimas, abrió la boca y desnudó sus colmillos.

—Lo siento mucho... —sollozó.

—Eres... ¿Cómo? —La agarré por los hombros y la miré desesperado, rezando para que mis ojos estuvieran engañándome.

—Yo... Simplemente me desperté y vi los colmillos. Ansiaba sangre. No entiendo cómo ocurrió. ¡Pensé que era inmune!

La cabeza comenzó a darme vueltas. Me asaltaron dudas sobre lo que la

transformación significaba para ella, para nuestra familia y para nuestro futuro.

«¿Funcionará la cura en un vampiro creado directamente por los Ancianos? ¿Voy a permitir que corra ese riesgo?»

—¿Cómo demonios escapaste?

—Un vampiro solitario, uno de los recipientes... Me ayudó. Era un sirviente de los Ancianos y gozaba de su confianza. Cada vez que venía a mi celda a alimentarme, le suplicaba que tuviese piedad de mí. Finalmente creo conseguí llegar a él y me ayudó a cruzar a escondidas a través del portal de La Sombra.

—¿La Sombra? ¡Pero si ese lugar está repleto de Ancianos! ¿Cómo pudieron no verte?

Me miró con desaliento.

—Por favor, Derek, no más preguntas acerca de todo por lo que he pasado. No quiero pensar más en ello. Ahora estoy aquí. ¿No es suficiente?

—Depositó una mano fría en mi rostro y tiró de mi camisa. Entonces me susurró al oído—. No puedo soportarlo más. ¿No comprendes que me muerdo por ti? El tiempo que pasamos juntos fue demasiado corto.

A pesar de que mi mente aún hervía con preguntas y ansiedad, cedí a su petición. Decidí apartarlo todo y centrarme únicamente en Sofía, mi hermosa esposa que había vuelto a mí. Intenté fingir que en ese momento no existía nada más aparte de nuestros corazones desbocados.

La alcé y me dirigí hacia el dormitorio. La deposité de pie sobre el suelo con gentileza, la desnudé besando cada parte de su cuerpo donde pude posar mis labios. Cuando dudé, ella me dijo:

—No me vas a hacer daño, Derek. Recuerda que ahora soy vampira.

A continuación, me quitó la ropa, se tendió en la cama y, agarrando mi cabello, me empujó hacia ella.

A pesar de que Sofía había perdido su calidez, aún era tan hermosa como la recordaba. No importaba cuánto tiempo yací allí con ella, con su cuerpo entrelazado con el mío, sentía cómo mi apetito por ella no lograba saciarse. Y parecía que ella sentía lo mismo.

Hasta que una extraña oscuridad brilló en sus ojos y comenzó a chuparme la sangre.

Recordé cuando yo era vampiro, cuánto control me hizo falta para no tomar su sangre cada vez que dormíamos juntos. Pero, a pesar de que había sido una tarea hercúlea, lo había logrado. Seguramente debería haber sido

más fácil para Sofía no caer en la oscuridad. Después de todo, ella había sido la que me había ayudado *a mí* a controlar mi ansia.

«¿*Por qué haces esto Sofía?*»

## CAPÍTULO 8: SOFÍA

Tan pronto como me desperté a la mañana siguiente, me encontré saliendo de la cama y caminando hacia la ventana para bajar las persianas e impedir que los rayos de sol entrasen en la habitación. Luego me giré para ver a Derek, que aún estaba dormido en la cama. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y marcas de mordeduras. El horror y la culpa se apoderaron de mí.

El Anciano me había liberado de su control varias veces desde que Derek entrara en la cabaña, permitiéndome mostrar mis propias emociones. Pero una vez mis dientes comenzaron a hundirse en la carne de Derek y su sangre llenó mi boca, supe que el Anciano había retomado el control completamente. Había visto el dolor en el rostro de Derek. Sus ojos traicionaron que le estaba lastimando a un nivel mucho más profundo que simplemente el dolor físico.

Había intentado gritar en varias ocasiones. Y en cada una de ellas, mi voz había sido ahogada. Todo lo que podía hacer era rezar para que el mal que habitaba en mí encontrara algo de piedad y me obligara a abandonar la cabaña y desaparecer en algún lugar a miles de kilómetros de aquí. También podía rezar para que mi mejor amigo Ben volviese a la vida.

Derek se agitó en la cama y gimió. Abrió los ojos y, cuando me vio de pie junto a la ventana, se las arregló para sonreír como si nada hubiese sucedido.

—Buenos días, preciosa. —Me hizo un gesto para que volviera a la cama. Me tendí a su lado y me atrajo a un abrazo. Besándome la coronilla, me preguntó: —¿Viste a Rose? Sus ojos son exactamente igual que los tuyos.

—Por supuesto que la he visto. Parece muy sana. Corrine te ha ayudado a cuidarla muy bien.

—Corrine tiene algunos amigos en el pueblo, siguiendo la carretera. Una de ellas tiene un bebé y se ofreció a amamantar a Rose. Corrine e Ibrahim han estado llevándola a diario. Ibrahim es... Bueno, es una larga historia.

Me dolió pensar que nunca había experimentado el placer de alimentar a mis propios hijos. Y nunca lo haría mientras siguiera siendo una vampira.

Derek comenzó a explicarme todo lo que había ocurrido desde que me llevaron la primera vez a La Fortaleza de Sangre: cómo había escapado él de La Fortaleza, cómo permaneció en El Santuario con Ibrahim y la Eterna, los Guardianes... su historia me dejó maravillada. Hablaba muy rápido, y yo quería detenerle para hacer preguntas, pero, para mi frustración, mis labios permanecieron sellados. Derek llevaba hablando una hora cuando su historia llegó a la parte en la que fui secuestrada por la bruja, y en ese momento se detuvo. Me levantó la cabeza con su mano y sus brillantes ojos azules se clavaron en los míos.

—Pensé que te había perdido, Sofía. No puedo decirte lo asustado que estaba. —Sus brazos se apretaron en torno a mí y depositó un tierno beso en mi frente.

*«Me perdiste, Derek. No soy tu Sofía.»*

Después de un instante de silencio, se aclaró la garganta y continuó.

—Aiden me pidió que te llevara al Cuartel General. Desea verte desesperadamente. Pero en el momento que me lo pidió estaba demasiado abrumado por la emoción para darse cuenta de lo increíblemente mala que es esa idea... Especialmente ahora que eres... —La voz de Derek se apagó—. Aun no entendemos cuáles son los motivos reales de los Guardianes. No sé cómo reaccionará Arron al verte como vampira, y no quiero correr ningún riesgo contigo. Incluso permanecer en esta cabaña es peligroso, ahora que los cazadores conocen sus coordenadas. Necesitamos otro lugar para vivir, en una costa diferente y tan pronto como sea posible.

—Derek. —escuché cómo mi voz lo interrumpía con suavidad—. De verdad que quiero ir al Cuartel General. Quiero ver a mi padre.

Derek me acarició la nuca con su mano.

—Sofía, por supuesto que lo entiendo. Pero no hay ninguna razón para arriesgarse a ir al Cuartel General para ver a tu padre. Aiden está ocupado intentado localizar a Ben, pero estoy seguro de que puede volar hasta aquí unas cuantas horas para verte.

—No, Derek. —Me aparté de sus brazos, y me senté en la cama—. Quiero ir al Cuartel General. No solo quiero ver a Aiden. —Los recuerdos de

personas que había visto durante la época que había pasado en el Cuartel General cruzaron por mi mente—. También están Zinnia, Craig, Julián...

La confusión más absoluta se extendió por el rostro de Derek.

—¿Craig? ¿Zinnia? ¿Se supone que es un chiste? Porque no es gracioso. No lo entiendo.

—Solo quiero ir al Cuartel General. Me siento más segura allí que en una pequeña cabaña.

—Pero escucha...

—Y si tú no me llevas, te dejaré e iré yo sola.

## CAPÍTULO 9: DEREK

«*Sofía acaba de hacerme chantaje.*»

Me encontraba en estado de shock mientras salía del dormitorio y me quedaba de pie en medio de la sala de estar, aferrado a una silla para calmar el temblor de mis manos. Había dejado a Sofía sentada en la cama, después de prometerle que pensaría en su petición. Le había dicho que tenía que discutir algunas cosas con Corrine e Ibrahim.

Desde que conocía a Sofía, nunca me había tratado así. ¿Y para qué? Su insistencia en visitar el Cuartel General era completamente irracional. Sofía nunca había sido caprichosa. Cuando se enfrentaba a cualquier decisión, siempre sopesaba los pros y los contras.

«*¿Ha perdido la cabeza? Quizás la conmoción de haberse convertido en vampiro la ha vuelto mentalmente inestable. Tal vez solo necesita tiempo para recuperarse.*»

Solo había una cosa que sabía con seguridad: la persona que estaba en esa habitación no era la chica con la que me había casado.

Una visión procedente de una de mis pesadillas destelló ante mis ojos, unas pesadillas que aún me asolaban en las raras ocasiones en las que dormía.

«*Sofía estaba de pie ante una fuente en el exterior del templo de la bruja en La Sombra. Su largo cabello cubría su rostro como una cortina. Su cuerpo se movía de un lado a otro, como mecido por la brisa.*

*Grité su nombre. No respondió.*

*—¿Qué te pasa?*

*Empecé a caminar hacia ella. Mientras me acercaba, el agua de la fuente*

*se tornaba roja. Un grito brotó de la boca de Sofía mientras se apartaba el cabello a un lado para dejar su rostro al descubierto.*

*Sus ojos eran negros como una mina de carbón. La sangre goteaba de sus labios. Su piel estaba agrietada y envejecida.*

*—¿Qué has hecho con mi Sofía?»*

Me descubrí respirando pesadamente solo con el recuerdo del sueño.

*«¿Se trata solamente de mis peores temores gastando una broma a mi mente? ¿O tal vez esas pesadillas tengan algún significado?»*

Me estremecí y aparté ese pensamiento al tiempo que cubría mi cuerpo con una bata.

*«Quizás a los vampiros creados en Croux les resulta más difícil controlarse, y ese es el motivo por el que Sofía está luchando. Ella me ayudó a escapar de mi oscuridad. Ahora me toca a mí ayudarla a ella.»*

Abrí la puerta de la habitación que habíamos transformado en un dormitorio infantil para Rosé. Corrine estaba sentada en el sofá, sosteniendo a la pequeña Rose sobre su regazo. Ibrahim tenía sus manos alrededor de la cintura de Corrine, pero las apartó rápidamente.

La bruja levantó la vista hacia mí.

—Gracias a Dios que has venido aquí sin ella. Habría dicho algo anoche, pero no tuve corazón para interrumpir cuando te vi con ella allí de pie.

—¿Por qué? —Su ansiedad me tomó por sorpresa.

—Acércate. —Me tomó la mano y atrajo mi cabeza hacia abajo, de forma que mi oído estaba a menos de un centímetro de sus labios. Entonces continuó hablando con una voz que era apenas más alta que su respiración—. Ibrahim y yo... Hemos estado hablando de ello. No creemos que Rose deba estar en la misma casa que Sofía. Demonios, ni siquiera en el mismo país. Tengo algunos contactos en Argentina, antiguos compañeros de clase. Ibrahim vendría con nosotros, desde luego...

—¿Qué es lo que has notado en Sofía? —interrumpí.

—¡Shh! Habla más bajo. No me digas que no lo has notado, Derek. No eres tan torpe, espero. Algo va muy mal con tu mujer. —La bruja me miró con temor en los ojos—. No sé lo que es, no consigo dar con ello. Pero tengo una sensación en mis huesos que no puedo ignorar. No está mentalmente estable.

—La forma en que miró a Rose —susurró Ibrahim—. Al principio sus ojos estaban llenos de preocupación maternal, pero, al momento siguiente,

una oscuridad anidó en ellos... y luego desapareció otra vez. No tiene control sobre su propia naturaleza. Es impredecible.

Esta conversación no lograba disipar mis temores precisamente.

—Está bien. Estoy de acuerdo —suspiré—. Toma a Rose. Aléjala de aquí. Confío en que la protejas con tu vida, al igual que Ibrahim. Acuérdate de llevar el teléfono.

Corrine parecía aliviada.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer, Derek?

—Necesito quedarme con Sofía. Debo encontrar una cura para ella. Y tengo que encontrar a mi hijo. —Miré al brujo—. Ibrahim, ¿cómo sé que la Eterna no volverá a por Sofía de nuevo?

—No lo sabrás —dijo simplemente—. Pero el hecho de que tu mujer haya estado aquí durante más de quince horas y la Eterna no haya aparecido me hace suponer que, por el motivo que sea, no está interesada en devolverla a Crou.

Como un vaso de agua en un desierto, sus palabras me concedieron una pequeña dosis de alivio.

Entonces Corrine se levantó, envolvió a Rose en una manta y me la entregó. Le di un beso de despedida a mi pequeña por segunda vez en menos de setenta y dos horas y la devolví a los brazos de la bruja. Ibrahim tomó una maleta que Corrine debía tener ya preparada.

—Me voy a la habitación de al lado para distraer a Sofía —dije—. Así ella no te verá partir sin decírselo. No sé cómo reaccionaría.

Corrine asintió y me dirigí al dormitorio de Sofía. Nada me podría haber preparado para lo que vi.

Una cama vacía.

—¿Sofía?

Me agaché debajo de la cama para comprobar que no estaba escondida. Abrí de golpe todos los armarios. Entonces salí y revisé cada habitación de la cabaña, gritando su nombre mientras lo hacía.

No estaba en la casa.

*«¿Estará tan loca como para partir hacia el Cuartel General a plena luz del día? ¿Cómo piensa llegar hasta allí?»*

El pánico se apoderó de mí mientras corría a la terraza. Aún era por la mañana, pero los rayos del sol ya eran intensos y el calor aumentaba por segundos.

*«Podría morir ahí fuera.»*

## CAPÍTULO 10: SOFÍA

Poco después de que Derek saliera de la habitación, me encontré saltando por la ventana y aterrizando sobre la arena caliente. En cuanto los rayos de sol entraron en contacto directo con mi piel, todo mi cuerpo estalló en agonía. Sentí como si alguien hubiese vertido gasolina sobre mí y me hubiese prendido fuego.

*«¿Pero en qué piensa el Anciano? ¿Está intentando asesinarme?»*

A pesar de la tortura, mis piernas se movieron rápidamente, cruzando la playa a la carrera hacia Liana y el submarino. Corrí durante varios minutos y, justo cuando sentí que la piel estaba empezando a despegarse, me zambullí en el océano. El agua me enfrió la piel y me proporcionó algo de alivio, pero la luz del sol todavía incidía en mí a través de las olas.

Afortunadamente, no tuve que esperar mucho tiempo hasta que el submarino estuvo a la vista. Me interné nadando y golpeé la escotilla. Unos momentos más tarde, el submarino emergió y se mecía sobre las olas. Nadé y me agarré al lateral de la nave negra, impulsándome hacia arriba y exponiéndome de nuevo a todo el calor del día. Escalé rápidamente al interior de la escotilla y la cerré detrás de mí.

Una vez dentro, me derrumbé en una esquina. Liana frunció el ceño mientras examinaba mi cuerpo.

—Tu recipiente se encuentra en un estado terrible.

*«Por todos los cielos, si querías marcharte, ¿no podrías haber esperado unas horas más hasta que cayera la noche? —grité al Anciano—. Es mi cuerpo lo que estás destrozando.»*

Liana extrajo un frasquito de sangre del bolsillo de su capa y me lo vertió

en la boca.

—Esto debería sanarte las heridas y detener la caída de la piel. —Luego se retiró a la sala de control. El submarino se sacudió hacia abajo y comenzó a ganar velocidad hacia... No tenía ni idea de hacia dónde.

Solo hicieron falta unos pocos minutos para que la sangre, que supuse que pertenecía a un inmune por su sabor dulce, obrara su magia. Mi piel dejó de escocer y empecé a sentirla lisa y fría de nuevo.

«¿A dónde vamos? ¿Al Cuartel General?» —pregunté. El Anciano permaneció en silencio.

Me alegré de que no hubiera un espejo en el submarino, probablemente me habría dado un susto de muerte nada más entrar en el submarino. Pero, a pesar del dolor que acababa de soportar, estaba inmensamente agradecida por abandonar a Derek y a Rose. Recordé el dolor en los ojos de Derek después de mi comportamiento. Ahora estaría poniendo la cabaña patas arriba, buscándome, gritando mi nombre, preguntándose por qué lo había abandonado. Sabía que enfermaría de preocupación al descubrir que me había aventurado a salir a plena luz del día. Intenté tragarme mis emociones.

«*Estas a salvo sin mí, mi amor. No puedo herirte mientras estamos apartados.*»

—No te pongas demasiado cómoda. —Mi parásito finalmente rompió el silencio—. Tu familia aún no ha visto lo último de ti.

Me estremecí por dentro, pero decidí cambiar de tema. Finalmente me atreví a formular la pregunta que había estado repitiéndose en mi mente desde que desperté en Cruor.

«*Se supone que soy inmune. ¿Cómo me convertiste? ¿Por qué soy una vampira?*»

Hubo una larga pausa, pero el Anciano me contestó, tal vez por aburrimiento.

—En efecto, eras inmune. En este reino humano, ningún vampiro podía convertirte. Pero una vez que un inmune es llevado a nuestro reino... Bueno, Cruor posee el modo de romper esta inmunidad.

Recordé la atmosfera de aquel lugar. Era fácil creer lo que el Anciano me estaba contando; ciertamente, el aire me había parecido tóxico, infeccioso. Me pregunté si habría alguna cura para un vampiro nacido en Cruor. Si había alguna esperanza de vivir una vida normal, si es que alguna vez lograba liberarme de las garras del Anciano.

Mi cuerpo se estremeció de nuevo.

«*Por qué deseas tan fervientemente ir al cuartel general?*» —pregunté, ansiosa por desviar mi atención de mi suerte.

—Lo sabrás muy pronto.

«*¿Por qué partimos de la cabaña tan repentinamente?*»

—No tengo paciencia para discutir con ese idiota. Un período de ausencia podría hacerlo más maleable. Pero no temas, tenemos cosas que hacer entretanto para mantenerte ocupada.

Esas palabras desencadenaron escalofríos que me recorrieron todo el cuerpo. Pero, más que por mi propia seguridad, temía por la de mi esposo.

«*Tienes mis recuerdos, no es como si no conocieras la ubicación del Cuartel General Halcón. ¿Por qué necesitas que nos acompañe Derek?*»

—Él nos servirá como una capa extra de protección para ti como mi recipiente y, por ende, para mí mismo. Ya comprenderás su valor cuando llegemos y empecemos nuestra misión. No hay muchas personas que arriesguen su vida por ti de la forma que él.

## CAPÍTULO 11: DEREK

Corrine permaneció de pie junto a la puerta, sosteniendo a Rose en sus brazos, e Ibrahim se quedó a su lado. Me observaban mientras yo rebuscaba por toda la pequeña cabaña por tercera vez. Me negaba a aceptar que había perdido a Sofía una vez más.

Finalmente, me desplomé en una silla y acepté la derrota.

*«Que esposo tan patético eres. Tu esposa regresó milagrosamente a ti y no puedes retenerla más que unas pocas horas.»*

Alcé la vista hacia Corrine e Ibrahim y sacudí la cabeza.

—Se ha ido —admití con voz ronca.

—¿Qué demonios puede haberla poseído para irse a plena luz del día? — El rostro de Corrine se retorcía de angustia.

—No lo entiendo. Insistía en visitar el Cuartel General. Discutí con ella, pero ¿cómo demonios pudo pensar que sería capaz de viajar hasta allí con el sol brillando en lo alto? No puedo creer que sea tan estúpida.

—Tal vez simplemente perdió la razón —apuntó Ibrahim.

—¿Y si se la llevó la Eterna? —La idea me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Yo la habría percibido. Dudo mucho que la Eterna esté detrás de esto.

—Entonces, ¿dónde está? —Aplasté el puño contra la mesita de café y la partí, clavándome varios fragmentos de vidrio en la mano. Apenas noté el dolor. Como si una cosa así pudiera distraerme de la angustia que estaba carcomiéndome por dentro. La alfombra empezó a chamuscarse bajo mis pies. Mi cuerpo se estaba calentando rápidamente.

—Márchate con Rose. ¡Ahora! Antes de que reduzca todo esto a cenizas.

Corrine salió de la cabaña con el bebé, pero Ibrahim se quedó y se acercó a mí.

—¿Necesitas mi ayuda?

—No. Solo márchate. Debo practicar el control de mi propio poder.

—¿Nos seguirás a la nueva casa?

—No hasta que haya encontrado a Sofía. No puedo partir de aquí, por si ella regresa. Ahora, basta de hablar. Solo ve con Corrine.

Ibrahim cedió a mi petición y siguió a Corrine a través de la puerta.

Ya solo, salté por encima de la terraza y hundí los pies en la arena. Su calor se fundió con el mío mientras corría por la playa. Recorrí varios kilómetros por la orilla, primero en una dirección y después en la otra. En parte esperaba encontrar a Sofía yaciendo desmayada en una duna de algún lugar de la costa. Pero no fue así.

Luego me dirigí al pueblo más cercano, pensando que tal vez a Sofía se le había metido en la cabeza encontrar a unos amigos de Corrine que yo había mencionado de pasada. Me detuve en su casa y tuve suerte de que entendieran algo de inglés, porque yo no hablaba español. No habían visto pasar a ninguna pelirroja de piel pálida.

Uno de ellos tuvo la suficiente amabilidad para acompañarme al mercado local y preguntar allí por Sofía. Pero nadie la había visto.

Cuando terminé de buscar, la oscuridad había caído y la medianoche había pasado hacía tiempo. Regresé a la cabaña con una sensación de abatimiento en el estómago.

«¿Cómo voy a decírselo a Aiden?»

Tomé el teléfono y marqué el número de la centralita principal del Cuartel General.

—Necesito hablar con Aiden Claremont.

—Ya se ha retirado a sus habitaciones, señor. Dudo que esté todavía despierto. ¿Desea que le transmita algún mensaje?

—No. Vaya a su apartamento y despiértelo inmediatamente. Dígale que Derek Novak está al teléfono.

Muy pronto, la voz aturdida de Aiden sonaba al otro extremo de la línea telefónica.

—¿Derek? ¿Qué ocurre? ¿Estás preparado para que envíe un helicóptero para los dos?

—Aiden, Sofía se ha ido.

—¿Eh? ¿Qué? Pensé que había regresado.

—Sí, regresó. Pero luego desapareció de nuevo. Te lo explicaré todo, pero primero creo que hay una pequeña posibilidad de que se dirija al Cuartel General. Necesitas estar atento por si viene y ponerla bajo tu custodia. No alertes a todos, en especial no avises a Arron. Avisa únicamente a las personas en quienes tú confíes.

—¿Por qué?

—Porque ella... Ahora es una vampira.

—¿Q-qué? Derek, ¿has perdido la cabeza? ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Alegó que ni ella misma lo sabía.

Aiden me interrogó con un bombardeo de preguntas sobre los detalles de la fuga de Sofía de Cruor, su llegada a la cabaña y el breve tiempo que pasé con ella. Le conté todo lo que sabía, excepto el extraño cambio de su personalidad. No tuve corazón para contárselo a Aiden. El pobre hombre apenas era capaz de asimilar las malas noticias que acababa de comunicarle.

—Entonces, ¿qué sucedió cuando se fue y por qué piensas que se dirige hacia aquí? —preguntó Aiden.

—Insistía en ir al Cuartel General. Acabábamos de hablar de ello justo antes de que saliera de la habitación para hablar con Corrine. Cuando regresé, Sofía se había esfumado.

Hubo un silencio. Luego Aiden se aclaró la garganta y dijo:

—Alertaré a mi gente ahora mismo. ¿Qué vas a hacer tú?

—No tengo más remedio que quedarme aquí hasta que aparezca. Llevo todo el día buscando por la zona, pero ahora debo quedarme. Siempre existe la posibilidad de que regrese a buscarme.

—¿Y qué vas a hacer con Rose?

—Partió con Corrine e Ibrahim a otro lugar. Y ahora, ¿puedes pasarme con Vivienne, por favor? Necesito hablar con ella.

Pasaron otros quince minutos antes de que escuchara la voz de Vivienne en mi oído.

—¿Derek? ¿Qué está sucediendo?

Repetí todo lo que le había contado a Aiden. Fui más allá esta vez, y le conté los cambios que había observado en el comportamiento de Sofía. Luego le describí las pesadillas que volvían a mí una y otra vez.

—Derek, yo... Sé que pretendes obtener algo de consuelo de mi parte. Y no quería decirte nada porque ya estás sometido a suficiente tensión, pero...

—Pero ¿qué?

—Recientemente yo también he estado teniendo visiones... Visiones que

son casi idénticas a las que acabas de describir.

Aunque éramos gemelos, que Vivienne y yo tuviéramos las mismas visiones no ocurría a menudo. Pero cuando esto sucedía, nunca presagiaba nada bueno.

## CAPÍTULO 12: SOFÍA

El submarino finalmente dejó de moverse. Cuando asomé la cabeza por la escotilla y comprobé que estábamos de regreso en el Puerto de La Sombra, me sentí desconcertada.

«¿Por qué hemos vuelto aquí?»

Trepé para salir y me dirigí hacia el bosque. Después de apresurarme por los bosques durante varios minutos, llegué al pie de una de las grandes montañas que bordeaban la isla. Mis manos se aferraron a las rocas afiladas y comencé a escalar hasta que me encontré en la entrada de una gran cueva que nunca, en todo el tiempo que había vivido en La Sombra, había visto.

Mis piernas me condujeron al interior y el Anciano habló.

—Ni siquiera pienses en moverte de aquí.

«¿Qué? ¿Cómo puedo, cuando...?»

De repente, el hielo del interior de mis huesos comenzó a derretirse. La pesadez de mi cuerpo empezó a desaparecer. La sofocante presencia del Anciano me estaba abandonando. Mi respiración se relajó a medida que me sentí capaz de moverme de nuevo.

Pero entonces, una oleada de agotamiento me golpeó y mis piernas cedieron bajo mi peso. Me tumbé en el suelo húmedo de la cueva. Los párpados se me caían. Sentía como si mis músculos acabaran de soportar una carrera de mil kilómetros. Me dolían las articulaciones. Todo mi cuerpo me suplicaba que durmiera.

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormida, alguien pronunció mi nombre. La voz era extrañamente familiar. Me las arreglé para abrir los ojos, y una figura se movió entre las sombras, en el fondo de la cueva. Ashley. Me

ayudó a incorporarme y sentarme, apoyando la espalda contra la pared.

—¡Dios mío! ¿Cómo te ha ido? —pregunté mirando fijamente su rostro, aliviada al ver que no presentaba síntomas de estar habitada por un Anciano. Suponiendo que no hubiera tenido el mismo tratamiento especial que yo, se trataba de Ashley en su verdadero estado. Sus ojos aparecían rojos e hinchados, y su piel tenía un tono ligeramente grisáceo. Parecía angustiada y apenas logró esbozar una sonrisa al verme.

—Yo... Yo lo maté.

—¿A quién?

—S-Sam. Yo... Maté a Sam.

—¿Qué estás diciendo, Ashley?

—Los Ancianos. M-me obligaron a hacerlo. —Empezó a temblar violentamente y rompió en sollozos contra mi pecho.

La rodeé con los brazos y la besé en la cabeza. ¿Qué podía decir? No había palabras para consolarla. Así que me quedé en silencio, mientras mis propias lágrimas me anegaban los ojos. La sostuve entre mis brazos, acariciándole el cabello con la mano y meciéndola suavemente de un lado a otro. Aunque mi cuerpo me pedía dormir a gritos, Ashley me necesitaba desesperadamente.

Después de lo que me parecieron horas, su voz se había vuelto ronca y dejó de llorar. Parecía exhausta cuando levantó los ojos hacia mí y me besó en la mejilla.

—Gracias por estar aquí cuando te necesito.

Asentí, todavía sin encontrar palabras para consolarla por su tragedia.

—He estado completamente sola —continuó—. Mi Anciano me hizo sufrir de verdad mientras me habitó. Supongo que no quería usarme totalmente de una vez y hacerme expirar, así que me trajo aquí y me dijo que descansara hasta que regresara.

—Expirar —murmuré—. ¿Eso es lo que le pasó a Xavier?

—No lo sé. No lo he visto desde hace días. Lo que sí sé es que los Ancianos solo pueden habitar en nuestros cuerpos durante una cierta cantidad de tiempo. Darnos descansos nos permite resistir más, pero finalmente moriremos. —El tono de voz de Ashley era extrañamente tranquilo. No quedaban signos de lucha en ella.

Mi amiga hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Por qué piensas que Xavier expiró?

Le hablé de mi visita a Cruor y cómo el Anciano que habitaba a Xavier se

había transferido a mí. Ahora me temía lo peor y el corazón se me partía al pensar en Vivienne. Ella había sacrificado muchísimo por Derek y por mí, por su familia, por La Sombra. Se merecía tener por fin una vida propia, y todos sabíamos que amaba profundamente a Xavier. Yo había albergado la esperanza de que ella al final le permitiría entrar en su vida. Ahora era probable que se le negara esa oportunidad para siempre.

Ashley interrumpió mi lamento.

—Sofía, ¿cómo te convirtieron? Pensé que eras inmune a la maldición.

—Me llevaron a Cruor. Al parecer, la atmósfera de ese lugar puede romper la inmunidad. Supongo que uno de sus recipientes me mordió mientras estaba todavía inconsciente. —Me tanteé el cuello, buscando las marcas de mordeduras. Efectivamente, había dos pequeñas protuberancias en la base de mi cuello.

—Me pregunto cómo funciona —continué—. Si estas criaturas conocidas como Ancianos son la forma primigenia de un vampiro, ¿cómo empezaron a crear mutaciones de sí mismos? ¿Cómo fueron siquiera capaces de infectar a humanos con vampirismo cuando parece que no poseen una forma física?

—Por la información que he podido reunir, los “recipientes” iniciales, o vampiros humanos, fueron creados hace mucho, mucho tiempo, simplemente manteniéndolos en Cruor el tiempo suficiente. La oscuridad de ese lugar se manifestó físicamente. Una vez infectados, esos vampiros humanos pudieron convertir a otros al morderlos e inyectar su veneno directamente en su torrente sanguíneo. Nosotros, los recipientes, somos valiosos para ellos porque la única forma en que los Ancianos pueden disfrutar de los placeres de un cuerpo físico es habitando en uno de nosotros. No pueden habitar directamente el cuerpo de un humano. El humano necesita infectarse antes con su naturaleza oscura.

La cabeza me daba vueltas con toda esta información nueva e inquietante.

—¿Cómo lograron llegar a la Tierra la primera vez? ¿Qué pasa con todas esas puertas? ¿Quién las creó?

—No sé mucho más acerca de su historia, Sofía. Mi Anciano no era precisamente abierto a preguntas. Lo que sí sé es que la gran mayoría de humanos y vampiros que no escaparon de La Sombra están ahora encerrados en Las Celdas. Los Ancianos han comenzado a reunir a docenas de vampiros y a llevárselos en expediciones. Ya he estado en una de ellas y fue... — Ashley se detuvo a media frase.

—¿Qué? Háblame de estas expediciones. —Como ella se mantuvo en

silencio, la sacudí un poco—. ¡Cuéntamelo!

—No, Sofía, no quiero hablar de ello. No quiero inquietarte más de lo que ya lo he hecho, porque ahora ambas tenemos que intentar dormir un poco. Nuestros cuerpos lo necesitarán.

## CAPÍTULO 13: SOFÍA

Me desperté con algo frío acurrucado contra mí. Por un momento pensé que se trataba de Ashley, pero, cuando abrí los ojos, me encontré mirando fijamente a Abby. Se había tendido de forma que su cabeza estaba a la misma altura que la mía.

—¡Abby! —exclamé, atrayéndola hacia mí y besando su frente—. Gracias al cielo que ya no estás atrapada en ese espantoso lugar. Cariño, ¿estás bien?

—Sofía, estoy realmente hambrienta. ¿Por qué querían convertirme en vampiro?

—Abby, yo... No lo sé. —No podía pensar en una respuesta que no la asustara hasta dejarla sin sentido.

—Tengo mucha hambre. Y me dijeron que no puedo tomar la sangre deliciosa. No hacen más que darme la amarga, así que la escupí. Luego me lastimaron y me dijeron que no la desperdiciase y...

—¿Qué te hicieron?

—Me golpearon muy fuerte en la espalda. Pero ya no me duele porque me dieron un poco de medicina. También a veces siento mucho frío y no puedo respirar bien. Pienso en esa película del poltergeist que Ben me enseñó una vez, y lo que siento es como eso, como un fantasma en mi interior. Me da miedo que vuelva a suceder.

Abby comenzó a lloriquear. No quería que viera las lágrimas que caían de mis propios ojos, así que enterré su rostro bajo mi barbilla y la abracé. Después de unos minutos dejó de llorar y dijo algo que me heló hasta la médula.

—Sofía, ¿por qué mataste a mi mamá?

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, Abby? Yo nunca...

—No mientas. Te vi. Le arrancaste el corazón. ¿Por qué mataste a mi mamá?

«*Cree que Clara era su mamá.*»

Abby levantó la cabeza para mirarme a la cara. El iris de sus ojos se había tornado negro. Se puso de pie.

—¿Por qué ignoras mi pregunta, Sofía?

En sus manos surgieron garras y se abalanzó hacia mi pecho sin previo aviso. Me las arreglé para sujetarle las manos justo antes de que me las clavara.

—¡Detente! ¡Abby, detente!

—Le arrancaste el corazón a mi mamá. Ahora yo voy a arrancarte el tuyo.

Logré ponerme de pie para aprovecharme de mi estatura. Incapaz de alcanzarme, hundió sus dientes profundamente en mi brazo derecho. El dolor que me causó me hizo soltarla. Se subió a una roca alta y estaba a punto volver a saltar sobre mí cuando Ashley apareció detrás de ella, agarrándola por la cintura y lanzándola contra el suelo abrupto de piedra.

Pero esto apenas desalentó a Abby. Se levantó, y esta vez se volvió hacia mi amiga. Con un chillido, escaló la roca y agarró el pie de Ashley, derribándola y tirándola al suelo. Abby bajó tras ella y, con sus garras aún desnudas, iba a desgarrar la garganta de Ashley cuando una brisa escalofriante barrió la cueva.

Abby dejó escapar un grito y se detuvo en medio del movimiento. Sus ojos se tornaron traslúcidos y abrió su boca torpemente. Entonces dio un paso atrás y se dirigió hacia la salida de la cueva. Mientras partía, su propia voz dijo:

—Debes controlarte, niñita. No podemos dejar que arruines recipientes perfectamente válidos.

Abby salió de la cueva y se apresuró a bajar la montaña.

—¿A dónde crees que se la lleva? —jadeé.

—A encerrarla con los demás, supongo. Es una niña muy pendenciera. — Ashley aún se encontraba recuperando el aliento.

Me quedé clavada al suelo, aturdida.

«*Mi pequeña y dulce Abby. ¿A dónde se ha ido?*»

Pensé en Ben, mi mejor amigo. Y luego en sus padres. Habían perdido la vida a causa de su relación conmigo.

*«No puedo dejar que eso le suceda también a Abby.»*

No me di cuenta de que una segunda brisa fría entraba en la cueva hasta que Ashley dejó escapar un grito. Su cuerpo se retorció antes de ponerse en pie. Sus ojos aún estaban claros y su rostro parecía normal, y asumí que probablemente había hecho una visita a la bruja de Las Celdas parecida a la mía.

—Te he concedido suficiente descanso. Ahora tenemos trabajo que hacer.  
—Caminó hacia la salida y comenzó a descender por la montaña.

—¡Espera! —Corrí tras ella—. ¿A dónde vas?

Como para responderme, otra fría brisa sopló por la cueva, pero esta vez se instaló en mis propios huesos.

—Ya lo verás —habló mi boca.

Descendí la montaña detrás de Ashley y la seguí en dirección al Puerto. Al llegar, nos encontramos con una docena de vampiros acurrucados juntos y hablando los unos con los otros, todos ellos mujeres. Muchas tenían caras conocidas, eran residentes de La Sombra, pero nunca había hablado con casi ninguna de ellas. Todas ofrecían una apariencia normal, como Ashley y yo, pero sus conversaciones delataban que también estaban poseídas.

Una hermosa joven vampira con el cabello negro se acercó a Ashley y a mí, y nos entregó dos vestidos cortos de cóctel.

—Aprisa. Nos vamos en unos momentos.

Todas llevaban el mismo tipo de ropa, el tipo de vestido que una se pondría para salir una noche o para una fiesta. Sin ninguna consideración por la modestia, Ashley y yo nos desnudamos y rápidamente nos pusimos los vestidos nuevos sobre nuestros cuerpos.

*«¿Qué demonios estamos haciendo?»*

Mi voz habló por encima del parloteo.

—¿Estamos listas?

—Sí —respondieron todas al unísono.

Mi cabeza giró hacia un gran submarino que acababa de emerger. Era el más grande de la flota de La Sombra que había visto jamás. Parecía tener capacidad para transportar al menos a un centenar de personas. La escotilla se abrió y comenzamos a amontonarnos. Yo fui la última en entrar. Cerré la escotilla detrás de mí y bajé por la escalerilla de metal. Mientras Ashley y las demás se sentaban en la zona principal de pasajeros, yo me dirigí directamente a una pequeña sala en la proa de la embarcación y allí encontré a Liana, ocupando el asiento del capitán al mando de los controles

principales. Una vez más, parecía que se vería obligada a guiar el submarino hacia donde fuera que nos dirigiésemos.

—Necesito otro vial. —Extendí mi brazo derecho para mostrarle a Liana el lugar donde me había mordido Abby. Casi me había olvidado de la herida. Buscó en su capa y sacó otro frasco. Tragué de golpe la dulce sangre y en unos instantes había sanado.

Me senté en el asiento que había al lado de Liana. Comenzó a accionar interruptores y a marcar coordenadas. Entonces tomó el timón y nos sacudimos hacia adelante. Sus ojos aún estaban traslúcidos y, sin embargo, sabía que ahora ella debía controlar sus acciones para gobernar el submarino. Debía suponerle un gran esfuerzo manejar una máquina tan grande con la visión disminuida, pero de alguna manera lo estaba logrando.

No había mucho que ver mientras permanecí allí sentada. Aceleramos a través de ocasionales bancos de peces, pero la mayor parte del tiempo viajábamos demasiado rápido para ver nada, excepto la oscura masa de agua que se extendía delante de nosotros. Ya habíamos navegado mucho más allá de los límites de La Sombra, así que supuse que debía ser de noche.

El temor me invadió cuando Liana comenzó a desacelerar la nave y empezamos a ascender. Tan pronto como entramos en aguas poco profundas, me levanté y me dirigí a la zona de pasajeros.

—Vamos, señoritas. —Una sonrisita se formó en mi boca—. Es la hora.

Fui la primera en subir por la escalera y empujar la escotilla para abrirla. El aire era cálido y una música estridente me llenó los oídos. A pesar de que nos detuvimos en un tramo oscuro de playa vacía, las luces multicolores de la discoteca destellaban a menos de un kilómetro de distancia. Una muchedumbre de personas bailaba y gritaba.

No tardé mucho en averiguar para qué estábamos aquí.

*«Seguro que tienen un instinto para saber quién supone un blanco fácil. Jóvenes borrachos en una fiesta de playa. Por la noche. Ni siquiera se darán cuenta de que somos vampiros.»*

Nos apresuramos a salir del agua y, al llegar a la playa, nos dirigimos hacia las luces. A medida que nos acercábamos, los hombres comenzaron a percatarse de nuestra presencia y a silbarnos. Me encogí al imaginar el aspecto que teníamos: un gran grupo de mujeres muy jóvenes con vestidos que apenas nos cubrían el trasero, todas corriendo a la vez hacia ellos.

Llegamos a la multitud y cada una de nosotras se dirigió hacia el primer hombre que llamó su atención. En mi caso, se trataba de un tipo bajo y

robusto con cabello que le caía hasta los hombros. Parecía tener veintipocos años.

«*Pobre chico. No sabe dónde se está metiendo.*»

—Hola —saludé, caminando hacia él y aleteando las pestañas.

—Hola, me llamo Jason. —Tenía el rostro de color rojo intenso y sostenía una lata casi vacía de cerveza en una mano.

—Yo soy... Ava. Uf, hace mucho calor aquí. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

El hombre tartamudeó y me miró como si fuera físicamente incapaz de negarse.

—Vaya, s-seguro, Ava. Por cierto, tienes un nombre precioso. Solo necesito un momento para decírselo a Matthew... Es su fiesta, ¿sabes? ¡Soy su padrino!

«*Una despedida de soltero. Esto es peor de lo que pensaba.*»

El chico corrió hacia Matthew, le susurró algo al oído y se apresuró a regresar junto mí con una enorme sonrisa en su cara regordeta. Parecía que acababa de ganar la lotería. Tomé su mano, la coloqué alrededor de mi cintura y lo alejé del ruido y el humo.

—Quiero llevarte a un lugar especial —ronroneé.

—Vaya, ¿sí? ¿Y dónde es eso?

—Ya lo verás. Corramos.

Cuando ya estuvimos lo bastante lejos para que sus gritos no fueran audibles por encima de la música a todo volumen, atraje su cabeza hacia mí y le mordí el cuello, inyectándole mi veneno. Al principio gritó y luchó, tratando de escapar de mis manos, pero finalmente su cuerpo se volvió demasiado débil y cayó al suelo, retorciéndose. Lo levanté y me lo eché al hombro como si fuera un saco de carbón. En pocos segundos, ya estaba junto a la escotilla abierta del submarino. Liana extendió las manos y le entregué el hombre. Luego me lavé la boca en el mar, eliminando de mi rostro todo vestigio de sangre, y me dirigí de nuevo a la fiesta.

Atrapé a unos cuantos hombres más de esta manera, algunos altos, otros bajos, unos flacos y otros robustos. El Anciano no parecía tener ninguna preferencia en particular. Iba por quien presentara el blanco más fácil. Incluso me las arreglé para atraer a una chica borracha diciéndole que tenía algunas botellas de alcohol gratis y necesitaba su ayuda para transportarlas.

Mientras iba y volvía al submarino, me crucé con otros vampiros llevando a sus víctimas. Cuando terminamos con la despedida de soltero,

rápidamente nos trasladamos un poco más allá de la playa y empezamos a trabajar en otra fiesta. Resultó que la playa estaba abarrotada, con docenas de fiestas nocturnas.

Terminamos nuestro trabajo solo cuando Liana nos indicó que no podíamos meter a más gente en el submarino, y en ese momento todas volvimos a entrar por la escotilla. Ahogué un grito al ver el resultado de nuestra expedición de pesca. El suelo de la zona de pasajeros estaba cubierto de gente retorciéndose y gritando, la mayoría aún en medio de su transformación.

*«¿Qué acabo de hacer?»*

Miré en torno a mí, a Ashley y los demás recipientes femeninos, mis cómplices. Tras sus ojos vacíos, sabía que todas sentían lo mismo.

Sintiendo mi horror, una voz susurró en mi oído.

*«¿No estarías orgullosa si tu pequeña Rose nos ayudase a hacer esto algún día...?»*

## CAPÍTULO 14: DEREK

Los días habían pasado y Sofía aún no había vuelto. Estar encerrado en esa pequeña cabaña, escuchando el tic tac que marcaba el paso de los segundos, empezaba a volverme loco.

Había hablado por teléfono con Aiden tres veces al día desde su desaparición. Él tampoco tenía noticias para mí. Era un misterio. Estábamos de nuevo en el punto de partida, solo que esta vez ni siquiera teníamos una pista sobre su paradero. Daba igual lo desesperada que hubiera sido antes la situación, por lo menos habíamos sabido por la Eterna que la habían enviado a Cruor. Aiden sospechaba que la bruja había vuelto por ella. ¿Qué otra explicación podía haber?

Una voz empezó a darme la lata, una voz que había estado tratando de expulsar.

*«Si, como Ibrahim sugirió, Sofía ha perdido de verdad la razón, es posible que haya corrido hacia el sol y se haya suicidado. Tal vez simplemente no encontraste el cuerpo...»*

Levanté el teléfono y marqué el número de Corrine.

—¿Derek? ¿La has encontrado? —Corrine contestó al teléfono.

—No, Corrine. Pero tengo que hablar con Ibrahim enseguida.

Oí a Corrine llamándolo, e Ibrahim se puso al teléfono unos segundos después.

—Sofía todavía no ha vuelto —expliqué—. Y tampoco ha llegado al Cuartel General. Creo que te equivocaste sobre la Eterna. *Debe* haber vuelto por ella. Es lo único que tiene sentido.

—Derek, me he comunicado con la Eterna. Ella no ha regresado a por tu

esposa.

—¡Entonces está mintiendo! —grité, atravesando la puerta de un armario con mi puño.

—No estoy mintiendo, Derek. —habló una voz fría a mi espalda.

Dejé caer el teléfono. Me giré y me encontré cara a cara con la bruja que me había robado mi vida. La furia hirvió en mi interior al verla allí de pie, tan tranquila y serena. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no abalanzarme a su garganta.

—¡Tú! —escupí—. ¿Qué ha ocurrido para que te dignes a aparecer ahora?

—No has estado cooperando —dijo sin rodeos—. Has descuidado tu misión de reunir inmunes y ayudar a restablecer el equilibrio.

«¿Está loca?»

El tono insolente de su voz me hizo perder todo el control. Una llamarada de fuego se disparó desde mis palmas y voló directamente hacia la bruja. Prendió en el extremo de su larga túnica plateada y la incendió. La Eterna murmuró unas palabras y el agua brotó de las palmas de sus manos, extinguiendo el fuego.

Mi pecho todavía se agitaba lleno de indignación, pero traté de calmar el temblor de mi voz cuando dije:

—Escucha, perra. Si quieres continuar ahí de pie con ese largo cabello tuyo intacto, es mejor que te replantees tu actitud.

—Pensé que habías entendido la importancia de mantener el equilibrio entre...

—¡Equilibrio! Por favor, dime, ¿qué es ese “equilibrio” exactamente, bruja? Porque no he visto nada parecido al *equilibrio* por aquí. Ahora que lo pienso, el único *equilibrio* que he presenciado es el que disfrutas tú en tu reino celestial. ¿Es solo una coincidencia? —El fuego se reavivó en mis palmas y prendió la cabaña, obligándola a sofocarlo con agua.

Esta vez, para mi sorpresa, la bruja agachó la cabeza. Apenas había visto que su rostro expresara ninguna emoción. Pero habría jurado que vi un destello de culpa.

Finalmente se aclaró la garganta.

—Nunca tuvimos intención de que las cosas se nos fueran de las manos.

—¿De qué estás hablando?

La bruja suspiró y se sentó en una silla. Me hizo un gesto para que la imitara.

La Eterna se inclinó hacia delante y habló en voz baja:

—Lo que voy a decirte nunca antes ha sido revelado a nadie de este reino. Es parte de la historia antigua de nuestra especie. Pero primero cierra los ojos. —Cuando la miré lleno de desconfianza, la única seguridad que me dio fue—: Entenderás por qué dentro de unos instantes.

No confiaba en ella, pero estaba tan ávido por escuchar lo que tenía que decir que decidí no discutir. Tan pronto como cerré los ojos, apareció en mi mente una visión extraña. Yo estaba mirando hacia abajo, sobre una vasta cordillera de montañas negras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. No había ni un atisbo de vegetación ni de ningún otro tipo de vida, solo kilómetros y kilómetros de tonalidades negras y grises. No parecía haber ningún sol, e incluso el cielo, que estaba salpicado de nubes oscuras, tenía un tinte rojizo misterioso.

—¿Qué diablos...? —comencé a preguntar.

—No es la Tierra —explicó la Eterna—. Eso es Cruor, un reino muerto. Está desprovisto de vida, salvo por las almas desventuradas que están secuestradas allí. Los Ancianos viven como espíritus en las entrañas de las montañas.

—¿Qué clase de demonios son esas criaturas?

—No tienen forma física propia. Son como parásitos. Su misma existencia depende de chupar la vida de otros. La sangre es de especial valor para ellos. Almacenan la sangre e, incluso cuando no se encuentran habitando en un recipiente y, por lo tanto, no pueden beber, extraen su sustento de ella con solo permanecer en las proximidades. La sangre de los inmunes es particularmente potente...

—Inmunes —dije de pronto—. ¿Y cómo es que Sofía ahora es una vampira?

—Los inmunes de la Tierra ya no son inmunes una vez transportados a Cruor. Se ven demasiado afectados por la atmósfera de ese reino para resistir la infección.

—¿Qué *son* los inmunes? ¿Cómo llegaron a existir? —Abrí los ojos brevemente para ver cómo la Eterna se revolvía en la silla.

—Es una larga historia... Cierra los ojos de nuevo. —Esta vez apareció la visión de un reino muy diferente—. He aquí Aviario, el reino de los Halcones o “Guardianes”, como les gusta llamarse a sí mismos.

Un violento sol se abatía sobre densas selvas. Siempre había pensado que nuestras secuoyas de La Sombra eran magníficas, pero los árboles de Aviario

eran tres veces más anchos. Enjambres de abejas del tamaño de pequeñas aves zumbaban alrededor de flores gigantes. Todo en aquel lugar parecía más grande que la vida misma, casi jurásico. Carnívoros cuadrúpedos salvajes de un tamaño que nunca antes había visto corrían entre la vegetación. Enormes aves rapaces atestaban los cielos. Finalmente localicé a los propios Halcones, hombres y mujeres musculosos cuyas facciones habrían parecido casi humanas, si no fuera por sus picos afilados y sus alas negras. Los reconocí porque Arron había dispuesto que algunos Halcones nos acompañaran durante el asalto a La Fortaleza de Sangre.

—Cruor y Aviario —continuó la bruja—, han sido enemigos desde tiempos inmemoriales. La leyenda cuenta que los Ancianos de Cruor atacaron Aviario para extraer su fuente de vida. Y los Halcones... bueno, no perdonan fácilmente. Han estado en guerra con Cruor desde entonces.

—De acuerdo. Pero todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Qué son los inmunes? —pregunté.

—Hubo un tiempo, antes de que yo llegara al poder, en el que Cruor amenazó por primera vez El Santuario. Nosotras... No deseábamos que esa amenaza se cerniera sobre nuestro reino. Cerramos un trato con los Ancianos, según el cual les proporcionaríamos acceso a una fuente de sustento y, a cambio, ellos nos dejarían en paz. Mis antepasadas usaron la magia para crear portales entre el reino de los vampiros y la Tierra. Para hacer el trato más atractivo para los Ancianos, también creamos “inmunes”. Logramos una poción que podía inyectarse en el torrente sanguíneo de un humano. Hacía que su sangre fuera más dulce, pero, por encima de todo, los hacía inmunes a ser convertidos en vampiros mientras estuvieran en la Tierra. Su succulenta sangre podría consumirse sin temor a convertirlos. Creamos solo unos pocos miles de inmunes, pero, con el tiempo, esa propiedad de la sangre se transmitió a las generaciones posteriores.

La cabeza empezaba a darme vueltas ante el tremendo alcance del engaño de las brujas. Tan vez presintiendo mi rabia, la bruja continuó.

—Así que... Cuando ya habíamos pacificado a los Ancianos, creímos que nuestros problemas se habían resuelto. Eso fue hasta que Aviario se volvió en nuestra contra y amenazó con asaltar nuestro reino por haber ayudado a sus enemigos. A sus ojos, habíamos otorgado a Cruor una ventaja injusta. Por lo tanto, para pacificar a los Halcones, acordamos crearles sus propios portales en la Tierra, con el fin de mantener un equilibrio entre los dos reinos.

Llegados a ese punto, ya no pude contener mi ira.

—¿Por qué demonios tuviste que desviar todo esto hacia nosotros? ¿No podías haber destruido los portales que comunican con tu propio reino, los portales entre El Santuario y Cruor y Aviario?

—Entre los reinos sobrenaturales no se necesitan portales. Solo cuando entramos en este reino mortal necesitamos portales especiales. —La bruja continuó como si no la hubiese interrumpido—. El mantenimiento del equilibrio ha sido un reto constante, dado que un reino siempre estaba tratando de ganar más terreno que el otro. Pero, desde tu descubrimiento de la cura para el vampirismo y la llegada de numerosos Ancianos, nos hemos visto obligadas a implicar a tu especie cada vez más en esta guerra...

—Entonces, a ver si me aclaro —dije furioso. Sentí que mis palmas estaban a punto de volver a estallar en llamas—. Este equilibrio sobre el que has estado insistiendo no es más que una manera de salvar de la quema los traseros de las brujas. Todo gira en torno a desviar el fragor de la guerra desde tu reino hacia el nuestro. Me robaste a mi esposa porque Cruor lo exigía y estabas demasiado asustada para negársela. ¡Y, para rematarlo, tuviste el descaro de intentar persuadirme para que te ayudara con todo este lío reuniendo inmunes para ti! —Escupí a sus pies—. Las brujas no son más que unas engreídas cobardes egoístas. No merecen el aire que respiran. —Dirigí mis palmas hacia ella y estas entraron en erupción, soltando más llamas.

Los ojos de la bruja se abrieron de par en par antes de que, una vez más, brotara agua para apagar mi fuego.

—Si estuvieras en nuestra posición, ¿no habrías hecho lo mismo para proteger a tu propia especie?

—¿Dirigir deliberadamente toda esa maldad hacia un pueblo vulnerable que nunca había hecho ningún daño? ¿De verdad necesitas que responda a eso? —Salí como un ciclón hacia la terraza—. ¿Y por qué estás aquí contándome todo esto? ¿Por la bondad de tu corazón? —me mofé de ella.

La bruja me siguió al exterior.

—Debes entender que mi papel como líder siempre ha sido seguir los pasos de mis antepasados, los Antiguos. Para la protección de nuestra especie, establecieron las reglas que mi Consejo y yo siempre acatamos... pero Ibrahim ha abierto mi mente a otra posibilidad.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Trabajar juntos podría servir mejor a nuestro reino.

—¡Otra vez, *tu* reino! *Tu* seguridad. *Tu* paz mental. Pasemos por alto las

innumerables vidas inocentes que has destrozado y las muchas más que estás a punto de destruir. ¿Podemos emplear un poco más de tiempo en pensar cómo vamos a mantener las comodidades de tu reino? Porque, honestamente, parece que todavía no nos hemos esforzado lo suficiente.

Era difícil encontrar palabras para expresar mi exasperación e incredulidad. La estudié con detenimiento, esforzándome por comprender cómo esa criatura era tan incapaz de tener conciencia. Recordé el destello de culpabilidad en sus ojos.

*«¿Es solo un acto que está obligada a realizar para conservar su estatus como líder de su especie? O quizás esa mirada de culpabilidad estaba destinada a manipularme, y los habitantes de El Santuario tienen realmente el corazón de piedra... O no tienen corazón en absoluto.»*

—Nuestro reino se llama “El Santuario” por una razón —dijo la Eterna con frialdad—. Como líder, debo cumplir con nuestro código, que es garantizar ante todo la tranquilidad de los nuestros.

Entorné los ojos.

—Así que, teniendo en cuenta que las brujas son los únicos seres en el universo cuya existencia importa, ¿por qué quieres correr el riesgo de alterar tu equilibrio? Parece que te las arreglas bastante bien. ¿Por qué querías nuestra cooperación?

—Desde el descubrimiento de la cura, algo que ni yo misma preví, y con el aumento del flujo de Ancianos a través del portal, la tensión entre los Ancianos y los Halcones ha crecido rápidamente. Ambos bandos son cada vez más exigentes y se está haciendo imposible satisfacerlos. Las recientes exigencias que no fuimos capaces de atender han provocado amenazas directas a nuestro propio reino, algo que no había sucedido desde que comencé mi mandato.

—Ya veo —dije—. Ahora que usarnos como peones se ha convertido en un problema *para ti*, te has dado cuenta de que eliminarnos como cebo del tablero te va a hacer la vida más fácil *a ti*... ¿Por qué?

—No tendrán tanto por lo que luchar. Si sellamos sus entradas a este reino, entonces sí, su atención se centrará en nosotros. Pero eso ya está empezando a suceder. Cuando estás a la deriva en un mar de tiburones con dos sacos de carne cruda, generarás una señal de ataque más potente que si tienes solo uno.

Asentí lentamente. Por lo menos la bruja ahora parecía haber decidido ser honesta conmigo sobre su nivel de narcisismo.

—Si quieres cooperación, primero dime dónde está mi esposa.

—Todavía no sé si queremos una cooperación —dijo—. Tengo que convocar una reunión del consejo en mi reino. Hasta que haya hecho esto, no puedo revelarte nada sobre Sofía. Eso sería una señal para los Ancianos de que ya no somos neutrales. —Hizo una pausa y me miró intensamente a los ojos—. Pero convocaré al consejo, Derek. Tienes mi palabra. Y si se aprueba este plan, regresaré a ti.

Antes de que pudiera abrir la boca, la bruja se había desvanecido tan repentinamente como había aparecido.

—¡Maldita seas! —grité, golpeando el suelo con el pie.

*«Sofía podría estar muerta cuando hayas terminado tu estúpida reunión.»*

Bajé de la terraza y corrí hacia el océano. Cuando me sumergí, mi cuerpo silbó como una sartén caliente salpicada con agua.

Floté sobre la espalda y reflexioné sobre la propuesta de la bruja. Incluso aunque el consejo acordara que en realidad eliminar los portales obedecía a su propio interés, ¿cómo sabría que, una vez que los Ancianos y los Guardianes hubieran desaparecido, las brujas no tendrían algún otro programa oculto para nosotros?

*«Cuando te estás ahogando y todo lo que tienes a mano es el extremo de una espada para elevarte sobre las olas, ¿la tomas?»*

Pero en ese momento no tenía ni idea de si la Eterna mantendría su palabra y convocaría una reunión. E incluso aunque lo hiciera, ¿cuánto tardarían? Cada segundo que pasaba era un segundo que Sofía podría estar sufriendo en algún lugar, necesitando que la rescatasen. Lo que me más me irritaba era el hecho de que la bruja no había negado saber dónde estaba Sofía. Mi instinto me dijo que ella sabía muy bien qué era lo que le había sucedido a Sofía durante su tiempo inicial en Cruor, y por qué habían vuelto a llevársela. Sin embargo, la bruja incluso se negó a proporcionarme ese alivio.

*«Después de todo lo que ha hecho. ¿Qué voy a hacer yo mientras tanto?»*

Floté durante horas. Pero cuando el sol ya se había ocultado bajo el horizonte, decidí que simplemente no había manera de que pudiera permanecer en ese lugar por más tiempo. Sería de mucha más utilidad regresando al Cuartel General y trabajando con Aiden. Dejaría una nota para Sofía, diciéndole a dónde me había ido e indicando que regresaría a la cabaña cada dos días para comprobar si ella había vuelto.

Al llegar a mi dormitorio, resultó que dejar una nota no iba a ser

necesario. Porque allí estaba Sofía, tendida inconsciente sobre la cama con la piel cubierta de ampollas y sangre manando de una herida profunda cerca de su vientre.

## CAPÍTULO 15: SOFÍA

A medida que la oscuridad dio paso a una luz fluorescente blanca, lo primero que entró en mi campo de visión fue un par de brillantes ojos azules. Una cálida mano rozó mi mejilla.

«*Derek.*»

El alivio me abrumó, pero, cuando recuperé un poco más la conciencia y me di cuenta de lo peligrosa que era para mis seres queridos, la sensación se transformó en terror.

El rostro de Derek se iluminó tan pronto como me moví. Se inclinó y sus labios se apretaron contra los míos. Me hubiera gustado haber podido devolver su abrazo con la misma pasión. En cambio, mis labios y mis brazos se mantuvieron rígidos. El Anciano retuvo todo el control de mis movimientos.

—¡Sofía! —jadeó mi padre.

«*Oh, no. Tú también no.*»

Giré la cabeza para ver a Aiden al otro lado de mi cama. Agarró mi mano, se inclinó y me besó en la frente. Tenía el dolor grabado en los ojos. Ya había perdido a su esposa a causa de la maldición. Ahora estaba viéndome sufrir a mí por la misma causa.

«*Gracias a Dios no sabe que mi situación es aún peor que la de Ingrid. No sé cómo podría sobrevivir a esto.*»

—Vas a estar bien, cariño —dijo Aiden—. Encontraremos una cura para ti, igual que lo hicimos para Derek. Y luego traeremos de vuelta a tus brazos a tu hermoso bebé. ¿Qué te parece?

Estaba desesperada por preguntar por mi hijo, pero mis labios

permanecieron fuertemente sellados. Miré en torno a mí por primera vez. Estábamos en la sala de emergencias del Cuartel General Halcón.

«¿Por qué me quiere aquí?»

Una enfermera se acercó y me ayudó a incorporarme en posición sentada. Fue entonces cuando los restos de un trago de sangre se filtraron por la base de mi lengua.

«Dulce. Suculenta.»

—Tienes suerte de que conserváramos sangre de Anna en el laboratorio, de cuando hicimos pruebas con ella. —La enfermera sonrió.

«La sangre de Anna.»

Aunque no podía negar mi ansia de tomar más, me sentí asqueada.

«¿Qué fue de Anna? ¿Y qué pasó con Kyle, que la acompañó aquí todos esos meses, justo después de convertirse en humano?»

Aiden debió adivinar que se me habían pasado por la cabeza todas esas preguntas.

—Anna y Kyle están bien, Sofía. Ahora están en Aviario. Arron también llevó allí a Ian. Pero los devolverán ilesos. Solo están ayudando a los Guardianes a hacer algunas pruebas.

«¿Aviario? ¿Guardianes? ¿Pruebas?»

No tenía ni idea de qué estaba hablando, pero nada de eso tranquilizó mi ansiedad por la seguridad de mis amigos.

Su rostro traicionó que comprendía que se había enredado en una discusión más larga y complicada de lo que había previsto.

—Pero todo esto, querida, es un tema para otro día. Primero tenemos que conseguir que te mejores.

—¿Cuánto tiempo es necesario que descanse antes de que pueda salir de esta cama?

—Puedes levantarte inmediatamente —dijo la enfermera—. Echa un vistazo, estás completamente curada.

Las ampollas y todo rastro de mis heridas se habían esfumado. Me estremecí interiormente mientras recordaba mi visita a la bruja de Las Celdas que, a cambio de un poco más de pan seco, había abierto la herida en mi cuerpo y había cubierto mi piel de ampollas nada más regresar de nuestra... expedición.

—¿A dónde fuiste, Sofía? —Derek ardía en deseos de preguntar.

—N-no lo sé, Derek. —Me sentí fruncir el ceño—. Lo último que recuerdo es que me dejaste en el dormitorio. Estaba molesta porque te

negaste a traerme al Cuartel General a verlos a todos... Probablemente corrí al exterior a plena luz del día. Supongo que me exalté demasiado y no sabía lo que hacía. Pero creo que lo que podemos aprender de esto es: no me alteres de nuevo y no iré a ninguna parte.

La decepción veló sus ojos. Supo que esa con quien estaba hablando no era su Sofía. Quería que yo regresara. *Yo* quería regresar.

—¿Cómo volviste a la cabaña? —presionó Derek.

«¿Cómo llegué hasta allí?»

La respuesta sincera era que ni yo misma lo sabía. Después de crear mi herida, la bruja me había sumido en la inconsciencia y, después de aquello, ya no recordaba nada. Supuse que Liana y sus submarinos debían haber tenido algo que ver con mi viaje.

—De nuevo, no recuerdo nada. Me figuro que algunos humanos del pueblo local me descubrieron y me llevaron allí.

Derek iba a seguir interrogándome, pero Aiden vino al rescate del Anciano y lo interrumpió.

—Habrà tiempo para más preguntas después, Derek. Sofía ha pasado por un calvario y, aunque su cuerpo tiene mejor aspecto ahora, es evidente que aún necesita un poco de descanso mental.

—Descanso es exactamente lo que necesito. Gracias. —Rodeé el cuello de mi padre con mis brazos y lo besé en la mejilla. Luego me volví para hablar con la enfermera—. ¿Dónde voy a dormir?

—¿Qué? Conmigo en mis aposentos, por supuesto. —Derek ni siquiera dio a la mujer la oportunidad de responder—. No voy a apartar la vista de ti después de que te deslizaras entre mis dedos dos veces.

—No, D-Derek —tartamudeé—. N-no puedo dormir en ningún lugar cerca de ti. No quiero correr el riesgo de hacerte más daño del que ya te he hecho. —Deslicé una mano bajo de su camisa y acaricié con los dedos las cicatrices que yo misma había causado en su pecho. Entonces unas lágrimas frías comenzaron a rodar desde de mis ojos—. P-por favor, no puedo dormir cerca de ti.

De nuevo, mi amoroso padre acudió en ayuda del Anciano. Me envolvió en sus brazos y dijo:

—Derek no va a obligarte a alojarte con él si tú no quieres, cariño. Puedes dormir donde quieras.

—¡No, no puede! —siseó Derek—. Aiden, ¿estás loco? *No* voy a perderla de vista. Especialmente durante las largas horas de la noche. ¡Es entonces

cuando es más vulnerable! Necesita vigilancia.

Aiden puso una mano en el hombro de Derek.

—Siempre que permanezca dentro de los límites del Cuartel General, Sofía estará bien. Pondré seguridad en todas las salidas del edificio principal durante el día, para que no pueda salir a la luz del sol, y en el exterior de la zona de jardines por la noche, así no saldrá de la finca ni cuando haya oscurecido. No había nada que le impidiera marcharse de esa pequeña cabaña. Olvidas que las cosas son distintas aquí, en el Cuartel General.

—Aun así, no me fío... —comenzó Derek, pero Aiden interrumpió.

—Y —añadió en voz baja—, sabes muy bien que hay otras razones por las que es mejor que Sofía se mantenga lejos de todos... Por qué es mejor que el menor número posible de personas sepan que ha regresado.

Al oír aquello, Derek guardó silencio. Entonces Aiden se giró hacia mí una vez más.

—Puedes alojarte en el apartamento que desees mientras estés aquí, ¿de acuerdo, cariño?

—Gracias, papá —elevé la voz, dándole un abrazo—. Me gustaría estar en la zona más tranquila del edificio. Es solo que siento necesidad de estar un tiempo a solas para recuperarme. Puedo mudarme con Derek cuando esté lista.

Derek frunció el ceño, pero decidió no discutir con Aiden delante de mí. Estaba segura de que se desataría una acalorada discusión entre los dos hombres tan pronto como se quedaran a solas.

Esperaba que Derek estuviera ahora lejos de tomarse en serio mis palabras y mi comportamiento. Esperaba que simplemente aceptara que estaba desquiciada y necesitaba algún tipo de psiquiatra.

*«¿O me atrevo a albergar la esperanza de que haya adivinado ya que he sido poseída?»*

Mientras la enfermera me ayudaba a salir de la cama y a ponerme en pie, me sentí aliviada de que esta vez el Anciano decidiera mantenerme alejada de Derek. Pero una pregunta más oscura penetró en mis pensamientos. Anteriormente, el Anciano nunca había tenido ningún reparo en herir a mi esposo. De hecho, me había obligado a infligirle sufrimiento intencionadamente mientras yo sentía cómo temblaba de placer el Anciano.

*«¿Por qué quiere mantenerme completamente aislada?»*

## CAPÍTULO 16: SOFÍA

*A*iden se apoderó de mi mano y me llevó fuera de la sala de emergencias, con Derek siguiéndonos unos pasos por detrás. En el corredor me encontré con un grupo de rostros familiares: Vivienne, Cameron, Claudia, Gavin, Eli, Sombra y Landis.

—¡Sofía! — exclamaron todos, abalanzándose hacia adelante para saludarme.

El grupo entero parecía encantado de verme, excepto Sombra. Su primer instinto fue arquear el lomo y gruñir. Eli tiró de la correa. La última vez que había visto a Eli se encontraba en medio de su transformación en humano. Me sorprendió ver que volvía a ser vampiro, pero no disponía de tiempo para pensar en ello.

Los gruñidos de Sombra se transformaron en ladridos, y luego en gemidos. Apartó a Eli de mí a rastras.

—Vamos, chico —dijo—. Detente. ¿Recuerdas a nuestro amigo, Sofía?

Eli lanzó una mirada hacia Vivienne. Ella también parecía preocupada por el nerviosismo de Sombra. Entonces, los ojos de Vivienne volvieron a recaer en mí.

*«Vivienne, si hay alguien en este lugar que puede ver a través de mí, esa eres tú. Por favor, Vivienne. Compréndelo»* —pensé, esperando que de alguna manera hubiera leído mi mente.

Luego me dirigí directamente al Anciano.

*«¿Por qué deseas apartarme de Derek? Creí que lo querías como protección.»*

*«Puede llegar un momento en el que demostrará ser útil. Pero, mientras*

*tanto, es solamente un obstáculo. Y también lo son tus otros amigos. No podemos permitir que nadie entorpezca nuestra libertad de movimientos o te vigile durante la noche»* —me respondió silenciosamente.

Una vez que el grupo hubo terminado de saludarme, Aiden los apremió:

—Ya está bien, Sofía necesita descansar un poco. Seguro que habrá tiempo para ponerse al día más adelante, cuando se sienta mejor.

La mano de Derek encontró la parte baja de mi espalda y caminó a mi lado, con Aiden al otro. Subimos por el ascensor y Aiden pulsó el botón de la planta superior del edificio. Cuando se abrió la puerta, giramos a la derecha y nos dirigimos hacia el extremo final del largo corredor. A pesar de haber estado anteriormente durante varias semanas seguidas en el Cuartel General, nunca antes había visitado esta parte del edificio. Nos detuvimos frente a la puerta número 721. Aiden giró hacia abajo el picaporte y nos condujo al interior.

—Ya estás aquí, cariño —dijo Aiden—. Espero que todo sea de tu gusto. Este es uno de los apartamentos más silenciosos que tenemos en el Cuartel General Halcón. Nadie te molestará aquí.

Eché un vistazo rápido al lugar; había un dormitorio doble con un baño en suite, una zona de cocina y una acogedora sala de estar. Estos aposentos eran pequeños comparados con otros que había visto en el edificio, pero lo único que le preocupaba al Anciano era su ubicación.

—¿Y dónde están tu apartamento y el de Derek? —pregunté a Aiden.

—Si me necesitas, actualmente me alojo en el número 120 y el de Derek es el número 219. Vivienne y tus amigos ocupan las habitaciones 340 a 346, en caso de que quieras visitar a cualquiera de ellos. No te preocupes, te voy a escribir todo esto en una hoja de papel para que no se te olvide. Y, por supuesto, te dejaré los códigos directos de las líneas fijas para que puedas llamarnos siempre que quieras.

Mi padre garabateó algunos números en un pedazo de papel que deslizó en un cajón. Luego sacó un teléfono de su bolsillo y marcó un número.

—Sarah, trae algo de sangre de cabra a la habitación 721 tan pronto como puedas. —Colgó y me miró de nuevo, sacando dos llaves de su bolsillo y entregándomelas—. Esta es la llave que tienes que usar siempre que salgas de la habitación. Cierra la puerta desde el exterior. Y esta es la llave que deberías usar si quieres cerrar la puerta desde el interior. Tiene dos cerraduras distintas para mayor seguridad. Voy a ponerlas aquí, en este cajón. ¿De acuerdo, cariño?

Asentí y le di las gracias cortésmente una vez más. Pero Aiden aún no había terminado.

—También voy a dejarte una llave de repuesto de mi oficina, así como la de mi apartamento para que, si lo deseas, puedas ir y estar en cualquiera de estos dos lugares en caso de que yo no me encuentre allí. Y aquí tienes una llave de repuesto del apartamento de Derek... De este modo, dispones de muchos lugares a los que puedes ir para relajarte. Solamente quiero que evites las principales zonas comunes, como la recepción y las salas de entrenamiento.

Derek había permanecido en silencio todo el tiempo. Pero su intensa mirada penetró en mi interior. No creí ni por un momento que él no fuera a vigilarme.

—De acuerdo, está todo claro —me oí decir—. Ahora me gustaría estar sola. Por favor, necesito al menos cinco días. Me reuniré con todos cuando esté preparada. —Caminé hasta la puerta y la sostuve abierta—. Gracias a ambos por la comprensión.

Aiden salió primero, seguido por Derek. Casi había cerrado la puerta cuando la mano de Derek apareció a través de la abertura. Entreabrió la puerta solo lo suficiente para que viera su rostro.

—Te encontraré de nuevo, Sofía. —Su mirada de determinación hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Luego cerró la puerta y sus pasos desaparecieron por el corredor.

*«Solo espero que no sea demasiado tarde, Derek.»*

Deambulé hasta los grandes ventanales de estilo francés y los abrí, sacando la cabeza y contemplando los alrededores. Bajar la vista hacia el suelo me produjo náuseas. Dudaba que ni siquiera un vampiro sobreviviera a esa caída. Los viñedos cercanos al Cuartel General se extendían durante kilómetros y, a lo lejos, un imponente muro delimitaba toda la finca.

Alguien llamó a la puerta. Miré a través de la mirilla antes de abrir. Una cazadora rubia de mediana edad estaba al otro lado de la puerta, sosteniendo una gran jarra de vidrio llena de sangre.

—Aquí tienes, querida —dijo mientras yo abría la puerta—. Deberías guardarla en la nevera para que no se estropee.

Tomé la jarra sin ni siquiera darle las gracias y se fue. Levanté la tapa y bebí directamente de la jarra, mientras la sangre se derramaba por las comisuras de mis labios. Sabía insoportablemente amarga, y entonces comprendí por qué los vampiros odiaban la sangre animal. A pesar del sabor,

el Anciano me hizo beber la mitad de una sola vez antes de guardarla en un estante de la nevera. Adiviné que quería asegurarse de que su *recipiente* estuviera bien nutrido.

«¿Y ahora qué?» —pregunté en mi cabeza, mientras mi cuerpo se estiraba por sí solo sobre la gran cama de matrimonio.

«*Esperaremos hasta el anochecer*» —contestó el Anciano.

## CAPÍTULO 17: SOFÍA

A medida que cada hora nos acercaba al anochecer, me sentía más y más nerviosa por lo que planeaba el Anciano. Deseaba más que nada que Derek no se cruzase en nuestro camino. No sabía lo que el Anciano me obligaría a hacerle si se interponía en sus planes.

Cuando el reloj dio las dos de la madrugada, abrí el cajón de mi tocador y saqué las llaves que Aiden había dejado para mí, excepto las correspondientes a los apartamentos privados de Derek y Aiden. Las metí en el bolsillo y luego me dirigí a la puerta principal. El pomo de la puerta no se movió. Lo sacudí, pero no se movía.

*«Esto es cosa de tu esposo, sin duda. Se le ocurrió que volver a escondidas para encerrarte por la noche impediría que vagaras por ahí. No importa, hay otras maneras de salir de esta habitación.»*

Me embargó el terror cuando nos acercamos a los grandes ventanales.

*«¿Has perdido la cabeza?»* —grité al Anciano.

Mi parásito me ignoró y abrió una de las ventanas. El cielo estaba despejado y un viento frío penetró en la habitación. La luna llena brillaba sobre el paisaje.

Me encontré levantando un pie y colocándolo sobre el alféizar de la ventana, antes de izar mi cuerpo de manera que ahora estaba a solo unos centímetros de distancia de una terrible caída. Me preparé para el salto que preveía. Me aferré a los laterales del marco de la ventana y balanceé las piernas sobre el espacio exterior, de modo que ahora colgaban por el lado de fuera del edificio. Pero, para mi alivio, en lugar de arrojarme al suelo, descendí hasta que mis pies tocaron una tubería de metal que sobresalía de la

pared de ladrillo. Me balanceé precariamente a la vez que mis manos soltaban la ventana. El corazón se me aceleró mientras me tambaleaba y mis pies descalzos casi perdían su asidero sobre la tubería.

Con un potente salto, me lancé de lado hacia el alféizar de una ventana contigua. Pero mis manos se resbalaron del alféizar y me precipité hacia abajo en caída libre. Justo cuando me estaba preparando para el golpe, mis brazos golpearon con algo y lo siguiente que supe fue que estaba colgando de otra tubería de metal. Lancé una mirada salvaje a mi alrededor. Justo debajo de mis pies había otra ventana que se había quedado entreabierta. Mis pies golpearon contra ella y se abrió del todo. Entonces balanceé mi cuerpo, la atravesé y aterricé de pie al final de un silencioso corredor.

Todavía estaba mareada por la impresión, y lo último que quería hacer era echarme a correr. Pero eso fue exactamente lo que me descubrí haciendo. Corrí dejando atrás innumerables puertas y docenas de escaleras. No tenía ni idea de a dónde me llevaba el Anciano. Hubo un momento en que me pregunté si siquiera él tendría un destino en mente; parecía estar llevándome de visita por todo el edificio principal. Pero finalmente giramos bruscamente a la izquierda y acabé justo delante de la oficina de Aiden. Entré en la sala vacía.

Me arrodillé en el suelo y empecé a hurgar en los cajones y armarios llenos de documentos. Vi una llave en la parte inferior de uno de los armarios, mi mano la alcanzó y la puso en mi bolsillo.

Transcurrió por lo menos otra hora, y el Anciano seguía buscando. Por último, cuando empecé a buscar en los únicos cajones que no habíamos tocado, descubrí un trozo de papel amarillento con un mapa impreso en él. Un mapa del Cuartel General. Pasé un dedo por encima durante un par de minutos antes de que el Anciano silbara con frustración.

*«Este no es el mapa.»*

Puse en orden todos los papeles y cerré los cajones y armarios hasta que la habitación pareció recuperar su aspecto original. Entonces me retiré de la oficina y salí al corredor, cerrando la puerta detrás de mí.

Atravesé a la carrera media docena más de corredores hasta llegar a la zona de recepción. Dos cazadores estaban sentados detrás del gran escritorio haciendo el turno de noche. Me acerqué a ellos y mi rostro se abrió en una sonrisa. No había visto a estos hombres antes, así que supuse que eran nuevos y, por lo tanto, no me reconocerían como la hija de Aiden. La iluminación de la sala también era bastante tenue, así que era posible que ni siquiera se

hubiesen percatado de que era una vampira.

—Vaya, no se preocupen por mí —les dije—. Simplemente tengo insomnio, así que voy a caminar un poco. Me preguntaba si tendrían un mapa para invitados y una lista de teléfonos que pudieran darme.

Uno de ellos asintió e introdujo la mano bajo la mesa para sacar dos hojas de papel.

—Ah, y tengo curiosidad por saber dónde se aloja el jefe... Ya saben, ¿Arron? —pregunté.

—Arron vive en el edificio independiente, el “H”, justo al final de los campos, donde comienzan los bosques. —El cazador tomó un lápiz y me dibujó un punto negro en su ubicación—. Pero saberlo no le servirá de nada. —Me miró a través de sus gafas—. Arron es un hombre extremadamente ocupado y, cuando acepta reuniones, siempre es con cita previa. El número de su asistente personal está en la lista de teléfonos.

—De acuerdo, bien. Gracias.

Introduje las dos hojas de papel en el bolsillo y me fui.

*«Arron... ¿Por qué el Anciano quiere buscar a Arron?»*

Parecía que no iba a obtener una respuesta, y mis piernas se dirigieron de regreso a mi dormitorio. Afortunadamente, había tomado la llave de la cerradura exterior, así que no tuvimos que experimentar más con las habilidades del Anciano como gimnasta.

Al entrar en el apartamento, saqué el mapa y el listín telefónico del bolsillo, los desplegué con cuidado y los coloqué sobre la mesa, al lado del teléfono.

*«Ahora esperamos una vez más»* —dijo el Anciano.

## CAPÍTULO 18: SOFÍA

A pesar de haber caído en un sueño profundo después de la escapada nocturna, me desperté sintiéndome como si no hubiera dormido absolutamente nada. Miré el despertador de mi mesita: las once de la mañana. Mientras daba vueltas en la cama, noté el dolor que sentía en los músculos. Al darme cuenta de que el Anciano me había cedido el control temporal de mis movimientos, aproveché la oportunidad para ir al baño a examinarme en el espejo.

Mis párpados se caían. Intenté mantenerlos completamente abiertos, pero seguían igual. Tenía ojeras bajo los ojos y la piel parecía deshidratada. Me arrojé agua fría en el rostro y tomé una crema hidratante del armarito, aplicándola por todo mi rostro.

Entonces unos dolorosos retortijones en el estómago reclamaron mi atención y me dirigí a la nevera. A pesar de su sabor, me tragué los restos de sangre animal. Me moría de hambre. Iba a llamar a Aiden para pedirle más cuando alguien llamó a la puerta. Instantáneamente, el Anciano recobró el control y me llevó a abrirla. Allí estaba Claudia, transportando dos grandes jarras de sangre en una bandeja.

—Buenos días. —Sonrió débilmente antes de pasar junto a mí y colocar las jarras en mi nevera—. Le dije a Aiden que te traería la sangre. —Se acercó a mí y me agarró por los hombros—. Necesito saber que le sucedió a Yuri. —Sus ojos castaños centellearon hacia los míos.

—No lo consiguió —dijo mi voz—. Su cuerpo fue arruinado por los Ancianos. Lo obligaron a pelear a muerte con otro vampiro.

Claudia tomó aliento bruscamente, como si la bala de un cazador le

hubiera atravesado el vientre. Sus ojos se desenfocaron y se quedó boquiabierta. Sus rodillas cedieron y se derrumbó en el suelo, derrotada. No la ayudé. Me limité a quedarme de pie, contemplando cómo temblaba todo su cuerpo. Sin embargo, el leve estremecimiento de mi propio cuerpo tampoco me pasó desapercibido.

No sé si el Anciano mintió deliberadamente para divertirse con la reacción de Claudia, o si Yuri realmente había fallecido desde la última vez que lo vi. De cualquier forma, mis palabras acababan de partir en dos a la vampira rubia.

Quería sostener a la pobre chica en mis brazos como había hecho con Ashley. En cambio, caminé hacia la mesita de café, tomé la agenda telefónica y marqué el número de emergencias.

—Hola, llamo de la habitación 721. Hay una persona aquí que necesita asistencia urgentemente —dije, sin un atisbo de emoción en la voz.

—Enviaré a alguien inmediatamente —respondió una mujer.

*«Asistencia urgente. Lo que necesita Claudia es un hombro amigo en el que llorar. No alguien que la empuje a una camilla.»*

Unos minutos más tarde, una enfermera llamaba a la puerta. Ayudó a Claudia a ponerse en pie y la condujo fuera de la habitación. Grité al Anciano en mi cabeza reclamando una explicación, pero todo lo que recibí en respuesta fue un silencio sepulcral.

Apenas habían transcurrido diez minutos desde que se marcharan cuando el Anciano decidió hacerme salir de la habitación a mí también. Al igual que habíamos hecho la noche anterior, ignoramos el ascensor y nos dirigimos directamente hacia las escaleras. Descendimos un nivel tras otro hasta llegar al tercer piso. Luego caminamos por el corredor hasta que llegamos a la puerta de la habitación 340. Golpeé fuertemente. Vivienne abrió.

—¿Sofía? —Parecía sorprendida de verme—. Entra. —Abrió completamente la puerta y me indicó que pasara con un gesto.

—Ah, no. No necesito entrar —dije—. No me siento bien, así que no me quedaré mucho tiempo, pero pensé que sería mejor decírtelo... Xavier está muerto. Su Anciano lo agotó, y después su cuerpo fue arrojado a una fosa y se lo comieron los perros.

*«No, no, no.»*

Vivienne se llevó una mano a la boca, conteniendo un grito. Cerró los ojos y su rostro se contrajo como si alguien acabara de cortarle la lengua. Luego volvió a entrar tambaleante a su apartamento y cerró la puerta de

golpe. Pero aun así pude oír cómo se derrumbaba. Al igual que Claudia, parecía que con cada sollozo que sacudía su cuerpo mis extremidades se estremecían, como sincronizadas.

Pensé que iba a sufrir un colapso, pero parecía que el Anciano no había terminado con su diversión.

Habitación 343.

Cameron emergió del oscuro apartamento. Al igual que Vivienne, se mostró muy sorprendido de verme.

—¡Sofía! ¿Cómo estás, querida? Pareces agotada. ¿Estás segura de que es bueno que andes deambulando por ahí? Entra y siéntate.

—No, Cameron. Gracias por la invitación, pero estoy bien, de verdad — dijo mi voz—. Solo vine para comunicarte una noticia. —Me preparé para soltar la bomba que sabía que estaba a punto de hacerle pedazos—. Liana. Está muerta.

—¿Q-qué? ¿Qué has dicho?

—Los Ancianos la mataron.

—No. No puede ser. —Cameron se agarró al marco de la puerta para tranquilizarse, luchando por aferrarse a su negativa a creerlo.

—La poseyeron demasiado tiempo y la debilitaron. Ya no les era de utilidad, así que le extrajeron toda la sangre y después arrojaron lo que quedaba de su cuerpo al mar para los tiburones.

Cameron dejó escapar un aullido salvaje, pero su propia garganta lo ahogó y lo silenció. Lo siguiente que supe fue que estaba vomitando por todo el suelo. Las rodillas se le doblaron y cayó sobre el mármol con un ruido sordo, y se quedó allí tendido, en medio de la entrada.

Así lo dejé. A solas con su sufrimiento. Mi cuerpo nuevamente encontró placer en sus lamentos.

Un suave susurro resonó en mis oídos.

*«Ahora que nos hemos divertido un poco, debemos volver y descansar hasta la noche. No quiero tener que hacerle una visita a tu amado para informarle que has expirado... Al menos, aún no.»*

## CAPÍTULO 19: SOFÍA

Tan pronto como se desvaneció todo rastro de luz diurna, tomé el teléfono y marqué el número del ayudante de Arron.

—Aquí Hayden —dijo una voz femenina—. Por favor, diga su nombre y en qué puedo ayudarle.

—Soy Aiden.

El tono profundo de la voz de mi padre llenó el dormitorio. Me llevó unos segundos comprender que, en realidad, Aiden no había entrado de repente en la habitación, sino que la voz masculina se había originado en mi propia boca.

—Necesito que Arron se reúna conmigo en la sala 59. Dígale que es urgente.

—Bueno, se está haciendo tarde, pero voy a ver si todavía puedo localizarlo. Manténgase a la espera, por favor. —Nos mantuvo esperando solo unos minutos antes de volver—. Muy bien, estará en la sala 59 en unos diez minutos.

Colgué y me apresuré hacia la puerta principal.

*«Otra vez cerrada desde el exterior. Tu amado continúa mostrándose muy diligente con sus obligaciones nocturnas.»*

El estómago se me encogió de temor cuando me elevé de nuevo por la ventana y me balanceé directamente sobre la tubería de metal que había debajo de mí.

Mi cuerpo adquirió la posición de salto lateral para alcanzar la ventana contigua. Esta vez mis manos se agarraron a la cornisa y no tuve que soportar otra vez la sensación de estómago revuelto de la noche anterior. Salté de

cornisa en cornisa hasta que llegué a la misma esquina del edificio donde había una gruesa tubería de drenaje. Bajaba directamente hasta el suelo. Me lancé hacia la tubería y me deslicé por ella hasta que toqué el césped con los pies.

Había supuesto que regresaríamos al interior del edificio a través de una ventana abierta. En cambio, mis piernas se lanzaron a correr a toda velocidad a través de los viñedos. Cuando los bosques aparecieron a la vista, me di cuenta de a dónde nos dirigíamos. La residencia de Arron. El edificio H parecía no más grande que una pequeña cabaña de madera. Me desconcertaba que Arron prefiriese vivir en esa pequeña construcción en lugar de alojarse en los cómodos apartamentos del edificio principal.

Extraje de mi bolsillo la llave que habíamos encontrado en la oficina de mi padre la noche anterior. Encajaba perfectamente con la cerradura. Abrí la puerta y entré. La cabaña consistía en una sola habitación. No había cama. No había cocina. Ni siquiera un baño. Solo una enorme habitación que en su mayoría estaba vacía, excepto por el escritorio de madera situado en una esquina y una serie de armarios. Me lancé hacia ellos y, al igual que había hecho en la oficina de Aiden, empecé a registrarlos.

*«El mapa debe estar aquí»* —murmuró el Anciano.

Pasaron los minutos, pero todavía no habíamos encontrado ningún mapa. Justo cuando estaba empezando a perder la esperanza de encontrar alguna vez ese escurridizo pedazo de papel, mis manos rozaron una pequeña caja de metal en el fondo de uno de los armarios. Mis ojos recorrieron la habitación y se posaron en un montón de clips para papel que había sobre el escritorio de Arron. Inmediatamente doblé uno de ellos, introduje el extremo en la cerradura de la caja y me dispuse a forzarla.

Empecé a temer lo que sucedería si Arron regresaba. Imaginé que ya tendría que estar en camino de regreso a su cabaña, preguntándose por qué Aiden no se había presentado en la sala 59. Esta idea no parecía detener al Anciano. Mis manos trabajaron incansablemente en la cerradura hasta que, finalmente, la tapa se abrió con un clic.

En su interior había un viejo mapa. Al principio parecía idéntico al que habíamos encontrado en el despacho de Aiden, y me pregunté si este sería también el mapa equivocado. Pero, a medida que mis ojos recorrían el documento, era evidente que este era mucho más detallado. De hecho, algunos lugares marcados aquí eran inexistentes en el plano de Aiden.

Mis ojos examinaron cada centímetro del pergamino. Era como si

quisiera aprendérmelo entero de memoria para recordarlo más tarde.

Entonces sucedió.

Mis oídos detectaron el ruido de las ramitas y el crujido de las hojas al romperse. Alguien se apresuraba hacia nosotros a través de los viñedos. Sin tiempo para cerrar la caja correctamente, me limité a bajar la tapa y ocultarla de nuevo en su lugar. Me lancé por ahí tratando de devolver cada uno de los documentos a su carpeta original.

Luego me escabullí de nuevo por la puerta principal y dejé bloqueado el cerrojo a mi espalda. Me zambullí en busca de refugio en unos arbustos que bordeaban el límite del bosque. Mirando entre las hojas, vi a Arron a menos de medio kilómetro de distancia de la cabaña. Temí que pudiese haber detectado el repentino destello de mi cuerpo saliendo rápidamente de la cabaña o el ruido al echar el cerrojo.

Sin embargo, parecía que mis preocupaciones eran infundadas, porque se dirigió directamente al interior y cerró la puerta de golpe tras él.

Después de unos quince minutos, cuando Arron todavía no había resurgido de su cabaña, el Anciano se atrevió a sacarme de los arbustos y me lanzó a la carrera a través de los viñedos hacia el edificio principal.

Mi boca se abrió en una amplia sonrisa cuando me oí susurrar:

—Ahora comienza el verdadero trabajo.

## CAPÍTULO 20: SOFÍA

Rodeé el edificio principal durante varios minutos, buscando una ventana abierta en la planta baja. Al no encontrar ninguna, di la vuelta hacia las cocinas, agarré una piedra del suelo y la estrellé contra el cristal.

Algo en el interior del Anciano se había rendido y ahora estaba dispuesto a sacrificar la discreción en favor de la velocidad.

Las cocinas estaban vacías a esa hora de la noche. Me alejé de allí y entré en un oscuro corredor. Luego giré a la derecha y entré en un pequeño lavadero. Fui directamente a la parte posterior de la sala, detrás de los fregaderos y los lavavajillas, y allí descubrí una trampilla grande de madera. Deslicé mis manos por las dos asas de metal para levantarla y vi una escalera oscura que conducía a algún tipo de sótano o almacén subterráneo.

Bajé sin perder un segundo y tiré de la pesada trampilla para cerrarla por encima de mi cabeza. La escalera serpenteaba y se estrechaba abruptamente. No estaba iluminada y, si no hubiera sido por mi visión sobrenatural, estaba segura de que me habría caído y me habría roto una pierna.

Finalmente, los escalones desaparecieron y me encontré de pie en una pequeña habitación rectangular. Un cazador se sentaba frente a una puerta de acero, con la cabeza ladeada sobre un libro que tenía en su regazo. Sin que se percatara de mi presencia, me acerqué al hombre y lo agarré por la garganta. Le tapé la boca con la mano para ahogar sus gritos y le partí el cuello. Con su cuerpo ahora flácido, lo agarré del brazo y lo empujé hacia un escáner dispuesto en el lado derecho de la puerta. Coloqué su dedo pulgar contra el cristal y la puerta de acero se abrió. Me apresuré al interior, arrastrando al cazador conmigo.

La puerta se cerró detrás de nosotros. Dejé al cazador muerto tirado en el suelo y caminé hacia adelante a través de un estrecho pasadizo iluminado con luces fluorescentes. El pasadizo pronto desapareció y me encontré en la entrada de una sala circular con un techo altísimo. Los suelos eran de mármol negro y las paredes estaban pintadas de blanco.

De un primer vistazo, la sala parecía estar vacía. Solo cuando examiné el suelo con más atención vi los tres agujeros perforados en el mármol, colocados a intervalos regulares alrededor de la circunferencia de la sala. Me aproximé al que tenía más cerca y eché un vistazo desde el borde.

*«¡Qué demonios...!»*

Estaba mirando hacia lo que parecía ser un túnel sin fin. Sus muros estaban hechos de una sustancia translúcida que giraba en remolino y que no lograba comprender; aunque tenía un matiz azulado, desde luego no era agua. Y, sin embargo, estaba segura de que tampoco era humo. Pero lo que realmente me hizo dudar de mi cordura fue lo que había más allá. Estaba contemplando algo que parecía un cielo nocturno, un mar de negro infinito salpicado de estrellas.

*«Tal vez había algo extraño en la sangre de esa cabra.»*

Tan pronto como estiré la cabeza más allá del borde del cráter, una fuerte succión trató de empujarme hacia abajo. Tambaleante, tuve que incorporarme y abrir las piernas para evitar que me arrastrara.

Luego, sin previo aviso, mi boca se abrió más allá de lo que nunca habría imaginado que fuese físicamente posible. Justo cuando sentí que mi mandíbula estaba a punto de quebrarse, respiré profundamente y luego exhalé. Una negra sustancia emanó de mi boca, formando un remolino que se dirigió directamente hacia el túnel. Era similar a las paredes del agujero, excepto por su color.

*«Luz, remolino, etéreo.»*

Los bordes del túnel más próximo a nosotros reaccionaron ante la sustancia y comenzaron a sisear y, antes de darme cuenta, se desintegró por completo. Esta desintegración se extendió luego a otras partes del túnel, girando y girando alrededor de sus muros hasta que la sustancia azulada desapareció por completo de la vista. La succión se detuvo, permitiendo que el Anciano relajase mi postura. Y entonces, en el instante que empleé en parpadear, el agujero se había desvanecido. En su lugar no había nada, excepto el mismo mármol negro que cubría el resto del suelo.

Sentí la cabeza atterradoramente mareada y una niebla se posó sobre mis

ojos, una niebla que no había experimentado desde que la bruja de Las Celdas utilizara su magia en mí. El dolor de mis articulaciones y mis músculos se intensificó y ahora sentía una nueva sensación: mi piel estaba empezando a picar y a arder.

«*No nos queda mucho tiempo*» —siseó el Anciano.

Tropezando, crucé la sala y me detuve en el borde del segundo cráter. Una vez más, mi mandíbula se abrió mientras tomaba otra profunda bocanada de aire. Como si mis pulmones estuviesen a punto de estallar, exhalé más sustancia negra. Las paredes del túnel se evaporaron y se formó suelo de mármol por encima, como si el agujero nunca hubiese existido.

Luego las piernas se me doblaron. El Anciano intentó obligarlas a sostenerme, pero seguían desplomadas. Así que, en lugar de eso, me hizo arrastrarme hasta el tercer cráter.

Yo sabía que no poseía resistencia suficiente para exhalar la sustancia una tercera vez. Por supuesto, eso no impidió que el Anciano lo intentara. Pero cuando mi mandíbula empezó a abrirse, mis oídos captaron un movimiento brusco en la entrada de la sala. Incluso antes que el Anciano pudiese mirar en dirección al ruido, el sonido del hierro golpeando en hueso retumbó por toda la sala.

Me estalló un dolor punzante en la nuca.

Entonces me atrapó la misericordiosa inconsciencia y todo se desvaneció en la negrura.

## CAPÍTULO 21: DEREK

*H*abían sido casi tres días de agonía. Aiden me había obligado a respetar la regla arbitraria de Sofía de “cinco días de privacidad”. Al menos me había permitido ir a su puerta cada noche y encerrarla dentro de la habitación.

Esa mañana temprano, mientras caminaba por el corredor para desbloquear la puerta, consideré la posibilidad de romper mi promesa a Aiden. Mis pesadillas se habían intensificado al triple en las últimas noches, y no creía que pudiera soportar su ausencia por más tiempo.

Abrí la puerta de su apartamento y entré.

—¿Sofía? —llamé con vacilación.

Me llamó la atención la corriente de aire que se percibía en el interior. Entré en su dormitorio y vi las ventanas abiertas.

—¿Sofía?

«*No. Otra vez no. Otra vez no.*»

Corrí a buscarla por las habitaciones. Todas estaban vacías. Regresando hasta el dormitorio, me abalancé a la ventana y miré hacia fuera.

«*¿Es posible que saltara?*»

Entonces recordé su huida alocada de la cabaña a plena luz del día, y comprendí que había sido un completo idiota por no sospechar que podía haber salido por la ventana.

«*¿Pero a dónde habría querido ir con tanta urgencia que no podía esperar hasta la mañana?*»

A pesar de que no mostraba signos visibles de estar poseída, ya no podía negar esta posibilidad.

Corrí hacia la puerta. Derrapando por los corredores y bajando las escaleras veloz como una bala porque no tenía paciencia para esperar a los ascensores, no tardé en llegar a la puerta del apartamento de Vivienne.

—¡Vivienne! —Estrellé los puños contra la puerta—. ¡Abre! ¡Date prisa! —Pasaron unos instantes y no se oía ningún sonido que indicara que se aproximaba. Agarré el picaporte. Extrañamente, la puerta no estaba cerrada con llave.

Esperaba encontrar a mi hermana todavía en la cama a esta hora temprana. Pero su apartamento estaba vacío. Todo parecía estar en su lugar y no percibí ninguna señal de forcejeo.

Después lo intenté con Cameron. A continuación con Claudia. Y Eli. Landis. Todos los apartamentos estaban cerrados sin llave. Todos vacíos. Sabía que Sombra, el sabueso, se alojaba con Eli, pero ni siquiera pude encontrar al animal.

«*Gavin. Deben estar todos celebrando una reunión en los aposentos de Gavin.*» Comprendí lo ridícula que era esta conclusión incluso mientras lo pensaba. Pero mi cerebro estaba entumecido por el pánico. Había perdido demasiado en muy poco tiempo. No podía soportar la idea de que algo malo podía haberles sucedido.

Corrí a la habitación que le habían asignado a Gavin. Habitación 93. Golpeé y grité su nombre. Seguí gritando hasta que Gavin apareció en la puerta con ojos somnolientos, desnudo salvo por una toalla enrollada en su cintura.

—¿Pero qué demonios, Novak? —Frunció el ceño, echando un vistazo a su reloj de pulsera—. Son las cinco de la mañana.

Lo aparté a un lado con tal fuerza que se cayó al suelo. Busqué en el cuarto de baño, en la cocina y en la sala de estar, y luego corrí a su dormitorio. Una mujer con el cabello negro azabache se agitó en la cama. Levantó la cabeza, dejando su rostro al descubierto. Zinnia. La cazadora dejó escapar un grito y se subió las sábanas para cubrir su cuerpo.

*Alguien sí ha venido a una reunión en el apartamento de Gavin.*

—¡Fuera! —me gritó mientras la sangre se arremolinaba en sus mejillas—. Por los siete infiernos, Gavin. ¿Por qué lo dejaste entrar?

—No fui yo. —Gavin entró en tromba en la habitación.

—Se han ido —jadeé—. Sofía. Vivienne. Claudia. Cameron. Eli. Landis. Incluso Sombra, por todos los cielos. Todos los vampiros han desaparecido.

—¿Qué? ¿Cuándo los viste por última vez? —preguntó Gavin.

—He estado demasiado ocupado trabajando con Aiden, no he pasado mucho tiempo fuera de su oficina. Pero sin duda han pasado menos de tres días desde que los vi a todos ellos.

—Bueno, ¿y Aiden? —inquirió Zinnia.

—Él es mi siguiente parada.

Me apresuré a las habitaciones de Aiden. Pero al verlo abrir la puerta en pijama, frotándose el sueño de sus ojos, supe que los habíamos perdido.

Cuando le repetí la noticia, lo primero que hizo fue decir:

—Arron. Debemos encontrarlo. —Se echó una bata por los hombros y corrimos directamente a la cabaña del Halcón en el extremo opuesto de los campos.

Ni siquiera tuvimos que llamar a la puerta. Todas las cortinas de la pequeña construcción habían sido arrancadas. Cuando nos asomamos a través de las ventanas, era evidente que estaba vacía.

## CAPÍTULO 22: SOFÍA

El agua helada me salpicó la cara. Unas manos fuertes me sacudieron los hombros. La piedra estaba fría bajo mi cuerpo y saboreé la sangre de mi boca. Sentía todo mi cuerpo como si acabaran de desenterrarme de una tumba.

—Pensaste que podías engañarme —dijo una voz áspera.

Unos dedos tiraron de ambos lados de mi rostro y me obligaron a abrir los párpados. Aparecieron en mi campo de visión un par de pálidos ojos grises. Y la silueta del rostro de un hombre...

—Me pillaste con la guardia baja, eso lo reconozco. —El hombre se levantó y comenzó a pasearse por la habitación—. Pero realmente me pregunto, ¿cuál era tu plan en este juego? Incluso si hubieras logrado destrozarse el tercer portal, ¿de verdad crees que las brujas no crearían más portales cuando los necesitaran?

Mi boca se abrió dolorosamente y emergió una voz que era tan solo una sombra de la mía.

—Tu ignorancia nunca me defrauda. —Dejé escapar una carcajada—. O tal vez la Eterna nos favoreció más a nosotros cuando nos reveló que el poder de crear portales murió hace casi un siglo con el último de los Antiguos. Las brujas se han vuelto demasiado débiles para conjurar ese tipo de magia. Se han emborrachado de complacencia. Ya no trabajan para mantener su poder como hacían los Antiguos, cuando aún luchaban por proteger El Santuario.

El hombre se arrodilló y me agarró la barbilla.

—Si ese es el caso, ahora sabemos exactamente cómo hacer que te esfumes.

—Tal vez hayas asaltado La Fortaleza, pero aún tenemos dos portales. ¡Recuerda que no fuimos tan tontos como para tener todos nuestros portales en un solo lugar! —Mi cacareo retumbó por toda la sala.

Una patada me golpeó el estómago y, nuevamente, la sangre manó de mi boca.

—Levántate —dijo la voz.

Mis brazos y mis piernas trataron de levantarse, pero unas pesadas cadenas los arrastraban hacia abajo. Me encontraba demasiado débil para aguantar el peso. Unas manos agarraron mi cintura y me pusieron de pie. Me apoyé contra la pared. Para entonces, mi visión ya se había aclarado un poco, lo suficiente para ver que era un rostro familiar el que me devolvía la mirada.

—Veamos cuánto tiempo sobrevives aquí después de que tu lindo recipiente haya expirado —sonrió Arron—. Es un largo camino de regreso a La Sombra y aún más largo hasta El Subterráneo. Tal vez te desvanezcas antes de poder volver a conectarte con tu fuente. Sería una lástima enorme, ¿no crees?

—Ah, no te preocupes por eso —interrumpí con una sonrisa—. Eres lo bastante tonto como para tener aquí muchos recipientes muy adecuados para que los habite.

—Si yo fuera tú, no contaría con eso —fue todo lo que dijo Arron mientras salía de la mazmorra, cerrando la puerta tras él con un golpe.

## CAPÍTULO 23: DEREK

Aiden me dijo que me quedara mientras él regresaba al edificio principal en busca de Arron. Esperé en el exterior de la cabaña del Halcón hasta el mediodía, pero después de eso simplemente no podía quedarme sentado. El sol calentaba los campos y las abejas zumbaban alrededor de mi cabeza mientras iba de camino al edificio principal.

Me pregunté si Arron podría haberse llevado a todos los vampiros a Aviario para algún tipo de experimento, como había hecho con Anna, Kyle e Ian. Me ponía de los nervios que no se hubiera dignado a avisarme de ello al menos, cuando se suponía que estábamos colaborando.

Pasé junto a la recepción y me apresuré a la oficina de Aiden. Llamé hasta que la puerta se abrió. De pie en la puerta encontré a Arron.

—¿Dónde te habías metido? He estado esperándote en la cabaña durante horas...

—Entra, Novak.

Aiden estaba sentado en la mesa, con la cabeza entre las manos. No levantó la vista.

«¿Por qué no se molestó en decirme que ya había encontrado a Arron?»

—Aiden —dije—, ¿qué está ocurriendo? —No contestó. Me volví hacia Arron, que se había sentado de nuevo a la mesa y lo miré furioso—. ¿A dónde han ido todos los vampiros?

—No lo sabemos. —Sus fríos ojos se posaron en mí.

—No me hables como si fuera estúpido, Halcón. Si tú no tienes nada que ver con esto, ¿a dónde pueden haberse ido todos tan de repente?

—¿Cómo sabes que tu esposa no está detrás de todo? Últimamente ha

estado actuando de forma muy extraña, ¿no es así?

Irritado por el continuo silencio de Aiden, caminé hacia él y lo sacudí.

—¿Qué te pasa?

El rostro de mi suegro estaba ceniciento y me miró con expresión vacía.

—O bien —continuó Arron—, podrían haberse ido todos a pasear por el bosque durante la noche y se perdieron. Pero lo que olvidas, Novak, es que ahora nada de eso es asunto mío. Accedí a cooperar hasta que tomásemos por asalto La Fortaleza y Sofía te fuera devuelta. No es culpa mía que la hayas perdido de nuevo. ¿Acaso no recuerdas mis dos condiciones para acceder a ayudarte a asaltar La Fortaleza?

Habían ocurrido muchas cosas desde entonces, y mi mente estaba tan llena de confusión y pánico que apenas podía recordarlo.

—¿No? Bueno, entonces permíteme que te lo recuerde. Primero, todos los vampiros que teníamos bajo custodia estaban destinados a transformarse de nuevo en humanos. Y segundo, Aiden accedió a convertirse en uno de nosotros y ser enviado a Aviario. Es posible que recuerdes que accedí a sus ruegos y les permití seguir siendo vampiros porque aún no estaban preparados para volver a ser humanos... Una generosa concesión por mi parte, ¿no te parece? Pero ahora ha llegado el momento de reclamar que se cumpla mi segunda condición. Ya he esperado suficiente.

—No. No. Ahora no. Aún no puedes llevártelo —repliqué, poniéndome en pie de un salto—. No antes de que se haya despedido de Sofía. Ella ni siquiera sabe que su padre hizo ese trato contigo.

Miré a Aiden y lo sacudí de nuevo, esta vez con más violencia.

—¿Vas a aceptar todo esto? ¿Dónde está tu espíritu luchador? ¿Dónde está el guerrero que pensé que conocía?

Aiden finalmente habló con voz entrecortada.

—Derek, si creyera que tengo siquiera una pizca de control sobre la situación, lucharía. Pero hicimos un trato con Arron.

*«¿Y qué pasa con Rose? ¿La abandonarás para siempre sin verla siquiera una vez? ¿Y Ben?»*

Le hubiera dicho esas palabras a Aiden, pero intentaba evitar discutir sobre mis hijos delante de él siempre que podía. Me agaché para que mis ojos estuvieran a la altura de los suyos y le supliqué:

—Por favor, Aiden. Tu hija y yo aún te necesitamos.

—La casa frente al mar de la que me hablaste. Sé que ya has acordado comprarla con la agente inmobiliaria. Me tomé la libertad de cerrar los

últimos detalles... La he puesto a nombre de los dos. Y toda mi riqueza, mis propiedades y otros activos te los dejo a ti. —Metió la mano en el bolsillo, sacando una tarjeta de visita y un juego de llaves—. Tendrás que contactar con el señor Campbell para que te dé más detalles. Lo he puesto al frente de todos mis asuntos legales. Y aquí están las llaves de la casa de la playa. —Colocó ambos objetos en mis manos.

Era como si Aiden no me hubiera escuchado.

—Si no tengo familia con quien compartirlo —dije, apretando los dientes y golpeando la mesa con el puño—, ¿de qué me sirve todo esto?

—Creo que Aiden lo ha dejado bien claro, Derek. —Arron caminó hacia un lado de Aiden y le puso una mano en el hombro.

—¡No lo toques! —solté. El calor de las palmas de mis manos se elevó hasta alcanzar un nivel peligroso. Pero debía controlarme, no podía empezar un fuego en la oficina de Aiden. Había demasiados documentos valiosos que me arriesgaba a destruir.

—¿Eso es una amenaza? —Las cejas de Arron se arquearon y agarró a Aiden con más fuerza.

La desesperación corría por mis venas. No tenía ningún esbozo de plan. Lo único que sabía era que Aiden no podía irse con Arron. Caminé hacia la puerta, la cerré y luego me quedé delante de ella, bloqueando la salida.

—Mira, Derek —dijo Arron—. No quiero pelear contigo. —Se acercó a mí—. Estoy seguro de que podemos resolverlo como amigos. —Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, sacó una jeringa de su capa y me la hundió en el cuello. El efecto fue instantáneo: aunque retuve la conciencia, mis extremidades quedaron paralizadas y ya no podían mantener mi propio peso. Me derrumbé en el suelo—. Gracias por entenderlo, sabía que al final te avendría a razones —dijo el Halcón antes de sacar a Aiden de la sala y cerrar de un portazo.

—¡No! —grité, rezando porque alguien me oyera—. ¡Gavin! ¡Zinnia! ¡Que alguien lo detenga!

Cuando ya había pasado dos horas gritando a pleno pulmón y, aun así, nadie había acudido en mi ayuda, supe que era demasiado tarde para salvar a Aiden. Arron ya habría desaparecido con él.

*«¿Hay solo una cantidad limitada de dolor que un hombre puede soportar antes de quebrarse irremediabilmente?»*

Si en verdad existía ese umbral, estaba seguro de que lo había traspasado. Mi mujer, mi hijo, mi hermana, mis amigos más cercanos... Los había

perdido a todos. Y ahora que Aiden, mi último aliado verdadero con algún poder, también se había ido, no sabía cómo encontrar esperanza en mi oscuridad.

Habían pasado varios días desde que la Eterna prometiera convocar una reunión. No sabía por qué había esperado recibir de su especie otra cosa que no fuera más dolor. En ese momento, mantener incluso un jirón de esperanza me parecía algo totalmente risible.

Justo cuando la desesperación estaba a punto de consumirme, se escucharon pasos en el pasillo del exterior. Se oyeron dos sonoros golpes de nudillos en la puerta.

—¡Socorro! —grité.

Yuri y Liana entraron en tromba en la sala. Tenían la ropa hecha andrajos y estaban cubiertos de cortes y moretones. Me pareció tan surrealista que pensé que tal vez la droga que fluía por mis venas me estaba provocando alucinaciones.

—¡Derek! —gritaron al unísono. Yuri me rodeó con sus brazos e incorporó mi cuerpo inmóvil.

Entonces Liana me agarró la barbilla y me levantó la cabeza para mirarme a la cara. Con los ojos muy abiertos, declaró:

—Sofía está poseída por un Anciano.

## CAPÍTULO 24: DEREK

— Está aquí, en algún lugar del Cuartel General —jadeó Yuri—. Su Anciano la trajo para destruir los portales de los Guardianes. El único motivo por el que no te diste cuenta de que estaba poseída es porque una de las brujas de La Sombra descubrió una manera de disfrazar la posesión.

«*Por supuesto. ¡Por supuesto!*»

—¡Y ahora han desaparecido de nuevo! —exclamé—. Sofía y los demás vampiros de La Sombra: Eli, Landis, Vivienne, Cameron, Claudia... La última vez que los vi en persona fue hace dos o tres días.

Los ojos de Liana y Yuri se iluminaron al oír los nombres de sus seres queridos. Entonces, Liana preguntó:

—¿Quién te hizo esto, Derek?

—Arron. Traté de detenerlo, pero él... Se llevó a Aiden a Aviario. —Dejé escapar un profundo suspiro—. Y apostarí a mi vida a que también es el responsable de las desapariciones de los demás.

—Lo primero es lo primero. —Yuri se levantó y examinó la sala—. Debemos encontrar un antídoto. No eres de ninguna utilidad para nadie estando así... ¡Ajá! —Tomó del suelo la jeringa que Arron me había clavado y la olió—. Tenemos que hacer una visita a la sala de emergencias.

—Yo en tu lugar no lo haría. —Gavin también había entrado en la sala y examinaba la situación—. Yuri y Liana no deben ser vistos —dijo Gavin—. Si están sacando deliberadamente a los vampiros de aquí, ellos también están en peligro. Zinnia está investigando las desapariciones, pero, hasta que no nos informe, será mejor que se mantengan fuera de la vista siempre que sea

posible. Los dos deberían ir a mi habitación, y yo ayudaré a Derek a conseguir...

—Espera un minuto —interrumpí. Habíamos tenido tanta prisa por encontrar respuestas que ni siquiera me había detenido a pensar en lo obvio—. ¿Cómo diablos escapaste de La Sombra? ¿Y cómo viajaste hasta aquí y lograste entrar en el Cuartel General? —miré por la ventana—. ¡Es plena luz de día!

—Los Ancianos estaban dejando descansar a nuestros cuerpos —explicó Liana—. Nos dejaron solos en una de las cuevas. Una bruja... Apareció de la nada. Dijo que nos iba a traer aquí contigo. Lo siguiente que supimos fue que estábamos aquí, fuera de esta oficina. No sé si ella también ayudó a otros vampiros o humanos, pero...

—La Eterna —murmuré—. ¿A dónde fue?

—No tengo ni idea —dijo Yuri—. Le pregunté si se quedaría para ayudarnos, pero ella ignoró mi pregunta y se desvaneció.

—No tenemos tiempo que perder, Derek. Si el Anciano no le ha proporcionado suficiente descanso, no me atrevo a imaginar en qué estado puede encontrarse Sofía ahora. Está claro que la Eterna no nos va a ayudar más —instó Liana—. No sé qué ha pasado con los demás, pero la bruja sí nos dijo dónde encontrar a Sofía. Nos explicó que Arron la tiene encerrada en un calabozo justo debajo del Atrio. La trampilla que conduce a su celda está oculta dentro de la sala de armas.

*«Arron... Lo sabía.»*

Si Sofía aún estaba poseída, no tenía ni idea de qué haría ella aunque yo lograra llegar hasta allí. Todo lo que sabía era que tenía que hacerlo.

—Gavin —dijo Yuri, entregándole la jeringuilla—, ve a la sala de emergencias y pídele a la enfermera un antídoto para esta solución paralizante. Si la enfermera te pregunta por qué lo necesitas, miente.

Cuando Gavin salió de la habitación, les dije a mis dos amigos:

—Gavin tiene razón. Nadie debe ver a ningún vampiro. Tan pronto como regrese Gavin, lo mejor para los vampiros es ir con él a su dormitorio y encerrarse con llave. Que ninguno salga bajo ninguna circunstancia.

—¡Pero Derek! —exclamó Liana—. Necesitas nuestra...

—No, Liana. Ningún vampiro me será útil para nada si los encuentran y los llevan a Dios sabe dónde. —Me estremecí, pensando en Vivienne y en los demás.

Gavin volvió cinco minutos después con una nueva jeringa llena de

líquido transparente. Sin perder tiempo, me clavó la aguja en la muñeca izquierda. En unos minutos había recuperado el control total de mis miembros. Me puse de pie y examiné la sala.

—Ahora que Aiden se ha ido, debemos ser cuidadosos. Cien veces más cuidadosos —advertí—. Si nos quedamos en este lugar, estaremos completamente a merced de Arron.

Hice un gesto hacia Liana y Yuri, y ambos se dirigieron a la puerta de mala gana.

—Gavin —ordené—, llévalos a tu habitación y mantenlos a salvo mientras yo no esté.

Todos salimos de la sala y tomamos diferentes direcciones. El Atrio estaba a solo cinco minutos de la oficina de Aiden, y no me llevó mucho tiempo encontrar la armería y localizar una polvorienta trampilla de madera detrás de un armario alto. Cuando tiré de ella y la abrí, el olor a humedad y podredumbre me invadió la nariz. El lugar estaba tenuemente iluminado con bombillas colgadas a intervalos regulares a lo largo de los muros de la escalera de caracol. Bajé los escalones, cerrando la puerta sobre mí con el menor ruido posible.

El calabozo estaba a la vista y localicé una figura familiar acurrucada en el suelo de una esquina.

—¿Sofía? —susurré, acercándome a ella con cautela. Ella no se movió. Estaba tan quieta que, por un momento, temí que no respirase. Estaba encadenada de pies y manos. Tenía la piel enrojecida alrededor de los grilletes, en carne viva. Debía llevar horas tirando de las cadenas. Aparté el cabello enmarañado de su rostro. Tenía sangre seca cubriéndole la boca y sus ojos estaban cerrados. Me acerqué para tocar su piel y me horroricé al comprobar lo áspera y seca que estaba. Su piel estaba cubierta de parches que tenían un tono amarillento.

—Sofía. —hablé más fuerte y con más urgencia en la voz.

Me atreví a sacudirle los hombros. Ella permanecía inmóvil. Justo cuando estaba a punto de apartarme de ella para examinar la sala y buscar las llaves de los grilletes, sus ojos se abrieron de golpe, solo que aquellos no eran los ojos de Sofía. Una película traslúcida había crecido sobre su superficie. Su boca colgaba flácida, como si hubiese perdido el control de sus músculos faciales.

Su respiración empezó a brotar con un carraspeo áspero.

—¡Derek! —llamó con tono sibilante—. Por favor, cariño. Necesito s-

sangre. Me estoy muriendo de sed.

*«¿Es Sofía la que me llama? ¿O es el Anciano?»*

En cualquier caso, estaba claro que el cuerpo de Sofía se estaba apagando y, si mantenerla con vida significaba mantener también el mal que habitaba dentro de ella, así sería.

Bajé la muñeca y la conminé a que mordiera. En lugar de eso, con un movimiento inesperado me rodeó el cuello con sus brazos y me agachó la cabeza para atraerme hacia ella. Mordió la carne bajo mi oreja y empezó a chupar. Después de varios segundos, sentí un escozor, débil al principio, pero cada vez más fuerte y doloroso.

*«El Anciano me quiere convertir.»*

Me aparté bruscamente de ella, haciendo una mueca de dolor cuando sus colmillos rasgaron mi piel. Sofía intentó agarrarme otra vez, pero me alejé.

—¿Qué estás haciendo, Derek? ¿No ves que te necesito, amor mío? ¡Me estoy muriendo! Con todas las ocasiones en las que te alimenté con mi propia sangre, ¿y así es como me lo pagas?

Aunque sabía que Sofía nunca diría esas palabras, había un trasfondo de verdad que no pudo por menos que hacerme sentir una punzada de culpabilidad.

Sofía continuó gritándome.

—Si no vas a alimentarme, entonces, por favor, derrite estas cadenas. ¡Libérame, Derek! ¿A qué esperas?

Aunque todavía no tenía ni idea de cómo sacar a Sofía de esa pesadilla, hacer lo contrario a lo que el Anciano insistía en ordenarme era un buen comienzo.

—Deja de jugar a esconderte detrás de mi esposa. Sé lo que eres. —Mi voz resonó por toda la mazmorra—. Ya viste lo que le hice a uno de tus congéneres Ancianos cuando regresé a La Sombra, ¿verdad? Deja ya a mi esposa, o la misma suerte caerá sobre ti.

Sofía puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—¡Como si fueras a arriesgar la preciosa vida de tu amor! Recuerda que esta vez tu Corrine no está aquí para salvar la situación. Ya no tiene poderes, ahora es tan débil como una abeja sin aguijón. Nos aseguramos de ello después de lo que hizo. Si me matas, matarás a Sofía.

—No necesito ninguna bruja —espeté con una confianza que no poseía—. Heredé más poderes de los que puedas imaginar de Cora, la antepasada de Corrine. Podría haberlo hecho sin ella. Y lo haré sin su ayuda dentro de unos

instantes si no me obedeces. Se me está agotando la paciencia.

Tan desesperada era la situación que ese farol fue en la única táctica que se me ocurrió. Sabía mejor que nadie que no podía desatar el fuego sobre el cuerpo de Sofía sin arriesgarme a matarla. Tomé distancia, como si estuviera preparándome para luchar, y permití que una pequeña llamarada escapara de mis manos.

—Te lo advierto. Voy a contar hasta tres. Uno... Dos...

Antes de que pudiera terminar de contar, resonó por toda la habitación el ruido de una cerradura al abrirse. Me giré como un ciclón para mirar hacia la trampa, pero una voz profunda que conocía demasiado bien habló desde una dirección distinta.

—Vaya, interesante. Muy interesante.

Arron emergió a través de una puerta de acero que había en un rincón distante de la mazmorra. Mi primer impulso fue ponerme protectoramente delante de Sofía.

—Así que —dijo Arron—, en realidad vengo a librar a la chica de sus padecimientos ahora mismo, en lugar de hacerla sufrir hasta el amargo final. ¿Pero tal vez te gustaría hacer los honores tú mismo?

Extrajo una estaca de madera de su capa y me la ofreció. Conocía demasiado bien al Halcón para apelar a su misericordia, porque no tenía ninguna. Al igual que los demás seres sobrenaturales con los cuales nos habíamos visto enredados.

Sin dudarle, disparé mi fuego contra él. Unas alas negras brotaron de su espalda y voló lejos de la trayectoria de las llamas, pero evitó quemarse por muy poco.

—No la toques —gruñí.

—Derek, debes entender que tu esposa hace mucho que se fue. No es más que un cascarón vacío. ¿No ves los síntomas de que está expirando? Incluso aunque lograses expulsar al Anciano, ya es demasiado tarde. Nunca se recuperará. Renuncia a ella.

*«Está mintiendo. Sofía sigue ahí.»*

Si creía en las palabras del Halcón, empezaría a actuar precipitadamente y perdería el control sobre los poderes que necesitaba dominar desesperadamente.

—¡Protégeme, Derek! —chilló la voz de Sofía a mi espalda.

—¡Mientes! —le grité a Arron, lanzándome hacia adelante. Ahora se movía por encima de mí, con la cabeza casi tocando el techo, pero me las

arreglé para saltar y agarrar uno de sus pies, y lo empujé hacia abajo. Le di un puñetazo en el rostro que lo lanzó resbalando hasta el extremo opuesto de la mazmorra.

Se puso de pie y una furia roja brilló en sus ojos oscurecidos. Nunca antes había visto a Arron en su forma completa de Halcón. Ahora se transformó frente a mí. Su boca y su nariz se convirtieron en un pico negro con un borde afilado como una cuchilla, y brotaron garras donde antes había tenido pies humanos.

—Has cometido un tremendo error, Derek —dijo, y a continuación voló hacia mí y me inmovilizó contra la pared. Sus manos se apretaron alrededor de mi garganta y sus pies apartaron mis palmas de su cuerpo—, al atacar a un Guardián de esta manera.

Echó la cabeza hacia atrás, preparándose para clavar la punta de su pico justo en mi cuello. Pero entonces, ocurrió algo que lo dejó paralizado.

La puerta de acero a través de la cual había entrado Arron a la sala se cerró de golpe.

Arron me soltó y ambos buscamos frenéticamente por toda la sala. En el lugar donde había estado Sofía, ahora había cadenas abiertas, tiradas por el suelo. Junto a ellas descansaba un manojito de llaves. Debieron caerse del bolsillo de Arron cuando lo arrojé contra el suelo.

—¡No! —siseó Arron.

Extendió sus alas y voló hacia la puerta, empujándola para abrirla. Corrí tras él. Justo cuando llegué a la puerta, trató de golpearme la cara con ella, pero le forcé a abrirla empujando con todas mis fuerzas. Habíamos entrado en un pasadizo que era demasiado angosto para contener sus alas extendidas, así que huyó a pie, al igual que yo. Estaba a pocos metros de él. Sofía se tambaleaba delante de nosotros, pero desapareció de la vista.

Había alcanzado el final del pasadizo. Arron y yo emergimos unos segundos después que ella. Entramos en una sala circular de techos altísimos y suelo de color negro brillante. Me abalancé hacia adelante, desesperado por alcanzar a Sofía antes que Arron.

Ahora estaba arrodillada en un rincón de la sala, inclinada sobre lo que parecía un agujero oscuro en el suelo. Inspiró profundamente. El pánico se apoderó de mí. Creí que estaba tomando su último aliento.

Todo lo que sucedió a continuación se volvió borroso.

Arron me dio un codazo en el estómago y llegó antes que yo. La agarró por la cintura y la arrastró hacia atrás, apartándola del agujero. La inmovilizó

contra el suelo de mármol, con sus dos piernas a cada lado del cuerpo de Sofía, y comenzó a golpearla con los puños. Supe con certeza que un solo golpe más y habría supuesto el final de mi Sofía ya moribunda.

Agarré al Halcón por la espalda y lo arrastré lejos de ella. Ambos nos estrellamos contra el suelo.

—¡Quémale las alas! —resolló Sofía—. ¡Mátalo, Derek! ¡Sálvame!

No podía permitirme dejar que Arron echara a volar de nuevo. Me arrastré sobre su espalda, aplastando su rostro contra el suelo. Mientras sujetaba ambas alas, dejé que el calor de mi rabia se reavivara en mis manos. Al sentir el aumento de temperatura, Arron comenzó a retorcerse bajo mi cuerpo con más violencia que nunca.

—¡Espera! —jadeó. Miré hacia arriba para ver que Sofía había regresado arrastrándose hasta el agujero del suelo. Su pecho jadeaba en otra extraña inhalación.

—Ese es el último portal abierto a Aviario. Si dejas que el Anciano lo destruya, nunca te reunirás con tu hijo.

«¿Qué?»

Esa décima de segundo de distracción se convirtió en mi perdición. Arron se aprovechó de mi sorpresa para retorcerse y liberarse de mis manos. Sin perder tiempo esta vez, el Halcón agarró a Sofía y la levantó en el aire. Se movió tan rápido que no pude agarrarlo antes de que se alejara volando hasta ponerse fuera de mi alcance.

—¡No! —bramé.

Arron me sonrió desde el altísimo techo y se echó a reír.

—Mira cómo la desgarró. Incluso podrás atrapar alguna extremidad al caer. Si hubieses cooperado, lo habría hecho con rapidez. Una puñalada en el corazón era todo lo que pretendía, pero tenías que aparecer y empeorarlo todo para ella...

Sofía se agitó y extendió sus garras, tratando de arremeter contra él. Pero no tenía ninguna posibilidad. Arron era un ave de rapiña y Sofía una serpiente en sus garras.

Consideré la posibilidad de lanzarle más fuego, pero él mantuvo deliberadamente a Sofía en una posición tal que las llamas la habrían engullido por completo antes de que le rozaran a él.

—¡Derek! ¡Ayúdame! —gritó Sofía de nuevo. Arron había empezado a arañar con su afilado pico la piel de sus omóplatos, dejando su primera marca en ella. Grabando su primer corte. El terror me embargó cuando unas gotas

de su sangre salpicaron el suelo a un par de metros de donde yo estaba.

*«¿Es aquí donde termina nuestro viaje, Sofía?*

*¿Después de todo lo que hemos sobrevivido juntos, todo por lo que hemos luchado?*

*¿De esta forma?»*

—Baja la chica al suelo.

Una voz sedosa resonó por la sala y rebotó en sus muros. Incluso Arron parecía desconcertado.

La bruja de largo cabello plateado se erguía en la entrada de la sala. La bruja que me había jurado a mí mismo que nunca más sería bienvenida en mi vida.

La expresión de Arron era de sorpresa, pero después se tornó en furia.

—¿Osas darme órdenes, bruja?

—Ya me has oído, Halcón. Tráemela.

—¿Te ha dado un ataque de locura? ¿Desde cuándo un Halcón obedece las órdenes de una bruja?

La Eterna mantuvo su mirada acerada clavada en Arron.

—Desde hoy. Bájala al suelo. O borraré del mapa el último portal a Aviario yo misma.

Un silencio sepulcral cayó sobre la sala. Tanto la cara de Arron como la de Sofía destilaban el mismo asombro. Era como si ni Arron ni el Anciano hubieran visto jamás a una bruja adoptando esa actitud.

*«Las brujas están renunciando a su neutralidad. Ya no habrá vuelta atrás para ellas. Esto significa la guerra abierta entre todos los reinos.»*

La Eterna se acercó al agujero, como para indicar que no se trataba de una amenaza hueca. El rostro de Arron se contorsionó de rabia, pero hizo lo que la bruja le ordenaba. Bajó volando y dejó caer a Sofía al suelo.

Nada más aterrizar con un ruido sordo, Sofía se puso a cuatro patas y comenzó a gatear febrilmente hacia el portal. Esta vez fui yo quien la agarró antes de que pudiera alcanzar su destino. Sofía dio un alarido e intentó herirme con sus garras y hundir sus dientes en mi piel, pero la sujeté con fuerza. Miré fijamente a la bruja con ojos desesperados.

La Eterna asintió, como si me hubiese leído la mente. Extendió sus palmas. Una fuerte ráfaga de viento pasó junto a mi cuerpo y se instaló en Sofía, que estaba tendida a mis pies.

—¡No! ¡Derek, no! ¡No permitas que me haga esto! ¡Sácame de este lugar! —Los ojos de Sofía se encendieron de angustia y supe entonces que el

Anciano había comprendido lo que se avecinaba. Sofía volvió su rostro hacia la Eterna. Sus globos oculares se tornaron negros como la noche y su voz se transformó en un siseo—. Exorciza este recipiente, bruja, y Cruor jamás te perdonará. No cejaremos hasta que hayamos infectado todo tu reino y habitemos en todos y cada uno de sus cuerpos como gusanos carnívoros...

—Puedes aflojar tu control sobre ella —dijo la bruja, manteniendo el contacto visual conmigo y haciendo caso omiso de las terribles amenazas del Anciano—. Ahora poseo el dominio sobre sus extremidades.

Solté a Sofía y me levanté, rezando para que la bruja supiera lo que estaba haciendo. Deseé que todo el calor que poseía en mi cuerpo brotara de las yemas de mis dedos. Sofía siseó y se retorció en el suelo, todavía negándose a abandonar la lucha. Tan pronto como la bruja comenzó a murmurar entre dientes, supe que era el momento.

Desaté todo el fuego a la vez. La llamarada se enroscó alrededor del cuerpo de Sofía, envolviéndola en un torbellino de llamas. Sus gritos se pudieron escuchar durante varios minutos. Fueron los minutos más tortuosos de mi vida, ya que no sabía cuántos de esos gritos pertenecían realmente de Sofía.

Finalmente, se quedó en silencio. Su cuerpo quedó inmóvil y la Eterna me hizo un gesto con la cabeza, indicando que ya era seguro sofocar las llamas.

Bajo el mar de humo negro yacía el cuerpo exhausto de Sofía. Parecía tan frágil que temí que con solo levantarla del suelo se me rompería en pedazos. Inmediatamente corrí a su lado, cubrí su rostro de besos frenéticos, y la sostuve entre mis brazos.

*«Sala de emergencias. Tengo que llegar a la sala de emergencias.»*

Necesitaba volver a ver sus ojos abiertos pronto, porque no estaba seguro de que mi corazón pudiera soportarlo más.

*«¿Y si Arron decía la verdad y el cuerpo de Sofía ya está agotado? — Coloqué mi oreja contra su pecho—. Gracias a Dios, hay un pequeño latido, aunque muy débil.»*

—Puedes destruir este portal, bruja. —Los ojos de Arron centellearon peligrosamente bajo la tenue luz—. Solo recuerda que Aviario no olvida. Y Aviario no perdona.

Después, sin pronunciar una sola palabra más, se zambulló en el agujero del suelo. Después de que desapareciera de nuestra vista, la Eterna se quedó mirando la puerta y comenzó a murmurar para sí.

*«Destruir el portal... Pero... Mi hijo...»*

—¡Espera! —grité—. Arron dijo que mi hijo está en Aviario.

—Tenía muchos motivos para mentirte respecto a eso —me espetó la bruja.

—Lo sé. Pero es la única esperanza a la que puedo aferrarme. Nuestros esfuerzos para localizar a mi hijo nos han llevado a un callejón sin salida. Incluso si solo existe una posibilidad entre un millón de que Arron haya dicho la verdad, es la única pista que tengo. —Balanceando a Sofía con una mano por encima de mi hombro, agarré el brazo de la bruja con la otra y la aparté del borde del portal.

—Esto va en contra del acuerdo que negocié con mi Consejo. Ellos nunca lo aprobarían. Mantener este portal abierto pone en peligro toda nuestra estrategia. No puedo, Derek. Lo siento.

—Por favor. —Mis ojos ardieron suplicantes hacia los suyos—. Por favor.

Por la expresión impaciente de la Eterna, tuve la seguridad de que estaba a punto de destruir el portal. Pero entonces su mirada se suavizó.

—Entonces ve ahora —concedió la bruja—. Tienes cuatro horas. Eliminaré el portal cuando se cumplan, tanto si has vuelto como si no.

—Pero no puedo dejar a Sofía en este estado. Por favor, dame solo unos días...

—¡Eso es imposible! Acabo de ofrecerte cuatro horas. Tómallo o déjalo.

La elección era clara: actuar pensando en la posibilidad de poder encontrar a mi hijo en cuatro horas o atender a mi esposa. Dejar a Sofía en este momento crítico podría significar abandonarla para siempre. Incluso aunque me las arreglara para regresar indemne a través del portal, para entonces Sofía podría haber fallecido sin tenerme a su lado.

—No puedo dejar a Sofía ahora —repetí, encorvando los hombros.

La bruja regresó al borde del portal.

Dado que no quería presenciar cómo se desvanecía la única pista del posible paradero de mi hijo, abandoné la sala y regresé corriendo a través del pasadizo.

Había estado tan concentrado en mi hijo que solo después recordé que Aiden también podría estar en Aviario.

*«Sofía ni siquiera llegó a despedirse. ¿Y si Vivienne y los otros también habían sido trasladados allí?»*

Unas lágrimas silenciosas surcaban mis mejillas mientras bajaba la vista

hacia el cuerpo inconsciente de mi esposa.

## CAPÍTULO 25: DEREK

Mientras salíamos por la trampilla, la cegadora luz del Atrio me mostró con más claridad el estado en el que se encontraba Sofía. Tenía los brazos empapados con la sangre de la herida que Arron le había infligido, y su piel estaba tan seca que había empezado a descamarse. Se le había formado una costra amarilla alrededor de la cuenca de los ojos, que mantenía cerrados con fuerza. Las magulladuras y arañazos cubrían cada centímetro de su cuerpo y tenía sangre goteando por las comisuras de su boca, una mezcla de su sangre y la mía.

Con Arron encerrado, me sentía más seguro llevando a Sofía directamente a la sala de emergencias para que la viera una de las enfermeras. Insistí en que la atendiera la misma que la había ayudado cuando la llevé por primera vez al Cuartel General después de escaparse de la cabaña.

El rostro redondo de la enfermera se quedó lívido cuando vio a Sofía.

—Por todos los cielos...

—Por favor —jadeé—. Ha tenido a un vampiro primigenio, un Anciano, habitando su cuerpo durante demasiado tiempo. Su pulso es débil. ¡Por favor, dese prisa!

Tendí a Sofía en la cama más cercana y miré expectante a la enfermera.

—Pero... No tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Qué es un Anciano? ¡No tengo ninguna experiencia en esto!

—¡Ahora es una vampira normal! —dije, buscando por toda la sala, repleta de estanterías y estanterías con medicamentos y equipos—. Sangre de inmune. Intente darle más sangre de inmune. Eso tiene que ayudar...

—Pero —tartamudeó la enfermera—, ya no nos queda más sangre de

inmune. Se ha usado toda.

—¡Mire de nuevo en los armarios! —grité—. O quizás quede algo en el laboratorio, de cuando estaban experimentando con Anna. ¿Dónde está el laboratorio?

—Es demasiado tarde para sangre de inmune —habló una voz profunda desde la entrada de la sala.

—¿Ibrahim? ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Cómo puedes haber dejado a Rose y Corrine...?

—No pasa nada, Derek —dijo Ibrahim con calma—. Mi hermano está allí ocupando mi lugar. Es tan capaz de protegerlas como yo. Las dejé para venir al Cuartel General porque la Eterna me llamó para ayudar a cumplir las órdenes de El Santuario.

—¿Qué órdenes?

—¿Quieres que me quede aquí hablando o prefieres que te ayude con tu esposa moribunda? —Se aproximó a la cama de Sofía y bajó la vista hacia ella—. Ahora solo la magia puede ayudar a su cuerpo... *Tal vez*. Y no puedo prometer nada sobre su estado mental, aunque logremos sanarla físicamente. Mucho dependerá de cuánto sucumbiera a la oscuridad mientras el Anciano habitaba en ella.

—Entonces... Límitate a.... ¡Date prisa y haz algo! —Tenía los dedos en la muñeca de Sofía y apenas podía sentir su pulso.

Ibrahim caminó alrededor de la cama hasta que se situó sobre la cabeza de Sofía. Colocó sus manos a ambos lados del rostro de mi esposa y luego murmuró un cántico para sí. Sopló suavemente sobre la frente de Sofía. Durante diez agónicos minutos, no ocurrió absolutamente nada. Por mucho que Ibrahim soplara sobre Sofía, su estado seguía sin cambiar y su pulso se apagaba con cada segundo que transcurría.

Pero entonces sucedió. El lugar de la frente de Sofía donde Ibrahim había estado soplando se tornó liso, todas las heridas y las señales de magulladuras, la sangre y el tono amarillento desaparecieron. Luego la tersura comenzó a extenderse por el resto de su rostro, primero su nariz, luego sus mejillas, alrededor de la boca, hacia la barbilla, y después bajó por el cuello. Pronto sus brazos también se alisaron y sus dedos y manos recuperaron la piel fresca. La enfermera abrió su vestido y pudimos ver cómo la ola curativa bajaba desde su pecho hacia su estómago, y luego hacia sus piernas para finalmente llegar hasta los dedos de los pies.

Levanté la vista hacia el brujo, que vigilaba el proceso con atención. A

pesar de la preocupación que me pesaba en el interior, no pude evitar maravillarme ante sus conocimientos como sanador. Me preguntaba si Corrine habría podido aplicar esa clase de magia en Sofía. Corrine normalmente necesitaba pociones para tratar a un paciente.

*«Pero ¿por qué está ayudando a Sofía?»*

No era tan estúpido como para pensar que la Eterna no tenía una motivación superior para desear que el cuerpo de Sofía sanase. Aunque, fuera cual fuese ese motivo, ahora no me importaba. En ese momento solo podía pensar en lograr que Sofía abriese los ojos de nuevo para poder perderme en las profundidades de su precioso color verde.

Y, varios minutos después, mi deseo se cumplió. Abrió lentamente los ojos, aquellos ojos impresionantes con el iris de color verde esmeralda que había añorado tanto.

Tan pronto como me miró, supe que había regresado. Mi Sofía había regresado junto a mí.

—Derek —susurró, alzando la mano y depositándola en mi mejilla. Aunque aún estaba fría, de alguna manera sentí la calidez de su alma traspasando la frialdad de su piel.

Se liberaron a la vez todas las emociones que había mantenido reprimidas en mi interior durante tanto tiempo a causa del dolor que me provocaba su ausencia.

Viendo que Sofía ahora parecía encontrarse estable, Ibrahim y la enfermera nos dejaron a solas en la sala. Aún sin palabras, levanté el camisón manchado de Sofía por encima de sus hombros y se lo quité. Busqué una toalla en el lavabo y lavé su cuerpo con ella. Luego la ayudé a sentarse, tomé una manta y la enrollé con precaución alrededor de su cuerpo. Colocando un brazo sobre su cintura y el otro bajo sus muslos, la levanté de la cama y me senté, colocándola sobre mi regazo. Enterré la cabeza en su pecho y cerré los ojos, deleitándome con el dulce sonido de su corazón que ahora latía con regularidad, para convencerme de que su sanación hacía tan solo unos minutos no había sido ninguna alucinación. Mi Sofía había regresado.

Esta era la primera vez desde la noche del parto que la tenía entre mis brazos. La verdadera Sofía. El amor de mi vida. La persona sin la cual todo sería en vano.

*«Mi luz eternamente ardiente. Mi amanecer.»*

Ella acarició mi cabello con sus dedos y rozó sus suaves labios contra mi frente. Sus besos viajaron desde mi nariz hasta mi mandíbula. Una pequeña

sonrisa recorrió su rostro mientras decía:

—Está bien, Derek. He vuelto.

Elevando mis manos hacia su rostro, la atraje hacia mí y saboreé sus labios, lentamente al principio, pero luego con más calor y pasión que nunca. Que respondiera de forma similar sin que el Anciano lo impidiera me proporcionó una sensación de éxtasis en el que deseé perderme para siempre.

## CAPÍTULO 26: SOFÍA

—Sofía... No tienes idea de lo mucho que te ansiaba... Lo hambriento que he estado por tenerte otra vez entre mis brazos... A tu verdadero yo —susurró mientras me colmaba de besos—. Por favor, no me dejes de nuevo.

Me había sacado de la sala de emergencias y me había llevado a su dormitorio, donde me acostó en la cama de matrimonio. Me desenrolló la manta y me arropó bajo las sábanas.

—La falsa Sofía no te pareció tan ardorosa, ¿verdad? —Me permití una pequeña sonrisa mientras Derek se arrancaba la camisa tan rápido como si su ropa estuviera en llamas.

Se subió a la cama y se tendió a mi lado. Varios escalofríos me recorrieron todo el cuerpo cuando la calidez de su piel desnuda entró en contacto con la frialdad de la mía.

Recordé todas las veces durante mi posesión que había deseado extender la mano y tocarlo, tranquilizarlo, disculparme por mi comportamiento, por abandonarlo, por causarle tanto dolor y sufrimiento. Ahora que estaba libre de mi prisión, apenas podía contenerme. Todas esas emociones reprimidas estallaron a la vez mientras mi cuerpo se fundía con el suyo.

Saboreé cada lenta caricia, cada respiración pesada contra mi piel, cada roce de su cuerpo ardiente contra el mío. Todas las sensaciones se acentuaron ahora que podía devolver todo lo que mi corazón sentía por él. Me estremecí, esta vez manifestando mi propio placer.

Mientras ambos alcanzábamos el clímax, sus ojos de color azul eléctrico nunca se apartaron de los míos. Ellos me permitieron contemplar su alma:

todo el dolor que había soportado por mi causa y todo el amor, el alivio, el deseo y el hambre que ahora lo llenaban al verme de nuevo. Lo vi todo en el iris de esos hermosos ojos suyos.

Mientras rodábamos a nuestro lado de la cama, permitiéndonos respirar finalmente, una parte de mí deseaba quedarse en esa habitación envuelta en la seguridad de su calidez, y no enfrentarme nunca más a la realidad.

Pero tenía demasiadas preguntas abrasándome el cerebro como para ignorarlas durante más tiempo.

## CAPÍTULO 27: DEREK

—¿Hay alguna noticia de nuestro hijo? —Sofía rompió el silencio.  
«¿Cómo respondo a eso sin partirle el corazón en mil pedazos?»

Peiné lentamente su cabello con mis dedos.

—La verdad es que aún no lo sé —dije—. Durante los días que insististe en quedarte en tu habitación, estuve trabajando con Aiden... —La voz se me apagó al mencionar a su padre—. Sofía, no sé cómo decirte esto, pero... Se han llevado a Aiden a Aviario.

Ella me agarró las dos manos y las apretó con fuerza, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...? —tartamudeó—. Pero volverá pronto, ¿no? ¿Junto con Kyle, Anna e Ian?

Suspiré.

—Cuando te llevaron a La Fortaleza de Sangre, hace ya tantos meses, estábamos desesperados por recuperarte. Una de las condiciones que impuso Arron para ayudarnos a tomar por asalto la Fortaleza fue que quería a Aiden en Aviario... Para siempre. —Su respiración empezó a acelerarse y las lágrimas brotaron de sus ojos—. Por favor entiéndelo, Sofía, traté de oponerme. Sabía que nunca aprobarías la decisión de Aiden. Pero él no quiso ni oír hablar de ello. Traerte de vuelta era su prioridad. Y entonces, poco antes de que te encontrara en la mazmorra, Arron se lo llevó. Intenté detenerlo, pero me paralizó y escapó.

—No... ¡No! —sollozó contra mi pecho—. ¿Qué va a hacer Arron con él?

—Dudo mucho que lastime a Aiden. Afirmó que quería convertirlo en uno de los suyos. En un Halcón.

Deseaba aliviar el dolor de Sofía sugiriéndole que, si Aiden se había transformado en un Halcón grande y fuerte, tal vez podría encontrar el camino de regreso hasta su hija. Pero, ahora que los portales de Aviario habían sido destruidos, sabía que esto era imposible y no quería darle falsas esperanzas.

Lloró durante varias horas y yo la abracé todo el tiempo, acariciándola y tratando de ofrecerle todo el consuelo que pude.

Traté de contener mi propia desesperación ante la posibilidad de tal vez yo también había perdido a mi hermana para siempre. En ese momento, Sofía necesitaba que yo fuera su roca, y no podía desaparecer y abandonarla a su suerte para que soportara a solas todo ese dolor.

*«Vivienne, ¿te volveré a ver otra vez?»*

Finalmente, Sofía se calmó y dijo, a modo de conclusión:

—Así que no ha habido ningún progreso en la búsqueda de nuestro bebé.

Tomé aliento unas cuantas veces, tratando de calmar mi voz.

—Supongo que no entendiste lo que me dijo Arron en medio de todo el caos que había en esa sala. Cuando lo tenía en el suelo e iba a quemar sus alas, tú estabas a punto de hacer desaparecer el último portal. Afirmó que nuestro hijo está en Aviario. Después de desmayarte, Arron regresó a su reino a través del portal y la bruja insistió en cerrarlo tras él. Así que... Así que, aunque quisiéramos, ya no hay manera de que poder comprobarlo.

Le expliqué las cuatro horas que la bruja me había ofrecido y por qué había rechazado esa oportunidad.

—Lo entiendo, Derek. Nunca podría culparte. Y-yo solo rezo para que Arron estuviera mintiendo y que Ben se encuentre todavía en este reino. — Sofía cerró los ojos y respiró profundamente—. ¿Y los demás? Dios mío, Derek. Todavía no sabes lo que el Anciano me obligó a hacerle a Vivienne, Cameron y Claudia...

Sofía no logró terminar la frase. Nos interrumpió un golpe seco en la puerta.

—Quédate aquí, yo atenderé —dije, agarrando una sábana y enrollándola alrededor de mi cintura.

Miré por la mirilla y vi a Gavin y a Zinnia. Tan pronto como abrí la puerta, el nervioso par irrumpió en la habitación.

—Son solo Zinnia y Gavin —le dije a Sofía, advirtiéndole que se cubriese

para no recibir la misma mirada de sorpresa que yo le había provocado a Zinnia esa misma mañana.

—No, espera, mantén la puerta abierta —jadeó Zinnia—. También está Craig. Es más lento y se ha quedado un poco rezagado.

Asomé la cabeza por la puerta y, por supuesto, Craig venía cojeando hacia mí con muletas. Su pierna derecha estaba envuelta en un yeso grueso.

—¿Qué diablos *te* ha ocurrido? —pregunté.

—Déjame sentarme primero —dijo, haciendo una mueca de dolor.

Les hice señas a todos para que pasaran y se sentaran en la sala antes de volver al dormitorio para buscar algo más adecuado para cubrirme. Sofía ya estaba poniéndose una bata. Ambos no dirigimos a la sala de estar y todos ahogaron un grito de sorpresa al ver a Sofía.

—Bueno, al menos encontraste a Sofía, Derek —dijo Gavin—. Teníamos noticias de los demás, pero no de Sofía, así que estaba empezando a preocuparme. ¿Qué pasó contigo, chica?

—Su historia puede relatarse después —lo interrumpí—. ¿Qué noticias hay de los demás?

—Bueno —comenzó Zinnia—, cuando sospechamos que Arron podría haber estado implicado en su desaparición, se me encendió una bombilla en la cabeza. —Contuve la respiración, temiendo lo peor—. Sabía por experiencia que Arron casi siempre utiliza a Craig para hacer el trabajo sucio, esas cosas que no son del dominio público entre la comunidad de cazadores. ¿No es eso cierto, Craig? —Craig hizo una mueca—. Así que —continuó Zinnia—, fui a su dormitorio y, cuando abrió la puerta con la pierna rota, resultó bastante obvio que algo había sucedido. Me las arreglé para encontrar la manera de manipularlo y extraerle la información...

—Lo dices como si lo que hiciste fuera muy habilidoso —interrumpió Craig con el ceño fruncido—. Todo lo que hizo fue amenazar a un inválido. Me puso un cuchillo en la maldita garganta.

—Bueno, de todos modos, Craig, vamos —dijo Zinnia con indiferencia—. Diles lo que les ocurrió a los vampiros.

Craig se aclaró la garganta y nos lo contó.

—Llegaron órdenes de Arron para irrumpir en las habitaciones de los vampiros y paralizarlos. Después quería que los transportáramos a todos a uno de los barcos y los enviáramos lejos. Ya no los quería en el Cuartel General.

*«Por lo menos no los han trasladado a Aviario.»*

Pero esta alternativa tampoco sonaba demasiado atractiva.

—¿Los han embarcado a dónde? —pregunté.

—Ahora escucha. —Craig entrecerró los ojos hacia mí—. Si Arron descubre que lo conté yo...

—No tienes de qué preocuparte. Arron se ha ido. Todos los Guardianes han abandonado este lugar. Los portales entre este reino y Aviario están todos destruidos. Ahora dime, ¿a dónde los embarcaste?

—Solo los llevamos a unos pocos kilómetros mar adentro y echamos el ancla. Sinceramente, no sé qué tenía planeado hacer con ellos después de eso o por qué quería que se fueran... Pero, maldita sea, fue un trabajo duro atrapar a esa luchadora. Tu hermana Vivienne. —Dejó escapar una risa seca—. Me hundió las garras en la pierna justo cuando estaba inyectándola.

La mención de mi hermana me provocó el impulso de terminar el trabajo, pero no podía herirlo aún más. Necesitábamos que fuese nuestro guía.

—Muy bien, —dije—. Ahora que tenemos a Sofía, lo primero que debemos hacer es encontrar a los demás vampiros. Craig, *tú* nos vas a llevar a la costa y nos guiarás en barco hasta ellos. Estoy seguro de que Zinnia se sentirá feliz de prestarse voluntaria para asegurarse de que cooperas.

—Claro, Derek. —Dedicó una sonrisa torcida a Craig y extrajo ligeramente una daga que llevaba atada a su cinturón.

—Gavin, ¿dónde están Yuri y Liana? —pregunté.

—Todavía están en mi apartamento. Se encuentran bien, no te preocupes. Incluso encontré un poco de sangre animal para ellos —respondió Gavin. Sofía se relajó un poco a mi lado al comprobar que estaban a salvo.

—Ve a buscarlos ahora. Mi habitación es la más cercana a la salida trasera del edificio. Nos iremos juntos.

Cuando Gavin se hubo marchado, comencé a pensar en voz alta.

—Quiero que todos nosotros salgamos del Cuartel General. Puede que los Halcones se hayan ido, pero todavía estamos rodeados de gente como Craig que odia a los vampiros. No todos parecen haber sufrido un cambio de opinión tan drástico como Zinnia. Y ahora que Aiden tampoco está, ya no es seguro para ninguno de nosotros.

—¿Pero a dónde, Derek? ¿A dónde podemos ir? —preguntó Sofía.

—Zinnia, lleva a Craig al dormitorio —ordené—. No quiero que oiga esta conversación.

Craig se puso de pie de un salto, antes que Zinnia pudiera blandir el cuchillo hacia él. Caminó obedientemente hacia la habitación contigua.

Me acerqué al sofá donde había arrojado mis pantalones, metí la mano en el bolsillo y saqué las llaves y la tarjeta de visita que Aiden me había entregado antes de su partida.

—¿Recuerdas la casa de la playa que visitamos juntos en California? Se la mencioné de pasada a Aiden. Me pareció extraño que me pidiera la dirección exacta del lugar, pero no esperaba que se adelantara y la comprase. —Sacudí las llaves delante de Sofía, que se llevó la mano a la boca—. Bueno, pues lo hizo. Y la ha puesto a nuestro nombre, junto con el resto de su fortuna. Aiden te amaba más de lo que podrías imaginar, Sofía.

Ella rompió a llorar otra vez mientras tomaba las llaves de mi mano y las miraba fijamente.

—Se sacrificó por mí... Por nosotros... Para que tuviéramos un futuro juntos.

Le permití unos minutos de desahogo, pero no tuve más remedio que interrumpirla.

—Tenemos que seguir adelante, mi amor. —Sofía se secó las lágrimas de los ojos y asintió—. Vamos a vestarnos adecuadamente y después, cuando Gavin haya vuelto con Liana y Yuri, debemos abandonar este lugar inmediatamente.

Encontré un par de pantalones limpios y una camisa nueva, y me los puse. Entonces agarré una pequeña bolsa en la que guardé las llaves, la tarjeta de visita y mi teléfono, y la sujeté a mi cinturón. Sofía miró en torno a la habitación con una expresión de desconcierto en su rostro. Me di cuenta de que no teníamos nada que pudiera ponerse. Nada de mi ropa le quedaba bien, y no quería perder el tiempo haciendo que Zinnia regresase a su dormitorio a buscar alguna prenda que tuviera de sobra, por lo que tuvo que conformarse con la bata.

De nuevo llamaron a la puerta. Al ver a nuestros dos amigos vampiros entrar en la sala con Gavin, Sofía saltó a sus brazos, besándolos en la mejilla y abrazándolos.

—Gracias al cielo que están a salvo —exclamó.

Después de llamar a Craig y a Zinnia para que regresaran, ya estábamos listos para partir. Bajamos a las cocinas, que estaban vacías a esta hora tan tardía. Salimos por la puerta trasera y caminamos hacia una colección de buggies estacionados cerca de la entrada del edificio principal. Todos nos apretamos en dos de ellos; Zinnia condujo uno y Gavin el otro. Zinnia se aseguró de mantener a Craig aprisionado entre Yuri y Liana. Condujimos

hasta llegar a las puertas electrónicas principales, donde dos guardias estaban esperando para inspeccionarnos.

—Cumplimos órdenes de Arron y debemos transportar a estos vampiros al mar, junto con los demás —dijo Zinnia—. ¿No es cierto, Craig?

Craig gruñó, pero pareció apaciguar a los guardias, ya que nos dejaron pasar.

Cruzamos rápidamente las puertas y aceleramos por el sinuoso camino de tierra. Después de unos cuarenta minutos conduciendo, empecé a notar el olor a salitre en el aire. Condujimos hasta una playa de arena, donde nos detuvimos, salimos de los vehículos y nos dirigimos hacia la silueta de varios barcos atracados en un pequeño puerto privado.

Allí nos encontramos con otro cazador cuyo trabajo era claramente proteger los barcos. Cuando el hombre pidió explicaciones por nuestra visita, Zinnia no dijo una palabra. Sacó una pequeña pistola de su bolsillo y le disparó un dardo en el cuello.

—Es solo un tranquilizante —murmuró cuando se derrumbó inconsciente en el suelo—. Estará bien por la mañana. —Se inclinó y tomó un manojito de llaves de detrás de su escritorio.

Mientras caminábamos hacia una lancha rápida, Sofía formuló la pregunta a la que llevaba dándome vueltas en la cabeza desde que me había reunido con Zinnia.

—¿Por qué haces esto, Zinnia? Pensé que nos odiabas.

Zinnia hizo una pausa.

—Es una buena pregunta. Es lo que me he preguntado a mí misma muchas, muchas veces últimamente. Tal vez tenga algo que ver con andar con este chico. —Movié un dedo en dirección a Gavin, que caminaba a su lado—. Parece que le agradas y te respeta, lo mismo que a Derek. Así que quizás se me contagió un poco. O tal vez, solo tal vez, es algo un poco más profundo.

Gavin puso cara de estar mortalmente ofendido.

—Y yo que pensaba que estabas cegada por mi impresionante encanto.

Zinnia le dio un codazo en las costillas.

—A pesar de lo que puedas pensar, Sofía, siempre he preferido ser seguidora en lugar de liderar. Me gusta tener un líder fuerte en quien pueda confiar. Aiden fue eso para mí hasta su visita a La Sombra... Y luego cambió. Me inquietó al principio, pero después de un tiempo comprendí que tenía razón. ¿Sabes lo que me dijo? Me dijo: “La venganza no es una causa,

es una obsesión controladora”. Cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de que deseaba distanciarme de la causa de los cazadores, la cual por supuesto ahora sabemos que fue siempre únicamente la causa de los Guardianes. —Zinnia abrió la puerta a la lancha y nos hizo pasar—. Y, como ya he dicho, me gusta seguir a un líder. Tengo esta sensación en mis huesos que me dice quién es un buen líder. Ha llegado un momento en que me gustan y respeto a Derek y Sofía como gobernantes de La Sombra. Vi lo que conseguiste en la isla y creo en la causa por la que estás luchando. Mis huesos te aprueban.

Diciendo esto, Zinnia introdujo la llave y puso en marcha el motor.

—¡Craig! —Zinnia sonó como un ama de casa molesta cuando lo llamó—. Ven aquí y haz que esta cosa navegue. —Craig arrastró los pies y tomó los controles—. Y si quieres volver a la orilla con las pelotas todavía pegadas al cuerpo, no pienses siquiera en extraviarnos.

Me senté al lado de Sofía en el largo banco mientras la lancha se tambaleaba hacia adelante. Me preocupaba que Craig fuera a perderse sin querer, ya que estaba muy oscuro y las fuertes ráfagas de viento que acababan de comenzar no nos facilitaba la navegación sobre las olas.

—¿Dejaste a algún cazador en el barco con ellos? —pregunté nerviosamente a Craig.

—Sí, por lo menos media docena. Y estarán armados, por supuesto —respondió—. Me gustaría ver cómo te las arreglas para convencerlos, señorita —añadió, dirigiéndose a Zinnia.

Los demás que estaban sentados en el banco parecían tan preocupados como yo.

*«Maldita sea. ¿Cómo pude no tener en cuenta esa posibilidad antes de zarpar?»*

Ahora me pareció terriblemente obvio que Arron no habría dejado el barco sin vigilancia.

—De hecho, Zinnia y yo consideramos esa posibilidad. —Gavin extrajo cuatro pistolas de debajo de su abrigo.

—Y si no me equivoco —añadió Zinnia—, normalmente guardan al menos un par de armas de reserva en estos barcos. —Abrió un pequeño armarito de madera que había debajo de uno de los bancos—. Ajá. Aquí hay dos armas más. Y un montón de balas también.

—Bien —le dije—. Sofía debería permanecer en el barco con Craig. Recuerda, Craig, que ahora también tiene garras y un buen par de colmillos

afilados que está más que dispuesta a utilizar, créeme. —Señalé las marcas de mordeduras en mis brazos y en mi cuello—. Así que no se te ocurra intentar nada con ella. Debemos asegurarnos de llevar todas las armas al barco, para que no haya nada aquí que Craig pueda encontrar y utilizar contra ella.

—Un momento, chicos —dijo Sofía—. Zinnia, ¿por qué no haces que Craig les diga que Arron envió órdenes para que los llevemos de vuelta a la orilla? No van a poder llamar a Arron para comprobarlo precisamente.

—Estos cazadores son parte del círculo íntimo de Arron —explicó Zinnia—. Y supe por Craig que cualquier cambio drástico durante una misión requiere la aprobación directa de Arron. Así que es posible que ni siquiera la palabra de nuestro querido Craig sea suficiente. Y si descubren que no pueden ponerse en contacto con Arron, eso podría levantar sospechas.

—Trataremos de evitar una pelea a toda costa. Te lo aseguro —le dije a Sofía, posando una mano sobre su rodilla. Entonces nos pusimos manos a la obra, tomando las armas y escondiéndolas bajo nuestra ropa.

—Tan pronto como abordemos el barco, localizamos a los vampiros —dije—. Yuri y Liana estarán a cargo de detectar su olor y conducirnos hacia ellos. Gavin, Zinnia y yo cubriremos las espaldas de todos.

—Realmente espero que la mayoría de ellos estén dormidos a esta hora —murmuró Gavin—. Meternos en una pelea con los cazadores va a ser demasiado complicado. Estoy seguro de que tienen esas armas de rayos ultravioleta a bordo...

Tragué saliva al recordar el efecto que esas armas tenían en los vampiros. De hecho, mi hermano había muerto a causa de una de esas balas.

Después de varios minutos muy tensos, Craig gritó:

—¡De acuerdo! A la derecha. Ese es el barco.

Todos miramos en la dirección que señalaba su dedo. Un gran barco negro se balanceaba sobre las olas. Ninguna luz brillaba a través de las ventanas. Una primera señal esperanzadora.

Bajé la voz y ordené:

—Craig, apaga las luces del barco inmediatamente y naveguemos tan cerca de la embarcación como sea posible sin chocar con ella. Y mantenla cerca hasta que volvamos. Ahora, todo el mundo a excepción de Sofía, a la cubierta de la embarcación.

Establecimos turnos para asomarnos por la ventana y e impulsarnos por encima de la barandilla de metal, ahora totalmente expuestos al potente viento y las frías salpicaduras del mar.

—¡Que todo el mundo se agarre con fuerza! No podemos permitirnos que alguien caiga por la borda —advirtió Zinnia.

Craig hizo lo que le había ordenado y, unos minutos más tarde, estábamos lo bastante cerca del barco como para arriesgarnos a saltar. Clavé los ojos en la barandilla de la cubierta y salté. Mis manos golpearon el hierro y logré agarrarme a ella. Me impulsé para saltar la barandilla y aterricé con los pies sobre la cubierta de madera. Mis compañeros estaban esperando en el techo de la lancha rápida.

—Con cuidado —susurré—. Está resbaladizo. De uno en uno.

Zinnia saltó a continuación. La agarré por las muñecas en el momento que golpeó el costado de la embarcación y la levanté. Luego vino Liana. Después Yuri. Y, por último, Gavin.

En cuanto tuvimos los pies firmemente plantados a bordo, Zinnia nos condujo a una trampilla y bajamos por unas escaleras.

—Bien —susurró—. Conozco esta embarcación. He estado en ella antes.

Liana agitó la mano para llamar nuestra atención.

—Vampiros —gesticuló sin emitir sonido alguno, mientras olfateaba el aire. Yuri la miró y asintió. Señaló hacia el suelo.

—De acuerdo, en el nivel inferior —dijo Zinnia. Bajamos otro estrecho tramo de escaleras y nos encontramos en una gran sala sin iluminación, en cuyas paredes se alineaban pequeñas celdas.

—¡Claudia! —Yuri se lanzó a la primera celda de nuestra derecha. Unos segundos más tarde, Liana se había precipitado a la tercera celda, señalando a Cameron. Y entonces llegó mi turno: vi a mi querida hermana. Estaba hecha un ovillo en un rincón, pero, al verme, se precipitó hacia los barrotes y su rostro se iluminó.

—¡Derek! —Se ahogó al hablar—. Pensé que nunca nos encontrarías.

—Vamos a sacar a todo el mundo de aquí. —Tomé sus manos a través de los barrotes y las apreté firmemente—. ¡Zinnia! —llamé—. ¿Has encontrado las llaves?

—Todavía no —dijo desde el otro lado de la sala. Estaba rebuscando en los cajones de un escritorio situado en el extremo opuesto.

—¡Las llaves están allí arriba! —dijo Vivienne, señalando a un gancho en el techo del que pendía una docena de llaves—. Uno de los cazadores las colgó delante de nosotros, aunque fuera de nuestro alcance. Una bonita forma de torturarnos.

Salté y desenganché las llaves. Empecé a probarlas una a una hasta que la

cerradura de la celda de Vivienne finalmente hizo clic y la puerta se abrió.

Mi hermana se arrojó a mis brazos. Nos abrazamos brevemente, pero luego la alejé para continuar con la siguiente celda. Eli estaba encerrado en la celda contigua a la de Vivienne. Me miró con ojos cansados, pero su rostro estalló en una sonrisa.

—Buen trabajo, Derek. Estábamos empezando a preocuparnos —dijo Eli.

Una vez liberado, Eli corrió a saludar a su hermano Yuri. Me moví rápidamente hacia los demás, Cameron, Landis y Claudia.

Justo cuando ya nos habíamos reunido todos, surgió un gruñido de la esquina más alejada de la prisión. El gruñido se convirtió en ladrido.

«*Oh, no. ¡No!*»

Con toda la ansiedad, me había olvidado del perro y estábamos a punto de partir sin él. Continuó ladrando y saltando contra los barrotes.

—¡Haz callar a ese perro! —gritó Zinnia, hirviendo de furia—. ¡Va a conseguir que nos atrapen a todos!

Me giré hacia su celda y lo liberé. De inmediato se levantó de un salto y comenzó a lamerme el rostro. Agarré su collar y lo llevé hasta Eli, que se agachó e intentó calmar al enorme animal.

Pero ya era demasiado tarde. Unos pasos resonaron sobre nuestras cabezas. Gavin, que había estado vigilando en el piso de arriba, bajó precipitadamente las escaleras.

—¡Atención! ¡Todos los vampiros, de vuelta a las celdas! ¡Yuri, encuentra una celda y enciérrate con Liana! ¡Que todos hagan lo que digo!

Aunque parecían desconcertados, todos obedecieron. Tomé a Sombra de la mano de Eli y lo empujé de nuevo en su celda, empujando la puerta hasta que la cerradura hizo clic. Rápidamente, comprendiendo los pensamientos de Gavin, lancé las llaves hacia el gancho del techo.

Todo el mundo volvió a su lugar justo a tiempo, antes de que dos corpulentos jóvenes cazadores aparecieran tambaleándose por las escaleras.

Zinnia se adelantó y los saludó.

—Ah, hola Joshua. Hola, Tyler —dijo suavemente—. ¿Cómo va todo? Acabamos de llegar para añadir un par de vampiros al lote. Órdenes de Arron, ya saben. Siento molestar. No me di cuenta de que también había un perro ruidoso por aquí abajo. Se ha excitado un poco.

Se acercó y pasó un brazo alrededor de los hombros de los hombres, besándolos a ambos en la mejilla.

—Ha pasado bastante tiempo desde que la última vez que nos vimos.

Echaba de menos a mis camaradas.

No se me escapó el gesto de Gavin apretando los dientes. Pero, por lo demás, lo estaba haciendo muy bien y mantenía su rostro inexpresivo.

—Yo también te extrañaba, Zinnia —dijo Joshua, devolviendo el beso. Por el temblor de la voz y los ojos enrojecidos de ambos hombres, estaba claro que se habían servido alguna copa de vino de más.

Tyler parecía un poco más suspicaz mientras examinaba la sala.

—¿Quiénes son esos dos? ¿Y qué están haciendo aquí? —Entornó los ojos y nos miró a Gavin y a mí, los únicos que estábamos fuera de las celdas.

—Ah, no te preocupes por ellos —ronroneó Zinnia—. Son los nuevos reclutas del Cuartel General y me ayudaron a traer a los vampiros. —Zinnia deslizó su brazo por la cintura de Tyler y se puso de puntillas para que su rostro quedara a apenas unos centímetros del suyo—. Mmm. En realidad, tengo bastante sed. Me gustaría tomar un poco de lo que has estado bebiendo tú. Huele bien. Y sabe Dios que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que disfruté de una noche en buena compañía.

Tyler miró en torno a la sala una vez más, pero parecía demasiado atrapado en los encantos de Zinnia para seguir pensando en la situación. Los tres regresaron hacia la salida.

Antes de cerrar la puerta tras ellos, Zinnia lanzó una rápida mirada hacia Gavin y gesticuló:

—Lo siento.

Cuando sus pasos ya se hubieron desvanecido, Gavin frunció el ceño, pero se encogió de hombros rápidamente.

—Bueno, hizo lo que tenía que hacer —asumió—. Ahora, antes de que ocurra algo más, saquemos a estos vampiros de aquí.

Abrí de nuevo todas las cerraduras, lo cual por suerte fue más fácil la segunda vez. Eli agarró a Sombra una vez más, y todos subimos por las escaleras y cruzamos apresuradamente la cubierta superior hasta alcanzar la barandilla de metal.

La lancha rápida estaba todavía donde la habíamos dejado. Gavin saltó el primero sobre el techo de la embarcación, y luego yo ayudé a los vampiros a saltar uno a uno, mientras Gavin esperaba sobre la lancha para ayudarlos a mantener el equilibrio y entrar por la ventana.

Por último, solo quedamos Sombra y yo en el barco. Ayudé al enorme animal a encaramarse sobre la barandilla y lo empujé. Aterrizó con un golpe sordo en la cubierta y casi lanzó a Gavin derrapando hacia las aguas

turbulentas. Eli se acercó desde abajo y ayudó a Sombra a bajar torpemente hacia la cabina de mando de la embarcación, y estuvo casi a punto de caer él mismo a las olas.

Volví la vista hacia atrás, a través de la oscura cubierta mojada, en la dirección por la que había desaparecido Zinnia. Me preguntaba qué harían los hombres con ella por la mañana, cuando se dieran cuenta de que todos los vampiros se habían esfumado durante la noche.

Aunque algo me decía que la pequeña cazadora encontraría antes la manera de salir de allí. Me reí en voz baja y me impulsé para saltar desde la barandilla.

## CAPÍTULO 28: SOFÍA

*H*abía sido sorprendentemente fácil tratar con Craig. No intentó en ningún momento crearme problemas mientras esperábamos a que volvieran Derek y los demás. Apenas habló una palabra. Por supuesto, mantuve las garras extendidas todo el tiempo que estuvimos sentados juntos, y puse las manos sobre las rodillas, para que fueran claramente visibles.

Tan pronto como regresaron y estuvieron seguros en la cabina del barco, Derek le gritó a Craig para que encendiera el motor y acelerara.

Dado que la cabina ahora estaba abarrotada y Sombra, empapado, acaparaba una cantidad tremenda de espacio, Derek se apretó contra mí. Tomé su rostro mojado y lo examiné, aliviada al comprobar que parecía ileso. Deslizó sus manos por mi cuerpo y me rodeó por las caderas, atrayéndome en un fuerte abrazo. Atrapó mis labios entre los suyos y me besó apasionadamente. No dijo nada, pero adiviné por la mirada de sus ojos qué era lo que se le cruzaba por la cabeza. Derek había temido que ocurriera algo durante el tiempo que pasé a solas con Craig.

Nuestro beso fue interrumpido sin ceremonias por otro. Algo áspero y húmedo me golpeó la mejilla. Sombra me estaba atacando con su lengua pastosa y maloliente.

—Puag, gracias. —Con una mueca de desagrado, me limpié la cara con la manga—. Yo también me alegro de volver a verte, Sombra. —El perro posó sus patas delanteras sobre mis rodillas, aplastándome contra el duro banco de madera.

Derek tomó el collar del sabueso y le dio un tirón hacia atrás para tumbarlo a cuatro patas, y allí Sombra continuó blandiendo su lengua, en un

intento de prodigarme un afecto que yo no había pedido. A pesar de la sorpresa, en realidad no tenía derecho a sentirme irritada con Sombra. Había salvado mi vida y la de mis dos bebés transportándome fuera de la Fortaleza, soportando un gran sufrimiento por el camino.

—Tranquilo, chico —susurré, agarrando su enorme cabeza entre mis manos y rascándole generosamente detrás de las orejas. Sombra se acomodó contento a mis pies.

Eché un vistazo a la cabina para obtener una imagen mejor de nuestros pasajeros recién llegados. El primer espectáculo que se encontraron mis ojos me hizo esbozar una amplia sonrisa. Liana y Cameron estaban sentados frente a nosotros. El cuerpo de Cameron temblaba con lágrimas de alegría mientras sostenía a Liana en sus brazos y la colmaba de besos.

Junto a ellos se sentaban Claudia y Yuri. La rubia guerrera se había colocado en el regazo de Yuri, y tenía sus pequeñas piernas rodeando la cintura de su amado. Se besaban como si participasen en un concurso a ver quién era capaz de llegar primero al fondo de la garganta del otro. Desvié la mirada, sintiéndome incómoda al contemplar una escena que subía de tono demasiado rápido para pertenecer a ningún lugar que no fuera su dormitorio. Capté la mirada de Derek y ambos estallamos en risas. Cuando notamos que Eli estaba sentado incómodo en un ángulo cercano, colocado para no ver a la pareja, nos reímos aún más alto.

Compadeciéndose de él, Derek tiró del collar de Sombra.

—Vamos, muchacho. Levántate. Ve con papá, que está allá en la esquina. Parece que necesita un poco de compañía. —Eli nos miró y sonrió avergonzado, pronunciando un “gracias” a Derek cuando Sombra se levantó y se dirigió hacia su amo.

Entonces mis ojos se posaron en Vivienne, que estaba sentada en el rincón más alejado, y toda la alegría que sentía se desvaneció. Tenía los ojos fijos en el suelo, y unas lágrimas como perlas se deslizaban silenciosamente por sus mejillas. Landis estaba a su lado con un brazo alrededor del hombro de Vivienne, aunque él también parecía destrozado.

Derek siguió mi mirada y, al verla, volvió a mirarme.

—Mi hermana merece algo mejor. Ha sacrificado mucho más que todos nosotros.

—No... No creo que Xavier lograra sobrevivir, Derek —susurré, recordando el estado de su cuerpo cuando el Anciano se transfirió a mí. No lo había visto desde entonces, y tampoco a Ashley. Parecía que Yuri y Liana

tampoco tenían noticias tuyas.

Derek se agarró la cabeza con las manos y se quedó en silencio, un silencio que duró hasta que Craig se dirigió a él.

—Ya estamos de regreso en el puerto. ¿Y ahora qué?

—Te dejaremos bajar allí —dijo Derek—. Eres libre de volver al Cuartel General.

Craig estudió a Derek con desconfianza, pero luego asintió y bajó cojeando de la embarcación. Se escabulló en el puerto y huyó en uno de los buggies que estaban aún estacionados en la playa.

Alcé la vista hacia Derek con un gesto inquisitivo, al igual que Gavin.

—Ya no nos es de ninguna utilidad. Y no quiero que sepa la ubicación de nuestro nuevo hogar.

Entonces se giró y dijo:

—Liana, eres la capitana con más experiencia de este barco. Necesito que navegues hasta la playa donde se encuentra nuestra nueva casa.

Liana se apartó de los brazos de Cameron y se levantó.

—Bueno, lo haré lo mejor que pueda. Espero que haya algún mapa decente en esta lancha. —Comenzó a buscar en un cajón que había bajo los mandos y sacó varios mapas grandes, extendiéndolos sobre el tablero de mandos. Derek se acercó, le dio la dirección y la ayudó a localizar nuestra villa. Cuando Liana pareció estar segura de nuestro destino, ocupó el lugar de Craig y la lancha salió disparada hacia adelante.

—Debemos darnos prisa —dijo Derek—. Solo disponemos de unas cuantas horas hasta que el sol comience a salir.

Cuando llegamos a la villa, faltaba media hora para el amanecer. Liana dirigió la embarcación hacia la costa hasta que llegó a aguas poco profundas, y en ese lugar todos la abandonamos. Saltamos al océano y atravesamos la arena de la playa a toda velocidad, luego subimos las escaleras hasta el bulevar donde se encontraba nuestra casa.

Una oleada de nostalgia me golpeó cuando llegamos a los pies de nuestra encantadora villa. Recordé con demasiada claridad la visita con Derek a aquel lugar unos meses atrás. Rememoré cómo habíamos fantaseado con formar una familia en esa casa. Un sueño que ahora parecía destinado a sernos esquivo.

Derek fue el primero en llegar a la puerta principal. Sacó las llaves de su bolsillo y la abrió. Todos nos agrupamos en el interior, dejando detrás de nosotros un rastro de suciedad en los suelos blancos. Sombra se sacudió su

enorme pelambarrera y roció las pálidas paredes con barro.

Mi preocupación más inmediata era la inminente salida del sol. Afortunadamente, la casa venía amueblada y con persianas en las ventanas.

Una vez cerradas todas las persianas, era evidente que todo el mundo se moría por un poco de descanso o, en el caso de determinada pareja, por lograr algo de intimidad. Había sido una noche larga y estresante.

—¿Hay sótano aquí, Sofía? —me preguntó educadamente Eli, con Sombra trotando detrás de él.

—Uhm... Echemos un vistazo. —Encontramos la puerta a un gran sótano en el lavadero. Bajamos las escaleras y Eli miró a su alrededor, asintiendo.

—Este parece un buen lugar para que Sombra descanse por ahora, apartado de todo el mundo.

Sombra se tumbó en un rincón y se acurrucó. Entonces llevé a Eli arriba para encontrarle un dormitorio que no hubiese sido ocupado por los demás. Resultó que tenía que compartirlo con Landis. Las dos parejas ya se habían encerrado y Vivienne debió retirarse a solas a una habitación.

Deseé buenas noches a Eli y Landis antes de ir a reunirme con Derek. No estaba en el dormitorio principal que nos habían dejado para nosotros. Bajé las escaleras y me dirigí a la sala de estar, pero solo vi a Gavin acostado en el sofá.

Luego oí voces que provenían de la cocina. Derek estaba apoyado contra la encimera, conversando con un hombre alto y de cabello oscuro que inmediatamente reconocí como Ibrahim.

Tan pronto como Derek me vio entrar, dijo:

—Ibrahim, entiendo lo que estás diciendo. Pero, por favor, discutamos todo esto dentro de un par de horas, una vez que hayamos descansado un poco. Las habitaciones están todas ocupadas, pero, si quieres quedarte aquí, hay espacio en un cómodo sofá de la sala de estar.

Ibrahim asintió y me dedicó una breve sonrisa antes de salir de la cocina.

—¿Cómo es que ha llegado tan de repente? —pregunté.

—Sofía —dijo Derek somnoliento—, hablemos de ello dentro de un par de horas. Los dos necesitamos descansar un poco. —Sin esperar a mi respuesta, me tomó de la mano y me llevó a nuestra habitación.

Nos desnudamos y nos metimos bajo las sábanas recién almidonadas. Empezó a oírse un ruido sospechoso procedente de la habitación de Claudia y Yuri. Me acurruqué al lado de Derek y murmuré:

—Bueno, seguro que esta no es la fiesta de inauguración que esperaba.

## CAPÍTULO 29: DEREK

Me desperté después de seis horas de sueño. La temperatura de la habitación se había elevado considerablemente. Aparté las sábanas de mi cuerpo y bajé la vista hacia Sofía, que aún dormía con la cabeza sobre mi pecho. Levanté su cabeza, la deposité con dulzura sobre la almohada y me volví a acomodar en la cama, de forma que mi rostro estuviera a la misma altura que el suyo. Deslicé una mano por su espalda y la atraje hacia mí, presionando mis labios contra su cuello y aspirando su aroma. Ella se revolvió después de varios minutos y me miró. La confusión le cubría el rostro.

—Era muy extraño. Pensé por un segundo que estaba de vuelta en tu ático de La Sombra —dijo, frotándose los ojos. Entonces me apretó la mano y me miró con seriedad—. Debemos recuperar La Sombra, Derek. Nuestra gente se encuentra en una situación terrible, no puedo ni siquiera empezar a describirlo...

—Eso es parte de lo que estaba hablando con Ibrahim anoche. —Salí de la cama y empecé a vestirme—. Bajemos para continuar la conversación, pero esta vez contigo presente.

Sofía encontró una bata limpia en el armario del baño y se la ató alrededor de la cintura.

Cuando llegamos abajo, Ibrahim ya nos estaba esperando en la cocina. Ambos lo saludamos con una inclinación de cabeza y nos sentamos a su lado en la mesa.

—Entonces, como iba diciendo —dijo Ibrahim—, el próximo plan del Consejo es acabar de destruir los portales a Cruor. Vengo directamente de

destruir el portal que había en El Subterráneo. Ahora, el único portal a Cruor que queda es el que está dentro del templo de la bruja en La Sombra.

—Tengo curiosidad —intervino Sofía—. ¿Por qué las brujas aún necesitan nuestra ayuda para eliminar el portal de La Sombra, cuando parece que han sido capaces de destruir el portal de El Subterráneo sin demasiados problemas?

—Porque —replicó Ibrahim —, el trabajo en El Subterráneo fue más fácil. La mayoría de los Ancianos se han reunido en La Sombra debido a que allí es donde están casi todos los recipientes y los humanos.

—¿Y exactamente cómo propones que destruyamos los portales de La Sombra, cuando la isla está llena de Ancianos y recipientes? —pregunté.

—En primer lugar, no nos acompañará ninguno de los vampiros que están aquí. Eso solo les proporcionaría más recipientes. Llamaré a algunas brujas para que nos ayuden desde El Santuario.

Gavin entró en la cocina, seguido por Zinnia.

Momentáneamente distraído de nuestra discusión, le pregunté a Zinnia:

—¿Cómo diablos volviste?

—Ah, no fue demasiado difícil. Simplemente me limité a culparte a ti, y también a Gavin. Les dije que habías escapado con Gavin y los vampiros, y que no tenía nada que ver con eso. Tyler no pareció creerme, pero me las arreglé para conseguir que Joshua se pusiera de mi lado y lo convenciera para que me dejara marchar. Me dejaron en el puerto y desde allí llamé a Gavin. Robé uno de los botes y aquí estoy.

Sofía me puso una mano en el brazo y reanudó la conversación.

—Entiendo por qué ni los vampiros ni los humanos son de utilidad para esta misión —miró fijamente a Zinnia y a Gavin—, pero a los demás no les va a gustar esto. Querrán luchar por La Sombra.

—En ese caso, para evitar perder el tiempo discutiendo con ellos, deberíamos irnos ahora, antes de que despierten —concluyó Ibrahim.

Sofía se puso tensa a mi lado y apretó mi brazo con más fuerza.

—Anoche no terminaste de explicarle el plan a Derek —dijo—. ¿Cómo pretendes hacerlo exactamente?

—Tendremos que tocar de oído. No sabremos cuál es la situación exacta hasta que lleguemos —replicó Ibrahim—. Pero tendremos ayuda. Y, al igual que en El Subterráneo, tendremos a nuestro favor la ventaja del factor sorpresa. Siempre y cuando seamos rápidos... Espero que los Ancianos de La Sombra aún no hayan recibido la noticia de que las brujas han destruido el

portal de El Subterráneo. —Chasqueó los dedos y una docena de brujas y brujos vestidos con túnicas de color gris oscuro entraron en la cocina.

Abracé a Sofía y la miré intensamente a los ojos.

—Mantenlos a todos a salvo. No permitas que nadie salga de la casa. Necesitarás sangre. Zinnia y Gavin se quedarán aquí para ayudarte con todo lo necesario.

Entonces, antes de que pudiera ofrecerle las palabras de consuelo que sabía que necesitaba desesperadamente, la mano de Ibrahim descansó sobre mi hombro y, al minuto siguiente, ya no veía nada en absoluto. Una mancha de colores me nubló los ojos.

## CAPÍTULO 30: DEREK

Cuando mi visión finalmente regresó, estaba flotando en el mar bajo el cielo estrellado de la noche. Ibrahim nadaba a mi lado junto con su ejército de El Santuario. No tardamos mucho en detectar una silueta familiar en la distancia; estábamos a unos cuatrocientos metros de mi faro.

Ibrahim hizo un gesto y nadamos hacia tierra firme, para trepar a continuación por las rocas que había justo debajo de la alta edificación.

—Cuanto antes llegemos al templo, mejor. Intenta permanecer oculto a la vista, Derek.

Las brujas se reunieron a mi alrededor y me agacharon la cabeza para que no fuera visible por encima de ellas mientras caminábamos. Nos alejamos de la zona rocosa, dejamos atrás el Puerto y entramos en el bosque, moviéndonos rápidamente hacia el Santuario. Todo mi cuerpo se puso en tensión cuando una sinfonía de gritos desgarró el aire.

—¿Qué ha sido eso? —susurré a Ibrahim.

—No querrás saberlo.

Me parecía que llevábamos corriendo por el bosque una media hora y los gritos no disminuían. Finalmente llegamos al lugar donde terminaban los árboles y comenzaba el claro del exterior del templo. Nos agazapamos entre algunos arbustos y estudiamos la situación.

Había varias figuras esbeltas reunidas alrededor de la fuente. Reconocí al instante a una de ellas: Ashley. Los otros rostros también eran familiares, pero no podía poner nombre a los vampiros con quienes, a pesar de que eran ciudadanos de La Sombra, nunca había hablado personalmente. Y entonces localicé a un vampiro que tenía menos de la mitad de la altura de los demás, y

comprendí que era Abby.

El grupo se encontraba de pie frente a nuestro lugar de destino, el templo. No había manera de caminar junto a ellos sin que nos vieran.

Miré de reojo a Ibrahim a través de los arbustos. Frunció el ceño mientras parecía estar pensando frenéticamente. Esto me sorprendió, porque nuestro siguiente paso parecía obvio para mí.

—Solo tienes que utilizar tu truco de desaparecer. Haces que desaparezcamos aquí y que aparezcamos de nuevo en el interior del templo —susurré.

Ibrahim sacudió la cabeza y me miró como si acabara de tener la idea más estúpida del mundo.

—Solo confía en mí, ¿de acuerdo?

Entonces, sin previo aviso, saltó de entre los arbustos. Mi primer instinto fue agarrarlo y tirar de él hacia atrás, pero dos brujas me agacharon y me sentaron en el suelo. No estaba acostumbrado a que me mantuvieran a oscuras y tener que seguir órdenes ciegamente.

—Shhh. Limítate a observar, Derek. Y ten fe en Ibrahim. Te diremos cuándo moverte y qué hacer cuando llegue el momento —dijo una bruja con aspecto de anciana que tenía a mi lado, mientras me palmeaba el hombro con su mano arrugada.

Tan pronto como el grupo de vampiros vio a Ibrahim acercándose, se quedaron mirando, paralizados. Al principio me temí lo peor: que los Ancianos ya se hubieran enterado del portal que habían destruido las brujas. Pero parecía que no era así.

—Bueno, bueno, bueno. Si es el mismísimo primo de la Eterna. ¿Qué te trae por aquí, brujo? —Ashley se adelantó. Aunque sus ojos parecían tan limpios como habían estado los de Sofía, la extraña coloración amarillenta de su piel era prueba suficiente de que también ella estaba habitada por un Anciano.

—Eso, cuéntanos. Será mejor que tengas una buena excusa para molestarnos —intervino Abby.

Aparentemente, Abby no había recibido el mismo tratamiento que Ashley y Sofía. Sus ojos estaban nublados por una película traslúcida y su boca se abría con una sonrisa extraña, como si su expresión no coincidiese con su edad.

—Estoy aquí para reunirme con el Anciano que esté al mando. —La voz de Ibrahim permaneció inalterada y, si estaba asustado aunque fuera

mínimamente, no lo demostró.

—Esa soy yo. —Ashley tendió la mano hacia él con una mueca en sus labios.

Ibrahim declinó el ofrecimiento de estrecharle la mano.

—Bien. Deseo hablar en privado con usted. Creo que el templo será un buen lugar.

Ashley lo miró con atención.

—¿Por qué te ha enviado la Eterna en su lugar? Estoy acostumbrada a negociar directamente con ella.

—Mi prima le pide disculpas. Ha estado muy ocupada tratando con los Halcones. Se han tornado cada vez más exigentes últimamente. De hecho, por eso he venido aquí a hablar con usted. Pero, debido a la naturaleza confidencial del asunto, lo primero y más importante es que me gustaría hablar con un poco de privacidad.

Tan pronto como Ibrahim mencionó a los Halcones, el rostro de Ashley se crispó.

—Muy bien —dijo ella—. Será mejor que esto valga mi tiempo.

Ibrahim y Ashley se dirigieron a la entrada del templo y desaparecieron rápidamente de la vista a través de las puertas de madera que se cerraron tras ellos. Tan pronto como hubieron desaparecido, una de las brujas que estaba a escasos metros de mí susurró:

—¡Ahora! —y la bruja más anciana me tocó en el hombro.

Todos salimos corriendo de nuestros escondrijos. El resto de los vampiros que había al lado de la fuente se sorprendieron lo suficiente para quedarse clavados en el suelo durante unos segundos antes de correr en nuestra persecución. Pero cuando reaccionaron ya era demasiado tarde. Habíamos formado un círculo alrededor del templo y las brujas habían comenzado a recitar su letanía, profiriendo un cántico bajo. Justo cuando los vampiros nos cercaron, con la pequeña Abby dirigiéndose directamente hacia mí, un campo de fuerza invisible se disparó alrededor del exterior del templo. Tan pronto como los recipientes entraron en contacto con él, fueron repelidos varios metros hacia atrás.

Enfurecidos, atacaron de nuevo el campo de fuerza con sus bocas abiertas, lanzando lo que imaginé que serían gritos salvajes. Pero no oímos nada. Al parecer, el campo de fuerza también impedía que pasara el sonido.

Di un paso atrás desde el círculo de brujas y me acerqué a la entrada del templo. Estaba perdido y no sabía cuál era mi papel en todo el asunto.

Busqué a la bruja anciana.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Sigue a Ibrahim al templo. ¡Pero ve en silencio! Te necesitará cuando llegue el momento. —Su rostro se retorció por la concentración mientras se centraba en mantener intacto el escudo contra los vampiros. Para mi alarma, ahora vi a una multitud de casi cincuenta vampiros saliendo de los bosques. Debían haber escuchado los gritos de los recipientes y venían corriendo para ayudar. Superaban a las brujas en número. Recé para que tuvieran bastante poder y mantuvieran su magia durante tiempo suficiente para que nosotros completásemos la misión.

Abrí la puerta del templo y me deslicé al oscuro corredor. Las voces de Ibrahim y de Ashley sonaban por delante de mí. Avancé por el pasadizo, acortando la distancia entre nosotros haciendo el menor ruido posible, hasta que estuve a unos tres metros de la sala más recóndita del templo. Los dos ya habían entrado en ella y sus sombras se proyectaban sobre el muro de piedra del extremo opuesto a la puerta abierta.

—En resumen, en El Santuario hemos decidido dar por terminada nuestra alianza con los Halcones y apoyar completamente a los Ancianos —explicó Ibrahim—. Últimamente los Halcones han estado exigiéndonos demasiado. Ya no podemos satisfacer sus exigencias. Ha llegado el momento en que no podemos permanecer neutrales por más tiempo. Debemos tomar partido, ya sea por ustedes o por los Halcones.

—¿Y qué ha logrado que nosotros seamos los elegidos?

—Francamente, creemos que los Halcones son la menor amenaza. Preferimos tenerlos como enemigos a ellos que a ustedes. Crearemos más inmunes y seguiremos permitiendo el acceso a este reino. También vamos a dedicar todos nuestros esfuerzos a tratar de recrear nuestros poderes para tener la capacidad de crear nuevos portales, ya que he sabido que los Halcones lograron eliminar el portal de la Fortaleza de Sangre...

Estaba tan absorto en su conversación que no me di cuenta de que alguien se me acercaba por detrás. Cuando me quise dar cuenta, ya era demasiado tarde. Sentí un golpe en la cabeza y me tambaleé hasta caer al suelo, a plena vista de la puerta abierta. Había un guardia vampiro a mi lado y los ojos de Ashley recayeron sobre mí.

—Derek Novak —susurró Ashley, caminando hacia mí.

Por el rabillo del ojo me di cuenta de que Ibrahim aprovechó la distracción y se apresuró hacia un agujero que había en el suelo.

Me puse de pie torpemente y me tranquilicé.

—Sí, ese es mi nombre.

Sin previo aviso, Ashley desnudó sus garras y se lanzó volando hacia mi garganta. Me agaché y me precipité por el corredor. No sabía a dónde iba, y empezaba a preocuparme acabar en un callejón sin salida. No tenía una bruja que me ayudara a protegerme de Ashley. Si me veía obligado a prender fuego para protegerme, quemaría el cuerpo de Ashley hasta reducirlo a cenizas.

Seguí corriendo, conduciendo a mis perseguidores por sinuosos pasadizos tan lejos de Ibrahim como pude. Pero entonces finalmente sucedió. Me equivoqué al girar y llegué a un callejón sin salida. Extendí las manos y desaté una nube de fuego, con la esperanza de que los asustara y retrocedieran.

Aquello no los detuvo.

Ashley redujo la distancia entre nosotros hasta que estuvo a menos de un metro de mí. Miré al despojo que apenas se parecía a Ashley y sentí una punzada de culpabilidad. Ya le había provocado bastante más sufrimiento del que merecía en el pasado. Luché conmigo mismo al pensar en lo que iba a hacer.

*«Mírala, Derek —razonó una parte de mí mismo, tratando de justificar lo que ahora veía como inevitable—. Parece que su estado es incluso peor que el de Sofía cuando la encontraste.»*

Aprovechando mi reticencia a dañar su recipiente, el Anciano me agarró por la garganta y trató de morder mi carne. Agarré los brazos de Ashley y la aparté de mí. Entonces le di una patada en el estómago. Ella retrocedió unos pasos.

Perdí el equilibrio cuando el guardia me sujetó la pierna derecha y empezó a sacarme a rastras de la esquina en la que me había refugiado. Levanté la pierna izquierda con un movimiento brusco y la aplasté contra su mandíbula. Su nuca chocó contra la pared.

Una vez recuperada, Ashley voló hacia mí una vez más, y esta vez logró hundir sus colmillos en mi brazo. Se estaba preparando para inyectarme veneno en la sangre.

*«¿Logrará convertirme con su veneno? ¿Puedo volver a transformarme y regresar a mi estado anterior?»*

No era un riesgo que desease correr.

Puse una mano en su cuello y solté una fuerte ráfaga de calor. Ashley saltó hacia atrás, chillando y agarrándose la quemadura. Pero, para mí

sorpresa, vino a por mí de nuevo.

«*Lo siento muchísimo, Ashley*» —susurré. Miré sus ojos vacíos, sabiendo que su alma estaba atrapada en algún lugar detrás de ellos. Aspiré y me preparé para liberar una llamarada a la que ella no podría sobrevivir.

Con las manos extendidas, se dirigió hacia mí una vez más.

Pero cuando mis dedos estaban a punto de estallar, se detuvo en pleno vuelo y cayó al suelo, retorciéndose y aullando de dolor. Apenas un segundo más tarde, el guardia imitó su comportamiento. Después ambos se quedaron inmóviles.

«*Qué demonios...*»

Apareció Ibrahim, sudando y sin aliento. Tenía un corte en la mejilla izquierda.

—Qué... —empecé a preguntar.

—Está destruido, Derek. He acabado con el portal. Los espíritus malignos que quedan a este lado del portal no son capaces de sobrevivir en la atmósfera de la Tierra sin ningún vínculo que los conecte con Cruor. Se marchitarán pronto, si no se han marchitado ya.

—Eso significa... —Regresé a toda prisa por los corredores hasta llegar a la sala interior. Otro guardia yacía en el suelo con las garras de su mano derecha empapadas en sangre, la de Ibrahim, sin duda. Donde antes había estado el portal, no había ninguna señal de que hubiera existido algo que no fuera el suelo de piedra maciza.

Abandoné la sala y me encaminé hacia la parte más externa del Santuario, hasta que llegué a la salida. Tiré de la puerta para abrirla y, a pesar de que las brujas todavía rodeaban el templo en un círculo cerrado, el ejército de vampiros que previamente había estado luchando contra el escudo yacía ahora en el suelo.

Al ver que Ibrahim ya me había alcanzado, pregunté:

—¿Así que se han ido? ¿P-para siempre? —me resultaba difícil imaginar las implicaciones de lo que acabábamos de lograr.

—Siempre y cuando no se creen nuevos portales. No sé si nuestra especie alguna vez será capaz de desarrollar el tipo de magia que nuestros Antiguos dominaron para crear los portales. Cuando se descuida un poder como ese durante generaciones, es casi imposible reavivarlo. —Entonces Ibrahim se volvió hacia las brujas y dijo—: Ahora ya se puede retirar el escudo. Nuestro trabajo aquí ha finalizado.

Hicieron lo indicado, y los sonidos de la isla llegaron de nuevo hasta mis

oídos. Los gritos habían cesado y, en su lugar, mis oídos reconocieron el batir de las olas distantes contra la orilla y el murmullo de las hojas. Era como si la propia isla suspirase de alivio.

—Entonces... Entonces eso significa que... —Seguía tropezando con las palabras y tratando de comprender la situación—. Halcones y Ancianos... ¿Ya no hay manera de que puedan molestarnos más? ¿Somos libres?

Justo cuando pronuncié esas palabras, la Eterna se manifestó frente a la fuente, a pocos metros de nosotros. Me miró con severidad, pero luego fijó su mirada en Ibrahim.

—Así que ya veo que la misión fue un éxito —dijo ella—. ¿Y ahora entiendes lo que queda por hacer?

Ibrahim asintió.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué queda por hacer?

La Eterna me ignoró.

—No tienes mucho tiempo. Hice esta concesión porque eres mi primo. Pero entiendes que debemos llevar a cabo lo que acordamos.

—¿Concesión? ¿De qué estás hablando? —Traté de agarrar a la bruja por el hombro, pero, para mi frustración, en cuanto la toqué se desvaneció en el aire—. ¡Maldita seas! —grité al espacio vacío que solo unos segundos antes había estado ocupado por la Eterna.

Me enfrenté a Ibrahim.

—¿Y bien? Explicate.

—Lo haré, Derek. Pero primero, sugiero que traigamos a tu familia y amigos a La Sombra. Los Ancianos ya no están, y creo que es el lugar más seguro ahora mismo. Mis compañeros de aquí empezarán a atender a los recipientes.

Una sensación inquietante comenzó a invadirme, y la poca disposición de Ibrahim a discutirlo solo sirvió para alimentar aún más mis dudas.

*«Hemos acabado con los portales de los Halcones y los Ancianos, pero ¿con qué tipo de mal nos hemos quedado?»*

## CAPÍTULO 31: SOFÍA

*I*brahim ni siquiera me dio la oportunidad de despedirme de Derek. Por lo que yo sabía, podría ser la última vez que lo viera. Toda la isla se había transformado en un nido de avispas. Me estremecí al pensar en lo que podría suceder a su llegada.

Pero no había nada que yo pudiera hacer, más que esperar y desearles lo mejor. Después de la repentina desaparición de Derek, me llevó casi una hora recobrar me lo suficiente para hablar con alguien. Zinnia y Gavin respetaron mi silencio y salieron de la habitación, murmurando algo acerca de ir a buscar sangre animal para nosotros.

Entonces regresé a la planta de arriba para comprobar si Vivienne ya había despertado. Había tenido intención de hablar con ella desde que la rescatamos del barco, pero entonces parecía no encontrarse en un estado adecuado para hablar con nadie.

Llamé a la puerta de su dormitorio y, cuando no hubo respuesta, entré de todos modos. Estaba acostada en la cama, con los ojos abiertos y la mirada perdida en el techo. Solo cuando me senté en la cama a su lado, ella volvió la cabeza para mirarme.

—Sofía —dijo con voz ronca, alcanzando mi mano. Ahora me miraba de manera diferente que cuando tenía un Anciano en mi interior; supuse que ya se había dado cuenta de que volvía a ser yo misma, salvo por el hecho de que aún era vampira—. ¿Qué te ocurrió? —preguntó.

Le expliqué lo sucedido durante el tiempo que había pasado bajo la influencia del Anciano. Pero la verdadera razón por la que había ido a verla era otra, y lo que de verdad me moría de ganas de hacer era disculparme con

ella.

—Vivienne, cuando te visité en tu habitación en el Cuartel General y te conté lo de... Sobre Xavier. Lo siento muchísimo. Ni siquiera sé si las palabras que dije eran ciertas, ya que no presencié su muerte con mis propios ojos. Todo lo que dije salió directamente de la boca del Anciano.

Apartó sus ojos de mí y tragó saliva. De nuevo parecía al borde de las lágrimas, pero se tragó sus emociones.

—No te preocupes, Sofía. No tenías control sobre ti misma. ¿Cómo voy a culparte por eso? Y, en cualquier caso... Y-yo creo que ya es hora de que acepte que no voy a verlo de nuevo. A largo plazo será menos doloroso.

La rodeé con mis brazos y besé su frente, acariciando su cabello con una mano. No había nada que pudiera decir que no la hiciera sentirse peor, ya que su conclusión era acertada.

Finalmente, rompió el silencio y preguntó:

—¿Dónde está Derek?

No quise cargar más preocupaciones sobre los hombros de mi cuñada.

—Ibrahim se lo llevó para reunirse con la Eterna —mentí—. No estoy segura de exactamente por qué, ya que partió muy repentinamente. Pero debería estar de regreso dentro de un día o dos.

Después de pasar un par de horas con Vivienne, la dejé a solas y bajé las escaleras para ver si habían regresado Gavin y Zinnia. De hecho, ya habían vuelto, pero, en lugar de las bolsas de sangre a las que estábamos acostumbrados en el Cuartel General, habían comprado pedazos de carne cruda y bolsas llenas de pescado fresco en las tiendas locales.

—No hay mucha sangre en la carne, pero por ahora todo el mundo tendrá que conformarse —dijo Zinnia.

—Parece que el perro está pidiendo el desayuno —murmuró Gavin cuando comenzaron a oírse aullidos en el sótano. Sombra debía haber despertado y había olido la carne muerta—. Le daré de comer.

No pasó mucho tiempo antes de que las dos parejas bajaran a unirse a nosotros, seguidas al poco tiempo por Eli y Landis. Todos nos sentamos alrededor de la mesa grande de la cocina y empezamos a atacar nuestra comida. Los vampiros comieron con avidez, pero yo picoteaba aquí y allá solo para aparentar normalidad. Gavin y Zinnia se decidieron por los cereales que habían traído de la tienda de comestibles.

Repetí la mayor parte de la conversación que acababa de mantener con Vivienne, una visión general de todo lo que había sucedido desde la última

vez que los había visto. Y de nuevo mentí sobre Derek cuando preguntaron a dónde había ido.

Ansiando la soledad, tomé un poco de pescado para Vivienne y se lo llevé en una bandeja. Luego volví a mi habitación y me pasé el resto de las horas diurnas en la cama. Me resultaba demasiado penoso seguir participando en las conversaciones con personas que no eran conscientes del hecho de que mi esposo se encontraba en peligro de muerte.

Justo cuando el sol se estaba poniendo y me preparaba para pasar una noche sola en la cama, oí un golpecito suave en la puerta y, para mi deleite, entró Derek.

Su rostro había adquirido algunas cicatrices nuevas y sus brazos estaban sanguinolentos y llenos de cortes, pero, aparte de eso, no podía quejarme del estado en que me fue devuelto. Había sobrevivido. Eso era todo lo que me importaba.

Salté hacia él, abrazando su cintura con mis piernas. Su cuerpo aún estaba sudoroso por la batalla. Antes de que pudiera empezar a hacer preguntas, dijo:

—Lo logramos. Destruimos los portales. Los Ancianos se han ido para siempre.

Me senté en el suelo y mi primer instinto fue soltar un suspiro de alivio. Pero algo iba mal. ¿Por qué no me sonreía y, sin embargo, fruncía el ceño y se mordía el labio inferior?

—¿Por qué no estás feliz?

—Las brujas —murmuró—. Aún no han destruido sus portales. Hay algo más. Ibrahim ha prometido arrojar más luz sobre el asunto cuando hayamos regresado a La Sombra.

«*Regresar a La Sombra.*»

No podía contener el entusiasmo que bullía en mi interior al pensar en volver a casa. Sin embargo, al mismo tiempo, estaba llena de temor sobre el estado en que la encontraríamos. No tenía ni idea de cuántos habían sobrevivido y a cuántos habíamos perdido.

—Y Rose —dije—. ¿Será seguro traer a Corrine de vuelta con Rose?

—Preferiría que esperásemos hasta que entienda mejor los retorcidos planes que hay en marcha en la mente de esa perra. Por ahora, limitémonos a reunir a todos los que están aquí y regresar. Ya me encontré con Gavin y Zinnia al venir y han comenzado a avisar a los demás.

A los cinco minutos, todo el mundo estaba de pie alrededor de la mesa de

la cocina, con la excepción de Sombra e Ibrahim que se encontraban encima de la mesa.

—Unan sus brazos —ordenó Ibrahim. Una vez que todos nos estuvimos tocando los unos a los otros, comenzó a recitar un cántico. Colocó una mano sobre el hombro de Derek y la otra en el lomo de Sombra. Tan pronto como hizo contacto, su magia se precipitó a través de nuestros cuerpos. Un viento violento sopló contra mi rostro y me vi obligada a cerrar los ojos. Cuando los volví a abrir, me encontré con el paisaje del Puerto de La Sombra. Una brisa salada sopló a mi lado y el fresco aroma de los árboles me llenó la nariz.

Estábamos en casa.

## CAPÍTULO 32: SOFÍA

Ninguno de nosotros dijo una sola palabra. Sabía que todos compartíamos la misma sensación de ansiedad en la boca del estómago. Después de la conversación de los Ancianos sobre lo que habían estado haciendo con los humanos y los recipientes, temía lo que me encontraría cada vez que daba la vuelta a una esquina.

*«¿Y si no queda ningún humano o ningún recipiente? ¿Y si ya se los han llevado a todos a Cruor?»*

Caminamos por el bosque hasta que alcanzamos el claro que había justo delante del Santuario. Vivienne fue la primera en apresurarse y examinar los cuerpos tirados en el suelo. No sabía los nombres de la mayoría de aquellos vampiros, pero entonces vi una pequeña silueta familiar tendida en el suelo. Las brujas que habían acompañado a Derek estaban allí apiñadas junto a los vampiros, ayudándoles a recuperarse. Me sentí aliviada al ver a Abby tendida junto a una vieja bruja, con los ojos abiertos a pesar de parecer exhausta.

—¿Dónde está Ashley? —preguntó Derek a una de las brujas—. Ya sabes, la vampira poseída por el Anciano que estaba al mando.

—Aún debe seguir en el templo —respondió la bruja—. Todavía no hemos comprobado los cuerpos de allí, hay demasiados aquí a los que atender.

—¡Llévame junto a ella! —dije, agarrando a Derek y empujándolo hacia el templo. Me condujo por un corredor hacia el centro del edificio, hasta que llegamos a un pasadizo donde una devastada Ashley yacía tendida cuan larga era en el suelo. A su lado había un guardia vampiro, también inconsciente y en un estado similar.

Derek levantó a Ashley y dijo:

—Llémosla al exterior. Enviaré a alguien aquí para que se encargue de los guardias.

Nos dirigimos a la salida, pero, cuando dejamos atrás la entrada a la sala más recóndita, llamé a Derek.

—Sigue sin mí, enseguida te alcanzaré.

Recordé que esa sala había sido el último lugar en que había visto a Xavier. Caminé de un extremo a otro y por todos los rincones de la sala para comprobar que no había pasado por alto su cuerpo oculto por alguna sombra. Pero se había ido de verdad. Me dolía enormemente que Vivienne ni siquiera pudiera enterrarlo.

Cuando salí del templo, ya había dos brujas inclinadas sobre Ashley. La examinaban minuciosamente.

—¿Cuáles son sus posibilidades? —pregunté en susurros.

—Está a unos pocos cientos de respiraciones de la muerte —dijo una bruja. Me agaché a su lado y observé con ansiedad cómo trabajaban con su magia.

—¡Derek! ¡Sofía! —la voz aguda de Zinnia retumbó a través del patio. Miré a mi alrededor y los vi, a ella y a Gavin, acercándose a nosotros con rapidez—. ¡Necesitamos ayuda en Las Celdas *ahora!* ¡Aprisa!

Me sentí desgarrada entre abandonar a Ashley o ir a ayudar a Zinnia y a Gavin. Alcé la vista hacia las dos brujas y supe que estaba en buenas manos. Que yo estuviera mirándola no tendría ninguna influencia en si sobrevivía o moría.

Agarré la mano de Derek y seguimos a Zinnia y a Gavin por los bosques. Gavin acabó saltando a la espalda de Derek y Zinnia a la mía, ya que incluso con sus pesos sobre nosotros podíamos correr diez veces más rápido que cualquiera de ellos con sus piernas humanas.

Cuando llegamos al pie de la entrada a las Cumbres Negras, Gavin y Zinnia se bajaron de nuestras espaldas y empujaron la puerta con un chirrido. El olor a humedad y decrepitud nos inundó. Recordé lo que era caminar por Las Celdas muchos días atrás, las condiciones en las que vivía nuestra gente. Pero ahora, mientras miraba a mi alrededor, me di cuenta de que se había convertido en un lugar muchísimo peor.

—Hay tantos humanos y vampiros encerrados aquí que necesitamos ayuda urgentemente. Muchos están enfermos e incluso muchos más están al borde de la muerte por falta de agua y comida —explicó Gavin.

Derek se acercó a una gran estantería que había cerca de la entrada y sacó unas dos docenas de llaves. Me pasó un manojo y me dijo:

—La mayoría de las cerraduras tienen la misma llave. Tendrás que probar hasta que encuentres la adecuada. Debemos sacarlos de este agujero del demonio y llevarlos al aire fresco del exterior. Sofía y yo intentaremos liberar a todos los que están reclusos en Las Celdas, pero Gavin y Zinnia serán los encargados de llevarlos al exterior y organizarlos.

Me temblaban las manos al empezar a abrir las cerraduras. Los gritos y los llantos de alegría me llenaron los oídos cuando vieron lo que estaba haciendo. Salieron corriendo, y numerosos niños se agarraron a mí y me abrazaron. Pero no podía quedarme mucho tiempo con ellos y les dirigí hacia Zinnia y Gavin, ya que Derek y yo aún teníamos una larga noche por delante.

Había algunos humanos que ya no podían ni caminar o que se habían desmayado, y otros habían muerto. Derek y yo transportamos a todos los supervivientes y los depositamos sobre la suave hierba del exterior de la montaña, bajo el espejado cielo nocturno.

Al cabo de varias horas habíamos logrado sacar a todos los humanos. Después les tocó el turno a los vampiros. Muchos de ellos se encontraban en un estado tan lamentable como los humanos, tendidos en el suelo con heridas y privados de sangre desde Dios sabía cuándo. Los reunimos a unos metros de distancia de los humanos. A aquellos que aún tenían una salud razonablemente buena se les dieron instrucciones para reunir suministros de emergencia: sangre animal para los vampiros, y agua y pan para los humanos.

Una vez que nos hubimos asegurado de que no quedaba nadie en las mazmorras, Derek y yo abandonamos la cordillera y echamos un vistazo al claro, contemplando a las innumerables personas que yacían en el suelo y a los que quedaban ofreciendo asistencia.

Justo cuando estábamos a punto de mezclarnos entre la multitud para empezar a ayudar, resonaron unos sonoros ladridos provenientes de las rocas que había sobre nuestras cabezas. Treinta sabuesos negros trotaban ladera abajo desde los peñascos. Con sus ojos rojos centelleantes y sus colmillos afilados, estaba claro que esos perros estaban...

*«Enfadados. Hambrientos. Lanzados a la caza en pos de la cálida sangre humana.»*

—¡Derek! —jadeé.

Pero ya se había dado cuenta. Se lanzó a toda velocidad hacia el lugar por el que estaban descendiendo. Lo seguí, desnudando mis garras.

Justo cuando los perros aterrizaron en la pradera, Derek extendió las palmas de sus manos y el fuego se disparó, engullendo a los perros entre las llamas. Ladraron y gimieron por la impresión y el dolor. Docenas cayeron muertos al suelo. Pero tres habían aprovechado la nube de humo para dar un rodeo y evitarnos. Habían escalado a una ladera distinta de la montaña, a unos seis metros de nosotros, y estaban a punto de abalanzarse sobre los humanos desde ese ángulo.

—¡No! —chillé—. Volé hacia allí y hundí mis garras en los cuellos de dos de los perros, abriendo tajos profundos que les cortaron las arterias. Pero uno logró escapar. Oí gritos y miré salvajemente a mi alrededor para comprobar que estaba a punto de saltar sobre la multitud impotente.

En el torbellino de negro chocando contra blanco, Sombra emergió entre la multitud. Arrojó al otro sabueso al suelo y le rompió el cuello, mientras Eli corría tras él a corta distancia. Sombra no soltó al perro hasta que hubo desgarrado su garganta por completo. Entonces alejó el cuerpo de los humanos, dejando tras él un reguero de sangre en el suelo, y lo soltó directamente a mis pies.

—Gracias, chico —dije, rascándole las orejas mientras sacaba los pies de debajo del cuerpo del perro muerto. Me limpié la sangre de las manos en la hierba y me acerqué a Derek.

—Buen trabajo —dijo, y un atisbo de diversión cruzó por su rostro—. Aún no me he acostumbrado a que seas una vampira.

—Bueno, pues empieza a acostumbrarte. —La idea de encontrar una cura para mí aún parecía lejana.

Regresamos junto a los humanos y vimos a Ibrahim saliendo del bosque junto a algunas brujas. Se dispersaron entre la multitud y empezaron a atender a los enfermos. Limpiando el sudor de su frente, Derek los miraba con gratitud. Nos acercamos a Ibrahim y Derek preguntó:

—¿Por qué haces esto? ¿Qué tiene que ver ayudarnos con las órdenes de tu consejo?

—No mucho, me temo —suspiró Ibrahim—. Pero no todos estamos de acuerdo con la Eterna y la manera de hacer las cosas del Consejo. Y, además, estamos cumpliendo todas las órdenes más importantes. No están aquí para vernos ayudar a los débiles y a los mayores, así que ¿por qué no usar nuestras habilidades para hacer algo bueno por una vez?

Derek parecía haberse quedado sin palabras.

—¿Así que vas en contra de las órdenes de tu Consejo al ofrecer

asistencia médica?

—Digamos simplemente que no estaba especificado en la descripción del trabajo.

—Así que no eres tan desalmado como pensaba.

—No estoy completamente exento de mi propio interés. Yo... No creo que Corrine me perdonara jamás si no hago todo lo que esté en mi poder para ayudarte en este momento de necesidad... Y busco encarecidamente su aprobación. —Ibrahim se sonrojó ligeramente.

—Bueno —Derek aclaró su garganta—, sean cuales sean tus motivos, gracias por tu ayuda.

—Seguro que estarás de acuerdo en que es lo menos que puedo hacer.

—Pero ahora dime cuál es el trato. Me has ayudado a destruir los portales de Cruor y Aviario. Los Ancianos y los Halcones ya no están en este reino. —Derek lo miró directamente a los ojos—. Me has mantenido a oscuras suficiente tiempo. ¿De qué estaba hablando la bruja? ¿Qué concesión? ¿Y que nos tiene preparado tu especie?

Ibrahim colocó un brazo alrededor del hombro de Derek y empezó a hablar en un tono más bajo.

—Verás, esa es la cosa, Derek —dijo—. Aún *no* hemos acabado con todos los portales.

El estómago se me encogió.

—¿Qué? ¡Oh, no! ¿Estás diciendo que los Ancianos y los Halcones tienen más de tres portales cada uno?

—No —respondió Ibrahim—. Eso no es lo que estoy diciendo. Estoy diciendo que uno de los seis portales aún no ha sido destruido. Aún existe un portal en el Cuartel General.

## CAPÍTULO 33: DEREK

—¿Qué? No, Ibrahim. No sabes de lo que hablas. Vi a la Eterna... —  
tartamudeé.

—Ah, pero ¿lo *viste*? —interrumpió Ibrahim—. Porque a mí me pareció que abandonaste esa sala antes de ver cómo la Eterna eliminaba el portal.

—¿Eh?

—Presenció la escena allá en el Cuartel General, Derek. Llegué poco después de que el Anciano fuese expulsado del cuerpo de Sofía. Simplemente no notaste que observaba entre las sombras. Pero lo vi todo... la desesperación en tus ojos cuando le suplicaste a la Eterna una oportunidad para buscar a tu hijo.

Sus palabras me dejaron sin respiración. Abrí y cerré la boca. Sofía me agarró del brazo, con una expresión similar en su pálido rostro.

—Sé lo mucho que significa la familia para ti —continuó Ibrahim—. Demonios, espero tener mi propia familia algún día. Sé lo que debes haber sentido cuando la bruja se negó a otorgarte tiempo suficiente para perseguir la única pista que tienes sobre el paradero de tu bebé. Además... Tu pequeña Rose... Admito que se ha ganado mi afecto durante el tiempo que he dedicado a cuidar de ella. Detestaría verla crecer sin su hermano.

—Así que tú...

—Sí —dijo Ibrahim—. Antes de que la Eterna pudiera terminar su hechizo y sellar el portal para siempre, la convencí para que reconsiderara su postura. Somos parientes de sangre y mis palabras significan algo para ella, incluso a pesar de la influencia del Consejo. Le dije que, si quería que *mi*

colaboración continuara, algo que ella valora bastante, debía llegar a un acuerdo conmigo: mantener abierto el último portal que comunica con Aviario hasta que me ayudaras a destruir el portal que quedaba hacia Cruor, y luego permitir un máximo de doce horas para atravesarlo y que pudieras ir a Aviario a buscar a tu familia. Lo organicé para que cinco brujas vigilen el portal y se aseguren de que ningún Halcón vuelva a este reino mientras tanto.

—Y ahora...

—A pesar de lo que he dicho, es imprescindible que entiendas los riesgos, Derek. No dejes que tus emociones te nublen el juicio. Las probabilidades de que tengas éxito, o de que sobrevivas siquiera a la visita, son muy, muy escasas. Ni yo ni ninguna de las brujas podremos acompañarte; nuestros poderes son inútiles en Aviario. Lo mismo ocurre con tu fuego. No tendrás ningún poder cuando estés allí. Solo hay un tipo muy raro de bruja cuyos poderes funcionan en Aviario, y no tenemos acceso a ninguna de esas personas. Así que estarás completamente solo. —Los ojos de Ibrahim se clavaron en los míos—. Quiero que regrese el hermano de Rose, pero al mismo tiempo quiero que pierda a su padre. Medita tu próximo movimiento sabiamente. Te voy a dar una hora para tomar una decisión. Si decides correr el riesgo, partiremos hacia el Cuartel General juntos. Sin embargo, si decides renunciar, volveré al Cuartel General solo y destruiré el portal. La paciencia de la Eterna se agota.

Después de eso, Ibrahim giró sobre sus talones y se dirigió de regreso al templo de la bruja.

Sofía y yo nos miramos fijamente el uno al otro durante varios minutos. Finalmente fue Sofía quien rompió el silencio.

—Derek —dijo con voz ronca—, lo que me confunde es que seguimos creyendo que nuestro hijo está en Aviario, pero no tiene sentido. ¿Cómo diablos ha acabado allí? Parece que olvidamos que fue Kiev quien lo raptó. No uno de los Halcones. Nuestra búsqueda podría resultar inútil.

—Lo sé. Lo sé. Pero es todo lo que tenemos. También sabemos que tu padre está allí, junto con Ian, Anna y Kyle.

—Apenas ha pasado un minuto sin que piense en ellos. Pero si estamos considerando la posibilidad de acometer esta empresa, esta tarea colosal en un plazo de doce horas, tendremos que estar especialmente seguros de quién es nuestro objetivo real. Tal vez no tengamos tiempo para buscarlos a todos... —Su voz se quebró.

—Lo sé. Lo sé. —Me froté los ojos con los dedos, preguntándome si

estaba loco para plantearme siquiera hacer todo esto—. No sé por qué sigues diciendo “nosotros”, Sofía. No habrá un “nosotros”. Solo un yo. No podemos correr el riesgo de que Rose pierda a sus dos padres de una sola vez.

—No. —Sofía comenzó a temblar—. No puedo dejar que lo hagas solo. Allí no tendrás poderes. Ni ninguna posibilidad de sobrevivir incluso a un ataque menor. Al menos yo tendré mis colmillos y mis garras. Si decides hacerlo, voy contigo.

—¡Pero Rose! No podemos...

—Y yo no puedo dejarte ir solo. Las posibilidades de que sobrevivas por tu cuenta probablemente son la mitad que si yo te acompaño. Si vas solo arriesgarás tu vida y la de nuestro hijo... Si es que de verdad creemos que está allí en alguna parte. Rose está a salvo con Corrine e Ibrahim.

Mi mente estaba tan confusa que ya no sabía qué pensar. Me apoyé contra una roca y me deslicé hasta el suelo, con la cabeza entre las rodillas. Sofía se sentó a mi lado.

Yo sabía que los minutos pasaban. Nuestra hora pronto se acabaría.

—No sé si soportaría vivir una vida de arrepentimiento. Si dejamos que el portal desaparezca... Sabiendo que he tenido en mis manos la posibilidad de salvar a mi padre o a mi hijo... —murmuró Sofía—. La idea de arriesgarnos a que Rose crezca sin nosotros me parte el corazón. Pero sé que Corrine e Ibrahim serían buenos padres para ella. Corrine ya es más una madre para ella que yo.

Rodeé a Sofía con los brazos y la atraje hacia mí, mirando intensamente sus ojos verdes, que eran varios tonos más vivos ahora que era una vampira.

*«¿Realmente queremos arriesgarnos, Sofía? ¿Y si solo uno de nosotros sobrevive? ¿Y si te pierdo?»*

Ya había experimentado la pérdida de Sofía más veces de las que me parecía justo, y había sido una experiencia que no tenía ningún deseo de repetir.

De repente, su rostro se iluminó.

—¿Y si Ibrahim nos lanza un hechizo antes de atravesar el portal? ¿Si nos da la apariencia de Halcones? Seguro que eso reducirá el riesgo.

—¿Y si el hechizo desaparece en el momento que entremos en Aviario? Ya ha dicho que sus poderes no funcionan allí.

Sofía agarró mi mano y me levantó. Tiró de mí para que la siguiera y abandonamos el claro para volver al bosque. No nos detuvimos hasta que llegamos al templo, y allí estaba Ibrahim, sentado a solas a la luz de la luna

junto a la fuente.

—Si nos lanzas un hechizo antes de que entremos en el portal y nos haces tener aspecto de Halcones, ¿el hechizo perduraría una vez que lleguemos a Aviario?

Ibrahim arqueó las cejas y a continuación frunció el ceño.

—Si lanzamos el hechizo antes de entrar en el portal, entonces, en teoría nuestra magia debería permanecer intacta, al menos por unas horas. Digo en teoría, porque nunca hemos intentado un experimento así. En el peor escenario, nos arriesgamos a que el disfraz se desvanezca antes de completar la misión.

Sofía me miró con ojos centelleantes.

—Bueno, nos iría mejor con eso. Podríamos escondernos mejor e incluso ser más fuertes, y tendríamos la ventaja del vuelo...

—No, habría tal ventaja —corrigió Ibrahim—. Podemos imitar la *apariencia* de un Halcón. Pero no tenemos suficientes habilidades para otorgar la fuerza y los poderes de un Halcón. Nuestro hechizo sería útil solo como disfraz.

—Bueno, aun así nos iría mejor. Si el hechizo perdurase lo suficiente, nadie sabría que no somos Halcones.

A continuación, se hizo un silencio sepulcral durante varios minutos más, mientras pensábamos en la propuesta de Sofía.

—¿Estás segura de esto? Has pensado que podríamos... —dije.

—Sí. He pensado en todos los aspectos de la situación. No seré capaz de vivir conmigo misma si no lo intentamos al menos. Por lo menos, el riesgo no será tan grande si Ibrahim lanza ese hechizo de camuflaje sobre nosotros.

Ibrahim arqueó la ceja de nuevo ante esta última suposición de Sofía, pero permaneció en silencio, permitiéndonos llegar a nuestra decisión final sin influirnos.

—Podría darnos cuatro horas —continuó ella—, cuatro horas para conseguir por lo menos una pista de dónde podrían estar nuestro hijo, Aiden, Ian, Anna y Kyle. Si no conseguimos ni siquiera el más leve indicio de por dónde empezar a buscar después de cuatro horas, consideraremos la posibilidad de regresar a través del portal. ¡Simplemente no puedo quedarme aquí sentada y no intentarlo por lo menos, Derek!

Miré al otro lado del patio, ahora totalmente limpio de cuerpos. No había ninguna señal de Ashley o de qué había ocurrido con ella. Vivienne acechaba alrededor de la entrada del templo. Encorvó los hombros mientras miraba en

torno al edificio. Para mi consternación, llamó mi atención y ladeó la cabeza con aire inquisitivo. No quería que supiera lo que estábamos a punto de hacer. Ya tenía suficientes problemas tal y como estaban las cosas. Saber que podría estar a punto de perder al último miembro cercano de su familia, su hermano gemelo, era causarle demasiado dolor.

Así que me limité a devolverle la mirada en silencio, tratando de mantener una expresión vacía. Aunque, como gemela mía, probablemente podría sentir mi angustia bullendo en su propio estómago. Ella percibiría que algo no iba bien, simplemente no sabría qué.

—Muy bien —murmuré entre dientes—. Vamos a intentarlo.

Nada más pronunciar las palabras, y después de que Sofía asintiera, la mano de Ibrahim se afianzó en mi hombro. Entonces la silueta de Vivienne desapareció en una nebulosa de colores, junto con el resto de La Sombra.

## CAPÍTULO 34: SOFÍA

De vuelta en la sala circular del Cuartel General, Ibrahim y otras tres brujas se quedaron de pie alrededor de Derek y de mí. Las demás habían acordado unirse al hechizo, en un esfuerzo por intentar que nuestro camuflaje resistiera más tiempo.

—Ojos cerrados—dijo Ibrahim.

Hicimos lo que nos pidió y la mano de Derek apretó la mía. Y luego empezó su cántico. Suavemente al principio, pero creciendo gradualmente en intensidad con palabras que no lograba reconocer, pero que, sin embargo, sonaban precisas y certeras en algún idioma antiguo y poderoso.

Esperaba sentir dolor mientras mis rasgos físicos se transformaban. Pero no sentí nada. Y cuando terminó el ritual, me pregunté si habría fallado.

Pero entonces solté la mano de Derek y me llevé ambas manos al rostro. Efectivamente, donde antes habían estado mi nariz y mi boca, ahora había un bulto afilado. La punta de un pico. Unas resistentes alas curtidas me habían brotado debajo de los omóplatos. Di media vuelta para mirar a Derek y, a pesar de la situación, casi me eché a reír. Él también se había transformado en un pájaro enorme.

Bajamos la vista hacia el abismo estrellado rodeado del remolino de sustancia de color azul pálido que formaba las paredes del túnel.

—Entonces, ahora simplemente... ¿Saltamos? —preguntó Derek.

—Sí. El túnel conduce directamente a Aviario. Más vale que no haya ningún Halcón vigilando el otro extremo de este portal. Si hay alguien, mi sugerencia es saltar de nuevo al interior del portal.

Derek y yo intercambiamos una mirada nerviosa.

—Y me permito recordar... No puedo prometer que pueda mantenerlo abierto más de doce horas. Haré lo que pueda, pero si la Eterna obliga a que se cumpla su voluntad, no hay mucho que yo pueda hacer. Lo mejor sería asegurarse de regresar a tiempo.

Derek tomó aire y saltó el primero. Su cuerpo salió disparado hacia abajo a través del túnel y desapareció de la vista. Me sujeté el cabello en un moño y di el salto.

Tan pronto como caí, la succión me tragó hacia abajo. Viajaba a tal velocidad que todo era como una neblina. Apenas podía respirar y mi corazón latía al triple de velocidad.

Justo cuando sentí que estaba a punto de desmayarme, el túnel llegó a un abrupto final y me lanzó hacia arriba, aterrizando sobre un lecho de hojas. Frotándome la cabeza, me atreví a abrir los ojos. Un calor sofocante se instaló en mi piel. La atmósfera húmeda y pegajosa no me ayudaba a recobrar el aliento. Había caído a menos de un metro de Derek. No teníamos mucho tiempo para recobrarnos. Nuestra primera prioridad era asegurarnos de que estábamos solos.

Derek se deslizó por la maleza y se agachó a mi lado. Estábamos sentados en una especie de jungla. Insectos de colores brillantes con el tamaño de un murciélago zumbaban a nuestro alrededor. El parloteo y el graznido de pájaros exóticos llenaba el ambiente. El aire olía a polen. Y estaba extrañamente oscuro. Miré hacia arriba y vi una densa bóveda de hojas afiladas.

Unas perlas de sudor me bajaban por frente.

—¿Qué es este lugar? —logré articular.

Derek aún miraba a nuestro alrededor.

—Estamos solos. —Se levantó de nuestro escondite y se puso de puntillas—. Qué pena que estas alas sean inútiles —se lamentó—. No tengo ni idea de en qué dirección deberíamos empezar a buscar. Y no podemos permitirnos perder ni un minuto.

Me puse de pie junto a él y miré a mi alrededor. Apenas podíamos ver a veinte metros: la vegetación de la jungla era densa y los bancos de niebla tampoco nos ayudaban.

—Bueno, salgamos primero de este portal. No es buena idea quedarnos por aquí. Para empezar, ya sorprende que no estuviera custodiado —murmuré—. Intentemos trepar a un árbol para ver si podemos hacernos una idea mejor de hacia dónde deberíamos dirigirnos.

Derek tomó mi mano y empezó a caminar hacia un árbol del que sobresalían varias ramas bajas. Se agarró a una y se izó, extendiéndome luego la mano. Rechacé su ayuda. Tenía fuerza suficiente para trepar yo sola.

Mientras subíamos por una capa tupida de hojas, con cuidado de no perder pie sobre la corteza húmeda, cada vez había más claridad. El aire también parecía contener más oxígeno y empezaba a respirar más libremente.

Entonces, una rama del árbol que estaba cubierta de musgo empezó a moverse. Era una serpiente colosal, más pesada que nada que hubiera visto en toda mi vida. Casi grité cuando levantó la cabeza y empezó a sisearme. Derek, que ya había trepado a una rama justo por encima de la mía, bajó y tiró de mí hacia arriba. Treparamos más rápidamente, esperando que la serpiente no nos siguiera. Intenté ignorar las arañas dos veces más grandes que mi mano que se escabullían por las ramas a unos centímetros de mis pies, y los ciempiés del tamaño de uno solo de los míos. Empezaba a parecerme que jamás alcanzaríamos la copa cuando oí voces por encima de mi cabeza.

Derek y yo nos quedamos quietos.

Una figura se dejó caer a través de la capa de hojas que había sobre nosotros y se balanceó en la misma rama en la que estábamos. Un Halcón macho.

Su pico se abrió por la sorpresa, pero luego nos miró de soslayo.

—¿Qué están haciendo en las Capas Inferiores? ¿No han oído que las órdenes para todos los Halcones disponibles de esta zona son que se reúnan en el Batallón para la sesión informativa?

—Sesión informativa... —dije, aunque no tenía ni idea de lo que estaba hablando—. Sí, claro que lo hemos oído. ¿Cómo no íbamos a oírlo? Vamos hacia allá. Solo estábamos... —Mi mente intentó furiosamente inventar una excusa que sonara propia de un Halcón.

Por suerte, el Halcón estaba demasiado impaciente para escucharme, y me salvó de la situación.

—¡Ahórrese las excusas y siga adelante! —gruñó.

Luego saltó hacia abajo y desapareció por la bóveda de hojas que había a nuestros pies. Derek suspiró de alivio y continuamos trepando hacia arriba.

Los sonidos típicos de la civilización empezaron a oírse a través de las hojas: el parloteo distante de cientos de personas todas a la vez, cuerdas que chirriaban, el ruido sordo de los pies arrastrándose por la madera, puertas cerrándose de golpe, salpicaduras de agua. Los sonidos estaban cada vez más cerca, hasta que por fin nuestras cabezas chocaron con la última capa de

hojas.

Mi respiración se agitó y Derek también respiró fuertemente mientras estudiábamos el lugar.

—Increíble —susurré.

Por lo que parecía, habíamos trepado solamente un tercio del árbol. Habían arrancado las hojas gigantes de los árboles para crear un espacio abierto, lo bastante despejado para construir edificios de madera sobre los troncos de los árboles y conectarlos entre sí con puentes y pasarelas. A esta altura, los troncos estaban desnudos desde nuestra posición hasta novecientos metros más arriba, donde las hojas brotaban de nuevo creando un espacio cerrado para esta asombrosa ciudad y formando una bóveda que la protegía del calor directo del sol.

En cuanto al ancho del lugar, no podía siquiera tratar de calcularlo. Las agrupaciones de impresionante arquitectura, con casas de árboles grandes y pequeñas, redondas y cuadradas, se extendían más allá de donde me alcanzaba la vista.

*«Una verdadera ciudad en los árboles. La Sombra no tenía nada de esto.»*

Docenas de humanos caminaban por varios puentes y pasarelas. Pero me llamó la atención la ausencia de Halcones.

Estaba a punto de impulsarme al puente que había a unos dos metros por encima de nosotros cuando Derek me detuvo.

—Espera —susurró—. Necesitamos dar con alguna manera de recordar este lugar. De otro modo, ¿cómo encontraremos el camino de regreso?

Tenía razón. Volví la cara hacia la cubierta de hojas de la ciudad para ver si había algo llamativo que nos sirviera como referencia.

—¡Mira! —dijo Derek—. Esa talla de allí, ¿la ves?

Habían talado uno de los árboles más corto que los demás. Tallada en la corteza había una imagen impresionante de un Halcón. Esperaba que tan solo hubiera una talla como esa.

—De acuerdo, vámonos —dije.

Los dos nos alzamos hacia el estrecho puente, intentando mantener la cabeza baja para no llamar la atención. La pasarela se balanceaba de forma desconcertante mientras caminábamos sobre ella. No me atreví a calcular a cuántos metros de altura estábamos sobre el suelo de la jungla. Mantuve los ojos fijos delante de mí.

Al final del puente había una amplia plataforma. El entarimado abarcaba

el ancho de una docena de troncos. Habíamos llegado hasta un cúmulo de casas más pequeñas. Derek me dio un codazo y señaló a una chica humana que acababa de entrar en una casita que estaba a unos tres metros de nosotros.

Había dejado la puerta entreabierta. Nos acercamos y Derek se atrevió a meter la cabeza en el interior. La abrió un poco más y me hizo señas para entrar. La sofocante sala en la que entramos estaba vacía salvo por unos utensilios rudimentarios de cocina y un colchón lleno de manchas. La chica estaba sentada en una esquina, zurciendo algunas prendas. Se llevó un susto tremendo cuando aparecimos de repente.

—Shhh. No pasa nada. No vamos a herirte. —Alcé los brazos en son de paz—. Solamente me gustaría hacerte una pregunta: ¿hay algún lugar en particular donde llevan a los humanos reclutados? —me miró con miedo y confusión. Tosí, y comprendí que debía interpretar mejor mi papel—. Ya sabes, cuando nosotros, los Halcones, los alejamos de sus hogares en el reino mortal, ¿hay algún lugar en particular donde reunimos a los humanos?

—¡Mamá! —llamó ella, levantándose y corriendo a una habitación que había en la parte trasera de la casa.

Una mujer rubia que parecía tener treinta y tantos años apareció apresuradamente.

—¿Qué desea? —preguntó.

Repetí mi pregunta. Ella ladeó la cabeza con cautela.

—¿Por qué me pregunta eso? Debería saberlo mejor que yo.

—Limitate a contestar a mi pregunta, ¿de acuerdo? —Derek dio un paso hacia adelante.

—No hay ningún lugar en particular. —Frunció el ceño—. Nos meten en pequeñas cajas como estas, donde haya espacio libre. —Dicho eso, agarró a su hija y se ocultó en la habitación trasera.

—¿Por dónde empezamos? —Me volví para mirar a Derek. Hay miles de estas casas.

—No lo sé. Déjame pensar. —Derek se rascó la nuca. Salimos de la diminuta casita del árbol en dirección al puente.

—¿Qué hacen ustedes dos *todavía* por aquí? —Una voz retumbó a nuestra espalda.

Me di media vuelta y allí de pie estaba el mismo Halcón que nos habíamos encontrado en las “Capas Inferiores”.

—Sígueme —ordenó. Derek y yo no podíamos hacer nada, excepto obedecer su orden. Di gracias al cielo porque el Halcón no echase a volar

inmediatamente y esperase que lo siguiéramos por el aire. En lugar de eso, caminó. Lo seguimos en silencio, sin atrevernos a decir una sola palabra. Atravesamos una precaria pasarela tras otra, dejando atrás cientos de casitas idénticas a la que habíamos visitado.

Después de lo que nos pareció media hora de caminata, las casitas de los árboles comenzaron a escasear y fueron reemplazadas por construcciones más grandes. Nos detuvimos a las afueras de una enorme construcción ovalada con el tronco de un árbol justo en el centro. Nos acercamos a la entrada y nos encontramos en una especie de auditorio. Había filas y filas de Halcones encaramados en plataformas que cubrían las paredes de arriba abajo.

*«Así que esto debe ser el Batallón.»*

Sin cruzar una palabra, nuestro escolta cerró la puerta tras nosotros.

El interior estaba oscuro, a excepción de las luces que brillaban abajo, en una plataforma elevada situada en el centro, donde dos Halcones se dirigían a toda la audiencia.

—... Y deberíamos hacer que el primer punto de refugio sean los volcanes.

—Exacto. Pero esta vez, no les dejaremos ni a quince kilómetros de ellos...

La voz del segundo Halcón me erizó el vello de los brazos.

*«Arron.»*

Intenté abrir la puerta principal, pero no cedía. Cualquier intento de forzarla atraería la atención no deseada de al menos cincuenta Halcones encaramados en los bancos que había cerca de la entrada.

Miré de nuevo a Derek con cara de pánico.

*«Más nos vale que los disfraces aguanten. ¿Qué haría este Batallón lleno de Halcones con un vampiro en medio de todos ellos...?»*

## CAPÍTULO 35: DEREK

Sofía y yo estábamos empezando a atraer la atención con nuestra insistencia en quedarnos de pie junto a la entrada, así que cedimos y nos sentamos en los asientos libres que encontramos lo más cerca posible de la puerta. Sofía temblaba a mi lado y extendí la mano para tomar la suya, con la esperanza de infundirle algún tipo de consuelo.

Como Arron continuaba dirigiéndose a la audiencia, nos agachamos tanto como pudimos sin que pareciese extraño.

—... Y, a partir de hoy, todos los seres humanos deben ser recluidos estrictamente en su área designada. No podemos permitirnos el lujo de dejar que las sanguijuelas accedan a ningún tipo de alimento. Como todos ustedes saben, solo estar cerca de su sangre, sin probarla siquiera, puede servir para fortalecer su poder...

La mirada de todos los Halcones estaba pegada a los dos hombres del escenario. Sofía abrió los ojos de par en par. Se llevó una mano a la boca.

—¡Papá! —dijo en un suspiro.

Efectivamente, Aiden estaba sentado unas filas más adelante de nosotros. A pesar de que se había transformado en un Halcón, sus ojos brillantes y el cabello del mismo color que el de Sofía eran inconfundibles.

Antes de que supiera lo que estaba pasando, Sofía se escabulló de su asiento y, agachándose, se dirigió hacia donde estaba sentado Aiden. Su cabeza desapareció de la vista cuando llegó junto a su asiento. La cabeza de su padre se giró y su cuerpo se sacudió como si lo acabasen de electrocutar. Incluyó la cabeza y vi cómo su boca se movía furiosamente. Luego recobró la compostura y miró al frente como si no hubiera pasado nada.

Sofía se arrastró de nuevo hacia mí.

—Cuando te diga que me sigas, me sigues. ¿Entendido?

—¿Que está pasando...?

—Shh.

Después de diez minutos, Aiden se levantó de su asiento y se dirigió hacia uno de los Halcones que estaba de pie al lado de la entrada. Le susurró algo al oído, y el Halcón asintió y abrió la puerta.

—¡Ahora! —siseó Sofía. Dejamos los asientos y nos movimos discretamente hacia la entrada. El Halcón pareció confundido porque todos nos fuésemos al mismo tiempo, pero Aiden aparentaba gozar de autoridad suficiente para que no lo cuestionara.

Tan pronto como pusimos un pie en el exterior y el Halcón cerró la puerta detrás de nosotros, Aiden marchó hacia adelante sin decir una palabra. Mientras caminaba, miraba a su alrededor para asegurarse de que no había ningún Halcón siguiéndonos. Estaba a punto de abrir la boca cuando Sofía tiró de mi mano y me lanzó una mirada.

Aiden nos llevó de regreso por las pasarelas de madera hasta el grupo de casas en los árboles donde nos habíamos detenido antes. Esta vez nos internamos mucho más profundamente en la pequeña ciudad. Al llegar al exterior de una de las cabañas, Aiden llamó a la puerta y una chica humana de tez pálida, ojos verdes y cabello negro abrió. Tardé un segundo en reconocer a Anna. A pesar de nuestros disfraces, ella se llevó una mano a la boca para ahogar un grito.

—¿Qué...? ¡Oh, por todos...!

—Déjanos entrar —gruñó Aiden. Anna se hizo a un lado y nos permitió entrar a la diminuta vivienda. Sentado en un sofá de aspecto incómodo estaba Kyle.

Tan pronto como todos estuvimos a salvo en el interior, Sofía corrió hacia Anna y la levantó en un fuerte abrazo. Kyle se levantó y también me abrazó.

—Increíble. ¡Gracias por visitarnos, Derek! —exclamó con una amplia sonrisa.

Me volví hacia Aiden, pero este dijo:

—No puedo entretenerme más tiempo. No debo permitir que Arron note mi ausencia. Quédate aquí hasta que yo vuelva. Sé que no tenemos más que unas pocas horas...

Sofía se apresuró a abrazarlo antes de que pudiera salir.

—No te atrevas a llegar tarde. No puedo perderte otra vez —le advirtió.

Aiden asintió bruscamente y salió de la cabaña. Entonces Sofía examinó la habitación.

—¿Dónde está Ian?

—Lo alojaron en un lugar diferente, a unos árboles de distancia de aquí —explicó Anna. —Así que, ¿ahora te han convertido en Halcón?

—No. —Sacudí la cabeza—. Se trata del hechizo de un brujo, es solo un disfraz. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo aguantará antes de que se desvanezca y revele nuestras verdaderas identidades.

—Aiden nos puso al corriente de lo que ha sucedido en La Sombra en los últimos meses. Y Sofía —sus ojos se iluminaron con un extraño entusiasmo—, tengo algo que mostrarte.

Anna corrió a la habitación trasera y salió cargando con lo que parecía una manta enrollada. Pero las mantas enrolladas no se mueven. Las mantas enrolladas no lloran.

Anna le entregó el paquete a Sofía. Un bebé con ojos verdes y cabello negro. Sofía estalló en un ataque de histeria y cayó de rodillas aferrando al bebé entre sus brazos.

—¡Derek! ¡Oh, Derek! ¿Estoy soñando? Dime, ¿estoy soñando?

Me arrodillé junto a ella y aparté el cabello de su rostro, besando su mejilla húmeda.

—No estás soñando, mi amor —susurré. Sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad mientras me miraba—. —Es nuestro bebé... Nuestro niño... Ben.

Había intentado contener mis propias lágrimas al ver cómo se derrumbaba Sofía, pero cuando Ben volvió su carita para mirarme, no pude más. Tomé a Sofía en mi regazo y la rodeé con mis brazos, para que ambos pudiéramos acunar a nuestro hijo a la vez.

El resto del mundo dejó de existir mientras estábamos allí sentados en una burbuja de felicidad. Kyle y Anna nos contemplaban en silencio.

Finalmente pregunté:

—Pero ¿cómo? ¿por qué está Ben aquí?

—Realmente no lo sé —respondió Anna encogiéndose de hombros—. Poco después de mi llegada, comenzaron a hacernos análisis de sangre a Kyle y a mí. Pero el resto del tiempo se me asignó la tarea de ayudar en el edificio de asistencia médica a los humanos. He estado trabajando allí desde entonces. Bueno, un día, el mismísimo Aiden entró corriendo. Nos contó lo que había sucedido en nuestro reino y también que Arron le había revelado que su

nieto estaba en Aviario. Todavía no sé cómo llegó Ben hasta aquí. Ni siquiera sé si Aiden lo sabe. Pero, de todos modos, tu padre solicitó que yo tomara a este pequeño bebé bajo mi cuidado en lugar de enviarlo a vivir con otra familia humana.

Examiné a Ben con más cuidado. Parecía estar en buen estado de salud.

—Has hecho un trabajo maravilloso, Anna. No sé cómo podré pagarte alguna vez —dijo Sofía con voz ahogada.

—He procurado que estuviera sano —continuó Anna—. Nunca antes había cuidado de un bebé tan pequeño. Afortunadamente, hay un par de recién nacidos en los árboles cercanos cuyas madres tenían leche de sobra para tu pequeño.

Sofía y yo nos quedamos en silencio de nuevo, deleitándonos en la respiración tranquila de nuestro hijo, contemplando sus ojos y acariciando su suave piel.

Era el turno de Kyle de romper el silencio.

—Todo el mundo debe quedarse aquí. Las cosas están cambiando rápidamente para los Halcones. Hay rumores de que Cruor está planeando otro ataque a Aviario, ahora que todos los portales han sido destruidos... — Kyle se detuvo, mirándonos confuso—. Pero se supone que los portales hacia Aviario también han sido desmantelados. ¿Cómo demonios...?

—Es una larga historia, pero todavía hay un portal abierto —expliqué—. Un portal que se desvanecerá en menos de un par de horas. Si Aiden no regresa pronto, tendremos que movernos. No podemos arriesgarnos a esperar por él.

Sofía se estremeció ante la idea de dejar atrás a su padre, pero asintió con la cabeza, bajando la mirada hacia Ben, que se estaba quedando dormido en sus brazos.

Los ojos de Anna se abrieron como platos y se volvió hacia Kyle.

—Si vamos a intentar escapar todos, debo ir a buscar a Ian.

—Ten cuidado, Anna —advirtió Kyle—. Se supone que los humanos no deben vagar por ahí fuera mientras están celebrando su reunión.

Kyle rodeó a Anna con sus brazos y la besó antes de irse. Luego volvió junto a nosotros y señaló la puerta que conducía a la parte trasera de la cabaña.

—Sugiero que nos quedemos ahí atrás de momento. —Nos condujo a una habitación aún más pequeña, con un colchón individual en el suelo y una ventana alta. La ventana no tenía vidrio, solo una malla para impedir que

entrasen los insectos. Me asomé por la ventana y comprobé que había una caída de unos veinte metros hasta el suelo cubierto de hojas.

Sofía se sentó con las piernas cruzadas sobre el colchón y colocó a Ben en su regazo. Kyle regresó a la sala para vigilar la puerta principal. Afortunadamente, Anna no tardó mucho. Solo tuvimos que esperar diez minutos hasta que entró por la puerta con Ian. Al igual que Kyle y Ana, también él conservaba su forma humana.

Después de conducirlo a la habitación, Anna regresó a la sala delantera con Kyle. Ian se inclinó para darle un abrazo a Sofía, y luego puso su mano sobre mi hombro.

—Bueno, Anna me acaba de informar. Todo lo que puedo decir es que nunca en mi vida me he sentido tan feliz de ver a un Novak.

Tomó asiento junto a Sofía y empezaron a hablar. Yo seguí paseando arriba y abajo por la pequeña habitación, demasiado ansioso y consciente del paso del tiempo para prestar atención a sus palabras. Recé para que Ibrahim cumpliera su palabra y no destruyera el portal antes de la hora. Y oré para que la Eterna no intentase interferir.

Estaba empezando a volverme loco al pensar en todas las cosas que podían salir mal, así que formulé una pregunta.

—Ian, tal vez tú puedas contestar a esto. Arron habló antes de la utilización de humanos como recipientes. Cuando estaba en nuestro reino, su cuerpo era diferente de su cuerpo de Halcón. ¿Estaba habitando un cuerpo humano?

—Curioso, es la misma pregunta que le hice a mi compañero de habitación poco después de mi llegada. Verás, los Halcones no utilizan “recipientes” de la misma manera que los Ancianos, por la sencilla razón de que los Ancianos no tienen cuerpo físico propio y los Halcones sí. Por eso, para un Anciano es increíblemente sencillo entrar en un recipiente: simplemente se filtran en su interior. Pero los Halcones no pueden hacer eso. Así que, cuando quieren ir a la Tierra y necesitan un disfraz, hay brujas aquí que los pueden metamorfosear a imagen y semejanza de un humano. Pero, para que funcione el hechizo, necesitan traer a los humanos a Aviario. Entonces las brujas utilizan la genética del humano para transformar la apariencia del Halcón y que sea exactamente igual que la del humano.

—En otras palabras, ¿la apariencia humana de Arron en realidad pertenece a un humano real que está prisionero aquí en Aviario? ¿Y se puede hacer que los Halcones tengan el aspecto de cualquier humano, hombre o

mujer, siempre y cuando ese humano esté presente aquí, en este reino, y las brujas tengan acceso a él?

—Básicamente, así es como funciona. A diferencia de los Ancianos, para los Halcones no es algo natural habitar en un cuerpo humano.

—¿Y entonces Aiden? ¿Cómo es posible que los humanos se conviertan en Halcones? —pregunté.

—De nuevo, tienen brujas aquí que pueden hacerlo. Pero para que un humano se convierta, él o ella debe estar físicamente en Aviario...

De repente, un fuerte golpe en la puerta interrumpió a Ian. Sofía me miró con avidez en el rostro.

—¡Sí! Ese debe ser Aiden.

Estaba a punto de levantarse y abrir la puerta para saludar a su padre cuando una voz que decididamente *no* era la de Aiden empezó a gritar en la sala principal. El corazón me dio un vuelco mientras agarraba su brazo y la detenía.

Busqué febrilmente por toda la habitación. Mis ojos se posaron en la ventana. De un tirón arranqué la mosquitera. Entonces, con manos temblorosas, agarré una manta de la cama y la envolví alrededor de mi pecho para hacer un portabebés. Tomé a Ben de los brazos de Sofía y lo sujeté firmemente en el portabebés.

—¿De qué estás hablando? —Anna había comenzado a gritar—. ¿Estás loco? ¡Por supuesto que no!

—No tenemos más remedio que saltar —susurré.

—Pero nunca sobreviviremos a esa caída —dijo Ian con voz ronca.

—Tenemos que intentarlo. Yo iré primero con Ben. De esa forma podré ayudar a los demás —le dije.

—¡Los demás! —jadeó Sofía.

La puerta de nuestra habitación empezó a vibrar. No había tiempo para hablar o dudar. Bajé por la ventana y me dejé caer, tratando de aterrizar en una rama.

Por debajo de mí destellaba la nebrura. Lo siguiente que supe es que estaba colgando en el aire, sosteniendo a Ben en un brazo, y el otro agarrado por un halcón. Por un segundo temí que si miraba hacia arriba tendría que enfrentarme cara a cara con Arron.

Pero entonces la voz de Aiden me tranquilizó.

—¡Trep a mi espalda! ¡Rápido!

Me ayudó a acomodarme en una posición segura sobre su espalda

mientras yo recurría a toda mi fuerza y agilidad para evitar aplastar a Ben bajo mi peso. Luego gritó hacia la ventana.

—¡Sofía! ¡Salta!

Sofía saltó a sus brazos y se aferró a su pecho. A pesar de nuestro peso, las enormes alas de Aiden se mantuvieron firmes.

En ese momento apareció otro Halcón a nuestro lado, flotando a la misma altura en el exterior de la ventana. Temí de nuevo que fuera Arron. Grité, pero Aiden me interrumpió:

—No pasa nada. Es Rufus. Es un rebelde y está conmigo. ¡Ian, salta a su espalda ahora!

—¡No puedo dejar a Anna allí atrás! —gritó Ian.

Mientras hablaba, Anna y Kyle irrumpieron en la habitación, logrando a duras penas cerrar y bloquear la puerta antes de que Arron pudiera atravesarla para perseguirlos.

Los tres saltaron sobre Rufus y todos subimos volando hacia la verde bóveda que cubría la ciudad.

—La talla del halcón —susurré al oído de Aiden. El movimiento repentino me dejó sin aire y Ben había empezado a llorar—. El portal está cerca de esa talla.

Aiden asintió, pero no dijo nada. Me di cuenta de que toda su concentración estaba puesta en precipitarse hacia adelante tan rápido como sus alas nos pudieran llevar. Cuando estábamos a punto de golpear la bóveda, Aiden gritó:

—¡No voy a aminorar! ¡Protege al bebé y prepárate!

Me encorvé alrededor de Ben cuando chocamos contra la bóveda, para recibir en mi cuerpo los cortes de las ramas y las hojas afiladas. Nada más entrar en contacto con la verde bóveda, las alas de Aiden se cerraron para que no se desgarrasen, pero ya había acumulado impulso suficiente para dispararnos a través del follaje y aparecer por encima de la cubierta. Cerré los ojos y esperé que Sofía hubiera hecho lo mismo. Cuando emergimos bajo el calor del sol ardiente, apenas pude abrir los ojos debido a la brillante luz.

Sofía gimió de dolor cuando los rayos incidieron en ella.

*«El disfraz no la protege de la ira del sol.»*

Esperaba que Aiden no nos mantuviera volando por allí arriba demasiado tiempo.

Cuando mis ojos por fin se acostumbraron, Aiden ya había vuelto a extender sus enormes alas y nos llevaba volando. Miré a mi espalda y, para

mi alivio, vi que no habíamos perdido a los demás.

Apenas habían transcurrido unos instantes cuando Kyle gritó:

—¡Arron!

Me volví a mirar de nuevo hacia atrás y vi que ahora Arron había emergido entre las copas de los árboles. Sus ojos se habían entrecerrado hasta convertirse en rendijas mientras se precipitaba hacia nosotros con toda la velocidad que sus poderosas alas eran capaces de proporcionar.

—¡Aprisa! —le grité a Aiden por encima del llanto de Ben.

—¡Voy tan rápido como puedo! —jadeó Aiden.

Claramente Arron tenía ventaja, al no llevar más peso que el suyo. Miré salvajemente al mar de copas de árboles que se extendía a nuestros pies, con la esperanza de avistar la talla del halcón.

—¡La talla es demasiado pequeña! ¡No sobresaldrá entre las copas de los árboles! —grité, resollando. La cubierta de hojas era demasiado densa.

Una ráfaga de viento sopló sobre mí desde arriba y, para mi horror, comprendí que Arron nos había alcanzado y ahora se cernía sobre nosotros. Tratando de mantener a salvo a Ben con una mano mientras me sostenía con todas mis fuerzas con la otra, era incapaz de presentar una mínima batalla contra él.

Una punzada de dolor me recorrió los nervios de la parte baja de la espalda. Levanté la vista de nuevo y vi las garras de Arron cubiertas de sangre. Mi sangre. La fuerza del ataque de Arron provocó que Aiden vacilase en el aire y, por un momento, pensé que estaba a punto de perder la estabilidad.

*«Está jugando con su presa antes del ataque final.»*

Arron se colocó en posición para atacar de nuevo. Tal vez esta vez me perforaría directamente el estómago.

Aiden descendió abruptamente en picado hacia las copas de los árboles. Cerré los ojos y apreté a Ben aún más fuerte contra mí mientras entrábamos de nuevo en contacto con las hojas y las ramas. Tan pronto como atravesamos las capas de follaje de la cubierta, volvimos a emerger en la zona abierta de la ciudad, Arron apareció entre las hojas apenas unos segundos después que nosotros.

—¡Más rápido! —apremié.

Al principio no sabía por qué Aiden había elegido este lugar en particular para zambullirse por debajo de las hojas, pero a medida que nos precipitábamos hacia abajo, lo vi: la talla.

Cuando alcanzamos el primer nivel de las Capas Inferiores, Aiden dejó escapar un grito al calcular mal una maniobra, y una rama se clavó en su ala. Nuestro vuelo en picado se detuvo violentamente. Salí lanzado contra una rama mientras forcejeaba para asegurarme de que era mi espalda la que aterrizaba contra la rama y no Ben. Un poco mareado, miré en torno a mí y vi a Sofía colgando de otra rama justo a mi lado. Mi esposa parecía sin aliento, como yo, pero se las arregló para balancearse y ponerse a salvo.

Entonces ambos miramos hacia arriba. El ala de Aiden estaba atrapada en una afilada rama. La había perforado, y estaba colgando y retorciéndose.

—¡No! —chilló Sofía.

Arron se dejó caer entre las hojas y aleteó por encima de Aiden, mofándose de su indefensión.

Entonces fue cuando noté la ausencia de Rufus y sus pasajeros.

—¡Traidor! —gruñó Arron en la cara de Aiden—. ¿Sabes lo que hacemos con los traidores en Aviario, ¿verdad? —cacareó mientras Aiden forcejeaba más violentamente. Entonces nos miró a Sofía y a mí mientras observábamos con impotencia—. Pero por ahora espera aquí —rio entre dientes. Como si Aiden tuviera otra opción aparte de esperar—. Primero voy a encargarme de tu insípida familia. En realidad, me vienen muy bien. Los Halcones necesitarán una buena cena después de todas esas largas reuniones que hemos celebrado.

Se dirigió primero hacia mí, supuse que porque pensaba que yo era más débil, al transportar a un recién nacido en mis brazos. Pero Sofía no estaba dispuesta a tolerarlo. En el momento en que Arron aterrizó en la rama, se abalanzó sobre él. Se giró sobre su espalda y aprisionó la cintura del Halcón con sus piernas. Entonces, para mi sorpresa, unas garras afiladas emergieron disparadas de sus manos. Las deslizó por la garganta de Arron y las hundió un poco. Después abrió la boca y, cuando inclinó su cabeza hacia atrás, el pico y las alas habían desaparecido al tiempo que surgían los colmillos. Era como si Sofía estuviera emergiendo a través de su disfraz al invocar sus armas.

—Un solo movimiento de tu parte, *pajarraco*, y las clavaré profundamente —gruñó. Nunca había sido testigo de tanta intensidad en Sofía. Probablemente me sorprendió a mí incluso más que a Arron.

Era una leona. Una leona protegiendo a su cachorro.

Sofía hizo un gesto para indicarme que tenía a Arron bajo control. Aiden todavía estaba colgado y gruñía de dolor mientras pendía de su ala. Empecé a

trepas para ayudarlo cuando un crujido de hojas me aceleró el corazón. ¿Qué sucedería si Arron ya había contactado con otros Halcones para que lo ayudasen?

Pero entonces Rufus aterrizó en la rama con nuestros tres amigos todavía aferrados a su espalda. Tenían cortes y magulladuras por todo el cuerpo, pero al menos estaban vivos.

Rufus trepó hasta Aiden y, agarrándolo por la cintura para aguantar su peso, desenredó su ala del árbol. Aiden gimió al cerrar el ala a su espalda. Colgaba con una luxación en la articulación a una altura distinta de la otra.

—¿Y ahora qué? —pregunté, mirando a Sofía.

El tiempo se nos escapaba entre las manos. Yo había perdido mi reloj durante el forcejeo con Arron en el cielo, y ni siquiera sabía cuánto tiempo nos quedaba antes de que toda esperanza de escapar de ese lugar de pesadilla se esfumase para siempre.

Fue Rufus quien respondió mientras sacaba una larga daga curva de su cinturón.

—Vayan al portal. Salgan de aquí antes de que sea demasiado tarde. Huyan para siempre. Y dense prisa.

—¡Rufus! —escupió Arron. ¿Te atreves a...?

Su voz se volvió confusa y luego se silenció del todo cuando Sofía presionó más fuerte. Una gota de sangre se deslizó por su garganta.

—Te lo dije, ningún movimiento. Eso incluye hablar —amenazó Sofía.

—No sé cuánto tiempo podré contenerlo —siguió Rufus—, o a cualquier otro Halcón al que pudiera haber advertido de todo este revuelo...

—Kyle e Ian —dije—, Aiden necesita ayuda para seguir nuestro ritmo. Debemos llegar al suelo lo más rápido posible.

Con eso, Rufus colocó la larga hoja de su daga exactamente donde Sofía había tenido sus garras.

Ben seguía llorando en mis brazos. Besé su frente y luego apreté con más fuerza la manta con la que había fabricado el portabebés. Comenzamos el descenso al suelo de la selva.

—¡Cuidado con las serpientes! —advirtió Sofía, señalando a una que colgaba a unos cinco metros de nosotros. Aiden gimió y gruñó mientras descendía. Incluso con la ayuda de Ian y Kyle, avanzaba con lentitud. Con demasiada lentitud. Anna había trepado a la espalda de Sofía, ya que parecía haberse torcido un tobillo.

El aire se volvió progresivamente más húmedo y la oscuridad aumentó a

medida que descendíamos, ya que cada vez se filtraba menos luz solar a través del follaje. Parecía que habíamos estado descendiendo al menos durante una hora, pero sin tener reloj no lo sabíamos con certeza.

—Este viaje parece mucho más largo que cuando subimos —dijo Sofía.

—Lo sé. Tenemos que movernos más rápido —contesté.

Casi lloré de alivio cuando mi pie finalmente aterrizó en tierra firme.

—Shh, ya está, mi bebé, ya casi estamos en casa —le susurré a Ben, que aún seguía expresando su malestar.

Cuando ya se me habían unido todos, plantando sus pies firmemente en la maleza, Sofía y yo abrimos el camino hacia el portal.

Examiné el área, esperando ver en el suelo de la selva el agujero negro por el que habíamos venido. Pero, en lugar de eso, contemplé una visión que debería haber pertenecido exclusivamente al mundo de las pesadillas.

Una figura alta y oscura.

Unas garras extendidas, largas como navajas.

Unos ojos rojos que destellaban en la desvanecida luz del día.

## CAPÍTULO 36: SOFÍA

«*Kiev.*»

Un monstruo que pensé que nunca volvería a ver en toda mi vida. No tenía ni idea de cómo podía haber sobrevivido en este lugar siendo vampiro, o cómo y por qué había venido aquí con mi hijo, pero nada de eso importaba.

Primero miró a mi bebé, acunado en los brazos de Derek, y luego a mí. Tan pronto como nuestros ojos se encontraron, varios escalofríos comenzaron a recorrerme la columna. Pensé que deberíamos intentar pasar de largo a toda velocidad y saltar a través del portal, pero con Aiden y Anna heridos, y Derek con una sola mano para defenderse, ya que en la otra sostenía a Ben, las garras de Kiev podrían matarnos a cuchilladas si decidía correr hacia nosotros con su poderosa musculatura.

—Después de todo lo que tuve que padecer para traer al niño aquí, ¿te lo vas a llevar sin más? ¿De verdad? ¿Así como así? —Su voz resonó por la jungla como si fuera el inicio de un terremoto.

—Échate a un lado y tal vez respetemos tu vida, víbora —Derek respondió por mí.

Pero Kiev hizo caso omiso de la presencia de Derek, y ni se dignó a prestar oídos a su amenaza. Dio unos pasos lentos hacia mí, examinando mi cuerpo como si me estuviera violando desde la distancia. Entonces sus ojos rojos como la sangre se detuvieron en mi rostro.

—Así que al final te convirtieron —murmuró—. Sabes, Sofía, eres incluso más hermosa de lo que había imaginado que serías como una de mi especie. —Su rostro se desencajó, como si mirarme le estuviera causando

dolor.

—Ya escuchaste a mi esposo. ¡Apártate! —Por fin logré encontrar mi voz. Bajé a Anna de mi espalda y la deposité en el suelo y, a continuación, extendí mis garras frente a él.

Un grito desesperado desgarró el aire, bajando desde los árboles que teníamos sobre nuestras cabezas.

—¡Más rápido! ¡Se me ha escapado! ¡Arron va hacia allá! Y lo siguen otros...

Temblé cuando la voz de Rufus se cortó a media frase.

Kiev sonrió.

—¿Y por qué iba yo a desear hacer eso, querida? Si te retraso el tiempo suficiente para que los Halcones vuelvan a capturarte... Quién sabe, tal vez incluso podría convencer a Arron para que te entregue a mí. Cierto que mataría a Derek, y probablemente también a tu padre, pero estoy seguro de que perdonará a tu hijo, a quien podríamos criar juntos...

Kiev empezó a pasearse de un lado a otro.

—¡Por favor! Kiev, por favor, déjanos ir. —Recurrí a las súplicas. No había tiempo para contemplaciones hacia mi dignidad.

Las hojas volaron sobre nuestras cabezas y las ramas crujían. Los Halcones estaban acercándose por segundos.

Los ojos de Kiev aún seguían fijos en mí, nunca vacilantes. Le devolví la mirada, deseando encontrar una pizca de misericordia en el agujero negro que tenía por corazón.

—¿Sabes? Creo que podría hacerte feliz, Sofía. —continuó disfrutando con su fantasía, hablando lenta y cuidadosamente, como si el tiempo no tuviera ningún valor. Entonces, sin previo aviso, dejó su posición resguardada junto al portal y se acercó hasta mí, me agarró por los hombros y se inclinó hacia abajo, de manera que su rostro se quedó a unos centímetros del mío.

Luché contra sus manos, pero me había vuelto demasiado débil a causa del sol y las escaladas para tener alguna oportunidad contra él. Contemplé mis labios con hambre mientras decía:

—Incluso podría dejar partir a los otros y quedarme solo contigo. Tal vez de esa manera me perdonarías más rápidamente. —Miró a Derek y a los demás, e hizo un gesto con la cabeza en dirección al portal—. Son libres de irse si así lo desean.

Todos permanecieron inmóviles, mirando fijamente el portal. Derek no podía acercarse a Kiev, no fuera a ser que atacara a Ben. Aiden apenas podía

sostener su propio peso. Estábamos demasiado agotados como para ser rivales a la altura de Kiev.

Los Halcones que bajaban deslizándose por los árboles ya estaban a unos pocos metros de nosotros. Miré frenéticamente en torno a mí y grité hacia Derek:

—¡Vete! ¡Escapa con Ben! ¡Vete, y todos los demás también! —Me quedé mirando a mi esposo, y mis ojos le suplicaron que se llevara a nuestro hijo, que lo pusiera a salvo. Sus ojos azules estaban totalmente abiertos por el terror—. ¡Vete, Derek! ¡Idiota, no te quedes ahí de pie! ¡DÉJAME!

Las lágrimas surcaban mis mejillas y mi visión se tornó borrosa. Era incapaz de distinguir si por fin se habían salvado, o si alguno de ellos aun esperaba obstinadamente por mí.

—¡Aprisa! —gritó Arron por encima de nosotros.

—¿O tal vez... soy mejor que todo eso? —me susurró Kiev al oído.

Parpadeé rápidamente para limpiarme las lágrimas y miré sus profundos ojos rojos, preguntándome si me estarían engañando los oídos. Aflojó la mano que sujetaba uno de mis hombros y la levantó hacia mi rostro. Deslizó sus dedos delicadamente por mi mejilla. Entonces oprimió sus labios contra mi frente en un casto beso y me soltó.

Me tambaleé hacia atrás en estado de shock. A pesar de mis órdenes, ni Derek ni ninguno de los demás se había movido aún. Pero tan pronto como quedé libre de las garras de Kiev, se lanzaron hacia el portal.

Primero empujamos a Aiden, que desapareció en el extraño túnel iluminado por las estrellas, y luego a Anna, después Kyle, Ian, y finalmente empujé a Derek. Antes de saltar, me di la vuelta por última vez para ver cómo los Halcones aterrizaban en el suelo y corrían hacia el portal.

Me senté en el agujero, agarrándome firmemente a los bordes para combatir la aspiración que me empujaba hacia abajo, y alcé la vista hacia Kiev.

Bajó la mirada hacia mí y, de repente, sus ojos se llenaron de un dolor que me dejó sin respiración. Asintió lentamente antes de que me dejara caer y me precipitara al abismo.

Kiev era un misterio que nunca desentrañaría.

## CAPÍTULO 37: SOFÍA

Después de aterrizar en el suelo de mármol, mi primer instinto fue bramar:

—¡Destruye el portal ahora!

Ni siquiera sabía a quién gritaba, ya que aún no había tenido tiempo de examinar la sala. Me senté y vi a Derek tendido cerca de mí con Ben sujeto sobre su pecho, y los demás yacían esparcidos alrededor, intentando recuperarse de la caída. Ibrahim y la Eterna se acercaron a nosotros.

Atendieron a mis palabras y comenzaron a recitar su hechizo. Un minuto después, el suelo de mármol se había sellado y el portal a ese reino de pesadilla estaba cerrado. Para siempre.

—Gracias a Dios —respiró de alivio Ibrahim mientras se daba la vuelta para inspeccionarnos, jadeantes, sucios y sudorosos.

Me puse en pie a trompicones y corrí hacia Derek y mi angustiado bebé. Retiré la manta del cuerpo de Derek y levanté a Ben en mis brazos.

—Tranquilo, tranquilo cariño. Shhh. Mami está aquí. Ahora mami está aquí —dije en un arrullo, limpiando la suciedad de su carita y besando sus suaves mejillas. Me senté con las piernas cruzadas sobre el suelo y di rienda suelta a las lágrimas que anegaban mis ojos.

*«Por fin, mami está aquí contigo.»*

Derek se arrastró hacia mí y me secó las lágrimas mientras sostenía mi rostro entre sus manos y me besaba con fuerza.

—Lo logramos, Sofía. Lo logramos —me susurró al oído, y una sonrisa se arrastró por su rostro exhausto.

—Derek —lo llamó Ibrahim desde el otro lado de la sala. Estaba

inclinado sobre el ala rota de mi padre.

Derek se levantó y se acercó a Ibrahim. Ahora que me daba la espalda, pude ver la profunda herida que le había infligido Arron. Su camisa estaba cubierta de sangre.

Me levanté y me acerqué a la esquina de la sala donde la Eterna permanecía de pie en silencio.

—Oye, tú —la llamé, sin molestarme en demostrar el respeto que no se merecía—. ¿Vas a ayudar a Derek? Tiene una herida muy fea en la espalda.

Antes de que pudiera responder, me acerqué a Derek e interrumpí cualquier conversación que estuviese manteniendo con Ibrahim, tiré de su camisa y lo empujé hacia la Eterna.

Sosteniendo a Ben con una mano, que ya se había calmado bastante, ayudé a Derek a quitarse la camisa con la otra. La Eterna me contempló con desdén, pero luego dejó escapar un suspiro. Le ordenó a Derek que se tumbase en el suelo y comenzó una especie de ritual de sanación.

Satisfecha porque Derek ya estaba siendo atendido, crucé la sala para comprobar el estado de mi padre. Había dejado de gemir y el enorme desgarró de su ala parecía haberse cerrado. Ahora también podía sentarse erguido.

—Está sanando muy bien —me tranquilizó Ibrahim.

Aiden sonrió satisfecho al verme. Me lancé a sus brazos y nos sostuvo tanto a Ben como a mí junto a su pecho, acariciándome la coronilla con el pico.

—Te quiero tanto, tanto, mi amor —fueron las únicas palabras que pudo pronunciar en medio de las lágrimas. Resultaba difícil creer que tan solo unas horas antes había pensado que jamás volvería a ver a mi padre. Y ahora aquí estaba, envuelta en su abrazo.

—¿Puedo sostenerlo? —preguntó Aiden mirando a Ben.

Depositó a mi bebé en sus brazos, y los ojos de Aiden se iluminaron de una forma que solo los ojos de un abuelo orgulloso podrían hacerlo.

Entonces aproveché la oportunidad para comprobar el estado de Anna. Estaba sentada en un rincón, apoyada contra la pared y agarrándose un tobillo con las manos. Kyle e Ian estaban junto a ella con aire preocupado. Los arrastré a todos hacia un fuerte abrazo y les dije:

—Gracias. De todo corazón, gracias.

Ellos me sonrieron. Anna me apartó un mechón de cabello de la cara y respondió:

—Bueno, deja las formalidades, Sofía. No tienes que darnos las gracias.  
Somos una familia.

## CAPÍTULO 38: DEREK

El suelo estaba incómodamente frío en contacto con mi pecho. Me estremecí aún más cuando la bruja comenzó su sanación. Sentí como si un centenar de agujas se me clavasen en la herida a la vez.

—Está hecho —dijo después de apenas un minuto.

Ciertamente, el dolor había desaparecido. Pasé una mano por mi espalda y sentí que la piel estaba suave donde había tenido el corte. Me puse de pie y miré directamente a los fríos ojos de la bruja. Respiré nerviosamente antes de hacer la pregunta que me había atormentado desde que me propuso por primera vez ayudarnos a eliminar los portales, cuando estábamos en Costa Rica.

—¿Y ahora qué?

La Eterna hizo una pausa, con la mirada fija en el suelo.

—Nos vamos. Y eliminamos también nuestros propios portales. —suspiró.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no queréis mantener vuestros portales abiertos, por si acaso? Si es cierto que ya no sois lo bastante poderosas como para crear portales nuevos, entonces...

—Aviario y Cruor saben que aún poseemos nuestros portales. No me sorprendería que estuvieran ya preparando estrategias para asaltar nuestro reino y regresar aquí atravesándolos. Es simplemente que nos convierten en un objetivo más apetecible de lo que ya somos.

—Y cuando los hayas destruido, ¿las brujas se habrán ido para siempre? —pregunté, casi sin atreverme a creerlo.

—Sí. Que yo sepa, ni una sola bruja de nuestro reino conserva los poderes

que poseyeron nuestros Antiguos. Es verdad que nos volvimos algo indulgentes a lo largo de todos estos años...

—Todos estos años de cargar los problemas de las brujas sobre nuestros hombros, pobres mortales —terminé la frase por ella.

Se aclaró la garganta y dio media vuelta para mirar en dirección opuesta.

—¡Ibrahim! —llamó. Ibrahim ahora estaba inclinado sobre Anna, sanando su tobillo. La dejó y se acercó a nosotros.

—¿Qué?

—Es hora de partir. Ya hemos alargado bastante esta misión —dijo.

Ibrahim la miró por unos instantes antes de decir en voz baja:

—No voy a volver con vos.

—¿Qué?

—Ya me habéis oído. Me quedo aquí.

—Pero, Ibrahim, ¿por qué? Eres mi mejor... —tartamudeó.

—El Santuario ya no es un lugar al que pueda considerar mi hogar. Vos y los demás residentes... ya no puedo mirar a los ojos de ninguno de ellos.

—Pero...

—Y, además, Odelia —Ibrahim la interrumpió de nuevo—. Estoy enamorado de Corrine. Deseo casarme con ella.

La Eterna arqueó las cejas mientras contemplaba a Ibrahim con la boca abierta. No sabría determinar qué porcentaje de su sorpresa provenía del hecho de que Ibrahim se hubiese dirigido a ella en público con el que supuse era su verdadero nombre, y cuánta procedía de su confesión.

El silencio se prolongó durante varios segundos. La Eterna luchó por mantener la compostura, pero no pudo ocultar la expresión de dolor que brillaba en sus ojos.

—Muy bien —dijo finalmente—. Veo que ya has tomado tu decisión. En ese caso, regresaremos sin ti.

—¿Regresaremos? —preguntó Ibrahim.

—Ibrahim, trajiste contigo a una docena de brujas.

—Ellas también desean quedarse aquí. Por eso las elegí. Al igual que yo, ya no se sienten en casa con los de nuestra propia especie. Eso incluye a mi hermano, que ahora se encuentra con Corrine —dijo Ibrahim tranquilamente.

Más silencio.

Entonces la Eterna concluyó:

—Muy bien. Regresaré sola y destruiré los portales detrás de mí. —Coloco una mano sobre el hombro de Ibrahim—. Solo espero, primo, que no

vivas para arrepentirte de esta decisión.

—No lo haré —aseguró Ibrahim, sin vacilar ni por un segundo. La Eterna estaba a punto de darse media vuelta cuando Ibrahim continuó: —Antes de que te vayas, necesito que devuelvas los poderes a Corrine, los poderes que injustamente le arrebataste.

Antes de que la Eterna pudiera responder, Ibrahim comenzó a murmurar algo en voz baja, y aparecieron dos figuras a su lado en la sala: un hombre alto y moreno, con un parecido sorprendente con Ibrahim, y Corrine, llevando en sus brazos un pequeño bulto.

La Eterna asintió. Ibrahim tomó a Rose de los brazos de Corrine y sostuvo al bebé mientras ella se adelantaba y se detenía delante de la Eterna.

La Eterna levantó ambas manos en el aire y giró sus palmas hacia Corrine. De sus manos salieron disparados dos rayos de luz que golpearon a Corrine, cuyo cuerpo entero se vio sacudido hacia atrás, como traspasado por electricidad. Entonces la Eterna bajó las manos y dijo:

—Ahora realmente debo partir.

Paseó su mirada por la sala, y sus ojos se demoraron primero en Ibrahim y finalmente en mí. Me miró el tiempo suficiente para que detectara un atisbo de arrepentimiento en su mirada fría, similar a lo que había sentido en la cabaña de playa.

Y entonces, sin decir una palabra más, se desvaneció.

Corrí hacia Ibrahim en cuanto se fue y tomé en brazos a mi preciosa hijita.

—¡Aiden! —grité, con la emoción creciendo en mi pecho. Aún se encontraba descansando en el suelo mientras sostenía a Ben. Apareció en sus ojos una mirada del éxtasis más absoluto cuando le entregué a Rose, de modo que ya no acunaba a un solo nieto en sus brazos, sino a dos, y aquello hizo que mi corazón cantara de alegría.

—Acabas de hacer muy, muy feliz a un viejo, Derek —dijo conmovido.

Me di cuenta de que esta era la primera vez que Rose y Ben estaban juntos fuera del vientre de Sofía. Aiden los sostenía cerca, para que pudieran mirarse el uno al otro. Rose extendió una manita y tocó la nariz de Ben, y su rostro se llenó de unos ojos completamente abiertos por el asombro. Una pequeña sonrisa se extendió desde las comisuras de los labios de Ben por todo su rostro mientras también él extendía una mano y rozaba la barbilla de Rose.

—Solo deseo que crezcan tan unidos como lo estás tú a Vivienne, Derek

—dijo Sofía, de nuevo con lágrimas en los ojos. Colocó sus manos sobre mis hombros y me atrajo para besarme apasionadamente.

«*Vivienne.*»

A pesar de la alegría que experimentaba, me puse tenso cuando sentí el tacto de Sofía. Una oleada de culpa me invadió, culpa por sentir tanta felicidad cuando sabía lo intensamente que estaba sufriendo mi hermana.

—Entonces... ¿Ahora qué, Derek? —Sofía alzó sus ojos hacia mí. Parecía haberse dado cuenta de que había tocado un asunto muy doloroso.

—Digo que es hora de irnos todos a casa.

## CAPÍTULO 39: SOFÍA

Si hubo una vez en que sentí que La Sombra era mi hogar, fue aquella. Mientras nos alejábamos del lugar próximo al templo donde Ibrahim y Corrine nos habían hecho aparecer, Aiden todavía sostenía a Rose y Derek acunaba a Ben. Miré a mi familia, todos reunidos por fin en un solo lugar.

Dimos un breve paseo por la isla, pasando por las ruinas de El Valle, y luego nos dirigimos hacia Las Residencias. Se me rompió el corazón cuando vi todas las hermosas casas en los árboles que ahora se encontraban destruidas, incluida la de Derek, con todos los escombros esparcidos por el suelo del bosque.

—Ibrahim, tenemos mucho trabajo que hacer —dijo Corrine, contemplando el lugar.

—No es nada que no podamos arreglar. Estoy seguro de que podemos devolver esta isla a su estado original en pocos días. Recuerda que tenemos un equipo de brujas para ayudarnos. —Ibrahim sonrió, deslizando su brazo alrededor de la cintura de Corrine mientras caminábamos.

—Pero esta vez —intervine—, tenemos que construir viviendas a ras de suelo adecuadas para los humanos. No volveremos a amontonarlos a todos en esos pequeños agujeros de las Catacumbas que llaman habitaciones.

—Estoy de acuerdo —dijo Derek.

—Aún creo que es una buena idea mantener separados a los vampiros y a los humanos —añadió Kyle—. Los humanos sobre la tierra, los vampiros sobre los árboles.

—Especialmente ahora, porque ha llegado la hora de que finalmente hagamos cumplir la prohibición de tomar sangre humana —dije—. A partir

de este momento, todos los vampiros deberán seguir el ejemplo de Vivienne y mío, y solo beberán sangre animal.

—¡Oídllo todos! —Ian dio palmas con las manos.

—Bueno, eso no les va a gustar —dijo Derek—. Pero estoy de acuerdo en que hemos llegado demasiado lejos para volver a nuestras viejas costumbres. Ahora tenemos la oportunidad de construir un reino muy diferente.

—Reuniremos a las brujas y nos pondremos a trabajar limpiando este lugar —dijo Ibrahim. Ya deberían haber terminado con la curación de los enfermos.

Continuamos caminando hacia el claro que se extendía al pie de las Cumbres Negras, donde habíamos dejado a todos los humanos y vampiros heridos. Efectivamente, ya no quedaba casi nadie tendido en el suelo. Supuse que la mayoría se había dispersado a lo que quedaba de sus respectivos hogares.

Ibrahim y Corrine se unieron al grupo de brujas y todos se arremolinaron y comenzaron a hablar.

—¡Sofía! —me llamaron dos voces familiares.

Me di la vuelta para ver a Ashley y a Abby corriendo hacia mí. Mi corazón se derritió al ver que, gracias a las brujas, la chispa había regresado a los ojos azules de Abby a pesar de que seguía siendo una vampira, como yo.

Abby saltó a mis brazos y rodeó mi cuerpo con sus piernas, frotando su carita contra mi cuello.

—Gracias a Dios que estás bien —suspiró Ashley—. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de a dónde te habías ido. Vivienne ha estado preocupándose estúpidamente.

—¿Vivienne? ¿Dónde está? —preguntó Derek.

—No estoy segura. La vi por última vez hace aproximadamente cuatro horas. Debe estar vagando por algún lugar de la isla —respondió Ashley.

—Sofía —dijo Derek—, toma a Ben. Voy a buscar a mi hermana.

—¿Dónde está Ben? —preguntó Abby de pronto, mientras Derek me entregaba el bebé y se dirigía de nuevo hacia el bosque.

Me arrodillé a la altura de Abby y le mostré a Ben.

—Este, Abby, es mi hijo. Lo llamamos así por tu hermano —dije, acariciándole el cabello con una mano.

—Ahh... ¿Así que has hecho un bebé con el señor Derek? —Abby alzó la vista, maravillada.

—Sí, cariño —sonreí, besando su cabeza—. En realidad, hicimos dos

bebés. —Me levanté y la tomé de la mano para llevarla hasta Aiden—. ¿Ves? Este es mi otro bebé, Rose. Es una niña, y este es un niño.

—Vaya... —Abby se quedó con la boca abierta mientras miraba fijamente a los dos bebés idénticos como si fueran seres de otro planeta. Entonces, después de pensarlo unos momentos, pareció cambiar de opinión.

—Sofía, eso es asqueroso. Porque esto significa que tú y el señor Derek...

Su voz se apagó y, afortunadamente, fui rescatada de la vergüenza a la que estaba a punto de someterme delante de mi padre. Le había echado un vistazo a Aiden. Dejó escapar un grito agudo.

—¡Sofía! ¿Qué le paso a tu papá?

Aiden se rio entre dientes mientras se encontraba con los ojos de Abby.

—Yo podría preguntar lo mismo de ti, pequeña vampira.

—¡Pareces un pájaro!

Aiden asintió y extendió sus alas para que las viera.

—¡Impresionante! —Abby retrocedió unos pasos—. Es genial. ¿Cómo conseguiste ser un pájaro y yo no?

—Creo que ser un vampiro es mejor —replicó Aiden—. No tienes que quedarte para siempre con una fea cara con pico.

Abby soltó una risita y asintió.

—Es verdad, no quiero ser una Carapico.

Agarré su mano antes de que pudiera seguir haciendo preguntas y la llevé de vuelta hacia Ashley. Mi amiga sonreía, pero yo sabía que verme con niños era una sensación agrídulce para ella. Debía estar pensando en la familia que podría haber formado algún día con Sam.

—¡Eh! —La voz de Zinnia sonó desde el otro lado del claro. Corría hacia nosotros con Gavin a su lado.

—Por todos los cielos, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Gavin al ver a los dos bebés y a Aiden con cuerpo de Halcón.

Relaté los detalles de nuestra aventura mientras ellos escuchaban boquiabiertos. Cuando terminé, Zinnia fue derecha hacia Aiden y le dio un abrazo.

—Me alegra que haya vuelto, Señor. —Sonrió—. Le echaba de menos.

—Supongo que yo también te añoraba, niña. —Aiden le devolvió la sonrisa.

—Mmm... ¿Sofía? —La voz de Gavin ahora adquirió un tono grave—. Espero que no te importe, pero celebramos un servicio fúnebre en tu

ausencia. Necesitábamos hacer algo por todas las familias de las víctimas, para ayudarlos a aliviar su dolor. Y no queríamos esperar, con todos los cuerpos...

Me dolió en el corazón no haber estado allí para la ceremonia. Pensé en todos los seres inocentes perdidos a manos de los Ancianos, vidas que Derek y yo deberíamos haber protegido. Pensé en todos los inmunes que esos espíritus malignos habían logrado trasladar a Cruor, vidas que nunca podríamos recuperar.

Pensé en Sam.

Y pensé en Xavier.

Me arrodillé en el suelo y recé una oración, celebrando mi pequeño funeral en su memoria.

## CAPÍTULO 40: VIVIENNE

Una ráfaga de viento marino sopló contra mi rostro, secándome las lágrimas y escociéndome en los ojos.

Me senté en una meseta elevada de la montaña con la vista más impresionante de la isla. Las olas batían contra la costa y las secuoyas parecían bailar con un suave balanceo, siguiendo un ritmo desconocido.

*«Paz.»*

Eso es lo que era. La paz se estaba instalando sobre la devastada isla, empujando lentamente a sus habitantes a regresar a la normalidad. Invitándolos a volver la rutina de la vida diaria.

Tenía la opción de dejar que me arrastrase a mí también, o continuar agitando la tormenta de mi interior y aferrarme a sueños de un futuro imposible.

Me revolví en el suelo, acercándome al lugar donde recordaba haberme sentado por última vez con Xavier la noche que fue poseído. Toqué la hierba que había a mi lado, esperando sentir la silueta del cuerpo de Xavier moldeado en ella.

Entonces me puse de pie y caminé hacia el borde del acantilado. Y me pregunté si Xavier habría encontrado la fuerza suficiente para resistirse a los Ancianos si yo no hubiese sido tan tonta y me hubiese entregado a él muchos años atrás. Me pregunté si mi constante resistencia había debilitado su espíritu y sus ganas de vivir.

*«Ya es demasiado tarde para saltar desde algunos acantilados, Vivienne.»*

Me senté y dejé que las piernas me colgaran sobre el borde de la montaña.

Luego me tendí y levanté la vista hacia las estrellas.

Reproduje en mi cabeza las últimas palabras que intercambiamos esa fatídica noche, al igual que había hecho cientos de veces desde entonces.

*«—Dijiste que ibas a esperar hasta que estuviera preparada.*

*—Y lo haría, Vivienne. Sabes que lo haría, pero...*

*Pero...»*

—¿Qué ibas a decir, Xavier? —susurré en voz alta, mirando las estrellas y esperando que su espíritu estuviera de alguna manera observándome—. Pero... ¿Tan solo deseabas oírlo de mi boca? ¿Tanto ansiabas oírme decir esas dos palabras?

Las lágrimas comenzaron a deslizarse más numerosas por mi rostro.

—Bueno, te las diré ahora, Xavier... mi amor. Te amo. Te amo. Te amo. Te amo. Te amo. —Me sentía como una loca, repitiendo esas palabras una y otra vez. Había comenzado como un susurro, pero pronto me vi envuelta en un delirio, gritándolas al viento.

—¡TE AMO, XAVIER! —grité hasta que mi voz se quebró. Me derrumbé, con el cuerpo estaba totalmente exhausto y arrasado por los sollozos.

—Yo también te amo.

Era la suave voz de barítono que me moría por escuchar.

Sonreí con los ojos todavía cerrados.

*«¿Esto es lo que sucede cuando conservas con tanto amor el recuerdo de alguien, que comienzas a escuchar su voz en tu cabeza? Entonces conservaré tu recuerdo para siempre, mi amor, para seguir oyendo tu dulce voz.»*

—Te amo, Vivienne.

Ahí estaba de nuevo.

Rodé sobre mi espalda y abrí los ojos, esperando perderme en la belleza de las estrellas. Y, mientras contemplaba su hermosura, mis ojos se encontraron con mucho más.

El rostro de mi amado mirándome con una sonrisa grabada en sus labios. El rostro sin afeitar del hermoso hombre de cabello oscuro que ansiaba con cada fibra de mi ser.

Extendí el brazo, esperando que mi mano atravesara la aparición.

—Ay, Vivienne. Eso era mi ojo.

*«Ya lo has conseguido, Vivienne. Te has vuelto loca. Has enloquecido de verdad.»*

Me senté y miré al fantasma de Xavier. Extendí la mano de nuevo, esta vez apuntando a su mejilla. Era áspera, con una barba incipiente. Pasé mis dedos por sus labios. Estaban suaves y húmedos. Me pregunté qué ocurriría si los besaba. Si sería capaz de sentir sus labios contra los míos o si desaparecerían antes de que pudiera experimentar tal placer.

No tuve que esperar mucho para descubrirlo. Unos brazos fuertes rodearon mi cintura y me atrajeron hacia él. Y entonces vino el beso. Gentil al principio, mientras sus labios rozaban las comisuras de los míos trazando el contorno de mi boca, y luego aumentando la intensidad hasta que me vi inmersa en su sabor.

Mientras respiraba su aroma, nuevas lágrimas brotaron de mis ojos. Lágrimas delirantes de éxtasis.

—Te amo, Xavier... Q-quería d-decirte...

—Lo sé. Lo sé —me susurró al oído, acunando mi rostro entre sus grandes manos—. Y, ejem, me sorprendería que hubiera una sola persona en esta isla que *no* lo supiera después de esto...

—Solo bésame.

## CAPÍTULO 41: DEREK

La búsqueda de mi hermana me había llevado al lado de la isla donde estaban atracados los submarinos. Sospechaba que tal vez se había metido en uno, buscando algo de paz y quietud. Así que, cuando descubrí el cuerpo inconsciente de Xavier yaciendo bajo un banco en una de las deterioradas naves, casi se me salió el corazón del pecho.

Al principio creí que estaba muerto. Tenía el cuerpo más destrozado que Sofía cuando la rescatamos, su piel estaba cubierta de manchas amarillas, tan seca que parte de ella ya se había desprendido y caído al suelo.

Pero cuando me incliné y puse mi oído sobre su pecho, distinguiendo un latido apenas perceptible, me permití albergar al menos un atisbo de esperanza.

Lo cargué sobre mi hombro y corrí hacia el Puerto con toda la velocidad que mis piernas pudieron reunir.

—¡Ibrahim! ¡Ibrahim! —grité a pleno pulmón mientras corría por el bosque.

Por fin dejé atrás el lugar donde estaban trabajando en la reconstrucción y el brujo llegó corriendo hacia mí.

Deposité el cuerpo de Xavier sobre el camino de tierra e Ibrahim se inclinó hacia él.

—¡Corrine! —gritó—. Voy a necesitar tu ayuda con este.

—Por todos los cielos —murmuró Corrine, al ver el aspecto de Xavier.

—¡Por favor! —jadeé, cayendo de rodillas—. Solo dime que puedes salvarlo. ¡Dilo, te lo suplico!

Pero nadie dijo nada. Cerré los ojos. Era demasiado doloroso contemplar

cómo se esforzaban por salvarlo. Yo solo quería volver a abrir los ojos cuando lo hubieran sanado.

Escuché cómo Corrine llamaba a más brujas para que los ayudasen. Habían transcurrido más de veinte minutos, con media docena de brujas murmurando cánticos al mismo tiempo. La poca esperanza que me quedaba de que sobreviviese se me escapaba con cada segundo que pasaba.

Pero entonces me recordé a mí mismo:

*«Conozco a mi amigo. Y sé que es un superviviente.»*

Así que, media hora después, cuando volvió en sí y se sentó, en parte no me sorprendió.

Miró a su alrededor con una expresión de desconcierto en su rostro. Me apresuré hacia él y lo agarré por los hombros, atrayéndolo en un fuerte abrazo.

—Gracias al cielo —susurré—. ¿Cómo demonios terminaste en ese submarino?

—Y-yo... —Se frotó los ojos como si tratara de aclararse la mente—. Me arrastré. Mi Anciano me cambió por Sofía... Me dejó tirado en el interior del templo. De alguna manera, me las arreglé para arrastrarme hasta allí sin ser detectado.

Tan pronto como hubo recuperado el equilibrio suficiente para ponerse de pie por sí mismo, preguntó ansiosamente:

—¿Dónde está Vivienne?

—Está viva y en la isla. De hecho, la estaba buscando.

Y entonces salió corriendo a toda velocidad hacia la oscuridad de los bosques sin decir una palabra. Confiando en que Xavier encontraría a Vivienne lo suficientemente rápido, me sentí ansioso por regresar junto a Sofía, junto a mi nueva familia.

Estaba donde la había dejado, en el claro que había a la entrada de Las Celdas. Se sentaba formando un círculo con Ashley, Aiden y Abby. Ian y Anna también estaban sentados cerca con otras dos parejas; Cameron y Liana, y Gavin y Zinnia.

Ya había notado la ausencia de Yuri y Claudia desde que llegamos a la isla. Aunque no hacía falta pensar mucho para adivinar dónde podrían estar. A pesar de que nuestras nuevas Residencias todavía no estaban acabadas, sabía que cualquier lugar cerrado sería más que suficiente para lo que necesitaban.

Al ver que me acercaba, Abby lanzó un chillido de alegría.

—¡Hola, señor Derek! Sé lo que hicieron Sofía y usted...

—Dígame, señorita Abby. ¿Qué hicimos? —A pesar de que le estaba hablando a Abby, miré a Sofía mientras una sonrisa sugerente se formaba en mis labios.

—¡Se dieron un bebé el uno al otro! —Señaló a los gemelos, que descansaban en los brazos de Aiden.

Sofía soltó una risita y su rostro se sonrojó, no tanto como lo hubiera hecho si todavía fuera humana, pero con una tonalidad excepcionalmente brillante para ser una vampira.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Eso lo que sucedió? —Me senté a lado de Sofía y la atraje entre mis piernas, serpenteando mis brazos alrededor de su cintura y apretándola contra mi pecho—. ¿Y hay algo malo en eso, señorita Abby?

Sofía agarró mi rodilla, rogándome que dejara de animar a Abby delante de todos.

—Bueno, eso depende de cómo lo hiciese, señor. ¿Les rezó a los ángeles o —Abby me guiñó un ojo—, besó su ombligo?

Todos los del grupo estallaron en carcajadas.

—Ay, cariño, besé su ombligo. ¿Me he metido en problemas, señorita Abby?

—¡Sí! —chilló, señalándome con el dedo—. ¡Porque esa es la forma asquerosa!

—Ay, Dios, Dios, Dios —murmuré, lo bastante bajo para que solo lo oyera Sofía—. Porque puede que quiera besar su ombligo otra vez.

Sofía me hizo callar, todavía riendo. Presioné mis labios contra su fría nuca y me puse de pie, levantándola conmigo. Tomé su mano y dije a los demás:

—Nos vemos dentro de un rato.

Luego la llevé a un lugar tranquilo de los bosques, lejos de los ruidos sordos de la madera y el tintineo del vidrio de la construcción. La empujé hasta a un árbol y la presioné contra él. Atrapé sus labios con los míos y la besé, saboreando su frialdad en mi boca.

—¿Y ahora? —La miré a los ojos, con una expresión seria en mi rostro—. ¿Cómo voy a volver a besar tu hermoso ombligo?

Sofía soltó una risita, y luego me tocó la mejilla y dijo:

—Es más como: ¿cómo voy a amamantar a mis bebés siendo vampira? No quiero que crezcan sin haber probado nunca la leche de su madre. ¿Y cómo voy a construir castillos de arena con ellos?

—¿Y qué ocurrirá cuando sea un anciano? Querrás cambiarme por un modelo más joven —la tomé el pelo.

—En serio, Derek. —Dejó de reír—. ¿Qué vamos a hacer? No puedo seguir siendo vampira.

Me aparté de ella un poco y suspiré.

—No lo sé. Mi mayor temor es perderte de nuevo.

—Bueno, la cura funcionó en ti y en Kyle. ¿Por qué no debería funcionar en mí? No tenemos ninguna prueba de que yo sea una vampira distinta a Kyle o a ti. Sí, fui convertida en Cruor, y sí, era inmune... Pero el caso es que se rompió mi inmunidad y me volví normal. Precisamente así fue como me convirtieron. Y es la misma enfermedad. Además tenemos a Anna, nuestra inmune. No le importará darme un poco de su sangre.

Pensar que Sofía se iba a someter a la misma tortura que yo había sufrido me provocó una intensa aflicción.

—El dolor es insoportable. No se parece a nada que puedas imaginar. No... Es solo que no sé si podré soportar verte sufrir así —dije.

—Bueno, señor Derek, solo tendrás que resistirlo si quieres besar mi ombligo de nuevo. —Levantó mi barbilla para que la mirase. Besó mi mejilla y me dijo—: Mira, ya he estado en el infierno y he vuelto. Créeme cuando digo que una quemadura más no va a marcar una diferencia muy grande.

Sonreí, pero no podía negar que sus palabras también me dolieron.

—Supongo que no —concedí—. No es que lo haya hecho demasiado bien a la hora de mantenerte a salvo del peligro.

—Venga, no vuelvas otra vez con todo esto de la culpa. Sabía en lo que me estaba metiendo cuando me casé contigo. —Inclinó mi cabeza hacia ella y me besó de nuevo—. Ahora, si te parece bien, me gustaría terminar de una vez con esto.

## CAPÍTULO 42: DEREK

Al principio Aiden protestó, pero Sofía lo convenció. Dejamos a los gemelos con él y nos encaminamos con Anna hacia el Foso, la minúscula área de la isla donde el sol seguía brillando. Otros quisieron acompañarnos, pero Sofía los rechazó a todos. Solo nos quería a Anna y a mí.

Apenas dijo una palabra mientras caminábamos. Una expresión de determinación se instaló en su rostro mientras marchábamos hasta la entrada del Foso. No quería armar un “gran revuelo” por todo ello, como habíamos hecho con mi propia conversión.

Incluso se apartó cuando fui a abrazarla, como si no quisiera pensar siquiera que tal vez no volvería a verme.

Anna desnudó su cuello para ella, y Sofía le clavó los colmillos y tomó un sorbo. Se lamió los labios y esperó unos minutos a que la sangre entrara en su organismo. Luego atravesó las puertas del Foso y las cerró detrás de ella.

Y entonces empezaron los gritos. Ahora entendía lo que debió ser para Sofía presenciar cómo me sometía a ese mismo tratamiento. Pasaron horas y horas. A pesar de que su voz se había tornado ronca, ella seguía gritando.

Anna se quedó conmigo todo el tiempo, con su mano sobre mi hombro. Traté de hallar consuelo en ella, pero fue imposible. Al final, la única manera que encontré de hacerle frente a la situación fue hacerme un ovillo en el suelo y taparme los oídos con las manos.

Finalmente, los gritos de Sofía se detuvieron. Tuve la tentación de irrumpir en el Foso para comprobar lo que estaba pasando, pero entonces se abrieron las puertas.

Sofía emergió del luminoso foso en toda su gloria mortal, tropezando en

mis brazos. Parecía exhausta, pero al mismo tiempo, para mi gran alivio, tenía un brillo lleno de vida.

—Entonces —jadeó—. Esto es ir al infierno y regresar, ¿eh? Sí, ahora puedo decir que lo he hecho *oficialmente*.

## CAPÍTULO 43: SOFÍA

Dormí diez horas seguidas después de convertirme; mi cuerpo me suplicaba descanso. Derek me llevó a una habitación vacía de las Catacumbas que todavía estaba en condiciones decentes. Se sentó al lado de mi cama mientras me quedaba dormida, y todavía estaba allí cuando desperté.

Aiden también estaba a mi lado, acunando a sus queridos nietos. Y luego mis ojos recayeron sobre Xavier y Vivienne. Estaban sentados en una esquina, envueltos el uno en los brazos del otro.

—¡Xavier! —grité. Salté de la cama y corrí hacia él, atrayéndolo a un abrazo.

Podría decir con absoluta certeza que nunca había visto tan feliz a Vivienne. Sonreía radiante mientras me miraba. La estreché contra mí y besé su mejilla una y otra vez hasta que finalmente tuvo suficiente de mi cariño y dijo:

—Eh, niña, me voy a casar con Xavier, no contigo. Y, además, mira a Derek. Lo estás poniendo todo celoso.

—¡Estoy impaciente por asistir a vuestra boda! ¿Podemos celebrarla mañana? —chillé de una forma no muy distinta a la de Abby.

—De hecho, sí —respondió Xavier con una sonrisa—. Esta chica no se cansa nunca de mí. Se casaría conmigo ahora mismo si pudiera. ¡Quiero decir, que ni siquiera me dio la oportunidad de arrodillarme y proponérselo como debe hacerse!

Vivienne apartó amorosamente un mechón de cabello del rostro de Xavier.

Comencé a pensar en todos los preparativos que necesitaban hacerse, y

me di cuenta de que tal vez lograríamos hacerlo ahora que Corrine había recuperado sus poderes.

Y así comenzó la cuenta atrás.

—Bueno, caballeros. Abandonen la sala. ¡Ahora! —Me giré hacia Derek, que me miraba divertido—. Vaya, espera, Derek, ¿sabes si las brujas han terminado ya con la reconstrucción?

—Te agrada saber que todas las casas de los árboles están listas. Corrine me dice que son magníficas, aunque todavía no las he visto. Y ahora están trabajando en las viviendas de los humanos.

—Bueno, entonces, podemos dejar esta habitación de mala muerte y disponer de un espacio adecuado para que la novia se prepare. Derek, llévate a Xavier y trata de que esté... *mínimamente presentable* para la deslumbrante novia.

—Dices eso con muy poca confianza. —Derek pretendió ofenderse—. Solo espera y verás, bocazas. Lo convertiré en un hermoso novio, más que la novia.

Dicho eso, agarró a Xavier, que ahora parecía ligeramente alarmado por la amenaza de Derek de “embellecerlo”, y se lo llevó de la habitación. Supuse que se dirigían al ático de Derek.

Besé a mis dos bebés, que seguían dormidos, y luego besé a mi padre en la mejilla. Le pedí que nos siguiera al ático de Vivienne, ya que quería tener a mis gemelos cerca de mí. Agarré la mano de Vivienne y todos salimos de la habitación.

—Vamos, de prisa —los apremié—. No podemos darle a Derek ninguna ventaja. Quien sabe qué trucos guarda bajo la manga.

Tan pronto como estuvimos al aire libre, Aiden extendió sus alas y se lanzó al cielo. Vivienne dejó escapar una enorme carcajada y aceleró. Había olvidado que ahora yo tenía piernas humanas y pronto se cansó de verme correr rezagada tras ella. Me subió a su espalda y corrió por el bosque. Vimos a Xavier y a Derek delante de nosotros, apresurándose en la misma dirección.

Cuando Vivienne dio un gigantesco salto hacia arriba y aterrizamos en su terraza de Las Residencias, miré en torno a mí con absoluto asombro. Los áticos parecían más grandes y más hermosos de lo que recordaba. Había macetas de flores exóticas alineadas en los balcones y las entradas. Las fuentes manaban a borbotones en el centro de las terrazas.

Aiden aterrizó poco después. Llevó a los gemelos a un tranquilo dormitorio de invitados para que pudieran descansar pacíficamente y se

quedó allí cuidándolos.

Acompañé a Vivienne a su espectacular dormitorio nuevo, pero luego recordé molesta que necesitaba a Corrine.

—Relájate y toma un baño o algo así, ¿de acuerdo? Necesitamos a Corrine.

Vivienne asintió y me sonrió.

Regresé a la terraza y grité al ático de Derek, al otro lado de un grupo de árboles.

—¡Eh, señor Derek! —chillé. Su cabeza asomó por la ventana—. Apresúrate y tráeme a Corrine, ¿de acuerdo?

—¡Ve a buscarla tú misma! —me respondió también a gritos—. No voy a ayudarte a conseguir ventaja sobre nosotros. Vivienne es demasiado bonita incluso sin maquillaje. Y no nos vuelvas a molestar. ¿No ves que estamos extremadamente ocupados? —Xavier y Derek aullaron de risa mientras cerraba la ventana.

Reí y murmuré para mis adentros:

—¡Hombres!

Al final, tuve que pedir a Vivienne que corriese a buscar a Corrine, teniendo en cuenta que a mí, como humana, me habría llevado horas encontrarla, y Aiden era inseparable de los gemelos.

Cuando llegó Corrine, comenzamos a hacer progresos. Tomamos medidas a Vivienne y, en menos de media hora, Corrine había conjurado el vestido de novia más hermoso que jamás habían contemplado mis ojos. Rivalizaba incluso con el mío. Luego tuvimos una sesión de ensayo de maquillaje y peinado y, cuando estuvimos seguras de que habíamos acertado, Corrine y yo dejamos a Vivienne a solas para que disfrutase de algo de paz antes del verdadero evento.

Mientras Corrine y yo bajábamos en el ascensor y nos alejábamos del ático de Vivienne para decidir dónde celebrar la boda, Derek se acercó corriendo hacia nosotras.

—¿Qué quieres *tú*? —pregunté ladeando la cabeza.

—Primero de todo, te quiero a *ti*, señora Ombligo. —Me dejó sin respiración cuando me levantó, me giró en el aire y me plantó un beso en los labios. Me volvió a dejar en el suelo antes de continuar—. Segundo, ya sé dónde deberíamos celebrar la boda. En lo alto de la montaña, donde Xavier encontró a Vivienne. Vamos, te lo mostraré.

—¿Y tu tímido novio? —Corrine sonrió con satisfacción. ¿Estás seguro

que puede arreglarse sin ti?

Reímos y nos encaminamos a la meseta, y allí Corrine comenzó a conjurar asientos, carpas y miles de rosas blancas. Derek ofreció alguna sugerencia ocasional, pero fue lo suficientemente sabio para dejarnos la mayoría de las decisiones a nosotras.

Cuando terminamos con el lugar de la ceremonia, Corrine y yo regresamos con Vivienne, y Derek con Xavier. Los tres apenas dormimos esa noche. Entre ir y venir a la habitación de invitados para vigilar a mis bebés, los preparativos finales transcurrieron rápidamente. Antes de darnos cuenta, teníamos a Vivienne ya vestida frente al espejo con un aspecto impresionante.

Nos aseguramos de que Xavier y Derek fueran hacia la montaña antes de que pudieran posar los ojos sobre Vivienne.

Mientras recorríamos el sendero hacia el altar, una cálida brisa mecía el velo de Vivienne entre los cientos de asientos ocupados por vampiros y humanos por igual. Contemplé las decenas de rostros familiares entre la multitud, pero, sentados en los asientos más cercanos al altar, estaban Claudia y Yuri, Cameron y Liana, Kyle y Anna, Gavin y Zinnia, Abby, sentada sobre el regazo de Ashley con Landis a lado de ambas, y mi padre justo delante con mis dos pequeños querubines.

A pesar de que Derek intentaba colocar una guirnalda rosa sobre la cabeza de Xavier justo cuando Vivienne iba a comenzar a caminar hacia el altar, me sentí aliviada de que no hubiera hecho nada escandaloso con el atuendo del novio. De hecho, sospechaba que Derek no había tenido nada que ver con el esmoquin negro y el cabello perfectamente peinado de Xavier, y que era más bien Ibrahim quien estaba detrás de todo aquello.

Atrapé la mirada de Derek y murmuré en voz baja:

—*Gané.*

Derek miró a Vivienne e inclinó la cabeza en señal de rendición.

Vivienne se colocó al lado de Xavier, e Ibrahim ofició la ceremonia. Intercambiaron los anillos y, cuando finalmente llegó el momento del beso, la multitud estalló en vítores. Luego, para la sorpresa de todos, Vivienne gritó a todo pulmón:

—¡Te quiero, Xavier!

Lanzó su ramo a la multitud. Abby se lanzó a por él con su velocidad de vampiro y una enorme sonrisa tonta se apoderó de su rostro cuando lo atrapó.

Las lágrimas brillaban en los ojos de los recién casados mientras se

fundían uno en los brazos del otro y se besaban de nuevo.

Como si la multitud no estuviera lo suficientemente emocionada, Ibrahim atrapó a Corrine, la rodeó con sus brazos y la puso a un lado del altar. Luego se arrodilló, se metió la mano en el bolsillo y extrajo un gran anillo de diamantes. El rostro de Corrine se tornó de color frambuesa, y parecía como si estuviera a punto de hiperventilar.

—Ay, Dios —jadeó—. Ibrahim, ah, tú... —Por primera vez, un hombre había dejado sin palabras a Corrine—. ¡Sí! —gritó finalmente. Ibrahim colocó el enorme anillo de compromiso en el dedo de Corrine y la atrajo hacia sí, besándola delante de todos sin intentar ocultar ni un poco el ardor de su abrazo. Corrine respondió con abandono.

Abundaron los gritos, vítores y aplausos ensordecedores.

—¡Os habéis colado! —gritó Zinnia entre la multitud, riendo y agitando el puño en el aire.

—Bueno, si ellos lo hacen... —Gavin agarró el brazo de Zinnia y la atrajo para que se pusiera de pie. Ahogué un grito y, por un momento, pensé que estaba a punto de proponerle matrimonio, pero en vez de eso, dijo: — ¡Vamos! ¡Bésame!

Zinnia aulló de risa, pero lo siguió al altar, se colocaron a lado de las dos parejas que ya se estaban besando y comenzaron a comerse la cara a besos.

Claudia no necesitó mucho más para animarse y llevar a Yuri al escenario; ahora había cuatro parejas besándose.

«*Oh no...*»

Había estado evitando mirar hacia Derek, pero él no estaba dispuesto a consentirlo. Caminó hacia mí y me agarró por la cintura. Me llevó al altar y nos colocó a lado de Xavier y Vivienne.

—¡Vaya, qué demonios! —exclamé, y me relajé en el abrazo de Derek, dejando a un lado la vergüenza que sentía por dejarme llevar delante de Aiden.

En cierto modo, esperaba que se nos unieran más parejas, pero con diez personas ya sobre el escenario, y Yuri y Claudia mostrándose particularmente despreocupados con sus movimientos, en realidad ya no había mucho más espacio.

En lugar de eso, las parejas comenzaron a ponerse de pie de sus asientos o donde hubiera espacio. Entre los amigos más queridos de Derek, me emocioné al ver a Cameron y Liana compartiendo un beso en el pasillo. Y luego Kyle y Anna.

Al ver a Ashley todavía sentada, tratando de sonreír, pero fracasando estrepitosamente, grité:

—¡De acuerdo, ya es suficiente! ¡Ahora un poco de música!

Un grupo de brujas tomó unos instrumentos y comenzaron a tocar una hermosa melodía lenta. Me sentí aliviada al ver a Landis comportarse como un caballero y sacar a Ashley a bailar.

Abby, sintiéndose excluida, caminó hacia Aiden, que sostenía a los gemelos, y le pidió que bailara con ella. Derek y yo reímos mientras mi padre lo hacía lo mejor que podía para tratar de darle gusto con dos bebés en los brazos.

Bailé con Derek más de una hora, pero al final lo saqué de la pista de baile. Caminamos hacia Aiden. La siempre entusiasta Abby le había dado un descanso y estaba ocupada jugando a perseguir a Sombra, volcando mesas y dejando un reguero de caos tras ellos mientras corrían. Reí mientras Eli perseguía al perro, intentando atrapar su correa.

Tomé a Ben de los brazos de mi padre, mientras Derek tomaba a Rose. Caminamos hacia un lugar más tranquilo, alejados de la multitud y el baile, pero que nos permitiese tener una buena vista de los festejos.

Derek no me preguntó qué estaba haciendo. Una mirada a sus ojos, y supe que ya sabía lo que yo deseaba. Me senté entre las piernas de Derek e incliné mi espalda contra su pecho, colocando a mis gemelos sobre mi regazo. Solté los tirantes de mi vestido y le pedí que sostuviera un mantel para cubrirme.

Y entonces alimenté a nuestros pequeños bebés. Por fin me permití el simple placer que mi cuerpo había estado reclamándome desde que me separaron de ellos hacía demasiado tiempo.

Derek me besó en los hombros y nos meció gentilmente de un lado a otro, tarareando una inquietante melodía en mi oído bajo la ruidosa música de la fiesta.

*Nuestra melodía.*

## CAPÍTULO 44: SOFÍA

Derek y yo nos sentamos en la playa, en el exterior de nuestra casa de ensueño californiana. Sostuve a Rose entre mis brazos mientras Derek sostenía a Ben. Habíamos colocado una sombrilla sobre nosotros para proteger a los bebés del sol del mediodía, y los habíamos sentado para que vieran el brillante océano. Al ver a otros niños jugando en las olas, me emocionaba pensar en el día que Ben y Rose tuvieran suficiente edad para unirse a ellos y pudiésemos construir castillos de arena juntos.

Di un mordisco al melocotón que habíamos guardado en la cesta y levanté la vista hacia Derek. Sus ojos estaban llenos de calidez.

—Lo logramos —dije suavemente, apretando su mano en la mía. —¿Así es como imaginabas que sería?

«¿*Verdadero santuario?*»

Derek se acercó a mi rostro y acarició mi mejilla con su pulgar. Depositó un tierno beso en mis labios.

—Es todo lo que había imaginado... Y mucho más —susurró.

Después de la boda de Vivienne y Xavier, las cosas se asentaron y volvieron a la rutina en La Sombra. Se finalizaron las residencias de los humanos y casi lloré de alegría al ver el trabajo tan considerado que habían hecho las brujas. Habían creado casa adosadas, como las que se pueden ver en cualquier ciudad, con todos los servicios que podía necesitar un humano.

Se crearon parques infantiles para los niños. Un grupo de brujas incluso puso en marcha una escuela a la que Abby asistía entusiasmada.

Ibrahim y Corrine lograron encontrar una manera de modificar el hechizo

de Cora para permitir que el sol brillase en una pequeña franja de playa al norte de la isla. Los humanos se relajaban en esa zona, y bañarse en el mar y broncearse pronto se convirtió en algo habitual para ellos.

Pero, por encima de todo, redactamos una ley por la que se permitía abandonar La Sombra a todos los humanos en el momento que lo desearan. Convencí a Derek porque, aunque acudieran a la policía, no había manera de que nos pudieran encontrar. Y, en cualquier caso, confiaba en que la mayoría de los humanos no desearían hacernos daño nunca más. Porque La Sombra ya no era la cruel dictadura que había sido en otro tiempo. Ya no eran tratados como esclavos, sino como ciudadanos.

Un buen número de humanos no dejó pasar la oportunidad y partió, pero una sorprendente cantidad de ellos decidió quedarse.

Los vampiros permanecieron como tales por el momento. Siempre tendrían la oportunidad de convertirse más adelante. Y, ciertamente, no estaba lista para someter a Abby a ese dolor. Me consolaba saber que la conversión era siempre una posibilidad en el futuro, si insistía en volver a ser humana.

En cuanto a mi padre, partió en una misión con Zinnia y Gavin para dispersar a los cazadores, ya que no quedaba nada que cazar. Los Ancianos se había ido y los Halcones, de quienes habían sido marionetas inconscientes, también habían sido exiliados. La causa de los cazadores, ya de por sí inestable, acababa de perder sus últimos apoyos.

Todavía no sabíamos si había alguna forma de volver a convertir a Aiden en humano. Ibrahim le podía conferir la *apariencia* de humano temporalmente, pero ni siquiera él sabía cómo volver a convertir de verdad a mi padre. Sin embargo, como el mismo Aiden señaló, no había prisa en encontrar una cura para él, aparte de para librarse de la terrible vergüenza de tener a Abby todo el día llamándolo por su mote, “Carapico”.

Derek y yo, junto con los gemelos, dividíamos el tiempo entre nuestra casa de ensueño en California, donde Derek se entregaba a su recién descubierta afición de cocinar, y gobernar La Sombra. Xavier y Vivienne administraban la isla cuando nosotros descansábamos lejos de ella.

Aunque parecía que nuestra vida no podía ser más perfecta, no me dormí en los laureles. Jamás, ni por un momento, olvidé todo lo que habíamos sufrido y sacrificado para lograr lo que ahora disfrutábamos.

También sabía que nada en esta vida es definitivo. Cuando Sombra descubrió una extraña criatura arrastrada hasta la orilla de La Sombra durante

un paseo mañanero con Eli, aquello ratificó esa creencia. Eli declaró que era el cuerpo de un hombre lobo.

Ibrahim confirmó que era posible que los Antiguos hubieran abierto accidentalmente más portales entre la Tierra y otros reinos desconocidos que incluso ellos mismos ignoraban. Pero también nos garantizó de que la mayoría de las criaturas sobrenaturales no eran opresoras y agresivas como los Halcones y los Ancianos. Nos aseguró que muchos eran inofensivos para los humanos.

*«Inofensivos o no, sea cual sea el caso, sé que no puedo controlar el futuro.*

*No puedo controlar el mundo. No puedo hacer del mundo un lugar totalmente seguro para mis hijos. Derek y yo todavía no sabemos qué poderes desarrollarán cuando crezcan, y cuáles serán las consecuencias de esas habilidades.*

*Tal vez tengan que enfrentarse a problemas y tal vez tengan que luchar. Incluso tal vez se encuentren cara a cara con la oscuridad y el mal. No puedo cambiar eso. Escapa a mi control.*

*Lo que puedo hacer, sin embargo, es demostrar que donde hay oscuridad, hay luz. Donde existe el mal, existe el bien.*

*Tal vez tengan que enfrentarse a disturbios y conflictos, sí... Pero también pueden encontrar belleza y felicidad. Puedo asegurarles que no importa lo que suceda, siempre pueden esperar que habrá algo por lo que merezca la pena vivir en este mundo.*

*Todas las cosas buenas y malas que vienen con la vida se convierten en valiosas cuando encontramos el amor. Yo debería saberlo.*

*Lo encontré en el más improbable de los lugares, ¿o no?»*



## **¿Qué viene después?**

Querido lector:

Muchísimas gracias por acompañarme en el viaje de Derek y Sofía. Ha sido un placer sumergirme en este mundo, y no pude evitar que se me saltaran las lágrimas mientras escribía el capítulo final.

Así que, por fin, Derek y Sofía lograron su “Y fueron felices para

siempre”.

Este libro marca el final de una historia... pero no el final de La Sombra.

Debido a las abrumadoras peticiones de los lectores, y para celebrar el segundo aniversario del lanzamiento de *Sombra de vampiro*, ¡Derek, Sofía y sus gemelos han vuelto con nuevas aventuras!

Si tienes curiosidad por lo que les sucede a continuación a la pareja y a sus gemelos en una nueva y trepidante historia, pasa la página y podrás leer los cinco primeros capítulos del **Libro 8: Sombra de Novak**, GRATIS.

Esto es lo que dicen los lectores:

*“Sobresaliente... Este es el mejor libro de toda la serie de La Sombra.”*

- S. Bridges ★★★★★

*"Si necesitas un gran libro, aquí lo tienes. Bella te atrapa con la historia de los gemelos y hace que todo gire alrededor de ellos. Te ofrece pinceladas de los demás personajes tan queridos de La Sombra, ¡pero ahora es el momento de conocer a la generación más joven! Me siento perdida de nuevo, y espero ansiosa el próximo viaje a La Sombra"*

- Peggy, usuaria de Kindle ★★★★★

*"Nada me entusiasmó más que conseguir este libro. Fue una noche de lectura frenética. Bella no deja de escribir libros de lectura imprescindible, uno tras otro. Confía en mí, esta saga no hace más que mejorar.*

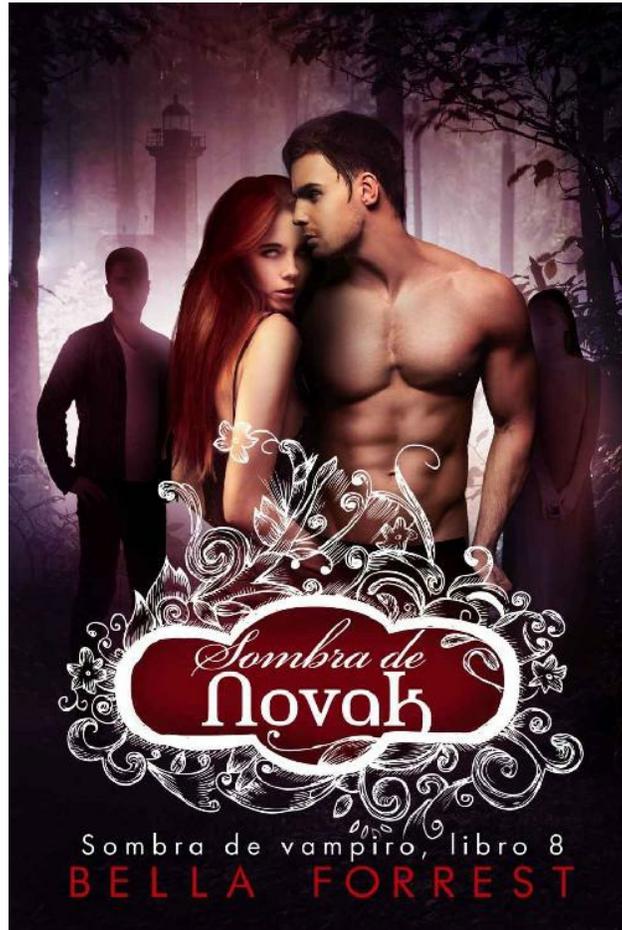
- Christine Salisbury ★★★★★

*“Me gustó tanto como los anteriores. La nueva generación promete ser tan cautivadora como sus padres.”*

- Claudia Riggs ★★★★★

Con cariño,  
Bella x

**Sigue leyendo...**



**Sigue leyendo...**

SOMBRA DE NOVAK (LIBRO 8) - PRÓLOGO:  
SOFÍA

—¿Qué acabas de decir?

No respondí a Derek hasta unos momentos después, mientras continuaba mirando fijamente la televisión. Aunque la pantalla había cambiado, la imagen de dos gemelos rubios desaparecidos se quedó grabada en mi memoria.

A decir verdad, llevaba pensando en ello durante algún tiempo.

—Ya me has oído —contesté.

Mi esposo se sentó de golpe en el sofá junto a mí, con sus ojos de color azul eléctrico mirándome fijamente.

—Pero ¿por qué? —Alcanzó mi rodilla y la agarró.

—Porque estoy preocupada, Derek.

Se pasó una mano por su espeso cabello oscuro, con una expresión exasperada en su rostro.

—Pero, ¿cómo nos ayudaría esto?

—Después de todo lo que hemos pasado... Es solo que odio sentirme impotente. Sobre todo, ahora que tenemos a Ben y Rose.

—Pero, después de todo... —Se calló, mirándome todavía con incredulidad. Volvió a mirar la televisión, que estaba mostrando foto tras foto de personas desaparecidas. Víctimas de secuestros, suponía la policía. Secuestros que habían empeorado en el último par de años.

Nos habíamos acostumbrado a ese tipo de cosas cuando los Ancianos y los Halcones tenían un pie en la Tierra. Pero ahora habían desaparecido.

—No sabemos quién se está llevando a estas personas. —Derek extendió la mano para acariciar mi mejilla—. Podría haber humanos detrás de todo

esto.

Ni siquiera él parecía convencido de sus propias palabras.

Arqueeé una ceja con incredulidad.

—Eli e Ibrahim no estarían de acuerdo contigo en esto —le dije.

—Tal vez. —suspiró—. Pero ellos tampoco están seguros.

—Están condenadamente seguros de que, sea cual sea la fuerza que está actuando, no es humana. Algo extraño está sucediendo. Derek, esas personas desaparecen sin dejar rastro.

—Pero todavía no tienen ninguna *prueba* de que sea algo sobrenatural. Todo es pura sospecha. Y yo diría que nosotros tenemos tendencia a suponer que se debe a causas sobrenaturales, ¿no te parece?

Suspiré y me recliné en su pecho. Me rodeó con sus brazos y me besó la coronilla.

—Tienes razón —admití—. No tenemos ninguna prueba. Pero sigo sintiéndome inquieta al vivir aquí. Estamos justo en una de las costas en las que se están produciendo las desapariciones.

Los dos nos quedamos en silencio. Me acurruqué más contra él, escuchando el latido regular de su corazón.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? —preguntó Derek finalmente.

Asentí con la cabeza, y la garganta se me secó mientras me inundaban las implicaciones de lo que íbamos a hacer. Ambos paseamos la mirada por la sala de estar de nuestra casa de ensueño californiana.

Tendríamos que vender la casa y vivir permanentemente en La Sombra. Ben y Rose tendrían que despedirse de todos sus amigos. Ya no habría más castillos de arena en la playa juntos cada sábado por la tarde. No más correr con ellos bajo el sol. Derek y yo volveríamos a ser vampiros.

Había tenido este impulso de volver a convertirme por un tiempo. El problema principal era que, si me convertía en vampiro de nuevo, Derek no tendría más remedio que hacer lo mismo. De lo contrario, tendría que ver cómo Derek envejecía y fallecía. Poseía la capacidad de conjurar el fuego y conservaba una fuerza sobrehumana gracias a Cora. Pero no tenía el don de la inmortalidad.

—Supongo que eso no será demasiado trastorno para ellos —murmuró Derek—. Aún son pequeños. La Sombra es ya su segundo hogar durante las vacaciones de verano. Y...

Puse un dedo sobre los labios de Derek. Estaba evitando el tema.

—Sé lo que esto significa para ti —le susurré mientras bajaba la vista

hacia mí—. Sé lo mucho que desprecias lo que eras antes.

—No puedo negar que la idea de ser vampiro está asociada a cosas bastante traumáticas de mi pasado —respondió, sonriendo ligeramente ante su sutileza—. Pero no puedes comparar cómo eran las cosas antes a cómo son ahora. Tendrás que domesticarme. —Besó mi mejilla.

De nuevo miré en torno a la habitación con nostalgia.

—¿Y qué va a pasar con este lugar?

—Bueno, ya no puede ser tu hogar ideal si te asusta vivir aquí. —Se encogió de hombros—. Y, además, ya no es la casa de mis sueños si tú no estás contenta. La venderemos.

Lo miré de nuevo a los ojos. A pesar de que intentaba de aliviar mi culpa, sabía que volver a convertirse en vampiro sería un sacrificio para él. No podría haberlo amado más que en ese momento, por lo que estaba dispuesto a hacer para que yo me sintiera a salvo.

—Rose y Ben tendrán que acostumbrarse a tener padres vampiros —murmuré—. No más venir a nuestra cama en medio de la noche buscando calor. Seremos nosotros los que anhelaremos su calidez.

Volví a pensar en nuestros hermosos niños de cinco años, acostados en sus camas en el piso de arriba. Rose con su largo cabello negro y liso, y Ben con su cabello más corto, justo por encima de las orejas, y ambos compartían los mismos brillantes ojos verdes y las largas pestañas oscuras. Derek tenía razón al decir que aún eran demasiado jóvenes para que todo esto les supusiera demasiado trastorno. Se hacen amigos con facilidad a esta edad. Y están acostumbrados a La Sombra. Tienen muchísimos admiradores allí, más de los que conocen. Son los tesoros de la isla, el principito y la princesita. Y todos los malcrián, especialmente Corrine.

Aun así, no podía sacudirme la inquietud al pensar en todas las cosas de las que iba a privarlos por mi deseo de protegerlos en esa pequeña isla durante el resto de su infancia. Estaría privándolos de experiencias más variadas que habrían podido vivir si nos quedásemos aquí y asistieran a una escuela normal, en lugar de una dirigida por las brujas de La Sombra. Aunque no tenía ninguna duda de que esas brujas eran mucho más eficientes y estaban más cualificadas de lo que cualquier profesor de escuela secundaria pudiera estar, anhelaba una vida normal para mis hijos. Porque la normalidad era lo que siempre había deseado al crecer. La normalidad era lo que nunca había tenido.

Derek me acarició la cabeza.

—Tienes razón en desearlo, querida. Estamos haciendo lo mejor para ellos. Los estamos manteniendo a salvo.

Asentí con la cabeza, aunque todavía notaba reseca la garganta.

—Los enviaremos a un campamento de verano una vez al año, tan pronto como tengan la edad suficiente —continuó—. Aiden puede llevarlos a Europa, lejos de estos secuestros.

Asentí de nuevo. No podía negar que la idea de enviarlos a un campamento de verano aligeraba un poco el peso de mi pecho.

—Yo solo quiero proteger a nuestros hijos durante estos primeros años —le dije—. Quiero que vivan sin tener que luchar o sentir temor. Les debemos mucho, después del mal comienzo que tuvieron en la vida.

Derek se puso en pie y, atrayéndome hacia él, colocó ambas manos en la parte baja de mi espalda y me acercó. Rodeé su cuello con mis brazos y lo abracé.

—Una pregunta que aún sigue en el aire es—susurró, acariciando mi hombro desnudo con sus labios—, ¿hemos terminado de tener hijos? ¿Dos son suficientes para nosotros? Porque... Bueno, ya sabes cómo funciona.

Asentí. Cuando fuésemos vampiros ya no podríamos concebir.

Derek y yo ya habíamos hablado de esto en los últimos cinco años. Habíamos conversado una y otra vez sobre si queríamos más hijos. Pero siempre se reducía a lo mismo: nos sentíamos bendecidos con los niños que teníamos y no habíamos sentido la necesidad de tener más. Ya tenían cinco años y aún no habíamos hecho planes para más.

Sin embargo, era una pregunta difícil de responder sabiendo que ahora sería definitivo. A menos, por supuesto, que los dos estuviésemos dispuestos a someternos de nuevo a la cura y volver a ser humanos.

Nos quedamos abrazados en silencio durante lo que me pareció una eternidad. Finalmente nos miramos a los ojos.

—Creo que es suficiente —dije en voz baja.

Derek asintió con un gesto.

Entonces me vino a la cabeza una pregunta obvia.

—Pero ¿sabemos siquiera si aún puedes ser convertido?

—Tendremos que consultarlo con Ibrahim y aceptar su opinión.

—Porque si hay algún riesgo, entonces...

—No tiene sentido especular —me cortó Derek, levantando una mano—. Le preguntaremos cuáles son los riesgos.

Asentí con la cabeza y me tragué el nudo que sentía en la garganta.

—Derek —dije, retirando mis brazos de su cuello y apretando sus manos entre las mías—. Si puedes volver a convertirte y seguimos adelante con esto, debemos prometer no decir a nuestros hijos por qué dejamos el mundo exterior y nos trasladamos a La Sombra. No quiero que crezcan con miedo.

—No me gusta la idea de que crezcan en la ignorancia —dijo Derek, mirándome seriamente—. Ajenos al mundo que los rodea. Eso es peligroso.

—Lo sé —admití, suspirando—. Sé que no podemos ocultarlos del mundo para siempre. Pero me gustaría esperar al menos hasta que sean mayores, cuando superen la adolescencia.

Derek hizo una pausa y continuó mirándome. Finalmente asintió.

—Diecisiete —dijo—. Esperaremos hasta que tengan diecisiete años. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Seguimos mirándonos el uno al otro, y la gravedad de lo que planeábamos hacer nos embargó.

—¿Has pensado que, a menos que Rose y Ben se conviertan también, podrían terminar siendo más viejos que nosotros? —preguntó Derek.

—Ah. Eso sería extraño —respondí lentamente, tratando de asimilar la idea—. En serio... Muy extraño.

—Tendrían que convertirse antes de que llegasen a nuestra edad —dijo, pasándose una mano por el cabello—. ¿Pero, qué pasará si son inmunes como eras tú?

—Eso es poco probable. Según las brujas, la inmunidad al vampirismo normalmente se salta una generación. Pero, aun así, es algo que tendremos que discutir con ellos cuando crezcan —contesté—. No tiene sentido pensar en ello ahora. Podrían ocurrir muchas cosas hasta entonces. Todavía tenemos unos cuantos años por delante antes de que llegue el momento.

—Mmm. —Una sonrisa asomó en el rostro de Derek, y sus ojos chispearon traviesamente—. Así que serás para siempre mi esposa supersexy de veintitrés años.

Sonreí haciendo una mueca.

—Y tú serás para siempre mi esposo sexy de veinticuatro años... Bueno, en realidad, técnicamente también tienes veintitrés...

—Basta de pedanterías.

Antes de que pudiera protestar, me levantó y me subió por las escaleras hasta el dormitorio. Recostándome en la cama, comenzó a quitarme el camisón. Hizo una pausa, y la sonrisa se desvaneció de su rostro.

—Si de verdad pensamos seguir adelante con esto, debería ser más pronto que tarde. Porque... —Se calló y me miró con seriedad, con tanta seriedad que contuve la respiración, preguntándome qué ocurría. Se inclinó hacia abajo, como si me examinara—. Ya veo una arruga formándose en el rabillo de tu ojo.

Me reí y le di una palmada en el hombro.

—¡Derek! No deberíamos tomarnos la situación a la ligera. Todavía tenemos mucho que...

—Sí, todavía tenemos mucho que hacer —susurró con voz ronca—, mientras aún ambos seamos cálidos.

Terminó de quitarme el camisón y luego se arrancó su propia ropa. Mi piel se estremeció cuando su cuerpo ardoroso se deslizó bajo las sábanas junto a mí.

A veces, cuando hacíamos el amor, en el abandono, Derek se volvía casi demasiado ardiente para que yo pudiera tocarlo, y teníamos que detenernos hasta que se calmaba un poco. En algunas ocasiones, las sabanas que tenía agarradas se habían chamuscado.

No, un cambio de temperatura no parecía necesariamente algo malo para mi esposo.



Durante el mes siguiente, organizamos la venta de la casa, lo cual afortunadamente no fue difícil gracias a su ubicación, e hicimos los preparativos finales para partir. Recogimos todas nuestras pertenencias y nos aseguramos de que Ben y Rose tuvieran la oportunidad de decir adiós a todos sus amigos de preescolar.

Cuando nuestros vecinos y otros padres nos preguntaron a dónde íbamos, les contamos que habíamos decidido trasladarnos a Europa para estar cerca de un familiar enfermo.

Aiden, mi padre, llegó a nuestra puerta la noche antes de que los nuevos propietarios tomaran posesión de la casa. Estaba vestido con ropa casual, con una camiseta holgada de manga corta y jeans. Les había dicho a los gemelos que se sentaran sobre las maletas para quitarlos de en medio, pero se pusieron de pie de un salto tan pronto como su abuelo entró por la puerta.

—¡Es el abuelo! —chilló Rose.

—¡Abuelo! —gritó Ben.

El rostro de Aiden se iluminó en cuanto los vio. Se había librado de sus rasgos de Halcón gracias a Ibrahim que, después de varios años de experimentar con una combinación de hechizos y pociones, había logrado transformarlo por fin en humano con la ayuda de varias brujas más.

Mi padre los rodeó a ambos con sus brazos, plantándoles sendos besos en la frente. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Gracias por llegar a tiempo —dije. Me giré y grité:

—¡Derek, el abuelo está aquí!

Derek salió de la cocina con nuestra última maleta. La dejó en el suelo y sonrió a Aiden.

—Hola, abuelo.

—Hola —dijo Aiden, devolviéndole la sonrisa—. Xavier y Vivienne están esperando en el submarino, en el lugar de siempre.

Habían transcurrido cuatro meses desde la última vez que visitamos La Sombra. La emoción bullía en mi interior ante la perspectiva de volver a ver a mis cuñados.

Aiden se dirigió directamente al submarino para dejar a Ben y Rose. Luego regresó para ayudarnos a Derek y a mí a llevar el resto del equipaje hasta el puerto. Tuvimos que hacer varios viajes hasta que logramos transportarlo todo. Habíamos incluido todos nuestros muebles en la venta de la casa, pero era increíble la cantidad de pertenencias personales que habíamos acumulado después de tener hijos.

Una vez que hubimos terminado, dimos unos golpes en la escotilla y Vivienne la abrió. Se la veía radiante al sonreírme, dejando traslucir su felicidad en la expresión de su rostro mientras sus ojos azul violeta destellaban de alegría.

Derek, Aiden y yo descendimos al interior y aseguramos la compuerta por encima de nuestras cabezas.

—Te he añorado muchísimo —dijo Vivienne efusivamente.

Nos abrazó a Derek y a mí y nos besó en la mejilla. Nos llevó a la sala de control en la proa del submarino y todos tomamos asiento.

Sonreí al ver que Ben y Rose ya se habían acomodado en el regazo del tío Xavier. Les encantaba la sala de control. Tenían los ojos llenos de asombro mientras jugueteaban con los diferentes botones y murmuraban entre sí.

—Bienvenidos a mi morada. —sonrió Xavier.

Derek agarró a Xavier por el hombro y le alborotó el cabello, mientras yo le daba un beso en la mejilla. Entonces Derek se volvió hacia su hermana y,

señalando a Xavier, le preguntó:

—¿Te ha tratado bien este sinvergüenza desde que me marché?

Vivienne sonrió y puso una mano sobre el hombro de Xavier.

—Ah, sí. Estupendamente.

—Bien.

Vivienne se giró hacia los gemelos.

—Eh, Rose. Ben. ¿No hay un abrazo para la tía?

Ambos apartaron los ojos de los controles. Sus rostros se cubrieron con sonrisas desdentadas cuando levantaron la vista hacia Vivienne. Extendieron sus bracitos para que pudiera cargarlos a los dos. Ella les cubrió el rostro con besos y los llevó fuera de la sala de control, hacia la popa del submarino.

—Estamos todos... eh... Como mínimo, intrigados por el motivo de la decisión de volver a ser criaturas de la noche una vez más —dijo Xavier, mientras comenzaba a sacar el submarino del puerto.

Miré a mi padre. Ya había discutido nuestros planes con él por teléfono y había parecido entender mis razones para querer convertirnos. Percibiendo mi incertidumbre acerca de sus verdaderos sentimientos, se acercó y me agarró la rodilla, sonriendo.

—Creo que todos nos sorprendimos —dijo Aiden—. Pero estoy seguro de que todos en La Sombra estarán encantados de volver a tener a su reina y a su rey cumpliendo con sus funciones a tiempo completo.

Vivienne entró sin los gemelos. Cuando levanté la vista, señaló hacia la popa del submarino, donde Rose y Ben estaban sentados en un banco comiendo un tazón de fresas.

—Corrine insistió en enviar un refrigerio para que lo tomaran durante la travesía —dijo sonriendo.

Vivienne tomó asiento en la primera fila junto a Xavier y pasamos el resto del viaje respondiendo a preguntas sobre nuestra decisión.

Finalmente, Xavier arqueó una ceja y nos miró a Derek y a mí.

—Así que... Suponiendo que Ibrahim diga que es seguro intentar convertir a Derek de nuevo en un chupasangres, ¿ya hay una decisión firme sobre quién convertirá a quién?

Derek y yo intercambiamos una mirada.

—Esto debería ser obvio —respondió Derek, devolviéndole la mirada a Xavier y arqueando una ceja—. Tendrás el gran privilegio de convertirme a mí, y Vivienne convertirá a Sofia.

—Ah... —exclamó Xavier, y una mirada de decepción fingida cruzó su

rostro—. Creo que sería más divertido convertir a Sofía. No me entusiasma demasiado la idea de morder tu grueso cuello.

Vivienne le dio un codazo a Xavier en el estómago y dijo:

—No, Sofía es mía. Toda mía.

Solté una risita y, mirando a Derek, me encogí de hombros.

—Parece que nadie quiere al pobre señor Derek. Tal vez tendré que convertirte yo misma.

Lo había dicho en broma, pero sus ojos se iluminaron.

—Sí, Sofía. ¿Por qué no? ¿Por qué no me conviertes tú? Preferiría que fueras tú quien me chupara el cuello en lugar de este tipo feo —dijo, empujando a Xavier en el hombro.

Miré a Derek con nerviosismo.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Lo digo en serio —dijo, devolviéndome la mirada—. Vivienne te convertirá a ti, y luego tú me convertirás a mí.

El estómago se me revolvió.

—¿Por qué Vivienne no te convierte a ti después que a mí?

Derek miró a Vivienne, y luego a mí.

—Es solo que creo que sería más interesante que me convirtieras tú. — Me arqueó una ceja, mientras una pequeña sonrisa curvaba sus labios.

—De hecho, ¿qué pasará si no puedes volver a convertirte? Tú tienes que ir primero, porque si tú no te conviertes, entonces yo no puedo convertirme.

—Bueno, vamos a ver qué dice Ibrahim —contestó—. Si él dice que puedo convertirme, entonces daremos por buena su opinión.

—Pero, Derek —espeté—. Nunca antes he convertido a nadie. ¿Qué pasa si hago algo mal?

Me miró fijamente por un momento, sopesando esa posibilidad.

—Bueno, Xavier y Vivienne estarán allí para guiarte... Y alejarte de mí si es necesario.



Apenas se había abierto la escotilla del submarino cuando estallaron los aplausos. Tomé a Rose en brazos mientras Derek llevaba a Ben, y todos salimos del submarino.

Una pequeña multitud esperaba de pie en el Puerto para darnos la bienvenida. Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras miraba en torno a los

rostros conocidos.

Tuve que entregar rápidamente a Rose a mi padre, ya que Sombra fue el primero en llegar hasta nosotros. Con la lengua balanceándose, saltó hacia mí para lamerme y casi me derribó al intentarlo. Se había liberado de Eli, que ahora venía corriendo con una amplia sonrisa en su rostro.

—He oído que has decidido regresar al lado oscuro, Sofía. —Claudia sonrió y me guiñó un ojo—. Bienvenida.

Zinnia desnudó sus colmillos y se echó a reír. Gavin me dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Es estupendo tenerte de vuelta, chica.

—¡Rose!

Griffin, su hijo de cuatro años, salió por detrás de Gavin. Su rizado cabello rojizo me recordaba mucho a su padre, mientras sus ojos de color avellana eran decididamente herencia de su madre. Echó a correr hacia Rose y la rodeó con sus brazos, dándole un beso en la mejilla. Sonreí cuando Rose se ruborizó.

—Hola, Griffin —murmuró.

Griffin había sido una sorpresa para Zinnia y Gavin. Había sido concebido mientras viajaban ayudando a Aiden a disolver la organización de los cazadores en todo el mundo. Solo recientemente la pareja había decidido convertirse en vampiros, cuando consideraron que su niño humano tenía edad suficiente para soportar el susto de ver cómo a mamá y papá les brotaban colmillos.

Me entristecía pensar en dos vampiros que no estarían allí para saludarnos: Cameron y Liana. A pesar de que ya habían transcurrido varios años, todavía añorábamos su compañía. Se habían sometido a la cura para convertirse en humanos y abandonaron la isla. Sus hijos y nietos habían fallecido, pero siempre habían sentido el ardiente deseo de buscar a cualquier descendiente que aún viviera. Nos habían dicho que probablemente volverían a La Sombra después de un par de años, pero todavía los estábamos esperando.

Cuando terminamos de saludar a todos los que nos habían estado esperando en el Puerto, Derek y yo tomamos de la mano a los gemelos y los llevamos hacia el bosque. Pero, cuando íbamos a adentrarnos en el bosque, algo se agitó entre los árboles. Apareció una pequeña vampira. Abby.

Me miró y sonrió débilmente. Algo no iba bien.

—¡Hola! —dije.

Se acercó a nosotros y la rodeé con mis brazos, abrazándola fuerte. La aparté para poder examinar su rostro más de cerca.

—¿Qué sucede? —pregunté en voz baja.

Una lágrima rodó por la mejilla de Abby y su labio tembló.

—Quiero volver a ser humana, Sofía —dijo—. Quiero crecer.

Respiré profundamente. Percibí dolor en su voz. De hecho, había estado esperando que este día llegara pronto. Debería estar iniciando sus años de adolescencia y, sin embargo, todavía estaba atrapada en el cuerpo de una niña.

—Lo haremos, Abby. Lo prometo. Te volveremos a convertir en humana antes de que termine el mes.

Depositó un beso en su cabeza y ella sonrió más ampliamente, tranquilizada por mi promesa. Me besó en la mejilla y se alejó de mí, permitiéndome seguir adelante con Derek, Vivienne, Xavier y los gemelos.

—¡Sofía! ¡Derek!

Me di la vuelta una vez más. Anna se acercó a nosotros, con su largo cabello negro moviéndose libremente a su espalda mientras llevaba en brazos a la hija de un año que había tenido con Kyle, Ariana. Kyle la seguía de cerca. Los besé, y, mientras Anna se quedaba para hablar conmigo, Kyle se acercó a Derek, que empezó a charlar animadamente con él.

Ariana me recordaba a Rose cuando era más pequeña. Era una niña preciosa y tenía facciones similares, con ojos verdes y cabello oscuro.

—¡Anna! —gritó Ben. Se apartó de Derek y se acercó a nosotros.

Anna sonrió y se inclinó para abrazarlo. Me conmovió el corazón al ver el vínculo especial que tenían ambos, y sentí una sensación de eterna gratitud. Si no fuera por la decisión de Anna de cuidar a Ben cuando aún era un recién nacido atrapado en Aviario, dudaba que alguna vez hubiera podido volverlo a ver.

Rose también saltó y tiró de la manga de Anna.

—Hola Anna y Ariana —dijo ella, sonriendo dulcemente.

—Hola, preciosa. —Anna besó las mejillas de Rose.

—Sofía —dijo Anna, después de terminar de saludar a los gemelos—. Ian partió.

La miré fijamente.

—¿Ya?

Ella asintió.

—Finalmente propuso matrimonio a Katrine hace aproximadamente un

mes, y decidió que era hora de salir de la isla y comenzar su nueva vida en el exterior. Lamentó que no estuvieras aquí para decirte adiós.

Sonreí. Ian y Katrine, una de las chicas humanas que vivía a pocas puertas de él en las Catacumbas, habían empezado a verse unos tres años atrás.

Aunque estaba profundamente decepcionada porque no hubiera esperado para despedirse de nosotros, no sentí nada más que felicidad por ellos. Vi la alegría en los ojos de Anna también, y un evidente alivio. Ian finalmente había encontrado a alguien que la reemplazara, y ya no tenía que sufrir cada vez que la veía con Kyle.

—Bueno, no te entretengo más, Sofía —dijo Anna—. Estoy segura de que tienes un montón de trabajo que hacer acomodándote en tu hogar. Ya nos veremos.

Me besó una vez más y se marchó con Kyle y Ariana.

Derek cargó a Ben y lo colocó sobre sus hombros. Ben rio encantado de estar tan alto. Tomé la mano de Rose y le di un beso en la nariz, y aquello también la hizo reír.

Mientras nos acercábamos a Las Residencias, otras dos caras conocidas aparecieron a la vista. Ashley y Landis, el hermano menor de Xavier, caminaban hacia nosotros tomados de la mano.

Le había llevado dos años a Ashley dejar que Landis se acercase a ella, después de haber perdido a Sam de la manera más brutal imaginable. Pero, finalmente, el día había llegado y era feliz de nuevo.

Corrí hacia Ashley y la atraje a mis brazos. La besé en su pálida y fría mejilla, y susurré:

—Te he añorado tanto.

Las lágrimas brotaron de mis ojos cuando me devolvió la sonrisa. Me había acostumbrado a que sonriera solo para impedir que la gente sintiera lástima por ella. Pero ahora sonreía de corazón. Había encontrado la verdadera felicidad con Landis.

Me quedé con Ashley durante varios minutos antes de alejarme finalmente y llegar a los pies de una de las secuoyas más altas de la isla, sobre la que se había construido nuestro magnífico ático. Entramos en el ascensor de cristal y nos dirigimos hacia arriba.

Rose y Ben deambulaban por la terraza, contemplando maravillados el cielo estrellado. Nos habíamos asegurado de construir una valla alta alrededor de la terraza, de manera que no hubiera ninguna posibilidad de accidentes.

Nuestros gemelos tenían mentes peligrosamente aventureras y, ahora que se habían independizado, a veces era difícil no perderlos de vista.

Cuando nos acomodamos y terminamos de subir nuestro equipaje, dejamos a los gemelos en su sala de juegos con Aiden vigilándolos y salimos de la casa con Vivienne y Xavier.

Nos dirigimos de nuevo por el bosque hasta llegar al claro del exterior del templo de las brujas. El Santuario de Corrine. Llamamos a las puertas de madera y Corrine las abrió unos momentos después.

—Bueno, hola —dijo, sonriendo—. Adelante.

La seguimos a lo largo de los estrechos corredores hasta que llegamos a un estudio circular lleno de estanterías con frascos de pociones.

Ibrahim alzó la vista desde su asiento en un pequeño escritorio situado en un rincón de la sala.

—¡Bienvenidos de vuelta! —Se puso de pie y nos dio un abrazo.

Tomamos asiento alrededor de la mesa, mientras Corrine se sentaba en el regazo de Ibrahim.

—Así que —comenzó Corrine, arqueando una ceja y mirándonos de cerca—, nuestros reyes realmente quieren volver a convertirse en vampiros.

Derek y yo intercambiamos una mirada antes de asentir.

—Pero tenemos que saber cuál es la situación de Derek —dije—. ¿Crees que podrá volver a convertirse, con sus poderes de fuego y todo eso?

Ibrahim se acarició la barbilla y siguió mirándonos, profundamente inmerso en sus pensamientos.

—Bueno —dijo—, todavía no sabemos exactamente qué tipo de hechizo lanzó Cora sobre ti para otorgarte esos poderes. Pero estoy bastante seguro de que no va a interferir con tu conversión. Ya fuiste vampiro antes. No veo por qué no puedes serlo de nuevo.

Miré a Derek, agarrando su mano.

—Bueno, entonces hagámoslo —dijo.



Después de regresar a nuestro ático, terminamos con el equipaje y luego pasamos el resto de la noche con Ben y Rose. Esta sería la última noche que disfrutaríamos con ellos siendo humanos. Derek y yo habíamos decidido que Vivienne me convertiría el día siguiente. Suponiendo que me sintiera lo suficientemente estable después de la transformación, el plan era que

convertiría a Derek el mismo día.

Esa noche, los gemelos durmieron abrazados a nosotros en nuestra cálida cama. Dormimos hasta bien entrada la mañana siguiente, y tomamos el desayuno en la cama. Cociné su comida favorita: croquetas con queso y salsa de tomate.

Aiden llegó a eso de las once de la mañana y mantuvo ocupados a los gemelos en su cuarto de juegos mientras nos íbamos. Me había prometido cuidar de ellos hasta que estuviésemos en condiciones de volver a verlos.

Derek y yo nos tomamos de la mano mientras nos acercábamos al claro del Puerto. Vivienne había sugerido que nos convirtiéramos allí, ya que había mucho espacio abierto y no había nada que se pudiera destruir fácilmente en casi cinco kilómetros a la redonda.

A medida que nos acercábamos, mi malestar creció. Se me hizo un nudo en la garganta. Una pequeña multitud se había congregado alrededor del claro, todos ellos rostros conocidos. Tragué saliva mientras miraba a Vivienne, que esperaba en el centro del claro donde habían colocado una gran losa de piedra. Me sonrió cuando me acerqué y me apretó la mano con ánimo tranquilizador.

—Seré delicada contigo —dijo ella.

*«Tan delicada como puede ser un vampiro mientras desgarras la garganta de un humano.»*

Me acordé de aquella vez que había sido testigo de la transformación de Ashley en el Santuario. Kyle había sido el encargado de hacerlo. Ashley se había retorcido en agonía durante lo que me parecieron horas. No había habido nada que se pudiera hacer para ayudar a aliviar su dolor. Después lo había descrito como una tortura tan insoportable que comenzó a desear la muerte.

Pero me preguntaba si se acercaba siquiera a la agonía de transformarse de vampiro en humano. Me estremecí, recordando la sensación del sol asándome viva. Había pasado por ello y había sobrevivido.

*«Esto no puede ser peor. Nada puede ser peor que aquello.»*

La multitud estaba mortalmente silenciosa mientras yo me colocaba en la piedra. Derek se inclinó sobre mí y depositó un tierno beso en mis labios.

—Estoy aquí contigo —dijo—. Estaré a tu lado todo el tiempo.

Tragué saliva y asentí.

Mi corazón empezó a acelerarse mientras Derek daba un paso hacia atrás y Vivienne se inclinaba para que su rostro estuviese a la altura del mío.

Mientras apartaba el cabello de mi cuello y desnudaba sus colmillos, miré a Derek una vez más y mantuve la mirada.

Fue entonces cuando me di cuenta de qué era lo que me molestaba de verdad en toda esa situación.

—¡Espera! —jadeé, empujando a Vivienne justo antes de que rasgase la piel.

—¿Qué? —Me frunció el ceño.

Me senté y me apresuré hacia Derek, tomándolo de la mano.

—Antes necesito tener una breve conversación con Derek, ¿de acuerdo? Regresaremos enseguida.

Derek parecía tan desconcertado como Vivienne mientras yo lo arrastraba de vuelta al bosque. Caminé con él hasta que estuvimos fuera de la vista de los demás, y entonces lo miré a los ojos.

—Quiero que me conviertas tú, Derek.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Eh? ¿Por qué? Ya habíamos acordado que tú me convertirías.

«*Oh, Dios. ¿Cómo te digo esto?*»

Me detuve y sentí que mis mejillas se ruborizaban hasta alcanzar un tono carmesí. Tuve que desviar la mirada hacia el suelo mientras tartamudeaba.

—Es una... Una fantasía que tengo. Que tú me conviertas. Desde el principio.

Era una fantasía que había mantenido oculta en lo más profundo de mi subconsciente desde que lo conocí. Siempre había imaginado que, si alguna vez me convertía, él sería quien lo haría. Nunca me lo había admitido a mí misma hasta ese momento.

Las palabras sonaron tan embarazosas que la cara me ardía de vergüenza.

Me tomó la barbilla y la alzó para forzarme a mirarlo a la cara. Sus intensos ojos se clavaron en mí.

—¿Qué pasa si yo tengo una fantasía en la que tú me conviertes a mí? —preguntó dulcemente.

No pude evitar soltar una risita ante la seriedad de la mirada inquisitiva de Derek.

—Entonces serás un caballero y le concederás su fantasía a tu dama.

Frunció el ceño por un momento, estudiándome con atención. Luego asintió aceptando la derrota.

—Mmm.

Deslizó un brazo alrededor de mi cintura y me llevó de regreso al claro.

—Atención todo el mundo, cambio de planes —anunció—. He decidido que yo quiero convertir a Sofía. Así que Vivienne me convertirá primero a mí.

Vivienne pareció sorprendida, al igual que todos los demás. Pero Derek no dejó tiempo para preguntas. Se dirigió directamente a la losa y se tendió.

Vivienne lo miró con el ceño fruncido. Luego suspiró y se dejó caer a la altura de su hermano.

Mi corazón se aceleró mientras Vivienne desnudaba los colmillos y, con un movimiento brusco, los clavaba en el cuello de Derek. Corrí hacia el otro lado de la piedra, donde podía tener una visión más clara de Derek. Pero Xavier me agarró del brazo y me sujetó.

—No sabemos en qué estado se encontrará una vez que haya sido convertido. Es mejor que te mantengas a distancia.

Di un paso atrás para quedarme junto a todos los demás. Ashley me tomó la mano y me la apretó.

—Deja de preocuparte —susurró—. Derek es un guerrero. Lo superará.

Sus palabras hicieron poco para aliviar mis nervios cuando Derek comenzó a temblar violentamente.

Vivienne nunca haría daño a su hermano, pero no podía detener las palpitaciones de mi corazón mientras las convulsiones de Derek empeoraban. Cuando Vivienne se apartó de él, limpiándose la sangre de los labios, Derek temblaba tan violentamente que Xavier y Yuri tuvieron que agarrarle los brazos para sujetarlo contra la losa.

Y luego vino la sangre. Derek comenzó escupir bocanadas de sangre. Ashley me sujetó con más fuerza cuando, una vez más, traté de correr hacia él.

—La sangre es una buena señal, Sofía —susurró—. Eso significa que el veneno de Vivienne está funcionando.

Traté de respirar con más calma.

*«Es una buena señal. Es una buena señal.»*

Repetí las palabras en mi cabeza como si fuera una oración.

Finalmente, Derek dejó de toser y su cuerpo se relajó sobre la piedra. Aunque sus manos y sus pies todavía se retorcían, Xavier y Yuri lo soltaron y se apartaron. Las manos de Ashley también se aflojaron cuando yo me relajé.

Sus ojos permanecían fuertemente cerrados. Ahora su cuerpo parecía demasiado quieto para tranquilizarme. Antes, cuando estaba temblando, al menos daba señales evidentes de estar vivo. Pero ahora que estaba tan

mortalmente quieto...

Antes de que Ashley pudiera detenerme, me separé de la multitud y corrí hacia la losa.

Xavier y Yuri se arremolinaron en torno a mí.

—¡No! —gritaron—. No te acerques tanto. Tu sangre...

Ashley me agarró por la cintura y me arrastró hacia atrás.

—¡Detente, Sofía! —me siseó al oído—. Xavier ya te dijo que no sabemos en qué estado se encontrará cuando despierte.

Pero ya era demasiado tarde.

Los ojos de Derek se abrieron de golpe y se sentó totalmente erguido, limpiándose la sangre de la cara con la manga.

Volvió la cabeza en mi dirección y sus ardientes ojos, ahora varios tonos más brillantes, se clavaron en mí.

El león había olido a su presa.

Xavier y Yuri se abalanzaron sobre él, pero los apartó de su camino con esa fuerza que me había olvidado que poseía Derek.

Ashley y Claudia saltaron hacia adelante para protegerme, pero a ellas también las apartó de un plumazo. Agarrando mi cintura, me arrojó por encima de su hombro y corrió hacia el bosque.

—¡No! —chillé—. ¡Derek, detente!

Siguió adelante con una velocidad aterradora. Solo se detuvo a los pies de un árbol cuando dejó de oír a nuestros perseguidores. Me bajó al suelo y, agarrando mi cuello entre sus fuertes manos, me empujó contra el árbol. Luego colocó una mano sobre mi boca para ahogar mi grito, y usó la otra para apartar el cabello de mi cuello, dejándolo claramente accesible. Sus ojos brillaban con un hambre que me hizo creer que me dejaría seca en cuestión de minutos.

*«Oh, no. Otra vez no.*

*Esto no está pasando.*

*Esto no puede estar pasando.»*

Había creído que sería el mismo vampiro que era justo antes de convertirse en humano. No había pensado que volvería a ser el chupasangres descontrolado que había sido cuando despertó por primera vez después de cuatrocientos años dormido. Ni siquiera se me había ocurrido. Pero ahora, para mi terror, toda la situación me recordaba ese momento. La forma en que me había embestido contra una superficie dura, con los ojos en llamas y su aliento frío contra mi piel.

Todo parecía idéntico al día en que nos conocimos.

«¿Qué pasa con nuestros hijos?»

Hice lo único que se me había ocurrido hacer en el pasado cada vez que Derek perdía el control de sí mismo. Comencé a tararear nuestra melodía. A pesar de que tenía la mano tapándome la boca, yo tarareaba lo más fuerte posible.

—Silencio. —Su voz brotó como un gruñido—. Tu pequeña melodía ya no funcionará más.

«¿Qué?»

Con el pecho agitado y los ojos encendidos, inclinó la cabeza hacia mi garganta. Ahogué un grito cuando raspó sus colmillos contra mi cuello y su lengua fría recorrió toda mi piel.

Estaba empezando a perder toda esperanza de que sería capaz de llegar a él a tiempo cuando sus manos se aflojaron. Sentí cómo daba un paso atrás.

Cuando abrí los ojos, la alocada mirada sedienta de sangre había desaparecido.

En su lugar, se había instalado la sonrisa aniñada de Derek.

Tan pronto como nuestros ojos se encontraron, se inclinó y comenzó a reír.

—¡Deberías haber visto la mirada de tu rostro! —jadeó.

Me quedé boquiabierta. La sangre volvió a mis mejillas.

—¡Por todos los cielos, Derek! —exclamé mientras recobraba el aliento.

—Estabas tan adorable... Y cuando intentaste tararear nuestra melodía.

—Me tomó el rostro entre sus manos y apretó sus labios contra los míos—. Lo siento. Era demasiado fácil. Simplemente no pude resistirme.

—Casi logras que me dé un ataque al corazón.

Derek rompió a reír de nuevo, y esta vez no pude evitar unirme a él a pesar de que todavía me temblaban las rodillas por el susto.

—Pensé que habíamos vuelto a la casilla de salida —dije—. Todo ese trabajo que he puesto en ti, todo para nada.

—No —dijo él, con el pecho todavía agitado, mientras trataba de contener la risa—. Supongo que he conservado los progresos que hice cuando era vampiro... Por suerte para ti.

Me arqueó una ceja y me empujó contra él, respirando en mi cuello.

—Dicho esto, hueles bastante tentadora.

—Bueno, puedes probar un poco más adelante —murmuré, levantando la vista mientras los demás llegaban corriendo hasta nosotros.

Nos contemplaron asombrados, con las caras lívidas por el pánico. El terror de sus ojos se tornó en confusión cuando nos observaron actuar como si nada hubiera sucedido.

—Todo eso —dije, mirando a Derek—, es lo que nuestro rey entiende por una broma.



—Entonces, ¿qué se siente al ser un vampiro de nuevo? —pregunté.

Estábamos en el ático de Vivienne, en una de sus habitaciones de invitados. Derek yacía de espaldas en la cama mientras yo descansaba a su lado, sosteniendo su mano en la mía.

—Es... extraño. Ahora que he pasado tiempo alejado de todo esto, no me detesto tanto como antes. Supongo que también es un alivio no estar preocupándome constantemente por que me estallen llamaradas de fuego de las manos cada vez que estoy, ejem, excitado.

Me guiñó un ojo. Le sonreí.

Le habían aconsejado que descansara después del trauma de la mañana, con el fin de prepararse para lo que tenía que hacer. Ya era de noche.

Los dos nos quedamos en silencio. Ahora que el tiempo que habíamos acordado se acercaba, la sangre me subió de nuevo a las mejillas. Estaba segura de que los dos estábamos pensando lo mismo.

Me mordí el labio mientras lo miraba fijamente. Su rostro estaba serio y tenía una mirada intensa.

—Bien —murmuré. Supongo que es la hora.

Sin decir una palabra, se puso de pie y, levantándose en brazos, salió de la habitación. Al pasar por la sala de estar, vimos a Vivienne y Xavier sentados juntos en el sofá.

—¿Va a hacerse ahora? —preguntó.

Derek asintió.

Ambos se levantaron y se acercaron a nosotros, pero Derek sacudió la cabeza.

—No vamos a necesitarte, Xavier. Y a ti, Vivienne, tampoco. Puedo arreglármelas con ella... Sea cual sea el estado en el que se encuentre después de convertirse.

Salió corriendo antes de que ninguno de los dos pudiera responder. Tomamos el ascensor para bajar al suelo y empezó a dejar atrás los árboles.

Su velocidad me obligaba a esforzarme en respirar mientras me apretaba contra su cuerpo con más fuerza.

Pasamos junto al claro donde previamente Vivienne había convertido a Derek.

—¿A dónde vamos?

—¿Te das cuenta de que esta es la última noche que ambos seremos lo que éramos cuando nos conocimos?

Asentí con la cabeza mientras asimilaba sus palabras.

«*Derek, un vampiro. Yo, una humana.*»

Corrimos por la playa, por el lado exterior de la muralla, hasta que llegamos a un cúmulo de peñascos gigantes. Trepó por ellos. Después de unos minutos, apareció a la vista.

El Faro.

De repente me embargaron todos los recuerdos asociados a ese lugar y tuve que esforzarme por contener las lágrimas.

Derek se acercó al Faro y subió las escaleras a toda velocidad. Cuando llegamos al nivel más alto, empujó la puerta, entró en la acogedora sala circular y me tendió en la cama con dosel que habíamos traído hasta allí, sobre todo para las ocasiones en las que queríamos alejarnos de todo el mundo.

Caminó alrededor de la sala, cerrando las cortinas de terciopelo rojo y encendiendo las velas que rodeaban la cama.

—Yo ya me divertí antes —dijo, acercándose a la cama y mirándome a través de sus oscuras pestañas—. Esta es tu noche, Sofía. Es tu fantasía.

La garganta se me secó cuando se quitó la camisa, dejando al descubierto su pecho surcado por cicatrices.

—Entonces, nena. ¿Qué te gustaría hacer en primer lugar?

—Yo... Yo, eh...

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿A Sofía Novak le han comido la lengua? ¿Pero qué ocurre? —Se arrancó los jeans con un movimiento repentino, dejando su ropa interior a la vista. ¿Te intimidó?

Tragué saliva con fuerza.

Se arrodilló en la cama y me empujó hacia atrás. Arrastrándose sobre mí hasta que su rostro estuvo por encima del mío, me sujetó los brazos por encima de la cabeza.

«*¿Qué me ocurre?*»

Me quedé sin aliento, como si fuera una adolescente cuyo primer amor acabara de entrar en la habitación.

Cerré los ojos mientras sus labios encontraban la zona más suave y sensible de mi cuello, justo debajo de la oreja. Pasó la lengua sobre ella, y entonces sentí el ligerísimo roce de sus colmillos.

Solté el aire bruscamente.

—¿Deseas esto, Sofía? —susurró, llegando a mi espalda y desabrochando la cremallera de mi vestido.

—Sí —suspiré.

—¿Lo deseas de verdad? —preguntó, quitándome el vestido por la cabeza y desabrochándome el sostén.

—Sí.

Agarrando la parte delantera de mi sostén entre los dientes, lo arrojé por encima de su hombro. Luego bajó la cabeza hasta mis bragas y, mordiendo el elástico, me las arrancó también.

—¿Y quieres que te lo haga? —preguntó, deslizando sus palmas a lo largo de mis muslos.

—¡Sí! —jadeé.

La sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios.

Me estremecí mientras se colocaba sobre mis caderas.

—Muy bien —susurró—. Si insistes...

## CAPÍTULO 1: SOFÍA

Doce años más tarde...

—Un campamento de verano con diecisiete años. ¿En serio, mamá?

Me quedé mirando a mi hija. Tenía su largo cabello oscuro atado en una coleta, y sus hermosos ojos verdes no se apartaban de mí.

Mi Rose. Princesa de La Sombra.

—¡Ben! —llamó a su hermano.

La puerta se abrió y su hermano irrumpió en el comedor.

—No vas a creer esto —dijo ella, poniendo los ojos en blanco mientras me señalaba—. Mamá quiere que este año vayamos *de nuevo* al campamento de verano.

—¿Qué?

Ben, mi príncipe. Se parecía tanto a su padre que a veces me desconcertaba. Se alzaba por encima de nosotras, mirándome a mí y luego a Rose. Tan pronto como posó los ojos en Rose su expresión imitó la de su hermana. Se giró hacia mí.

—¿En serio, mamá? El año pasado, bueno, pero ¿este año? Somos demasiado mayores.

No pude evitar que se me escapara una risita al ver su indignación.

—Ah, lo siento, anciano —dije, palmeándole el hombro—. ¿Te vuelven a dar problemas las rodillas?

—¡Papá! —llamó Ben. Cuando Derek no respondió, Ben regresó e irrumpió a buscarlo en su dormitorio.

—¡Oye, mamá! ¿Puedes adelantarme mi regalo de cumpleaños? —preguntó Rose, mirándome inocentemente a través de sus oscuras pestañas.

—¿Qué?

—No me envíes al campamento de verano —dijo inexpresiva.

—¡Los dos! —dije—. No es el mismo de la última vez. Ni siquiera se llama campamento de verano. Es un curso de entrenamiento de supervivencia. Será muy divertido. Está en una pequeña isla frente a la costa de Escocia. Mira, aquí está el folleto. Como puedes ver en la primera página, es para edades de diecisiete a veinticinco años, por lo que los de diecisiete son los más jóvenes. El abuelo ya lo ha reservado y...

—¡Ah, así que la edad requerida es adecuada para que vayan mis padres! Fantástico —dijo Rose, mirando el folleto—. ¿Qué tal si vas con papá en lugar de ir nosotros?

—Cuidado —dijo Derek cuando entró en la habitación con Ben. Todavía llevaba puesto su pijama y tenía un libro bajo el brazo—. Hay dos chicos no llegarán a los diecisiete si no se andan con cuidado. —Derek le enseñó los colmillos a Rose—. Serán vampiros de “casi diecisiete años” para siempre. —Agarró a Ben y lo olisqueó.

Ben se liberó de las manos de Derek y se acercó a su hermana, que estaba sentada frente a nosotros en la mesa.

—¿Estuviste de acuerdo con esto? —Ben clavó una mirada acusadora en su padre.

—Oh sí —respondió Derek—. De hecho, fui yo quien lo sugirió.

Ambos refunfuñaron.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que vayamos? —preguntó Rose.

—Ya hemos hablado de ello, cariño —suspiré—. Este va a ser el último año que tendrás la oportunidad de salir a la calle y ser normal. Sigues diciendo que quieres convertirte en vampiro, y tu hermano también. Bueno, este es el precio que ponemos, porque nos lo agradecerás dentro de quinientos años. Recordarás este momento con cariño.

—Quinientos años atrapado con mis padres —murmuró en voz baja Ben—. Tal vez me quede como humano.

—Llevas suplicándonos que te convirtamos desde que tenías ocho años —le recordé.

Él se quedó callado.

—Ahora —continué—, te irás con tu hermana el día después del cumpleaños. Eso es dentro de tres días. Así que te sugiero que comiences a preparar el equipaje ahora. Echa un vistazo a esta lista de cosas para llevar y quiero saber si hay algo que no tengamos.

Dicho eso, agarré la mano de Derek y salí de la habitación.

—Se quejan todos los años —le dije—. Pero, cuando vuelven, siempre han pasado las mejores vacaciones de sus vidas. Adolescentes. Tienen que encontrar algo de lo que quejarse o su día no está completo. —Besé a Derek en la mejilla y continué—. Voy a ver a Corrine.

—Muy bien, nena —dijo él, retirándose a su estudio.

Salí del ático y me encaminé al Santuario. Llamé a la puerta con los nudillos. Ibrahim respondió, sosteniendo en la mano una taza con algún tipo de té exótico con especias.

—Hola, Ibrahim.

—Hola, Sofía. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estoy aquí por Corrine. ¿Está en casa?

—No, está en la escuela.

Le di las gracias y regresé por el bosque hasta llegar al bullicioso centro de la ciudad de La Sombra, El Valle. La escuela ocupaba un gran edificio blanco en medio de la plaza mayor. Entré y caminé por los pasillos, examinando cada aula mientras pasaba. Me detuve súbitamente cuando vi a mi padre, que ahora era vampiro, apoyado sobre un escritorio en una de las aulas. Estaba hablando con Adelle, la directora de la escuela. Era una bruja alta, de llamativo cabello castaño rojizo que parecía estar en la treintena.

Había llegado a la isla diecisiete años atrás, junto con Ibrahim y un grupo de brujas que habían abandonado El Santuario porque preferían vivir con nosotros. Estábamos en deuda con estas brujas en muchos sentidos. Sin ellas no habríamos sido capaces de reconstruir La Sombra para convertirla en lo que era hoy. Antes de que llegaran, nuestra isla era una ruina total gracias a los Ancianos y sus hijos. Ahora la isla era mejor y estaba más hermosa que nunca.

—Ah, hola, Sofía —dijo Aiden al verme en la puerta.

Todavía me resultaba extraño verlo como vampiro. Finalmente había accedido, alrededor de un año después de que Derek y yo nos convirtiésemos de nuevo en vampiros. Al principio se había detestado a sí mismo, pero, con el paso de los años, se había acostumbrado. Recientemente había notado que mantenía conversaciones particularmente largas con Adelle. Aún no me había atrevido a preguntarle por su amistad, pero no podía evitar notar la atracción que aparecía en su mirada cada vez que posaba sus ojos en ella. Me alegraba de corazón que finalmente pudiera estar abriéndose a otra mujer. Y, esta vez, a una mujer que lo merecía.

—Hola, papá —saludé—. No te preocupes por mí.

Sonreí para mis adentros mientras los dejaba a solas. Seguí caminando por los pasillos con la esperanza de encontrar a Corrine. Fue entonces cuando vi a Abby. Estaba sentada detrás de un escritorio en una pequeña oficina, revolviendo papeles y tomando notas.

Levantó la vista tan pronto como entré. Abigail Hudson era ahora una preciosa joven que me contemplaba con sus hermosos ojos de color azul claro y su largo cabello rubio recogido en un moño en lo alto de la cabeza. El parecido con su hermano era tan extraordinario que a menudo descubría que necesitaba tomarme unos instantes a solas para recuperarme después de hablar con ella, ya que las lágrimas amenazaban con surcar mis mejillas.

Años atrás, la habíamos vuelto a convertir en humana para que pudiera crecer. Había permanecido como tal hasta que cumplió dieciocho años, y entonces quiso volver a ser vampira. Yo la convertí. Ahora Abby trabajaba junto a las otras brujas como profesora en la escuela, y estaba claro que adoraba cada instante de su trabajo.

—Hola Sofía —dijo ella sonriendo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Sabes dónde está Corrine? —pregunté—. Ibrahim dijo que estaba aquí en la escuela, por algún lugar.

—Está con Anna en el comedor.

—Gracias, Abby.

Me di la vuelta y salí de la oficina. Al llegar al comedor, una gran sala de techos altos con largas mesas de madera que la recorrían en toda su longitud, vi a Corrine sentada con Anna en la esquina más alejada.

Parecían enfrascadas en una conversación, así que esperé en la puerta, pero mi agudo sentido del oído no pudo evitar captar su conversación.

—Creo que solo necesitamos una ronda más de sangre —dijo Corrine—. Después de eso, estoy segura de tener suficiente para recrear más muestras que las que nos has dado a lo largo de los años. Lo hemos almacenado todo cuidadosamente.

«*Por supuesto.*»

Corrine me había mencionado que tendría esta conversación con Anna. Dado que Anna era ahora la única inmune que teníamos en la isla, su sangre era inmensamente valiosa.

Nos había donado generosas cantidades de su sangre para que pudiéramos almacenarla y utilizarla en cualquier vampiro que quisiese volver a ser humano. Con los años, las brujas habían logrado desarrollar una manera de

replicar su sangre y mezclarla con sangre animal para conseguir el mismo efecto cuando la consumía un vampiro. Si no lo hubieran logrado, habría sido necesaria demasiada sangre de Anna para asegurar que nunca se nos agotase. Las brujas almacenaban las muestras de forma segura en tres lugares distintos de la isla. De ese modo, incluso si sucedía un desastre, era poco probable que lo perdiéramos todo. Los vampiros seguirían teniendo la opción de volver a ser humanos, incluso después de que Anna muriese.

El cabello negro y liso de Anna se mecía sobre sus hombros mientras mantenía los ojos fijos en Corrine. Cuando no estaba donando sangre o con su familia, ayudaba en la escuela preescolar de la isla. Ya estaba bien entrada en la treintena y lucía un abultado vientre. Este sería su tercer hijo con Kyle.

Era extraño pensar que yo tendría su edad si no le hubiese pedido a Derek que me convirtiera. Sentí una punzada de dolor en el corazón mientras la contemplaba. Le debía más de lo que jamás podría devolverle. Sin embargo, me sentía incapaz de aferrarme a ella.

Dado que Anna era inmune a la maldición del vampirismo, no había manera de que pudiese convertirse en uno de nosotros. Inmortal. La única manera que conocíamos para curar la inmunidad de su organismo era llevarla a Cruor, puesto que yo había estado secuestrada allí. Ese era un destino peor que la muerte, y ni siquiera eso era posible, ya que los portales hacia ese reino llevaban casi dos décadas cerrados.

Teníamos que aceptar el hecho de que Anna fallecería algún día. Esa era la razón por la que Kyle no se había convertido de nuevo en vampiro. No podía soportar la idea de vivir sin ella, por lo que había decidido morir de forma natural con Anna cuando la naturaleza se los llevara a ambos.

—No es ningún problema, Corrine. —Anna sonrió gentilmente—. Siempre te he dicho que no me importa donar sangre. Me alegra ser de tanta utilidad.

—Sí —Corrine le apretó la mano—. Y esta isla ya te debe demasiado, Anna. No queremos tomar de ti más que lo que necesitamos de verdad.

—No pasa nada, Corrine —dijo Anna, agitando una mano en el aire—. Todos los habitantes de la isla son mi familia.

Corrine suspiró y se levantó.

—Bueno, no te entretengo más, querida —dijo ella, contemplando la enorme barriga de Anna—. Tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

Anna asintió mientras se dirigía a la salida que estaba al otro lado de la sala, y Corrine se acercó a mí.

—Ah, Sofía. Te estaba esperando. —Entrelazó su brazo con el mío y abandonamos el comedor—. Regresemos a mi casa.

—¿Así que definitivamente ya no vas a necesitar más sangre de Anna después de esto? —pregunté.

—Correcto. Tenemos suficiente para recrear más dosis, siempre que conservemos con cuidado nuestro suministro.

Suspiré pesarosa.

Corrine levantó la vista hacia mí.

—Anna está en paz con su vida —dijo—. Te preocupas más por ella de lo que ella lo hace por sí misma. ¿Te das cuenta de eso?

Asentí.

—Es solo que no puedo soportar la idea de perderla algún día. Será cómo perder a una hermana.

—Lo sé —convino Corrine, apretando los dientes—. No hay una sola persona en esta isla que no vaya a llorar su pérdida. Es alguien muy especial. Kyle es un hombre afortunado.

Caminamos en silencio durante el resto del paseo hasta el Santuario. Cuando estuvimos sentadas en el salón de Corrine, traté de apartar a Anna de mis pensamientos. No tenía ningún poder sobre su destino.

—Así que —dije, aclarándome la garganta—, acerca del cumpleaños de los gemelos...

Los ojos de Corrine se iluminaron con emoción y comenzó a explicarme las ideas que tenía para su fiesta de este año.

Levanté una mano.

—Corrine, por eso estoy aquí, para hablar contigo de eso. No quieren que les organicemos una gran fiesta este año.

Su rostro se ensombreció de desilusión.

—¿Por qué no? Siempre nos divertimos mucho.

—Están... madurando. No les gusta la idea de que sus padres aún les organicen una fiesta. Yo voy a obligarlos a ir a este curso de supervivencia. Y no quieren una gran fiesta. Podemos limitarnos a organizar un picnic para todos los niños y adolescentes de la isla.

Corrine se tragó su decepción y asintió.

—Bueno... Está bien entonces.

Le pellizqué cariñosamente el hombro. La bruja, que aún se resistía a tener hijos propios con Ibrahim ya que, al ser una bruja, aún tenía muchos años de juventud por delante, dedicaba toda su atención a los gemelos y

disfrutaba con cada momento. Sabía lo mucho que mis gemelos significaban para ella, especialmente Rose, y vi el dolor en sus ojos cuando cayó en la cuenta de que ya no eran los niños pequeños que buscaban ansiosamente toda su atención.

Me quedé durante media hora más con ella planeado el picnic, y luego regresé al ático.

*«Cuando los gemelos se hayan ido, todos tendremos que discutir cosas mucho más importantes que fiestas de cumpleaños.»*

## CAPÍTULO 2: ROSE

—Podría ponerse los pantalones de mi abuela y seguiría estando sexy —dijo Becky, mirando con nostalgia a mi hermano, que estaba sentado sobre el césped con un grupo de amigos.

—Me encanta que se esté dejando crecer un poco el cabello —añadió Jessica, contemplándolo soñadoramente mientras apoyaba la barbilla entre sus manos—. Maldición, le sienta muy bien.

—En serio, ¿qué le dan para comer tus padres? —preguntó Silvia, girándose hacia mí.

—Lo mismo que a mí —murmuré, mirando con gesto de exasperación a mis amigas.

—¿Con quién crees que saldrá después, ahora que ya no sale con Yasmine? —preguntó Jessica.

—Ni idea.

—¿Todavía entrena en artes marciales con tu padre? —preguntó Becky.

—Sí —respondí, estirando las piernas sobre la hierba y bostezando—. Mi padre nos obliga a hacerlo a ambos.

—Ahh... Príncipe Benjamín Novak —susurró Silvia, suspirando—. ¿Cuándo serás mío?

Miré a mis tres amigas, que se habían quedado conmigo después del picnic solo para seguir comiéndose con los ojos a mi hermano. Ben era el galán deseado por todas las chicas de la isla. Cada vez que estaba con ellas mientras Ben andaba cerca, sentía que en realidad daría igual si yo no existiera.

Era mi cumpleaños tanto como el de Ben, pero, durante todo el picnic,

mis amigas no habían hecho otra cosa que mirarlo descaradamente y contarse chismes sobre mi hermano. En ocasiones me preguntaba cuántas eran amigas mías solo para conocer las novedades acerca de mi hermano.

Yo, por el contrario, no parecía atraer tanta atención por parte de los chicos de mi edad. Claro, los cazaba mirándome, pero raramente era más que eso. Mis amigas pensaban que tal vez les intimidaba al ser la princesa de La Sombra. Mi teoría era que les intimidaban los varones de mi familia. Pensaba que quizás la perspectiva de sentir el aliento de Derek y Ben Novak en su nuca era demasiado desalentadora para que un joven se molestara. Porque mi hermano era tan protector conmigo como mi padre. Después de todo, había muchas más chicas guapas en la isla que ofrecían menos obstáculos.

Sin embargo, no podría decir que nada de esto me molestara demasiado. Mi vida no giraba en torno a la búsqueda de un novio como parecía ser el caso de mis amigas.

No sabía si era solo mi imaginación, pero el chismorreó de mis amigas parecía haber empeorado en los últimos meses, y descubrí que cada vez pasaba más tiempo con Griffin. Cuando él andaba cerca, había tomado la costumbre de salir con los amigos de mis padres. Comprobé que tenía más en común con ellos que con la mayoría de los chicos de mi edad que todavía eran humanos.

La Sombra era un lugar extraño. Aunque la mayoría de los amigos de mis padres estaba técnicamente en la adolescencia o rondando los veinte, muchos ya habían vivido cientos de años. En cierto sentido, tenía lo mejor de ambos mundos cuando estaba con ellos. Todavía eran jóvenes de corazón y, sin embargo, atesoraban una enorme experiencia, con valiosos siglos de conocimiento e historias para compartir.

—¿Harías eso por nosotras, Rose?

Alcé la vista para ver cómo mis tres amigas me miraban fijamente.

Me había sumido en mis propios pensamientos y había perdido completamente el hilo de su conversación.

—Perdón, ¿qué? —murmuré entre dientes.

—Queremos que nos hagas un recorrido por la habitación de tu hermano —dijo Jessica, en actitud expectante con sus ojos castaños abiertos como platos.

—¡Ah! —resoplé—. No. Confía en mí. Tú no quieres eso. Está tan desordenada que no tienes...

Mi voz se desvaneció cuando vi a Anna y Kyle sentándose en la pradera a

pocos metros de nosotros con sus hijos, Ariana y Jason.

Aunque Ariana era cuatro años más joven que yo, sabía que en ese momento sería mejor compañía que mis amigas. Me levanté y sacudí la hierba de mi vestido.

—Nos vemos luego —murmuré, agitando una mano y alejándome antes de que pudieran protestar.

Los cuatro levantaron la vista cuando me acerqué.

—Feliz cumpleaños, princesa. —Kyle sonrió—. ¿Quieres sentarte con nosotros?

—Gracias.

Me dejé caer al lado de Ariana. Todo el mundo en la isla bromeaba diciendo que éramos gemelas, porque nuestras facciones eran muy similares.

—Feliz cumpleaños—dijo Ariana con la boca llena de pastel—. ¿Qué hay?

—Ah, no mucho. —Suspiré, recostándome hacia atrás y echando un vistazo a la pradera una vez más. La mayoría de los asistentes a nuestro picnic se habían ido ya, y solo unos pocos rezagados se detenían para darnos regalos y comer un poco—. Quería dar las gracias por los regalos.

—¿Te gustaron? —preguntó Jason, asomando la cabeza sobre el hombro de Ariana para mirarme. La boca del chico de diez años estaba repleta de glaseado de fresa.

Anna había tejido pijamas para Ben y para mí, y eran como obras de arte. Me asustaba pensar cuántas horas debía haber empleado en ellos.

—Son los pijamas más hermosos que he visto nunca —afirmé, revolviendo el cabello de Jason—. Gracias.

—De nada, cariño —sonrió Anna.

—Hola Rose.

Me di la vuelta para ver quién había hablado.

Un chico alto y pelirrojo con cálidos ojos de color avellana. Y posiblemente el mejor amigo que tenía en la isla: Griffin.

—Lamento no haber podido llegar más temprano —dijo, sonriendo tímidamente.

—No pasa nada.

Tenía una mano oculta detrás de la espalda mientras extendía la otra para ayudarme a ponerme de pie.

Me volví hacia Ariana y su familia.

—Lo siento, chicos —dije—. Volveré un poco más tarde. Disfruten el

resto del pastel.

—¡Adiós!

Me giré hacia Griffin y traté de ver lo que escondía. Dio un paso hacia atrás, bloqueándome la vista.

—Espera —dijo riendo—. Todavía no. Sígueme.

Puso su mano en la parte baja de mi espalda y me empujó hacia adelante, hacia la entrada del bosque.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mirando por encima de mi hombro y entornando los ojos con un gesto de sospecha burlona.

—Confía en mí —respondió, todavía sonriendo—. Es una sorpresa.

Me condujo hacia adelante, negándose a contestar a ninguna de mis preguntas hasta que llegamos al Puerto. Entramos en el muelle y me acompañó hasta el borde.

—Mantén tus ojos fijos al frente —ordenó.

Puse las manos en la barandilla y contemplé el oscuro océano. Oí un tintineo detrás de mí y entonces Griffin dijo:

—De acuerdo, ahora ya puedes mirar.

Estaba de pie a mi lado, sosteniendo un precioso collar de conchas.

—Feliz cumpleaños.

—¡Oh! —Me quedé sin aliento, alzando mi mano para tomar el collar.

—Te lo pondré. Es bastante delicado.

—Sí, buena idea —murmuré.

Me subí todo el cabello por encima de la cabeza y puso sus cálidas manos alrededor de mi cuello para abrochar el cierre.

—Desearía que hubiera un espejo aquí... ¿Lo hiciste tú mismo?

—Sí.

—Es hermoso. Gracias, hombre —dije, chocando los cinco—. ¿Desde cuándo el viejo Griff empezó a prestar atención a su lado femenino?

—Desde que comprendí que probablemente debería empezar a hacerle a la princesa mejores regalos que los cerdos de chocolate caseros de cada año... Que hace mi madre, por cierto. Yo solo los tomaba de la cocina y fingía que eran míos.

—Siempre pensé que esos cerdos sabían sospechosamente buenos —dije, riendo y empujándolo en el hombro—. ¿Qué le diste a Ben?

—Ah, cerdos otra vez.

—¿Así que la princesa merecía un regalo mejor, pero el príncipe no?

—Sí, supongo —dijo con aire despreocupado, pasándose una mano por

detrás de su cabeza y deslizándola por su cabello—. Tal vez se me ocurrirá algo mejor para el próximo año. Pero, por ahora, cerdos.

—Ya veo —dije—. ¿Y por qué necesitabas traerme hasta aquí para darme el collar?

—Ah, no lo sé. Es solo que pensé que el entorno combinaba con el regalo. —Desvió la mirada hacia el océano y puso las manos sobre la barandilla, junto a las mías. Se aclaró la garganta—. Rose, ejem. También quería preguntarte si... Si tú...

—¿Si también quiero los cerdos? —pregunté, sonriéndole.

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—En realidad, no. Quiero decir, te los puedo regalar también si quieres, pero... Quería preguntarte si tú...

—¡Rose!

Me giré rápidamente y vi a Ben emergiendo desde el bosque.

—Solo un momento, Griff —dije, mirándolo con expresión de disculpa.

—D-de acuerdo. Sí. Por supuesto.

Corrí hacia mi hermano.

—Ahora es el mejor momento para hacerlo —susurró Ben apresuradamente—. Casi todos se han ido, pero Corrine sigue allí con Ibrahim.

—Está bien —dije, lanzando una mirada a Griffin—. Solo deja que me despida de Griffin.

Dejé a Ben y regresé corriendo junto a mi amigo.

—Griff, debo irme.

Rodeé su cuello con mis brazos y lo atraje hacia un fuerte abrazo. Cuando deposité un beso en su mejilla, me sorprendí al verlo ruborizarse.

Me sentí incómoda y di un paso atrás.

*«No es que sea la primera vez que lo abrazo. ¿Qué le pasa a Griff?»*

Sin embargo, no tenía tiempo para reflexionar sobre el asunto, ya que Ben me esperaba impaciente.

—De verdad, tengo que empezar a, ejem, a preparar el equipaje para el viaje. Pero gracias de nuevo por un regalo tan impresionante y considerado. Sin embargo, será mejor que sigas haciendo manualidades, porque espero una corona para el próximo año...

—Muy bien, princesa. —Sonrió, metiendo las manos en los bolsillos—. El collar te queda precioso.

—Gracias... —Se produjo un silencio incómodo entre nosotros mientras

nos mirábamos—. Ah, sí, ¿qué era lo que querías decirme?

—Bueno, no era nada —dijo rápidamente—. En realidad, incluso he olvidado lo que iba a decir.

Sus mejillas todavía estaban arreboladas con un tono rojo brillante.

—Está bien, de acuerdo. Bueno, si no vuelvo a verte antes de irme, supongo que te veré cuando regrese dentro de un par de meses.

—Claro que sí.

Le di una palmadita en el hombro y regresé corriendo con Ben. Nos apresuramos por los bosques hasta que llegamos a la pradera.

Examiné la zona buscando a mis padres. Parecían estar profundamente absortos en una conversación con Vivienne y Xavier.

Segura de que no notarían mi ausencia, me aparté de Ben y me acerqué a Corrine, que seguía sentada en la hierba junto a Ibrahim. Tomé su mano en la mía y tiré de ella para que se levantara.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Necesito hablar contigo en privado —dije.

Corrine parecía sorprendida, pero me siguió. La alejé del campo y me interné con ella en los bosques. No dejé de caminar hasta que llegamos al Santuario, y me negué a dar ninguna explicación por el camino.

Una vez estuvimos a salvo dentro de su dormitorio, metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué dos pasaportes, dejándolos encima de la mesa, delante de ella.

Arqueó una ceja hacia mí.

—Rose, ¿qué?

Me aclaré la garganta.

—Te dije que esperaras antes de darme un regalo de cumpleaños este año, porque ya tenía algo concreto en mente.

—Sí, ¿y?

Abrí mi pasaporte y el de Ben, y señalé la fecha de nacimiento inscrita en ambos.

—Quiero que uses un poco de tu magia en estas fechas —expliqué.

Corrine abrió los ojos de par en par.

—¿Eh?

—Quiero que las cambies. Que las retrases.

—¿Por qué?

Suspiré.

—Mi madre sigue diciendo que este será nuestro último verano lejos de la

isla. Nuestro último verano como adolescentes humanos normales. Bueno, si eso es cierto, no quiero pasarlo revolcándome en el barro.

—Rose. —Me miró con severidad—. Nadie te obliga a que este sea tu último verano como humana. No tienes que convertirte en vampira.

—Lo sé, Corrine. Lo sé. Pero es que sí deseamos convertirnos en vampiros. En realidad, nos gustaría que este último verano antes de convertirnos fuera especial.

Me frunció el ceño, mordiéndose el labio inferior.

—Bueno, ¿qué es exactamente lo que quieres que haga?

—Este lugar al que vamos a ir está frente a la costa de Escocia. Y probablemente seamos los más jóvenes del lugar. Si hacemos amigos, queremos poder ir a tierra firme y quedarnos hasta tarde de fiesta. Necesitaremos identificaciones para entrar en los clubes. Leí en el folleto que a los mayores de dieciocho años se les permite entrar y salir cuando les plazca.

—¿Para eso quieres estos pasaportes?

Asentí.

—Solo quiero que cambies estas fechas —dije—. Ah y no les digas nada a mis padres sobre el tema, porque dudo que lo aprueben.

—¿Qué edad quieres tener?

—Veintiuno.

Me miró con recelo.

—¿Por qué veintiuno?

—Es la edad legal para beber en el Reino Unido —mentí, rezando para que Corrine no lo supiera o no comprobase mi afirmación.

—Mmm. No tienes aspecto de veintiún años precisamente.

—Tal vez no —admití—. Pero no lo pondrán en duda si lo ven en nuestra identificación.

—Mmm... ¿Y esto es realmente todo lo que quieres para tu cumpleaños?

Asentí vigorosamente.

Una pequeña sonrisa se curvó en la comisura de sus labios mientras extendía la mano hasta los pasaportes y los deslizaba sobre la mesa, atrayéndolos hacia sí.

—Me estás convirtiendo en una delincuente al pedirme que los manipule, te das cuenta, ¿verdad?

Esperé mientras salía de la habitación. Cuando regresó unos minutos más tarde, me entregó los dos pasaportes con las fechas cambiadas y con

aparición de haber sido siempre así.

Rodeé su cuello con mis brazos y besé su mejilla.

—Gracias, tía Corrine.

Me frunció el ceño.

—Me siento muy mal actuando de este modo, a espaldas de tus padres. Solo prométeme que no te vas a meter en problemas.

—Lo prometo —dije sonriendo, y salí a toda velocidad de la habitación.



Ben estaba esperándome en su dormitorio cuando volví al ático. Arqueó las cejas con expectación y se levantó de la cama.

—¿Y bien? ¿Te los dio?

Asentí y le entregué los pasaportes para que los inspeccionara.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Lo hiciste?

—Sí, los llamé —respondió, metiendo la mano en el bolsillo y sacando un teléfono negro, uno de los pocos teléfonos de la isla que Corrine había hechizado para permitir el contacto con el mundo exterior—. Jake dice que aún somos bienvenidos. Habían planeado pasar el verano en el apartamento de su padre de todos modos. Y dice que Kristal está deseando verte.

Me senté a su lado en la cama.

—Bien. Así que eso deja listo el alojamiento. Ahora vamos a contar el dinero... Y también tenemos que pensar en los pasajes de avión —murmuré.

Ben buscó algo debajo de su cama. Sacó una bolsa de cuero llena de dinero en metálico. Los dos empezamos a contar todo el dinero que nos habían dado nuestros padres y nuestro abuelo a lo largo de los años y que no habíamos tenido la oportunidad de gastar. Ascendía a varios miles de dólares. Sin duda más que suficiente para dos meses, especialmente teniendo en cuenta que el alojamiento sería gratuito.

—Entonces, así es como va a funcionar —expliqué, después de devolver todo el dinero a la bolsa de Ben y volver a guardarla bajo su cama. Me froté las sienes mientras intentaba pensar en el plan—. Corrine nos dejará en la pequeña isla escocesa. Será por la tarde, así que podríamos pasar la noche allí. Pero, a la mañana siguiente, tomaremos un barco para salir de allí y nos dirigiremos al aeropuerto más cercano. El personal de la isla ni pestañeará al ver que nos vamos, porque nos habremos registrado como si tuviésemos veintiuno gracias a estos pasaportes. Después llegaremos al aeropuerto.

Pagaremos los pasajes en efectivo y reservaremos los primeros vuelos que nos saquen de allí.

Ben asintió.

—Y llevaremos este teléfono como hacemos normalmente. Nunca han tratado de llamarnos al teléfono de los campamentos en los que hemos estado, siempre se han puesto en contacto con nosotros directamente a través de nuestro teléfono. Así que nunca sabrán que no estamos en Escocia.

Ben y yo nos miramos mientras el tamaño del engaño que estábamos a punto de intentar se instalaba en nosotros como un gran peso.

La verdad era que no disfrutaba mintiéndoles a mis padres. Y Ben tampoco. Sí, Ben y yo decíamos nuestras mentirijillas, pero al final del día no nos gustaba ver la preocupación reflejada en el rostro de nuestros padres.

Pero la invitación de nuestros amigos del último campamento de verano, Kristal y Jake, había comenzado a resonar en nuestros oídos tan pronto como nuestra madre mencionó que debíamos ir a ese estúpido curso de supervivencia. Eso, y el hecho de que este realmente iba a ser nuestro último verano como humanos.

—Será solo esta vez —dijo Ben en voz baja—. Durante dos meses. Ellos nunca lo sabrán. Solo tenemos que asegurarnos de estar de vuelta en Escocia el día que Corrine venga a recogerlos.

Asentí, aunque sus palabras no disipaban la culpa que se había instalado en la boca de mi estómago. Nunca antes habíamos llevado a cabo un engaño de esta magnitud. Estaríamos traicionando no solo la confianza de nuestros padres, sino también la de Corrine.

Me puse de pie y caminé por la habitación, respirando profundamente.

—Bien —murmuré. —Hawái, allá vamos.

### CAPÍTULO 3: DEREK

En el momento que Corrine partió de la isla con Ben y Rose, lo primero que hice fue convocar una reunión del consejo en la Gran Cúpula.

Sofía y yo nos sentamos en la cabecera de la larga mesa, con Vivienne y Xavier a nuestro lado. La sala se llenó con nuestros camaradas de más confianza.

Una vez que todos se hubieron sentado, me aclaré la garganta y empecé.

—Como saben todos en la isla, nuestros hijos han cumplido diecisiete años. Sofía y yo prometimos que no nos enredaríamos en ninguna situación arriesgada hasta este momento. —Bajé la vista hacia Sofía.

Ella asintió, tranquilizándose con un gesto.

—Durante la última década, estos secuestros en la playa han seguido produciéndose de forma continua y la policía no tiene una sola pista. Ya debería ser evidente que probablemente está actuando una fuerza más poderosa que los humanos.

—¿Puedo preguntar qué tienen que ver con nosotros estos secuestros? —intervino Claudia.

Mis ojos se posaron en la vampira rubia.

—Si nuestras sospechas son correctas y estos secuestros no son llevados a cabo por humanos, entonces deberíamos saber quién está detrás de ellos. Especialmente porque están sucediendo muy cerca de nuestro propio territorio.

Me detuve para pasear la mirada por la sala.

—Además —añadió Sofía—, yo digo que, dado que tenemos conocimiento de este mundo oculto de seres sobrenaturales, algo que la gente

normal nunca podrá tener, debemos utilizar este conocimiento para llegar al fondo del asunto. Es nuestra responsabilidad. Nadie más va a resolver este misterio a menos que lo hagamos nosotros.

Sus palabras sonaron extrañas en mis oídos. Aunque habíamos dejado de secuestrar humanos y beber su sangre hacía casi dos décadas, esta era la primera vez en siglos que los vampiros de La Sombra abrían sus mentes a la posibilidad de que nuestras responsabilidades pudieran extenderse fuera de nuestro pequeño mundo.

—Así que, ¿cuál es el primer paso? —preguntó Yuri.

Eli se volvió para mirar a su hermano.

—Solo hay una opción. Llegar al último punto de secuestro tan pronto como sea posible después de la desaparición. Sugiero que Ibrahim u otra bruja nos hagan desaparecer y aparecer en dicha ubicación y, de esa manera, podremos escapar rápidamente si se aproxima algún agente de la ley. Como ya he dicho, es posible que no encontremos nada... O tal vez encontremos algo. Sugiero que llevemos a Sombra, ya que tiene los sentidos más agudizados que cualquiera de nosotros.

—Entonces, ¿dónde fue la última escena del crimen? —preguntó Landis.

—Cancún. Un buen puñado de humanos se perdió a lo largo de la playa, todos en la misma noche y sin dejar señales de lucha. Según los periodistas, simplemente se esfumaron.

—Cancún —repitió Sofía, alarmada—. México.

Eli asintió.

—Muy bien, —dije—. Por ahora, sugiero que vayamos solo unos pocos de nosotros. Será más fácil aparecer y luego salir apresuradamente si es necesario. Sofía, Eli, Sombra y yo, creo que será suficiente para empezar... Y un brujo.

—Iré yo —dijo Ibrahim.

—Entonces, está decidido —dije.

Eli, Sofía e Ibrahim asintieron.

Me despedí de todos. Sofía y yo nos quedamos sentados hasta que la cúpula estuvo vacía. Ella respiraba profundamente y no pude por menos que notar el ligero temblor de su mano. La atraje hacia mi pecho. Besándole la coronilla, le dije:

—Sé lo que sientes. Pero Rose y Ben sabrán la verdad tarde o temprano. Tienen estos dos últimos meses de bendita ignorancia en su pequeña isla. Cuando regresen se lo contaremos.

Sofía asintió.

—Lo sé. Y vamos a emplear el tiempo que pasen lejos de aquí para ocuparnos de este problema. Y-yo solo... —Se detuvo en seco, con un nudo en la garganta—. Es solo que no quiero que les vuelva a suceder nada.

Le acaricié las mejillas con los pulgares y besé su frente.

Quería prometerle que nunca les pasaría nada a nuestros gemelos. Quería asegurarle que nunca más estarían en peligro o amenazados.

Pero no pude.

Porque no sabía lo que depararía el futuro. Ninguno de nosotros lo sabía.

Todos habían estado esperando a que Ben y Rose crecieran para ver si desarrollaban alguna especie de habilidad sobrenatural, dados mis poderes de fuego y el hecho de que Sofía fuera inmune cuando los concebimos, pero hasta el momento no habían mostrado ninguna señal de ello. Sabía que esto hacía que Sofía se preocupara aún más por ellos. Eran simplemente humanos, normales y frágiles.

—Ahora que son casi adultos —dije—, lo mejor que podemos hacer por ellos es armarlos con el conocimiento y entrenarlos para que se mantengan alejados del peligro.

—Lo sé —suspiró con una voz llena resignación—. Y, para lograrlo, primero tenemos que averiguar qué tipo de peligro nos rodea.

## CAPÍTULO 4: ROSE

El viaje fue más relajado de lo que ninguno de nosotros había esperado.

Corrine nos dejó en la isla escocesa sin mucho alboroto y pasamos allí la noche. A la mañana siguiente, nos fuimos y tomamos el ferry de vuelta al continente, donde viajamos combinando el autobús y el tren hasta el aeropuerto de Glasgow. No había vuelos directos disponibles para cuando nosotros queríamos, así que el viaje duró más tiempo de lo que habíamos esperado, pero finalmente aterrizamos en Honolulu.

Mientras cruzábamos la sala de llegadas, vi a Kristal y a Jake esperándonos. Kristal tenía dieciocho años y Jake diecinueve. Ambos eran altos, como nosotros, aunque Ben seguía siendo el más alto de todos nosotros. Ya medía más de un metro ochenta y estaba en camino de llegar a la estatura de nuestro padre. Kristal y Jake compartían el mismo cabello rubio y los ojos azules.

Miré a Ben buscando su reacción al ver a Kristal. Frunció el ceño y me dio un empujón en el hombro.

—Detente —susurró mientras nos acercábamos.

Puse los ojos en blanco.

—¡Eh, hola chicos! —chilló Kristal. Se agachó por debajo de la barrera y me rodeó con sus brazos, besándome en ambas mejillas. El rostro de Ben se sonrojó muy ligeramente cuando hizo lo mismo con él.

—Hola, Rose.

Levanté la vista para ver a Jake observándome.

—Hola, Jake —dije.

Le di un abrazo rápido y lo besé educadamente en ambas mejillas. Olía a

loción cara para después del afeitado.

Nos guiaron al exterior del aeropuerto, hacia un estacionamiento donde nos detuvimos delante de una brillante limusina de color negro. Miré a Kristal.

—¿En serio?

Ella me sonrió.

—Súbete.

Todos entramos en la parte de atrás y el automóvil se puso en marcha.

—¿Es de tu familia? —pregunté.

—No, la alquilamos especialmente para la ocasión, como sorpresa. — Kristal sonrió—. Aunque André, el hombre que va al volante, *es* el chofer mi padre.

—No era necesario —dijo Ben.

—Es un placer —respondió, palmeando a Ben en el hombro.

Los padres de Kristal y Jake estaban divorciados. Su madre vivía en Nueva York mientras su padre, un rico hombre de negocios, dividía su tiempo entre Hawái y San Francisco. Kristal nos había explicado que su padre a menudo les permitía quedarse solos en su apartamento durante el verano.

Después de conducir una hora, nos detuvimos en el estacionamiento subterráneo de un altísimo bloque de apartamentos. Salimos del automóvil, sacamos nuestro equipaje y tomamos el ascensor para subir a su apartamento.

Respiré lentamente mientras Jake abría la puerta y entrábamos. Todo en aquel lugar destilaba lujo y clase. Los muros exteriores de la vivienda consistían casi en su totalidad en ventanas tintadas. Los suelos de mármol blanco parecían lo bastante limpios para comer sobre ellos, y las alfombras de color beige se extendían en posiciones estratégicas. Había un enorme televisor de pantalla plana y un sofá de cuero negro en la sala de estar. No daba la sensación hogareña de nuestro ático en La Sombra, pero sin duda era más llamativo.

Kristal me enseñó mi espaciosa habitación al lado de la suya, mientras Jake conducía a Ben a una habitación que estaba al final del pasillo. Una vez que nos hubimos acomodado, Kristal pidió una pizza y papas fritas. Todos nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina para comer.

—Entonces —dijo ella—. ¿Hay algo en particular que podemos hacer durante estos días?

—Fiesta —espeté, con la boca llena de pizza margarita.

—¿Qué clase de fiesta? —preguntó Jake.

Me encogí de hombros.

—Lo que se haga por aquí normalmente.

—Muy bien —dijo Kristal, masticando pensativamente—. Iremos a la playa a las nueve. Esta noche hay una fiesta cerca de uno de nuestros bares favoritos. Se supone que también estarán allí algunos de nuestros amigos. Podemos presentarlos.

—Nosotros podemos comprar la bebida —añadió Jake.

—No será necesario. —Fui a buscar los pasaportes de mi bolso y los puse sobre la mesa delante de ellos, señalando las fechas de nacimiento.

Jake y Kristal se quedaron boquiabiertos.

—¿Esos pasaportes son falsos? —jadeó.

—Solo cambiamos la fecha en los pasaportes verdaderos —explicó Ben—. Un amigo nuestro es, eh, muy bueno en estas cosas.

Nos miraron atónitos.

—Increíble —exclamó Kristal—. —Me gustaría conseguir el teléfono de ese amigo.

Me reí nerviosamente y cambié de tema mientras terminábamos de comer. Entonces Ben y yo nos retiramos a nuestras habitaciones para descansar antes de la fiesta.



La fiesta se celebraba a solo unos minutos de distancia, así que fuimos caminando. Ben llevaba una camisa amplia y jeans, similar al atuendo de Jake. Kristal llevaba una minifalda, una blusa escotada y gruesos tacones altos diseñados para la playa, y yo me puse un vestido suelto de verano y sandalias. Los tacones altos me provocaban dolor de pies y siempre me sentía incómoda con faldas y vestidos cortos. Me producían una ansiedad constante por temor a que una ráfaga de viento travieso pudiera levantarme la falda, revelando el color de mi ropa interior al mundo entero.

—Eres tan tonta —dijo Kristal riendo cuando se lo conté.

—Tal vez. —sonreí, empujándola en el hombro—. Pero, por lo menos, soy una tonta cómoda.

La música retumbaba y las luces brillaban cuando nos acercamos a la fiesta. Todo el mundo parecía joven, de diecimuchos o veintipocos años. Kristal me agarró la mano y me internó entre la multitud. Miré a mi alrededor

buscando a Ben, pero no pude verlo por encima del mar de cabezas que se balanceaban.

Kristal me empujó hasta que llegamos a un pedazo de playa con espacio suficiente para respirar. Un hombre se acercó con una bandeja de canapés y champán. Acepté las dos cosas y le di las gracias. Kristal solo tomó una copa de champán.

Finalmente logré ver a Ben y a Jake cuando se acercaban a nosotras sosteniendo sus copas. Mis ojos se posaron en Jake, con su camisa blanca ligeramente abierta por arriba. Cuando hizo contacto visual conmigo, me apresuré a bajar la mirada hacia mi bebida. Nos quedamos juntos durante unos minutos sintiéndonos incómodos, bebiendo de nuestras copas y mirando a nuestro alrededor. Al final me puse a mirar a Ben, ya que era más cómodo que tener que pensar en lugares a los que mirar que no fueran Jake. Mi hermano me vio y abrió los ojos.

—¿Qué? —murmuró Ben en voz baja.

Puse los ojos en blanco y me miré los dedos de los pies. Entonces Kristal se alejó de mí.

—Bueno, nuestros amigos aún no han llegado —dijo en voz alta, por encima del estruendo de la música—. Supongo que también podemos empezar sin ellos. ¿Quieres bailar, Ben?

No pude detener la sonrisa que se extendió por todo mi rostro mientras Ben tomaba un trago de su bebida un poco demasiado rápido.

—Sí —respondió—. Por supuesto.

Le tomó la mano, siguiéndola a un lugar vacío a unos metros de distancia. Ella comenzó a bailar tan pronto como llegaron, colocando los brazos alrededor de los hombros de Ben y moviendo sus caderas al ritmo de la música.

Jake se aclaró la garganta a mi lado.

«*Oh.*»

Me miró expectante con una sonrisa en los labios. Señaló con la cabeza hacia un lugar al lado de ellos.

—¿Quieres bailar?

—Eh... D-de acuerdo.

Me tendió una mano y me llevó hacia un lugar cerca de Ben y Kristal. Ben me lanzó un guiño exagerado tan pronto como me vio. Puse los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

Jake me estaba mirando con el ceño fruncido.

«*Mierda.*»

—E-estaba haciéndole una mueca a Ben.

—De acuerdo —dijo Jake sonriendo, aunque todavía parecía un poco desconcertado—. Porque si te estoy aburriendo y prefieres bailar con alguien más, solo tienes que decirlo.

—¡No! No —las palabras brotaron tan rápido que la situación se volvió aún más incómoda.

Me ardían las mejillas.

Me sentía incómoda al bailar. Había chicas con vestidos diminutos bailando a mi alrededor como si hubieran nacido en un club. Me sentía torpe y fuera de lugar con mi vestido suelto y mis sandalias marrones.

«*Sandalias. ¿En qué estabas pensando, Rose?*»

Me sorprendí al descubrir que deseaba que Kristal me hubiese prestado uno de sus vestidos cortos.

Traté de concentrarme en el ritmo y el compás de la música. Pero la música me parecía tan ajena que me resultaba difícil dejarme llevar. Cuanto más lo intentaba, más me imaginaba a mí misma como el hombre de hojalata de *El mago de Oz*.

Ben y yo habíamos estado expuestos a mucha música. Pero no a este tipo de música de club. Cosas que la gente de nuestra edad escuchaba.

Nuestro padre nos había animado a Ben y mí a tocar instrumentos musicales desde pequeños. Yo tocaba tanto el arpa como el piano desde que tenía seis años, y Ben tocaba el piano y la guitarra. Nuestro padre nos había enseñado a los dos. Pero los gustos de nuestro padre en música eran bastante anticuados, como cabría esperar de un hombre nacido en el siglo XV.

—¡Han llegado! —gritó Jake por encima de la música, apuntando hacia un grupo de chicos y chicas de nuestra edad que acababa de irrumpir a través de la multitud. Me soltó y se dirigió hacia una rubia alta y delgada que lucía un minivestido negro brillante y tacones tan altos que hicieron que los pies me doliesen con tan solo mirarlos.

Jake le rodeó la cintura con sus brazos y se inclinó para besarla en los labios.

«*Ah.*

*Ya veo.*»

Las amigas recién llegadas de Kristal se vestían y bailaban como diosas. Al igual que la misma Kristal y, al parecer, todas las chicas de esa playa

menos yo.

Jake se llevó a la rubia hacia una zona vacía de la playa y ella comenzó a bailar enérgicamente contra él. Todos los demás chicos parecían haber llegado con pareja.

Ben seguía bailando con Kristal. Ella no se había separado de Ben, no como Jake, que me había abandonado a mí. Y Ben se adaptaba mejor que yo a la música. Mucho mejor. Por otra parte, Kristal se ocupaba de casi todo el baile, él solo tenía que seguirla, estar junto a ella y apoyar sus movimientos. Parecía casi como cualquier otro chico de la fiesta.

—Voy a tomarme un descanso. —No sé por qué lo dije en voz alta, ya que posiblemente nadie iba a escucharme.

Volví a pensar en el folleto que mi madre me había dado sobre el curso de supervivencia en Escocia.

*«Tal vez habría estado más en mi elemento arrastrándome por una de esas charcas de barro.»*

Me acerqué a la barra y, mostrando rápidamente mi pasaporte, tomé otra copa de champán. Me senté en la esquina con vistas a la zona de baile y me la bebí de un trago. Las burbujas se me subieron a la nariz y me dio un ataque de tos. Gracias a la música, nadie se dio cuenta excepto el barman. Me puse de pie y tomé otra bebida de la barra.

*«Tal vez solo necesito estar más borracha. Todas estas chicas parecen bastante borrachas. Tal vez por eso bailan tan bien.»*

Tomé una copa tras otra hasta que sentí que mi cabeza estaba más ligera, y mi incomodidad empezó a disiparse. Pero cuando volví la vista de nuevo hacia la fiesta, no vi a ningún chico libre lo bastante guapo para querer acercarme a él.

Esperé durante una media hora, sentada y mirando esperanzada. Pero los únicos chicos que estaban disponibles parecían mayores. Mucho mayores.

La fuerte música electrónica que retumbaba por toda la fiesta estaba empezando a producirme dolor de tímpanos. Caminé hacia el límite de la zona de baile y me di la vuelta para echar un vistazo a Ben y Kristal. Cuando ni siquiera notaron que me había ido de donde había estado antes, me alejé de la multitud. Me quité las sandalias y caminé por la arena hacia el océano oscuro. Respiré profundamente y me acerqué a las olas, sumergiendo los pies.

*«Creo que ahora puedo bailar. Solo tengo que encontrar a alguien...  
¡Oh, por todos...!»*

Casi a la vez que ese pensamiento cruzaba por mi cabeza, una docena de chicos de aspecto juvenil se acercaba por la playa hacia la fiesta. No había chicas a la vista.

Mis ojos se fijaron en el joven que iba al frente. Parecía de la misma edad que Jake, tal vez un poco mayor.

*«Es... guapo. Muy. Guapo.»*

Llevaba jeans negros y una elegante camisa azul marino. Era alto, varios centímetros más alto que Ben, y de cuerpo hermoso. Flexionaba los músculos de los brazos mientras caminaba. Su poderosa mandíbula estaba cubierta con una barba de pocos días que le daba un aspecto enérgico y sexy, mientras su cabello oscuro rozaba los laterales de su rostro. Tenía unos ojos profundos de color chocolate.

*«Rápido, Rose. ¡Muévete!»*

Arrojando mis sandalias a las olas, corrí hacia él descalza por la arena.

—Eh, tú —dije, tropezando frente al joven antes de que pudiera entrar en la zona de baile. Lo miré jadeante. Parecía aún más atractivo ahora que estaba cerca de él. Mi respiración se hizo más pesada—. B-baila conmigo.

Le tendí la mano.

Sus ojos se clavaron en los míos. Luego dio un paso atrás y vi cómo me examinaba de pies a cabeza.

Por un momento pensé que iba a negarse, pero luego, sin decir palabra, tomó mi mano y me llevó hacia la zona de baile. El tacto de su mano era frío para un clima tan cálido.

Me subí el vestido e intenté convertirlo en un vestido más corto, anudando el exceso de tela alrededor de mi cintura. Miré una vez más a las otras chicas que había a mi alrededor mientras me preparaba para dar rienda suelta a mis recién descubiertos movimientos. Pero, antes de que pudiera comenzar, el chico agarró mi cintura y comenzó a marcar el ritmo, guiando cada uno de mis movimientos.

Ni siquiera tenía que pensar. Solo tenía que moverme como él me colocaba.

*«Vaya, esto es mucho más fácil.»*

*¿Por qué no podía Jake hacer lo mismo?»*

Este chico era bueno. Estaba logrando que yo pareciera buena.

Miré a la multitud que había a mi alrededor hasta que finalmente atraje la atención de Ben. Le lancé un guiño enorme.

Se rio y reclamó la atención de Kristal. Con las mejillas sonrojadas y la

frente brillante de sudor, Kristal miró al extraño con el que estaba bailando y me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

*«Bien, ahora por fin hemos vuelto a la senda correcta para lograr que esta sea una gran noche.»*

—¿Cómo aprendiste a bailar tan bien? —le grité al desconocido al oído.

—Bailo mucho. —Su voz era profunda y ronca.

—Ah —dije.

No podía pensar en más conversación. Pero no me sentía incómoda por no hablar, porque el chico me mantenía en movimiento y apenas me daba oportunidad de hablar aunque hubiese querido.

Me pareció un poco desconcertante la manera en que no perdía de vista a los otros hombres con los que había llegado mientras bailábamos. Pensé que tal vez echaba un vistazo a las chicas con las que estaban bailando. Miré en torno a mí. A esas alturas, todos parecían haber encontrado compañera de baile.

Se inclinó y me susurró al oído:

—¿Te apetece salir a dar un paseo?

—Sí—contesté, arrastrando la voz—. Por supuesto.

Me agarró la mano y me alejó de la multitud. Hacía calor y se agradecía la brisa fresca del mar. Su musculoso brazo me rodeó la cintura mientras caminábamos por la arena.

—Así que —dije, alzando la vista hacia su rostro—, ¿cómo te llamas?

—Caleb.

—Caleb —repetí. Me gustó el sonido de su nombre deslizándose por mi lengua, así que lo dije de nuevo—. Caaaa-leb.

Caminamos uno al lado del otro durante unos quince minutos mientras la música disco y las luces se desvanecían en la distancia, hasta que nos acercamos a una zona tranquila de la playa. Cuando miré a mi alrededor, me pareció extraño que sus amigos se hubieran ido todos al mismo tiempo con sus chicas, y todos estuviéramos caminando en la misma dirección.

Incluso en mi estado de embriaguez, aquello me pareció muy raro. Me detuve en seco. Fue solo en ese momento, a la luz natural de la luna llena, cuando noté cuán pálido estaba su rostro.

Me quedé sin respiración.

Había visto suficientes vampiros a lo largo de mi vida. Había pequeñas diferencias en la formación de la mandíbula superior, extremadamente sutiles pero perceptibles.

—¿E-eres un vampiro?

Me sentí como una loca al decir esas palabras en voz alta. Pero sus ojos se abrieron de par en par y dio un paso atrás.

—¿Qué?

—No te he visto nunca en La Sombra, pero...

—¿La Sombra?

Me agarró los brazos con tanta fuerza que me hizo daño, y sus profundos ojos castaños se clavaron en mí.

—¿Quién eres? —susurró, casi sin respirar.

—Rose Novak. Mis padres son...

Antes de que pudiera terminar la frase, lanzó una maldición y me soltó con tal fuerza que caí sobre la arena.

Llamó a gritos a los otros hombres:

—¡Hay que hacerlo ahora! ¡Tenemos que irnos!

Los hombres sacaron las jeringuillas de sus bolsillos todos a la vez y, con un movimiento rápido, las chicas cayeron desmayadas en sus brazos. Todos se internaron corriendo en el océano, acarreado a sus víctimas sobre los hombros. Apenas pude gritar antes de que un submarino negro emergiera sobre las aguas. Se amontonaron alrededor de la escotilla.

Caleb me miró y, sin decir una palabra, se zambulló corriendo en el agua y desapareció por la escotilla detrás de ellos.

Segundos después, el submarino se había ido.

## CAPÍTULO 5: ROSE

*B*en no me creyó anoche cuando se lo conté. Dijo que estaba borracha y deliraba, y me arrastró de regreso al apartamento, dejando que Kristal y Jake continuaran en la fiesta hasta el amanecer.

Solo cuando encendimos el televisor con las noticias locales a la mañana siguiente y descubrimos que casi una docena de chicas habían desaparecido en esa playa esa misma noche, empezó a prestar atención a lo que le estaba contando.

Me llevó a su habitación y cerró la puerta.

—¿Así que me estás diciendo que los vampiros son responsables de esto?

—Sí —dije con irritación, frotándome la cabeza mientras trataba de aliviar la resaca—. Vi cómo las secuestraba un grupo de vampiros. El chico, que se llamaba Caleb, me habría secuestrado a mí también si no le hubiera dicho que era una Novak.

Ben dejó escapar un suspiro y se sentó a mi lado en la cama, sujetándose la cabeza entre las manos.

—¿Y estás segura de que no habías visto a ninguno de esos vampiros en La Sombra?

—Completamente. —Sacudí la cabeza, recordando lo atractivo que era Caleb—. Confía en mí, me habría acordado de ellos.

—Entonces, ¿quién diablos son? ¿Y por qué van por ahí secuestrando gente?

Hice una pausa y continué masajeándome las sienes con los dedos.

—Ben, deberíamos llamar a mamá y papá para contárselo.

Me miró fijamente.

—¿Te das cuenta de que, si hacemos eso, nuestros dos meses de libertad terminarán antes incluso de que hayan comenzado?

—Por supuesto. Pero ¿qué otra opción tenemos?

—¿Y qué podrían hacer mamá y papá, aunque lo supieran?

Ben tenía razón. No podíamos ordenar a otro aquelarre que viviera sin sangre humana como lo hacían todos en La Sombra. Beber sangre humana era parte de la vida misma para la mayoría de los vampiros, no muy diferente de los humanos que comen la carne de animales.

Supuse que habría estado más horrorizada al pensar en todas esas chicas secuestradas si no hubiera crecido toda mi vida rodeada de vampiros. Aunque los vampiros de La Sombra ya no se alimentaban de humanos, estaba en su naturaleza ansiar la sangre humana, y sabía que era una lucha diaria para los vampiros de La Sombra contenerse y tomar solo la sangre animal como sustento. Era bastante macabro darme cuenta de lo insensible que era ante la situación.

—Supongo que no hay mucho que puedan hacer al respecto —comencé lentamente—. Aunque todavía sigo pensando que deberíamos contárselo cuando volvamos. Mamá y papá nunca han mencionado que exista hoy en día ningún otro aquelarre además del nuestro. Siempre nos han contado que los demás vampiros fueron trasladados a Cruor a través del portal, y aquellos que no lo hicieron se unieron a nosotros en La Sombra. Es realmente extraño.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Ben—. Se lo contaremos cuando volvamos.

Se oyeron unos nudillos en la puerta. Ben se levantó para abrir y Kristal entró en la habitación envuelta en su albornoz.

—¿Qué tal la noche? —preguntó.

Me froté la cabeza que me palpitaba y murmuré:

—Bien.

—Realmente anoche te apuntaste un tanto —dijo ella, sentándose en la cama junto a mí y pellizcándome la rodilla.

—Ya. —suspiré. —Cierto.

## CAPÍTULO 6: AIDEN

« *Las manos me temblaban mientras me acercaba a la puerta principal del ático de Yuri y Claudia. Llegué a la puerta principal respirando profundamente, pero me detuve justo antes de llamar.*

*Apoyé la cabeza contra la puerta y cerré los ojos con fuerza.*

«*¿Qué estoy haciendo?»*»

*Me había sentido enloquecer desde que comencé a considerar seriamente la sugerencia de Sofía de convertirme, pero ahora me parecía que estaba totalmente chalado.*

«*¿De verdad me quiero convertir en la criatura que asesinó a mi padre? ¿En la criatura que destrozó a mi familia? ¿Cómo voy a mirarme al espejo?»*»

*Había pasado suficiente tiempo entre los vampiros de La Sombra para que hubieran desaparecido los prejuicios que me decían que todas estas criaturas eran exactamente iguales. Pero algunas cosas asociadas a los pálidos chupasangres, como las horribles imágenes de mi pasado, simplemente no podían cambiarse.*

*Pero entonces mi querida Sofía se convirtió en uno de ellos. Junto con Derek. E incluso hablaban de convertir a sus hijos cuando tuvieran edad suficiente para tomar una decisión informada. Y algo se había despertado en mi interior. Un deseo de vivir más allá de mi tiempo natural. Me sentía bendecido por la familia que tenía y, de alguna manera, mi limitada esperanza de vida humana no me parecía suficiente. Era inquietante saber que ellos seguirían viviendo eternamente, pero yo fallecería después de unas cuantas décadas.*

*Además, Sofía no dejaba de insistirme.*

*Así que aquí estaba.*

«Este es el día en que Aiden, uno de los cazadores más temibles que el mundo jamás haya conocido, se convierte en la criatura a la que antes cazaba.»

*Me aclaré la garganta y llamé a la puerta.*

*Se oyeron pasos, y la pequeña vampira rubia apareció en la entrada.*

—Ah. ¡Yuri! —gritó—. *Mira quién ha venido a solicitar tus, ejem, servicios.*

*Me guiñó un ojo y abrió completamente la puerta para que entrara.*

*Yuri apareció en el vestíbulo y, dedicando un gesto de exasperación a Claudia, se acercó a mí y estrechó mi mano con un firme apretón.*

—Tendrás que disculpar a mi esposa —dijo Yuri, mirando a Claudia con fingido desdén—. *Por mucho que lo he intentado a lo largo de los años, todavía no he conseguido rescatarla de las cloacas.*

*Claudia se acercó y agarró la oreja de Yuri entre sus dedos, tirando de él para que se inclinase y poder besarlo de lleno en la boca.*

—Cariño —susurró mientras sus labios se separaban—. *Deja de fingir que te gustaría que fuera de otra manera.*

*Las mejillas de Yuri se sonrojaron. Se apartó de ella y se irguió, aclarándose la garganta.*

—Te dejo a solas con él —dijo, y le guiñó un ojo mientras salía de la habitación.

—Bien —continuó Yuri, levantando la vista hacia mí y sonriendo tímidamente—. *Sígueme, por aquí.*

*Fui tras él hasta la habitación de invitados, que había despojado de todos los muebles, cortinas y alfombras. Cualquier cosa que pudiera mancharse de sangre o estropearse en caso de que me sobreviniera un ataque violento, como sucedía a menudo con los vampiros recién convertidos.*

—¿Seguro que quieres que sea yo el que lo haga? —preguntó, mirándome dubitativamente.

*Yuri se había convertido en mi mejor amigo en esa isla; la gran amistad que había entablado con el joven vampiro me había sorprendido incluso a mí. De alguna manera, me sentía más cómodo si me convertía él que si lo hacía mi propia hija. No sabía en qué estado me despertaría, y exponer a mi hija a ese lado de mi personalidad como vampiro antes de que pudiera controlarlo me ponía muy nervioso. Confiaba en Yuri y, a lo largo de los años, había desarrollado un nivel de confianza con él que me hacía sentir*

*que podía hablar con él, de hombre a hombre, sobre cosas que me avergonzaría discutir con otros. Simplemente parecía la opción lógica, la primera persona que me venía a la mente cuando pensaba en quién debería convertirme.*

*Asentí y me tumbé sobre la mesa de madera que había en el centro de la habitación.*

*—Acabemos con esto —dije, haciendo una mueca.*

*—Está bien. No va a ser agradable.»*



Mientras me salpicaba agua fría sobre la cara, me miré en el espejo del baño. Incluso después de once años de ser un chupasangres, mi reflejo a veces todavía me sorprendía.

Esos primeros años habían sido angustiosos. Las ansias devoradoras por alimentarme de sangre humana. Cazar, herir, devorar. Ni siquiera me había permitido acercarme a la parte de la isla donde vivían mis nietos durante el primer mes después de convertirme. Toda la experiencia me había hecho más comprensivo con los vampiros de lo que jamás había sido en mi vida.

De alguna manera, también me había otorgado una renovada fuerza emocional.

El día que había empujado a mi esposa al foso sabiendo que ardería viva, había pensado que mi capacidad de sentir algo por alguien se había quemado con ella.

Entonces llegó Adelle. La tímida bruja de voz suave que, por su dedicación a la enseñanza de los niños de La Sombra, pronto se convirtió en directora de la escuela.

La impactante belleza pelirroja me había atraído como una sirena en cuanto posé mis ojos en ella. Aunque todavía me sentía demasiado aturdido por dentro para hacer algo al respecto.

Pero entonces, cuando me convertí... Algo había cambiado en mi interior. Tal vez era una renovada confianza en mí mismo. Confianza para abrirme nuevamente de una manera que no había pensado que fuera capaz cuando aún era humano. Supuse que la confianza era una consecuencia natural de saber que viviría para siempre.

Mi hija me había animado después de convertirme.

*«Ahora tienes un para siempre, papá. Necesitas encontrar a alguien con*

*quien vivirlo además de los niños y yo.»*

Me había dado cuenta de que ya había soportado demasiada angustia y dolor durante mi vida mortal como para que un poco más supusiera alguna diferencia, sobre todo porque ahora tenía toda la eternidad para recuperarme.

Tomé una ducha y me vestí. Aunque me puse ropa casual, por dentro tenía el corazón en un puño mientras me preparaba para lo que estaba a punto de hacer. Hoy era un gran día. El día en que le iba pedir una cita a una mujer. El día en que esperaba poder salir de la temida relación de amigos, como Sofía lo había llamado.

No le había contado todavía a Sofía que estaba detrás de Adelle. Solo se enteraría si y cuando nos convirtiéramos en amantes. Sonreí al imaginar la alegría que aparecería en el rostro de mi hija si aquello sucedía de verdad.

Al salir de mi ático, me dirigí hacia El Valle y me detuve cuando llegué a la plaza mayor, que ofrecía una vista sin obstáculos de la entrada de la escuela donde tenía previsto reunirme con Adelle.

Tuve que contenerme y no respirar demasiado fuerte cuando la vi descender las escaleras. Su largo cabello ondulado caía suelto sobre sus hombros, y llevaba un bonito vestido de verano con estampado floral que se detenía justo por encima de sus rodillas.

—¡Aiden! Estás aquí.

—Hola, Adelle.

Se acercó y me saludó con un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos? —Le ofrecí mi brazo y la conduje lejos del claro, hacia los bosques.

—Bueno, estoy un poco intrigada por saber para qué me quieres en esta estupenda tarde de verano.

—Pensé que sería agradable dar un paseo después de la escuela para variar, en lugar de conversar siempre dentro de las aulas.

Caminamos por el bosque, charlando de cosas simples. Me detuve una vez que llegamos a la antigua caseta de botes a la orilla del lago. La conduje dentro, hacia la fachada donde las ventanas estaban abiertas y nos ofrecían una vista panorámica de la belleza del lago. El aroma de las fragantes flores de loto flotó hacia nosotros.

—Incluso en la oscuridad todo es tan hermoso aquí en verano... —señaló ella. Siempre espero con impaciencia esta época del año.

—¿No añoras tu verdadero hogar? ¿El Santuario? He oído que el reino de las brujas es diez veces más bello que este.

Ella inclinó los brazos sobre la barandilla y miró hacia el agua, recogiendo su espeso cabello para que reposara sobre un hombro.

—Allí todo es superficialmente hermoso —dijo—. A mí me gusta la belleza real. En esta isla uno siente que todo es genuino, verdadero. Y la gente. Ah, la gente de aquí. Tienen corazón. Algo que es raro encontrar en el lugar de donde vengo.

—¿Y todo esto merece la pena, incluso con una vida más corta?

—Eso es un mito, en mi opinión. No he visto evidencia alguna de que las brujas envejezcan más rápido en la Tierra que en El Santuario. Podemos permanecer jóvenes durante cientos, a veces incluso miles de años... Dependiendo de cómo nos cuidemos, por supuesto.

Me quedé contemplando su hermoso rostro y me pregunté cuántos años tendría realmente, pero no me atreví a preguntar.

—¿Te arrepientes de haber tomado la decisión de convertirte en vampiro? —preguntó ella, alzando la vista hacia mí con seriedad.

La miré a sus ojos azul claro.

—Nunca pensé que diría esto, pero no. Ni un poco. Los primeros años fueron difíciles, sí. Pero ahora, todo ha valido la pena.

—Bueno, por mi parte estoy contenta de que te convirtieras —dijo Adelle suavemente—. Hubiera sido muy triste perderte.

Nos miramos el uno al otro durante unos instantes, antes de que finalmente reuniera el valor suficiente para dejar de posponerlo.

—Adelle, escucha —dije, tomando sus manos entre las mías—. Quería preguntarte algo...

Ring. Ring. Ring.

El teléfono que llevaba en el bolsillo comenzó a vibrar.

«*Vaya, maldita sea.*»

Dado que Derek y Sofía habían partido de la isla con Eli e Ibrahim, había estado pendiente del teléfono en caso de que los gemelos llamaran.

—Y-yo lo siento —le dije—. Solo un momento.

Adelle retiró sus manos de las mías. Me aparté de ella y abrí el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, soy Ben.

—Hola, Ben

—¿Dónde están mamá y papá?

—No están aquí. Han salido... A pasar el día fuera.

—Está bien, de acuerdo. Bueno, solo llamo para decir que Escocia es

realmente impresionante.

—Ah. Qué bien.

—Es mucho mejor de lo que se veía en el folleto.

—Ya, ya.

—En serio, has hecho un gran trabajo reservando este lugar.

—Ajá.

—Y lo estamos pasando bien. No hay necesidad de preocuparse por nosotros. Ya hemos hecho amigos.

—Muy bien, me alegro de oír eso, Ben.

—Así que dile a mamá y papá cuando regresen que nos estamos divirtiendo y que no tienen que preocuparse por nosotros. Llamaremos de nuevo dentro de unos días.

—Lo hare.

—Estupendo. ¡Adiós, abuelo!

Cerré el teléfono cuando Ben colgó.

*«Abuelo.»*

Me estremecí al oír la palabra. Por mucho que adorase ser abuelo de esos hermosos niños, este era el único momento de mi vida en que no quería que me lo recordasen.

Miré a Adelle mientras deslizaba el teléfono en mi bolsillo.

—Era Ben —dije, como si no hubiera oído toda la conversación.

Adelle se sonrojó y sonrió.

—Eres muy bueno con ellos.

—Sí —dije, desviando la mirada hacia el suelo y dándole patadas a una ramita—. Supongo que sí.

—Entonces, ejem. ¿Qué era lo que querías decirme?

—Ah... Solo quería darte las gracias por hacer un trabajo tan bueno con mis, eh, nietos.

*«Sigue cavando, abuelete. Sigue cavando.»*

—Oh —dijo. Pareció sorprendida, quizás incluso un poco decepcionada por mi respuesta—. No tienes por qué dármelas. Siempre ha sido un absoluto placer enseñarles.

*«Ahora siéntate y disfruta de la vista de este momento perfecto tirado por la ventana, imbécil...»*

## CAPÍTULO 7: ROSE

A partir de ese momento, Ben y yo dimos excusas variadas para evitar la playa cuando oscurecía. Pasamos allí muchas horas del día, tomando el sol y nadando en el mar. Pero cuando salíamos hasta tarde por la noche, nos asegurábamos de que íbamos a restaurantes y clubes del interior de la isla.

Por desgracia, no conocí a otro chico como Caleb.

Pero después de varias noches de práctica y de que Kristal me diese algunas sesiones adicionales durante el día por el apartamento, estaba empezando a sentirme un poco menos torpe. Kristal se sorprendió de que pareciera tan desorientada al escuchar música moderna, y me preguntó si era cierto que nunca antes había ido a una fiesta. Le expliqué que simplemente nunca se me había dado bien bailar.

También fui de compras con Kristal para conseguir ropa nueva y un par de zapatos de tacón alto. A pesar de que Kristal me presionaba, no accedí a comprar minifaldas o vestidos cortos. Sin embargo, llegué a un acuerdo: los vestidos que llevé a casa eran más cortos que mis largos vestidos de verano, ya que terminaban justo por encima de la rodilla, y me sentía segura de mí misma con ellos.

Una tarde, hubo un gran combate de boxeo en la televisión, seguido inmediatamente por un partido de fútbol que Jake no quería perderse, por lo que Ben decidió quedarse con él.

Kristal estaba entusiasmado con la idea de disfrutar de una noche de chicas.

—Saldremos a cenar juntas —dijo, empujándome a su habitación y sentándome frente a su tocador—. Déjame peinarte y maquillarte.

Me había acostumbrado al hecho de que le gustaba vestirme antes de salir. Era en mi propio interés, ya que ella siempre lograba darme un aspecto mucho más atractivo que yo. No estaba acostumbrada a usar maquillaje. No habían surgido muchas ocasiones en La Sombra.

Kristal comenzó a tirar de mi largo cabello oscuro con un cepillo, domándolo en una coleta impecable. Luego sacó su cajita de maquillaje y se dispuso a aplicarme lo que ella llamaba “ojos ahumados”.

Ahumados o no, tuve que admitir que, cuando me miré al espejo, me agradó lo que vi. Y, cuando me cambié y me puse uno de mis vestidos nuevos, me abroché el collar de Griffin alrededor del cuello y me calcé un par de zapatos de tacón, me sentí tremendamente sexy. Incluso sorprendí a Jake mirándome mientras nos dirigíamos a la puerta principal.

Justo cuando estábamos a punto de entrar al ascensor, Kristal se detuvo abruptamente.

—Vaya, maldita sea. Espera aquí. Olvidé algo.

Corrió hacia el apartamento y regresó un minuto después con un pequeño bolso negro.

—Es de Chloe —explicó Kristal—. Me lo dio a guardar cuando estábamos todos fuera la otra noche y olvidé devolvérselo.

Salimos del edificio y, para mi disgusto, giró a la derecha, hacia la playa. Tomó su teléfono y marcó un número.

—¿Chloe? Hola, ¿estás en Jacob’s ahora? De acuerdo, no te vayas a ningún sitio, porque voy hacia allá con tu bolso.

Sentí una opresión en el estómago mientras corría a su lado. Alcanzamos la playa y nos detuvimos al llegar al restaurante Jacob’s. Chloe, una morena menuda, estaba sentada junto a su novio, John. Kristal se acercó y le entregó el bolso. Estaban sentados en una mesa al aire libre, con una buena vista de la playa.

Íbamos a marcharnos cuando Chloe dijo:

—Eh, ¿por qué no os unís a nosotros? Hay bastante sitio y todavía no hemos empezado a comer.

Kristal respondió antes de consultarme siquiera.

—Me parece una gran idea —dijo.

No discutí, ya que habría resultado demasiado incómodo. Me senté junto a Kristal, en frente de Chloe y John, que estaban al otro lado de la mesa.

Intenté convencerme de que estaba siendo una paranoica. Sí, era de noche. Y sí, estábamos sentados justo en la playa. Pero estábamos cerca de

un restaurante, y ese era probablemente el peor lugar para recolectar humanos, con tanta gente sentada en las mesas. No había forma de mezclarse con multitudes borrachas.

Aun así, no pude relajarme durante las horas que estuvimos sentados en la playa, tan cerca de donde habían sido secuestradas esas chicas. Me encontré mirando con recelo a cada persona que caminaba cerca de nosotros.

—¿Estás bien, Rose? —preguntó Kristal, apretando mi rodilla por debajo de la mesa—. Estás terriblemente callada.

—Sí, estoy bien —murmuré—. Solo un poco cansada.

—Podemos volver a casa ahora si quieres. No tenemos que quedarnos para el postre.

—De acuerdo —respondí, asintiendo con la cabeza y apretando su mano—. Vámonos.

Kristal pidió la cuenta e insistió en pagar por todos nosotros.

Nos levantamos para irnos y suspiré de alivio cuando nos despedimos de la pareja y abandonamos la playa.

Estaba tan concentrada en volver al apartamento que no se me ocurrió comprobar si nos seguía alguien.

Si lo hubiera hecho, habría distinguido a dos figuras altas y oscuras que trotaban detrás de nosotras, amparándose en las sombras.



### **Si deseas continuar leyendo *Sombra de Novak...***

Cuanto más interés reciba la serie en español, más rápido podremos traducir los demás libros de la serie. Registra tu interés aquí:

[www.bellaforrest.de/es](http://www.bellaforrest.de/es)

Gracias,

- Bella x